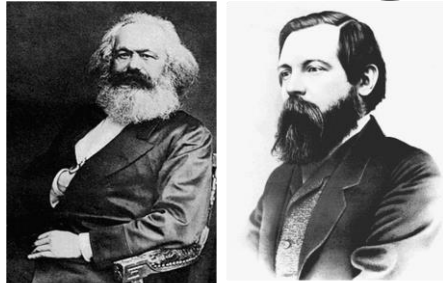


Obras Escogidas



Karl Marx

1818-1883

F. Engels

1820-1895

Carlos Marx y Federico Engels

*

Carlos Marx

El dieciocho

Brumario de

Luis

Bonaparte

(con anexos)

Edicions internacionals Sedov





Tomamos la versión castellana desde C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, en tres tomos, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, páginas 404-498; también para las notas. Escrito por C. Marx entre diciembre de 1851 y marzo de 1852. Publicado como primer número de la revista *Die Revolution* en 1852, en Nueva York con el título *Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* y firmado por Karl Marx. La editorial de Moscú hizo la versión desde la edición de 1869 (a la que corresponde también el prólogo del autor), traduciendo del alemán.

De nuevo Marx nos ofrece un análisis y caracterización del momento de la lucha de clases sobre la base concreta de los acontecimientos revolucionarios acaecidos en Francia entre 1848 y 1851; dada la importancia de aquellos acontecimientos, esta obra pasó a ser una de las más importantes del marxismo suministrándonos un análisis que sustenta una caracterización del movimiento político de la sociedad, análisis que ha quedado como herramienta indispensable para la vanguardia revolucionaria y, con ella, de toda la clase obrera. En efecto, esta es una obra imprescindible para el análisis del estado, del aparato indispensable a la burguesía para su dominación y, por tanto, para la supervivencia de su régimen de explotación sobre la clase obrera.

Como lectura complementaria indispensable recomendamos *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 (con anexos)*, editada en esta misma serie, y como lecturas complementarias que te ayudarán a ver cómo la caracterización de cualquier régimen debe estar basada en los hechos, y no en la propaganda, te recomendamos, además de los anexos aquí incluidos, las siguientes tres obras: *¿Adónde va Francia? (Recopilación de artículos con anexos)*, *La lucha contra el fascismo (y anexos)* y *La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)* las tres obras editadas en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español* y que permiten ver la continuidad del análisis marxista sobre el estado bonapartista, desgraciadamente también en el estado obrero surgido de la revolución proletaria de 1917.

Índice

A modo de introducción: un capítulo de Lenin sobre el estado y la revolución	4
El 18 de Brumario de Luis Bonaparte.....	12
Prólogo del autor a la segunda edición de 1869	13
Prólogo de F. Engels a la tercera edición alemana, en 1885	15
I	17
II.....	24
III.....	33
IV	43

V.....	50
VI.....	62
VII.....	75
Anexos.....	85
Bonapartismo en Prusia último tercio del siglo XIX. Un extracto de Engels	86
En la revolución proletaria en Rusia en 1917: carta desde lejos de Lenin.....	88
En la revolución proletaria en Rusia en 1917: elementos de bonapartismo, Trotsky .	95
Bonapartismo y degeneración estalinista del estado obrero: ¿Adónde va la República Soviética?, Trotsky.....	100
El bonapartismo alemán.....	105
1934: Bonapartismo y fascismo, León Trotsky	108
El bonapartismo en la Francia de 1934, fragmento de <i>¿Adónde va Francia?</i> , Trotsky	114
<i>El derrumbe de la democracia burguesa</i>	114
<i>Los comienzos del bonapartismo en Francia</i>	115
<i>¿Durará mucho el bonapartismo?</i>	116
Otra vez sobre la cuestión del bonapartismo. El bonapartismo burgués y el bonapartismo soviético, Trotsky	117
El principio del fin	119
El bonapartismo en los países semicoloniales en 1939. La industria nacionalizada y la administración obrera, Trotsky	124
Bonapartismo, fascismo, y guerra.....	126



La amazona portando la bandera de la clase obrera frente a la tricolor de la burguesía republicana, todo un resumen de los acontecimientos aquí analizados.

A modo de introducción: un capítulo de Lenin sobre el estado y la revolución¹

Capítulo II - El estado y la revolución. La experiencia de los años 1848-1851

1. En vísperas de la revolución

Las primeras obras del marxismo maduro, *Miseria de la Filosofía* y el *Manifiesto Comunista*, datan precisamente de la víspera de la revolución de 1848. Esta circunstancia hace que en estas obras se contenga, hasta cierto punto, además de una exposición de los fundamentos generales del marxismo, el reflejo de la situación revolucionaria concreta de aquella época; por eso será, quizás, más conveniente examinar lo que los autores de tales libros dicen acerca del estado, antes de examinar las conclusiones sacadas por ellos de la experiencia de los años 1848-1851.

“En el transcurso de su desarrollo [escribe Marx en *Miseria de la filosofía*], la clase obrera sustituirá la antigua sociedad civil por una asociación que excluya a las clases y su antagonismo; y no existirá ya un poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo de clase dentro de la sociedad civil.”²

Es instructivo confrontar con esta exposición general de la idea de la desaparición del estado después de la supresión de las clases, la exposición que contiene el *Manifiesto Comunista*, escrito por Marx y Engels algunos meses después, a saber, en noviembre de 1847:

“Al esbozar, en líneas muy generales, las diferentes fases de desarrollo del proletariado, hemos seguido las incidencias de la guerra civil más o menos embozada que se plantea en el seno de la sociedad vigente hasta el momento en que esta guerra civil desencadena una revolución abierta y franca, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, echa las bases de su poder.

[...]

Ya dejamos dicho que el primer paso de la revolución obrera será la exaltación del proletariado al poder, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá del poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas.”³

Aquí hallamos una de las ideas más notables e importantes del marxismo en lo concerniente al estado: la idea de la “dictadura del proletariado” (como comenzaron a

¹ Tomado de V. I. Lenin, *Obras Escogidas*, en tres tomos, Tomo 2, Editorial Progreso, Moscú, 1970, páginas 311-321 (dentro de *El estado y la revolución*).

² Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels* – EIS, página 92 del formato pdf.

³ Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto del Partido Comunista (con anexos)*, *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels* – EIS, páginas 31 y 36 del formato pdf.

denominarla Marx y Engels después de la Comuna de París⁴) y asimismo una definición del estado, interesante en grado sumo, que se cuenta también entre las “palabras olvidadas” del marxismo: “... estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante”.

Esta definición del estado no sólo no se ha explicado nunca en la literatura imperante de propaganda y agitación de los partidos socialdemócratas oficiales, sino que, además, se la ha dado expresamente al olvido, pues es de todo punto inconciliable con el reformismo y se da de bofetadas con los prejuicios oportunistas corrientes y las ilusiones filisteas con respecto al “desarrollo pacífico de la democracia”.

El proletariado necesita el estado, repiten todos los oportunistas, socialchovinistas y kautskianos asegurando que esa es la doctrina de Marx y “*olvidándose*” de añadir que, en primer lugar, según Marx, el proletariado sólo necesita un estado que se extinga, es decir, organizado de tal modo, que comience a extinguirse inmediatamente y que no pueda por menos de extinguirse; y, en segundo, que los trabajadores necesitan un “estado”, “es decir, el proletariado organizado como clase gobernante”.

El estado es una organización especial de la fuerza, una organización de la violencia para reprimir de una clase cualquiera. ¿Qué clase es la que el proletariado tiene que reprimir? Sólo es, naturalmente, la clase explotadora, es decir, la burguesía. Los trabajadores sólo necesitan el estado para aplastar la resistencia de los explotadores, y este aplastamiento sólo puede dirigirlo, sólo puede llevarlo a la práctica el proletariado, como la única clase consecuentemente revolucionaria, como la única clase capaz de unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha contra la burguesía, por el completo desplazamiento de ésta.

Las clases explotadoras necesitan la dominación política para mantener la explotación, es decir, en interés egoísta de una minoría insignificante contra la inmensa mayoría

del pueblo. Las clases explotadas necesitan la dominación política para destruir completamente toda explotación, es decir, en interés de la inmensa mayoría del pueblo contra una minoría insignificante compuesta por los esclavistas modernos, es decir, los terratenientes y capitalistas.

Los demócratas pequeñoburgueses, estos pseudo socialistas que han sustituido la lucha de clases por sueños sobre la conciliación de las clases, también se han imaginado la transformación socialista de un modo soñador, no como el derrocamiento de la dominación de la clase explotadora, sino como la sumisión pacífica de la minoría a la mayoría, que habrá adquirido conciencia de su misión. Esta utopía pequeñoburguesa, que va inseparablemente unida al reconocimiento de un estado situado por encima de las clases, ha conducido en la práctica a traicionar los intereses de las clases trabajadoras, como lo ha demostrado, por ejemplo, la historia de las revoluciones francesas de 1848 y 1871, y como lo ha demostrado la experiencia de la participación “socialista” en ministerios burgueses en Inglaterra, Francia, Italia y otros países a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Marx luchó durante toda su vida contra este socialismo pequeñoburgués, hoy resucitado en Rusia por los partidos eserista y menchevique. Marx desarrolló consecuentemente la teoría de la lucha de clases. Llegando hasta la teoría del poder político, del estado.

El derrocamiento de la dominación de la burguesía sólo puede llevarlo a cabo el proletariado, como clase especial cuyas condiciones económicas de existencia le preparan para ese derrocamiento y le dan la posibilidad y la fuerza de efectuarlo. Mientras la

⁴ Comunas de París y Lyon, Alejandría Proletaria.

burguesía desune y dispersa a los campesinos y a todas las capas pequeñoburguesas, cohesiona, une y organiza al proletariado. Sólo el proletariado (en virtud de su papel económico en la gran producción) es capaz de ser el jefe de *todas* las masas trabajadoras y explotadas, a quienes con frecuencia la burguesía explota, esclaviza y oprime no menos, sino más que a los proletarios, pero que no son capaces de luchar *por su cuenta* para alcanzar su propia liberación.

La teoría de la lucha de clases, aplicada por Marx a la cuestión del estado y de la revolución socialista, conduce necesariamente al reconocimiento de la *dominación política* del proletariado, de su dictadura, es decir, de un poder no compartido con nadie y apoyado directamente en la fuerza armada de las masas. El derrocamiento de la burguesía sólo puede realizarse mediante la transformación del proletariado en *clase dominante*, capaz de aplastar la resistencia inevitable y desesperada de la burguesía y de organizar para el nuevo régimen económico a *todas* las masas trabajadoras y explotadas.

El proletariado necesita el poder del estatal, organización centralizada de la fuerza, organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para *dirigir* a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, a los semi proletarios, en la obra de “poner en marcha” la economía socialista.

Educando al partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, vanguardia capaz de tomar el poder y de *conducir a todo el pueblo al socialismo*, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente, el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de organizar su propia vida social sin la burguesía y contra la burguesía. Por el contrario, el oportunismo imperante hoy educa en el partido obrero a los representantes de los obreros mejor pagados, que se apartan de las masas y se “arreglan” pasablemente bajo el capitalismo, vendiendo por un plato de lentejas su derecho de primogenitura, es decir, renunciando al papel de jefes revolucionarios del pueblo contra la burguesía.

“El estado, es decir, el proletariado organizado como clase dominante”: esta teoría de Marx se halla inseparablemente vinculada a toda su doctrina acerca de la misión revolucionaria del proletariado en la historia. El coronamiento de esta su misión es la dictadura proletaria, la dominación política del proletariado.

Pero si el proletariado necesita el estado como organización *especial* de la violencia *contra* la burguesía, de aquí se desprende por sí mismo la conclusión de si es concebible que pueda crearse una organización semejante sin destruir previamente, sin aniquilar la máquina estatal creada *para sí* por la burguesía. A esta conclusión lleva directamente el *Manifiesto Comunista*, y Marx habla de ella al hacer el balance de la experiencia de la revolución de 1848-1851.

2. El balance de la revolución

En el siguiente pasaje de su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx hace el balance de la revolución de 1848-1851, respecto a la cuestión del estado, que es el que aquí nos interesa:

“Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851 [día del golpe de estado de Luis Bonaparte] había terminado la mitad de su labor preparatoria; ahora, termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a perfección *el poder ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe *concentrar todas sus fuerzas de destrucción* [subrayado por nosotros]. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta

segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!⁵

Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le taponan todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. [La primera revolución francesa desarrolló la centralización], pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del poder del gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del estado. La monarquía legítima y la monarquía de julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo [...]

Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, se vio obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del gobierno. *Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destruirla* [subrayado nuestro]. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación, consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del estado como el botín principal del vencedor.”⁶

En este notable pasaje, el marxismo avanza un trecho enorme en comparación con el *Manifiesto Comunista*. Allí, la cuestión del estado se planteaba todavía de un modo extremadamente abstracto, operando con las nociones y las expresiones más generales. Aquí, se plantea ya de un modo concreto, y la conclusión a que se llega es extraordinariamente precisa, definida, prácticamente tangible: todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del estado, y lo que hace falta es romperla, destruirla.

Esta conclusión es lo principal, lo fundamental en la doctrina del marxismo sobre el estado. Y precisamente esto, que es lo fundamental, es lo que no sólo ha sido *olvidado* completamente por los partidos socialdemócratas oficiales imperantes, sino lo que ha sido evidentemente *tergiversado* (como veremos más abajo) por K. Kautsky⁷, el teórico más relevante de la II Internacional⁸.

En el *Manifiesto Comunista* se resumen los resultados generales de la historia, que nos obligan a ver en el estado un órgano de dominación de clase y nos llevan a la inevitable conclusión de que el proletariado no puede derrocar a la burguesía si no empieza por conquistar el poder político, si no logra la dominación política, si no transforma el estado en el “proletariado organizado como clase dominante”, y de que este estado proletario comienza a extinguirse inmediatamente después de su triunfo, pues en una sociedad sin contradicciones de clase el estado es innecesario e imposible. Pero aquí no se plantea la cuestión de cómo deberá realizarse (desde el punto de vista del desarrollo histórico) esta sustitución del estado burgués por el estado proletario.

Esta cuestión es precisamente la que Marx plantea y resuelve en 1852. Fiel a su filosofía del materialismo dialéctico, toma como base la experiencia histórica de los grandes años de la revolución, de los años 1848-1851. Aquí, como siempre, la doctrina de Marx es un *resumen de la experiencia*, iluminado por una profunda concepción filosófica del mundo y por un rico conocimiento de la historia.

⁵ Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena 5.

⁶ En esta misma obra, *infra* páginas 76-77.

⁷ Obra de K. Kautsky en [Obras Escogidas de Karl Kautsky, Alejandría Proletaria](#).

⁸ Materiales de la Segunda Internacional en [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#) e [Internacional de mujeres socialistas](#), en estas mismas Edicions Internacionals Sedov.

La cuestión del estado se plantea de un modo concreto: ¿cómo ha surgido históricamente el estado burgués, la máquina estatal que necesita para su dominación la burguesía? ¿Cuáles han sido sus cambios, cuál su evolución en el transcurso de las revoluciones burguesas y ante las acciones independientes de las clases oprimidas? ¿Cuáles son las tareas del proletariado en lo tocante a dicha máquina estatal?

El poder estatal centralizado, propio de la sociedad burguesa, surgió en la época de la caída del absolutismo. Dos son las instituciones más típicas de esta máquina estatal: la burocracia y el ejército permanente. En las obras de Marx y Engels se habla reiteradas veces de los miles de hilos que vinculan a estas instituciones precisamente con la burguesía. La experiencia de todo obrero revela estos vínculos de un modo extraordinariamente palmario e impresionante. La clase obrera aprende en su propia carne a comprender estos vínculos, por eso, capta tan fácilmente y asimila tan bien la ciencia del carácter inevitable de estos vínculos, ciencia que los demócratas pequeñoburgueses niegan por ignorancia y por frivolidad, o reconocen, de un modo todavía más frívolo, “en términos generales”, olvidándose de sacar las conclusiones prácticas correspondientes.

La burocracia y el ejército permanente son un “parásito” adherido al cuerpo de la sociedad burguesa, un parásito engendrado por las contradicciones internas que desgarran a esta sociedad, pero, precisamente, un parásito que “taponan” los poros vitales. El oportunismo kautskiano imperante hoy en la socialdemocracia oficial considera patrimonio especial y exclusivo del anarquismo la idea del estado como *un organismo parasitario*. Naturalmente, esta tergiversación del marxismo es sobremanera ventajosa para los filisteos que han llevado el socialismo a la ignominia inaudita de justificar y embellecer la guerra imperialista mediante la aplicación a ésta del concepto de la “defensa de la patria”, pero es, a pesar de todo, una tergiversación indiscutible.

A través de todas las revoluciones burguesas vividas en gran número por Europa desde los tiempos de la caída del feudalismo, este aparato burocrático y militar va desarrollándose, perfeccionándose y afianzándose. En particular, precisamente la pequeña burguesía es atraída al lado de la gran burguesía y sometida a ella en medida considerable por medio de este aparato, que proporciona a las capas altas de los campesinos, de los pequeños artesanos, de los comerciantes, etc., puestos relativamente cómodos, tranquilos y honorables, los cuales colocan a sus poseedores *por encima* del pueblo. Fijaos en lo ocurrido en Rusia durante el medio año transcurrido desde el 27 de febrero de 1917: los cargos burocráticos, que antes se adjudicaban preferentemente a los ciennegristas⁹, se han convertido en botín de demócratas constitucionalistas, mencheviques y eseristas. En el fondo, no se pensaba en reformas serias, esforzándose por aplazarlas “hasta la asamblea constituyente”, y aplazando poco a poco la asamblea constituyente ¡hasta el final de la guerra! ¡Pero para repartir el botín, para ocupar los puestos de ministros, subsecretarios, gobernadores generales, etc., etc., no se dio largas ni se esperó a ninguna asamblea constituyente! El juego de combinaciones para formar gobierno no era, en el fondo, más que la expresión del reparto y redistribución del “botín”, que se hacía arriba y abajo, por todo el país, en toda la administración, central y local. El balance, un balance objetivo, del medio año que va desde el 27 de febrero al 27 de agosto de 1917 es indiscutible: las reformas se aplazaron, se efectuó el reparto de los puestos burocráticos, y los “errores” del reparto se corrigieron mediante algunos reajustes.

Pero cuanto más se procede a estos “reajustes” del aparato burocrático entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses (entre los demócratas constitucionalistas, eseristas y mencheviques, si nos atenemos al ejemplo ruso), tanto más evidente es para las clases oprimidas y para el proletariado que las encabeza su hostilidad

⁹ Miembros de las Centurias Negras, banda reaccionaria.

irreconciliable contra *toda* la sociedad burguesa. De aquí la necesidad, para todos los partidos burgueses, incluyendo a los más democráticos y revolucionario-democráticos”, de reforzar la represión contra el proletariado revolucionario, de fortalecer el aparato de represión, es decir, la misma máquina del estado. Esta marcha de los acontecimientos obliga a la revolución a “*concentrar todas las fuerzas de destrucción*” contra el poder estatal, la obliga a proponerse como objetivo, no el perfeccionar la máquina del estado, sino el *destruirla, el aniquilarla*.

No fue el razonamiento lógico, sino el desarrollo real de los acontecimientos, la experiencia viva de los años 1848-1851, lo que condujo a esta manera de plantear la cuestión. Hasta qué punto se atiene Marx rigurosamente a los hechos de la experiencia histórica lo demuestra el hecho de que en 1852 Marx no plantea aún el problema concreto de *con qué* se sustituirá la máquina del estado que ha de ser destruida. La experiencia no había suministrado todavía materiales para esta cuestión, que la historia puso al orden del día más tarde, en 1871. Obrando con la precisión del investigador naturalista, en 1852 sólo podía registrarse una cosa: que la revolución proletaria había llegado a un punto en que *debía abordar* la tarea de “concentrar todas las fuerzas de destrucción” contra el poder estatal, la tarea de “romper” la máquina del estado.

Aquí puede surgir esta pregunta: ¿Es justo generalizar la experiencia, las observaciones y las conclusiones de Marx, trasplantándolas más allá de los límites de la historia de Francia en los tres años que van de 1848 a 1851? Para examinar esta pregunta, comenzaremos recordando una observación de Engels y pasaremos luego a los hechos.

“Francia [escribía Engels en el prefacio a la tercera edición de *El dieciocho de Brumario*] es el país en el que las luchas históricas de clase se han llevado siempre a su término decisivo más que en ningún otro sitio y donde, por tanto, las formas políticas sucesivas dentro de las que se han movido estas luchas de clase y en las que han encontrado su expresión los resultados de las mismas, adquieren también los contornos más acusados. Centro del feudalismo en la Edad Media y país modelo de la monarquía unitaria estamental desde el Renacimiento, Francia pulverizó al feudalismo en la gran revolución e instauró la dominación pura de la burguesía bajo una forma clásica como ningún otro país de Europa. También la lucha del proletariado cada vez más vigoroso contra la burguesía dominante reviste aquí una forma aguda, desconocida en otras partes.”¹⁰

La última observación está anticuada, ya que a partir de 1871 se ha operado una interrupción en la lucha revolucionaria del proletariado francés, si bien esta interrupción, por mucho que dure, no excluye, en modo alguno, la posibilidad de que, en la próxima revolución proletaria, Francia se revele como el país clásico de la lucha de clases hasta su final decisivo.

Pero echemos una ojeada general a la historia de los países adelantados a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Veremos que, de un modo más lento, más variado, y en un campo de acción mucho más extenso, se desarrolla el mismo proceso: de una parte, la formación del “poder parlamentario”, lo mismo en los países republicanos (Francia, Norteamérica, Suiza) que en los monárquicos (Inglaterra, Alemania hasta cierto punto, Italia, los países escandinavos, etc.); de otra parte, la lucha por el poder entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses, que se reparten y se redistribuyen el “botín” de los puestos burocráticos, dejando intactas las bases del régimen burgués; y finalmente, el perfeccionamiento y vigorización del “poder ejecutivo”, de su aparato burocrático y militar.

¹⁰ En esta misma obra, *infra* página 15.

No cabe la menor duda de que éstos son los rasgos generales que caracterizan toda la evolución moderna de los estados capitalistas en general. En el transcurso de tres años, de 1848 a 1851, Francia reveló, en una forma rápida, tajante, concentrada, los procesos de desarrollo propios de todo el mundo capitalista.

Y, en particular el imperialismo, la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, la época de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado, revela un extraordinario fortalecimiento de la “máquina estatal”, un desarrollo inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con el aumento de la represión contra el proletariado, así en los países monárquicos como en los países republicanos más libres.

Es indudable que, en la actualidad, la historia del mundo conduce, en proporciones incomparablemente más amplias que en 1852, a la “concentración de todas las fuerzas” de la revolución proletaria para “destruir” de la máquina del estado.

¿Con qué ha de sustituir el proletariado esta máquina? La Comuna de París¹¹ nos suministra los materiales más instructivos a este respecto.

3. *Cómo planteaba Marx la cuestión en 1852*

En 1907, publicó Mehring en la revista *Neue Zeit* (XXV, 2, pág. 164) fragmentos de una carta de Marx a Weydemeyer, fechada el 5 de marzo de 1852. Esta carta contiene, entre otros, el siguiente notable pasaje:

“Ahora, por lo que a mí se refiere, no es a mí a quien corresponde el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna, como tampoco la lucha que libran entre sí en esa sociedad. Historiadores burgueses, habían expuesto mucho antes que yo la evolución histórica de esa lucha de clases, y economistas burgueses habían descrito su anatomía económica. Lo que yo he aportado de nuevo es: 1 °, demostrar que la EXISTENCIA DE LAS CLASES no está vinculada más que a FASES HISTÓRICAS DETERMINADAS DEL DESARROLLO DE LA PRODUCCIÓN; 2 °, que la lucha de clases lleva necesariamente a la dictadura del proletariado; 3 °, que esa misma dictadura no representa más que una transición hacia LA ABOLICIÓN DE TODAS LAS CLASES y hacia una SOCIEDAD SIN CLASES...”¹²

En estas palabras, Marx consiguió expresar de un modo asombrosamente claro dos cosas: primero, la diferencia fundamental y cardinal entre su doctrina y las doctrinas de los pensadores avanzados y más profundos de la burguesía, y segundo, la esencia de su teoría del estado.

Lo fundamental en la doctrina de Marx es la lucha de clases. Así se dice y se escribe con mucha frecuencia. Pero no es exacto. De esta inexactitud se deriva con gran frecuencia la tergiversación oportunista del marxismo, su falseamiento en un sentido aceptable para la burguesía. Porque la teoría de la lucha de clases *no fue* creada por Marx, *sino* por la burguesía, *antes* de Marx, y es, en términos generales, *aceptable* para la burguesía. Quien reconoce *solamente* la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Circunscribir el marxismo a la teoría de la lucha de clases es limitar el marxismo, tergiversarlo, reducirlo a algo que la burguesía puede aceptar. Marxista sólo es el que *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*. En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués adocenado. En esta piedra de toque es en la que hay que

¹¹ Abundantes materiales en [Comunas de París y Lyon, Alejandría Proletaria](#).

¹² Carta de Carlos Marx a J. Weydemeyer, 5 de marzo de 1852, en la serie [Marx y Engels, algunos materiales-EIS](#).

contrastar la comprensión y el reconocimiento *real* del marxismo. Y nada tiene de extraño que cuando la historia de Europa ha colocado *prácticamente* a la clase obrera ante tal cuestión, no sólo todos los oportunistas y reformistas, sino también todos los “kautskyanos” (gentes que vacilan entre el reformismo y el marxismo) hayan resultado ser miserables filisteos y demócratas pequeñoburgueses, que *niegan* la dictadura del proletariado. El folleto de Kautsky *La dictadura del proletariado*¹³, publicado en agosto de 1918, es decir, mucho después de aparecer la primera edición del presente libro, es un modelo de tergiversación filistea del marxismo, de ignominiosa abjuración *virtual* del mismo, aunque se le reconozca hipócritamente *de palabra*.

El oportunismo de nuestros días, personificado por su principal representante, el exmarxista C. Kautsky, cae de lleno dentro de la característica de la posición *burguesa* que traza Marx y que hemos citado, pues este oportunismo circunscribe el terreno del reconocimiento de la lucha de clases al terreno de las relaciones burguesas. (¡Y dentro de este terreno, dentro de este marco, ningún liberal culto se negaría a reconocer, “en principio”, la lucha de clases!) El oportunismo no *extiende* el reconocimiento de la lucha de clases precisamente a lo más fundamental, al período de *transición* del capitalismo al comunismo, al período de *derrocamiento* de la burguesía y de completa *destrucción* de ésta. En realidad, este período es inevitablemente un período de lucha de clases de un encarnizamiento sin precedentes, en que ésta reviste formas agudas nunca vistas, y, por consiguiente, el estado de este período debe ser inevitablemente un estado democrático *de manera nueva* (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial *de manera nueva* (contra la burguesía).

Además, la esencia de la teoría de Marx sobre el estado sólo la ha asimilado quien haya comprendido que la dictadura de *una* clase es necesaria no sólo para toda sociedad de clases en general, no sólo para el *proletariado* después de derrocar a la burguesía, sino también para todo el *período histórico* que separa al capitalismo de la “sociedad sin clases”, del comunismo. Las formas de los estados burgueses son extraordinariamente diversas, pero su esencia es la misma: todos esos estados son, bajo una forma o bajo otra, pero, en última instancia, necesariamente, una *dictadura de la burguesía*. La transición del capitalismo al comunismo no puede, naturalmente, por menos de proporcionar una enorme abundancia y diversidad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: *la dictadura del proletariado*.

¹³ Karl Kautsky, *La dictadura del proletariado*, Alejandría Proletaria.

**El 18 de
Brumario de
Luis
Bonaparte**

Prólogo del autor a la segunda edición de 1869

Mi malogrado amigo José Weydemeyer, se proponía editar en Nueva York, a partir del 1 de enero de 1852, un semanario político. Me invitó a mandarle para dicho semanario la historia del *coup d'état*¹⁴. Le escribí, pues, un artículo cada semana, hasta mediados de febrero, bajo el título de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Entre tanto, el plan primitivo de Weydemeyer fracasó. En cambio, comenzó a publicar en la primavera de 1852 una revista mensual titulada *Die Revolution*, cuyo primer cuaderno estaba formado por mi *Dieciocho Brumario*. Algunos cientos de ejemplares de este cuaderno salieron camino de Alemania, pero sin llegar a entrar en el comercio de libros propiamente dicho. Un librero alemán que se las daba de tremendamente radical, a quien le propuse encargarse de la venta, rechazó con verdadera indignación moral tan “inoportuna pretensión”.

Como se ve por estos datos, la presente obra nació bajo el impulso inmediato de los acontecimientos, y sus materiales históricos no pasan del mes de febrero de 1852. La actual reedición se debe, en parte, a la demanda de la obra en el mercado librero, y, en parte, a instancias de mis amigos de Alemania.

Entre las obras que trataban *en la misma época* del mismo tema, sólo dos son dignas de mención: *Napoléon le Petit*, de Víctor Hugo y *Coup d'Etat*, de Proudhon.

Víctor Hugo se limita a una amarga e ingeniosa invectiva contra el editor responsable del golpe de estado. En cuanto al acontecimiento mismo, parece, en su obra, un rayo que cayese de un cielo sereno. No ve en él más que un acto de fuerza de un solo individuo. No advierte que lo que hace es engrandecer a este individuo en vez de empedalearlo, al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal. Por su parte, Proudhon intenta presentar el golpe de estado como resultado de un desarrollo histórico anterior. Pero, entre las manos, la construcción histórica del golpe de estado se le convierte en una apología histórica del héroe del golpe de estado. Cae con ello en el defecto de nuestros pretendidos historiadores *objetivos*. Yo, por el contrario, demuestro cómo la *lucha de clases* creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe.

Una reelaboración de la presente obra la habría privado de su matiz peculiar. Por eso, me he limitado simplemente a corregir las erratas de imprenta y a tachar las alusiones que hoy ya no se entenderían.

La frase final de mi obra: “Pero si por último el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la Columna de Vendôme”, es ya una realidad¹⁵.

El coronel Charras abrió el fuego contra el culto napoleónico en su obra sobre la campaña de 1815. Desde entonces, y sobre todo en estos últimos años, la literatura

¹⁴ Golpe de estado.

¹⁵ La Columna de Vendôme fue erigida en 1806-1810 en París en memoria de las victorias de la Francia napoleónica; se fundió con el bronce de los cañones enemigos y está coronada con una estatua de Napoleón. El 16 de mayo de 1871, según disposición de la Comuna de París, la Columna de Vendôme fue derribada; en 1875 fue restablecida por la reacción. [*Decreto de la Comuna de París sobre demolición de la columna de la Plaza Vendôme*, en *Las Comunas de Lyon y París – Alejandría Proletaria*.]

francesa, con las armas de la investigación histórica, de la crítica, de la sátira y del sainete, ha dado el golpe de gracia a la leyenda napoleónica. Fuera de Francia, se ha apreciado poco y se ha comprendido aún menos esta violenta ruptura con la fe tradicional del pueblo, esta formidable revolución espiritual.

Finalmente, confío en que mi obra contribuirá a eliminar ese tópico del llamado *cesarismo*, tan corriente, sobre todo actualmente, en Alemania. En esta superficial analogía histórica se olvida lo principal: en la antigua Roma, la lucha de clases sólo se ventilaba entre una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaban un pedestal puramente pasivo para aquellos luchadores. Se olvida la importante sentencia de *Sismondi*: el proletariado romano vivía a costa de la sociedad, mientras que la moderna sociedad vive a costa del proletariado¹⁶. La diferencia de las condiciones materiales, económicas, de la lucha de clases antigua y moderna es tan radical, que sus criaturas políticas respectivas no pueden tener más semejanza las unas con las otras que el arzobispo de Canterbury y el pontífice Samuel.

Carlos Marx

Londres, 23 de junio de 1869

¹⁶ J. C. L. Simonde de Sismondi. “Études sur l’économie politique”. T. I, París, 1837, pág. 35 (Estudios sobre la Economía Política).

Prólogo de F. Engels a la tercera edición alemana, en 1885

El que se haya hecho necesaria una nueva edición del *Dieciocho Brumario*, treinta y tres años después de publicada la primera, demuestra que esta obra no ha perdido nada de su valor.

Y fue, en realidad, un trabajo genial. Inmediatamente después del acontecimiento que sorprendió a todo el mundo político como un rayo caído de un cielo sereno, condenado por unos con gritos de indignación moral y aceptado por otros como tabla salvadora contra la revolución y como castigo por sus extravíos, pero contemplado por todos con asombro y por nadie comprendido, inmediatamente después de este acontecimiento, se alzó Marx con una exposición breve, epigramática, en que se explicaba en su concatenación interna toda la marcha de la historia de Francia desde las jornadas de febrero, se reducía el milagro del 2 de diciembre¹⁷ a un resultado natural y necesario de esta concatenación, y no se necesitaba siquiera tratar al héroe del golpe de estado más que con el desprecio que se tenía tan bien merecido. Y tan de mano maestra estaba trazado el cuadro, que cada nueva revelación hecha pública desde entonces no ha hecho más que suministrar nuevas pruebas de lo fielmente que estaba reflejada allí la realidad. Esta manera eminente de comprender la historia viva del momento, esta penetración profunda en los acontecimientos, al mismo tiempo que se producen, es, en realidad, algo que no tiene igual.

Mas para ello había que poseer también el conocimiento tan exacto que Marx poseía de la historia de Francia. Francia es el país en el que las luchas históricas de clase se han llevado siempre a su término decisivo más que en ningún otro sitio y donde, por tanto, las formas políticas sucesivas dentro de las que se han movido estas luchas de clase y en las que han encontrado su expresión los resultados de las mismas, adquieren también los contornos más acusados. Centro del feudalismo en la Edad Media y país modelo de la monarquía unitaria estamental desde el Renacimiento¹⁸, Francia pulverizó al feudalismo en la gran revolución e instauró la dominación pura de la burguesía bajo una forma clásica como ningún otro país de Europa. También la lucha del proletariado cada vez más vigoroso contra la burguesía dominante reviste aquí una forma aguda, desconocida en otras partes. He aquí por qué Marx no sólo estudiaba con especial predilección la historia pasada de Francia, sino que seguía también en todos sus detalles la historia contemporánea, reuniendo los materiales para emplearlos ulteriormente, razón por la cual jamás se veía sorprendido por los acontecimientos.

Pero a esto vino a añadirse otra circunstancia. Fue precisamente Marx el primero que descubrió la gran ley que rige la marcha de la historia, la ley según la cual todas las luchas históricas, ya se desarrollen en el terreno político, en el religioso, en el filosófico o en otro terreno ideológico cualquiera, no son, en realidad, más que la expresión más o

¹⁷ El 2 de diciembre de 1851, día del golpe de estado contrarrevolucionario que llevaron a cabo en Francia Luis Bonaparte y sus partidarios

¹⁸ Renacimiento, período del desarrollo cultural e ideológico de varios países de Europa occidental y central relacionado con el nacimiento de las relaciones capitalistas. Abarca la segunda mitad del siglo XV y el siglo XVI. Este período se suele relacionar a menudo con el turbulento florecimiento del arte y la ciencia, con el despertar del interés por la cultura del Mundo Antiguo (de donde proviene la propia denominación del período).

menos clara de luchas entre clases sociales, y que la existencia, y por tanto también los choques de estas clases, están condicionados, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el carácter y el modo de su producción y de su cambio, condicionado por ésta. Dicha ley, que tiene para la historia la misma importancia que la ley de la transformación de la energía para las ciencias naturales, fue también la que le dio aquí la clave para comprender la historia de la Segunda República Francesa¹⁹. Esta historia le sirvió de piedra de toque para contrastar su ley, e incluso hoy, a la vuelta de treinta y tres años, tenemos que reconocer que la prueba arroja un resultado brillante.

F. E.

¹⁹ La Segunda República [Francesa] existió en Francia en los años 1848-1852.

I

Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. Caussidière por Dantón, Luis Blanc por Robespierre, la Montaña de 1848 a 1851 por la Montaña de 1793 a 1795²⁰, el sobrino por el tío. ¡Y la misma caricatura en las circunstancias que acompañan a la segunda edición del 18 Brumario!²¹

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República Romana y del Imperio Romano, y la revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí al 1789 y allá la tradición revolucionaria de 1793 a 1795. Es como el principiante al aprender un idioma nuevo lo traduce mentalmente a su idioma nativo, pero sólo se asimila el espíritu del nuevo idioma y sólo es capaz de expresarse libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida en él su lengua natal.

Si examinamos esas conjuraciones de los muertos en la historia universal, observaremos en seguida una diferencia que salta a la vista. Camilo Desmoulins, Dantón, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, los héroes, lo mismo que los partidos y la masa de la antigua revolución francesa, cumplieron, bajo el ropaje romano y con frases romanas, la misión de su tiempo: librar de las cadenas e instaurar la sociedad *burguesa* moderna. Los unos hicieron añicos las instituciones feudales y segaron las cabezas feudales que habían brotado en él. El otro creó en el interior de Francia las condiciones bajo las cuales ya podía desarrollarse la libre concurrencia, explotarse la propiedad territorial parcelada, aplicarse las fuerzas productivas industriales de la nación, que habían sido liberadas; y del otro lado de las fronteras francesas barrió por todas partes las formaciones feudales, en el grado en que esto era necesario para rodear a la sociedad burguesa de Francia en el continente europeo de un ambiente adecuado, acomodado a los tiempos. Una vez instaurada la nueva formación social, desaparecieron los colosos antediluvianos, y con ellos el romanismo resucitado: los Brutos, los Gratos, los Públícolas, los tribunos, los senadores y hasta el mismo César. Con su sobrio practicismo, la sociedad burguesa se había creado sus verdaderos intérpretes y portavoces en los Say, los Cousin, los Royer-Collard, los Benjamín Constant y los Guizot; sus verdaderos caudillos estaban en las oficinas comerciales, y la cabeza atocinada de Luis XVIII era su cabeza política.

²⁰ La Montaña de 1793 a 1795: grupo revolucionario democrático de la Convención durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia.

²¹ Por “segunda edición del 18 Brumario” Marx entiende el golpe de estado del 2 de diciembre de 1851. Brumario, mes del calendario republicano francés; el 18 Brumario (9 de noviembre) de 1799, Napoleón Bonaparte llevó a cabo un golpe de estado e implantó la dictadura militar.

Completamente absorbida por la producción de la riqueza y por la lucha pacífica de la concurrencia, ya no se daba cuenta de que los espectros del tiempo de los romanos habían velado su cuna. Pero, por muy poco heroica que la sociedad burguesa sea, para traerla al mundo habían sido necesarios, sin embargo, el heroísmo, la abnegación, el terror, la guerra civil y las batallas de los pueblos. Y sus gladiadores encontraron en las tradiciones clásicamente severas de la República Romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a sí mismos el contenido burguesamente limitado de sus luchas y mantener su pasión a la altura de la gran tragedia histórica. Así, en otra fase de desarrollo, un siglo antes, Cromwell y el pueblo inglés habían ido a buscar en el Antiguo Testamento el lenguaje, las pasiones y las ilusiones para su revolución burguesa. Alcanzada la verdadera meta, realizada la transformación burguesa de la sociedad inglesa, Locke desplazó a Habacuc.

En esas revoluciones, la resurrección de los muertos servía, pues, para glorificar las nuevas luchas y no para parodiar las antiguas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no para retroceder ante su cumplimiento en la realidad, para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez a su espectro.

En 1848-1851, no hizo más que dar vueltas el espectro de la antigua revolución, desde Marrast, *le républicain en gants jaunes*²², que se disfrazó de viejo Bailly, hasta el aventurero que esconde sus vulgares y repugnantes rasgos bajo la férrea mascarilla de muerte de Napoleón. Todo un pueblo que creía haberse dado un impulso acelerado por medio de una revolución, se encuentra de pronto retrotraído a una época fenecida, y para que no pueda haber engaño sobre la recaída, hacen aparecer las viejas fechas, el viejo calendario, los viejos nombres, los viejos edictos (entregados ya, desde hace largo tiempo, a la erudición de los anticuarios) y los viejos esbirros, que parecían haberse podrido desde hace mucho tiempo. La nación se parece a aquel inglés loco de Bedlam²³ que creía vivir en tiempo de los viejos faraones y se lamentaba diariamente de las duras faenas que tenía que ejecutar como cavador de oro en las minas de Etiopía, emparedado en aquella cárcel subterránea, con una lámpara de luz mortecina sujeta en la cabeza, detrás el guardián de los esclavos con su largo látigo y en las salidas una turbamulta de mercenarios bárbaros, incapaces de comprender a los forzados ni de entenderse entre sí porque no hablaban el mismo idioma. “¡Y todo esto [suspira el loco] me lo han impuesto a mí, a un ciudadano inglés libre, para sacar oro para los antiguos faraones!” “¡Para pagar las deudas de la familia Bonaparte!”, suspira la nación francesa. El inglés, mientras estaba en uso de su razón, no podía sobreponerse a la idea fija de obtener oro. Los franceses, mientras estaban en revolución, no podían sobreponerse al recuerdo napoleónico, como demostraron las elecciones del 10 de diciembre²⁴. Ante los peligros de la revolución se sintieron atraídos por el recuerdo de las ollas de Egipto²⁵, y la respuesta fue el 2 de diciembre de 1851²⁶. No sólo obtuvieron la caricatura del viejo Napoleón, sino al propio viejo Napoleón en caricatura, tal como necesariamente tiene que aparecer a mediados del siglo XIX.

La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban

²² El republicano de guantes amarillos.

²³ Bedlam, manicomio en Londres.

²⁴ El 10 de diciembre de 1848 Luis Bonaparte fue elegido Presidente de la República Francesa por sufragio universal.

²⁵ La expresión “recordar las ollas de Egipto” procede de una leyenda bíblica: al huir los hebreos de Egipto, algunos de los pusilánimes, asustados por las dificultades del camino y por el hambre, empezaron a evocar los días del cautiverio, donde tenían, por lo menos, comida.

²⁶ El 2 de diciembre de 1851, día del golpe de estado contrarrevolucionario que llevaron a cabo en Francia Luis Bonaparte y sus partidarios.

remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desbordaba el contenido; aquí, el contenido desborda la frase.

La Revolución de Febrero cogió desprevenida, *sorprendió* a la vieja sociedad, y el pueblo proclamó este *golpe de mano* inesperado como una hazaña de la historia universal con la que se abría la nueva época. El 2 de diciembre, la Revolución de Febrero es escamoteada por la voltereta de un jugador tramposo, y lo que parece derribado no es ya la monarquía, sino las concesiones liberales que le habían sido arrancadas por seculares luchas. Lejos de ser la *sociedad* misma la que se conquista un nuevo contenido, parece como si simplemente el *estado* volviese a su forma más antigua, a la dominación desvergonzadamente simple del sable y la sotana. Así contesta al *coup de main*²⁷ de febrero de 1848 el *coup de tête*²⁸ de diciembre de 1851. Por donde se vino, se fue. Sin embargo, el intervalo no ha pasado en vano. Durante los años de 1848 a 1851, la sociedad francesa asimiló, y lo hizo mediante un método abreviado, por ser revolucionario, las enseñanzas y las experiencias que, en un desarrollo normal, lección tras lección, por decirlo así, habrían debido preceder a la Revolución de Febrero, para que ésta hubiese sido algo más que un estremecimiento en la superficie. Hoy, la sociedad parece haber retrocedido más allá de su punto de partida; en realidad, lo que ocurre es que tiene que empezar por crearse el punto de partida revolucionario, la situación, las relaciones, las condiciones, sin las cuales no adquiere un carácter serio la revolución moderna.

Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:

Hic Rhodus, hic salta!

*¡Aquí está la rosa, baila aquí!*²⁹

Por lo demás, cualquier observador mediano, aunque no hubiese seguido paso a paso la marcha de los acontecimientos en Francia, tenía que presentir que esperaba a la revolución una inaudita vergüenza. Bastaba con escuchar los engreídos ladridos de triunfo con que los señores demócratas se felicitaban mutuamente por los efectos milagrosos que esperaban del segundo domingo de mayo de 1852³⁰. El segundo domingo de mayo de 1852 se había convertido en sus cabezas en una idea fija, en un dogma, como en las

²⁷ Golpe de mano, una acción decidida.

²⁸ Un acto arriesgado, arrogante

²⁹ *Hic Rhodus, hic salta!* (¡Aquí está Rodas, salta aquí!): palabras de una fábula de Esopo que trata de un fanfarrón que, invocando testigos, afirmaba que en Rodas había dado un salto prodigioso. Quienes le escuchaban, contestaron: “¿Para qué necesitamos testigos? ¡Aquí está Rodas, salta aquí!” Lo que, en sentido figurado, quiere decir que lo principal está a la vista, y hay que demostrarlo delante de los presentes.

³⁰ Según la Constitución Francesa de 1848, las elecciones de nuevo presidente debían celebrarse cada cuatro años el segundo domingo del mes de mayo. En mayo de 1852 caducaba el plazo de las funciones presidenciales de Luis Bonaparte.

cabezas de los quiliastas³¹ el día en que había de reaparecer Cristo y comenzar el reino milenar. La debilidad había ido a refugiarse, como siempre, en la fe en el milagro: creía vencer al enemigo con sólo descartarlo mágicamente con la fantasía, y perdía toda la comprensión del presente ante la glorificación pasiva del futuro que le esperaba y de las hazañas que guardaba *in petto*³², pero que aún no consideraba oportuno revelar. Esos héroes que se esforzaban en refutar su probada incapacidad prestándose mutua compasión y reuniéndose en un tropel, habían atado su hatillo, se embolsaron sus coronas de laurel a crédito y se disponían precisamente a descontar en el mercado de letras de cambio sus repúblicas *in partibus*³³ para las que, en el secreto de su ánimo poco exigente, tenían ya previsoramente preparado el personal de gobierno. El 2 de diciembre cayó sobre ellos como un rayo en cielo sereno, y los pueblos, que en épocas de malhumor pusilánime gustan de dejar que los voceadores más chillones ahoguen su miedo interior, se habrán convencido quizás de que han pasado ya los tiempos en que el graznido de los gansos podía salvar al Capitolio³⁴.

La constitución, la asamblea nacional, los partidos dinásticos, los republicanos azules y los rojos, los héroes de África³⁵, el trueno de la tribuna, el relampagueo de la prensa diaria, toda la literatura, los nombres políticos y los renombres intelectuales, la ley civil y el derecho penal, la *liberté, égalité, fraternité* y el segundo domingo de mayo de 1852; todo ha desaparecido como una fantasmagoría al conjuro de un hombre al que ni sus mismos enemigos reconocen como brujo. El sufragio universal sólo pareció sobrevivir un instante para hacer su testamento de puño y letra a los ojos del mundo entero y poder declarar, en nombre del propio pueblo: “Todo lo que existe merece perecer”³⁶.

No basta con decir, como hacen los franceses, que su nación fue sorprendida. Ni a la nación ni a la mujer se les perdona la hora de descuido en que cualquier aventurero ha podido abusar de ellas por la fuerza. Con estas explicaciones no se aclara el enigma; no se hace más que presentarlo de otro modo. Quedaría por explicar cómo tres caballeros de industria pudieron sorprender y reducir al cautiverio, sin resistencia, a una nación de 36 millones de almas.

Recapitemos, en sus rasgos generales, las fases recorridas por la revolución francesa desde el 24 de febrero de 1848 hasta el mes de diciembre de 1851.

Hay tres períodos capitales que son inconfundibles: el *período de febrero*; del 4 de mayo de 1848 al 28 de mayo de 1849, *período de constitución de la república o de la asamblea nacional constituyente*; del 28 de mayo de 1849 al 2 de diciembre de 1851, *período de la república constitucional o de la asamblea nacional legislativa*.

³¹ Quiliastas (del griego *kilias*, mil): predicadores de la doctrina místico-religiosa de la segunda venida de Jesucristo y el establecimiento del “reino milenar” de la justicia, la igualdad y el bienestar generales en la Tierra.

³² En el pecho.

³³ *In partibus infidelium* (literalmente: “en el país de los infieles”): adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países no cristianos. Esta expresión la empleaban a menudo Marx y Engels, aplicada a diversos gobiernos emigrados que se habían formado en el extranjero sin tener en cuenta alguna la situación real del país.

³⁴ Capitolio, cerro de Roma que es en sí una ciudadela fortificada donde se erigieron los templos de Júpiter, Juno y otros dioses. Según la tradición, en el año 390 antes de nuestra era, durante la invasión de los galos, Roma se salvó únicamente merced a los graznidos de las ocas del templo de Juno que despertaron a la guardia, dormida, del Capitolio.

³⁵ Se alude a los denominados “africanistas” o “argelinos”. Estos nombres recibían en Francia los generales y oficiales que habían hecho carrera en las guerras coloniales contra las tribus argelinas que luchaban por su independencia. En la asamblea nacional legislativa, los generales africanistas Cavaignac, Lamoricière y Bedeau encabezaban la minoría republicana.

³⁶ Goethe, *Fausto*, parte I, esencia III (*Despacho de Fausto*).

El *primer período*, desde el 24 de febrero, es decir, desde la caída de Luis Felipe, hasta el 4 de mayo de 1848, fecha en que se reúne la asamblea constituyente, el *período de febrero*, propiamente dicho, puede calificarse como el *prólogo* de la revolución. Su carácter se revelaba oficialmente en el hecho de que el gobierno por él improvisado se declarase a sí mismo *provisional*, y, como el gobierno, todo lo que este período sugirió, intentó o proclamó, se presentaba también como algo puramente *provisional*. Nada ni nadie se atrevía a reclamar para sí el derecho a existir y a obrar de un modo real. Todos los elementos que habían preparado o determinado la revolución, la oposición dinástica, la burguesía republicana, la pequeña burguesía democrático-republicana y los obreros socialdemócratas encontraron su puesto provisional en el *gobierno* de febrero.

No podía ser de otro modo. Las jornadas de febrero se proponían primitivamente como objetivo una reforma electoral, que había de ensanchar el círculo de los privilegiados políticos dentro de la misma clase poseedora y derribar la dominación exclusiva de la aristocracia financiera. Pero cuando estalló el conflicto real y verdadero, el pueblo subió a las barricadas, la guardia nacional³⁷ se mantuvo en actitud pasiva, el ejército no opuso una resistencia seria y la monarquía huyó, la república pareció la evidencia por sí misma. Cada partido la interpretaba a su manera. Arrancada por el proletariado con las armas en la mano, éste le imprimió su sello y la proclamó *república social*. Con esto se indicaba el contenido general de la moderna revolución, el cual se hallaba en la contradicción más peregrina con todo lo que por el momento podía ponerse en práctica directamente, con el material disponible, el grado de desarrollo alcanzado por la masa y bajo las circunstancias y relaciones dadas. De otra parte, las pretensiones de todos los demás elementos que habían cooperado a la Revolución de Febrero fueron reconocidas en la parte leonina que obtuvieron en el gobierno. Por eso, en ningún período nos encontramos con una mezcla más abigarrada de frases altisonantes e inseguridad y desamparo efectivos, de aspiraciones más entusiastas de innovación y de imperio más firme de la vieja rutina, de más aparente armonía de toda la sociedad y más profunda discordancia entre sus elementos. Mientras el proletariado de París se deleitaba todavía en la visión de la gran perspectiva que se había abierto ante él y se entregaba con toda seriedad a discusiones sobre los problemas sociales, las viejas fuerzas de la sociedad se habían agrupado, reunido, vuelto en sí y encontrado un apoyo inesperado en la masa de la nación, en los campesinos y los pequeños burgueses, que se precipitaron todos de golpe a la escena política, después de caer las barreras de la monarquía de julio³⁸.

El *segundo período*, desde el 4 de mayo de 1848 hasta fines de mayo de 1849, es el período de la *constitución, de la fundación de la república burguesa*. Inmediatamente después de las jornadas de febrero no sólo se vio sorprendida la oposición dinástica por los republicanos, y éstos por los socialistas, sino toda Francia por París. La asamblea nacional, que se reunió el 4 de mayo de 1848, salida de las elecciones nacionales, representaba a la nación. Era una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de febrero y había de reducir al rasero burgués los resultados de la revolución. En vano el proletariado de París, que comprendió inmediatamente el carácter de esta asamblea

³⁷ Guardia nacional: milicia voluntaria civil y armada con mandos elegidos que existió en Francia y algunos países más de Europa occidental. Se formó por primera vez en Francia en 1789 a comienzos de la revolución burguesa; existió con intervalos hasta 1871. Entre 1870 y 1871, la Guardia Nacional de París, en la que se incluyeron en las condiciones de la guerra franco-prusiana las grandes masas democráticas, desempeñó un gran papel revolucionario. Fundado en febrero de 1871, su comité central encabezó la sublevación proletaria del 18 de marzo de 1871 y en el período inicial de la Comuna de París [[Comunas de París y Lyon](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#)] de 1871 ejerció (hasta el 28 de marzo) la función de primer gobierno proletario en la historia. Una vez aplastada la Comuna de París, la Guardia Nacional fue disuelta.

³⁸ La monarquía de julio, período del reinado de Luis Felipe (1830-1848). La denominación es debida a la revolución de julio.

nacional, intentó el 15 de mayo³⁹, pocos días después de reunirse ésta, descartar por la fuerza su existencia, disolverla, descomponer de nuevo en sus distintas partes integrantes la forma orgánica con que le amenazaba el espíritu reaccionante de la nación. Como es sabido, el único resultado del 15 de mayo fue alejar de la escena pública durante todo el ciclo que examinamos a Blanqui y sus camaradas, es decir, a los verdaderos jefes del partido proletario.

A la *monarquía burguesa* de Luis Felipe sólo puede suceder *la república burguesa*; es decir, que si en nombre del rey, había dominado una parte reducida de la burguesía, ahora dominará la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo. Las reivindicaciones del proletariado de París son paparruchas utópicas, con las que hay que acabar. El proletariado de París contestó a esta declaración de la asamblea nacional constituyente con la *Insurrección de Junio*⁴⁰, el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas. Venció la república burguesa. A su lado estaban la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeños burgueses, el ejército, el lumpemproletariado organizado como guardia móvil, los intelectuales, los curas y la población del campo. Al lado del proletariado de París no estaba más que él solo. Más de 3.000 insurrectos fueron pasados a cuchillo después de la victoria y 15.000 deportados sin juicio. Con esta derrota, el proletariado pasa al *fondo* de la escena revolucionaria. Tan pronto como el movimiento parece adquirir nuevos bríos, intenta una vez y otra pasar nuevamente a primer plano, pero con un gasto cada vez más débil de fuerzas y con resultados cada vez más insignificantes. Tan pronto como una de las capas sociales superiores a él experimenta cierta efervescencia revolucionaria, el proletariado se enlaza a ella y así va compartiendo todas las derrotas que sufren unos tras otros los diversos partidos. Pero estos golpes sucesivos se atenúan cada vez más cuanto más se reparten por toda la superficie de la sociedad. Sus jefes más importantes en la asamblea nacional y en la prensa van cayendo unos tras otros, víctimas de los tribunales, y se ponen al frente de él figuras cada vez más equívocas. En parte, se entrega a *experimentos doctrinarios, bancos de cambio y asociaciones obreras, es decir, a un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo, con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo, e intenta, por el contrario, conseguir su redención a espaldas de la sociedad, por la vía privada, dentro de sus limitadas condiciones de existencia, y por tanto, forzosamente fracasa*. Parece que no puede descubrir nuevamente en sí mismo la grandeza revolucionaria, ni sacar nuevas energías de los nuevos vínculos que se ha creado, mientras todas las clases con las que ha luchado en junio no estén tendidas a todo lo largo a su lado mismo. Pero, por lo menos, sucumbe con los honores de una gran lucha de alcance histórico-universal; no sólo Francia, sino toda Europa tiembla ante el terremoto de junio, mientras que las sucesivas derrotas de las clases más altas se consiguen a tan poca costa, que sólo la insolente exageración del partido vencedor puede hacerlas pasar por acontecimientos, y son tanto más ignominiosas cuanto más lejos queda del proletariado el partido que sucumbe.

Ciertamente, la derrota de los insurrectos de junio había preparado, allanado, el terreno en que podía cimentarse y erigirse la república burguesa; pero, al mismo tiempo, había puesto de manifiesto que en Europa se ventilaban otras cuestiones que la de

³⁹ El 15 de mayo de 1848, durante una manifestación popular, los obreros y artesanos parisienses penetraron en la sala de sesiones de la asamblea constituyente, la declararon disuelta y formaron un gobierno revolucionario. Los manifestantes, sin embargo, no tardaron en ser desalojados por la guardia nacional y las tropas. Los dirigentes de los obreros (Blanqui, Barbès, Albert, Raspail, Sobrier y otros) fueron detenidos.

⁴⁰ La Insurrección de Junio, heroica insurrección de los obreros de París entre el 23 y el 25 de junio de 1848, aplastada con excepcional crueldad por la burguesía francesa. Fue la primera gran guerra civil de la historia entre el proletariado y la burguesía.

“república o monarquía”. Había revelado que aquí república burguesa equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras. Había demostrado que en países de vieja civilización, con una formación de clase desarrollada, con condiciones modernas de producción y con una conciencia intelectual, en la que todas las ideas tradicionales se hallan disueltas por un trabajo secular, *la república no significa en general más que la forma política de la subversión de la sociedad burguesa y no su forma conservadora de vida*, como, por ejemplo, en los Estados Unidos de América, donde si bien existen ya clases, éstas no se han plasmado todavía, sino que cambian constantemente y se ceden unas a otras sus partes integrantes, en movimiento continuo; donde los medios modernos de producción, en vez de coincidir con una superpoblación crónica, suplen más bien la escasez relativa de cabezas y brazos, y donde, por último, el movimiento febrilmente juvenil de la producción material, que tiene un mundo nuevo que apropiarse, no ha dejado tiempo ni ocasión para eliminar el viejo mundo fantasmal.

Durante las jornadas de junio, todas las clases y todos los partidos se habían unido en un *partido del orden* frente a la clase proletaria, como *partido de la anarquía*, del socialismo, del comunismo. Habían “salvado” a la sociedad de “*los enemigos de la sociedad*”. Habían dado a su ejército como santo y seña los tópicos de la vieja sociedad: “*propiedad, familia, religión y orden*”, y gritado a la cruzada contrarrevolucionaria: “¡Bajo este signo, vencerás!”⁴¹. Desde este instante, tan pronto como uno cualquiera de los numerosos partidos que se habían agrupado bajo aquel signo contra los insurrectos de junio, intenta situarse en el palenque revolucionario en su propio interés de clase, sucumbe al grito de “¡propiedad, familia, religión y orden!” La sociedad es salvada cuantas veces se va restringiendo el círculo de sus dominadores y un interés más exclusivo se impone al más amplio. Toda reivindicación, aun de la más elemental reforma financiera burguesa, del liberalismo más vulgar, del más formal republicanismo, de la más trivial democracia, es castigada en el acto como un “atentado contra la sociedad” y estigmatizada como “socialismo”. Hasta que, por último, los pontífices de “la religión y el orden” se ven arrojados ellos mismos a puntapiés de sus sillas píticas⁴², sacados de la cama en medio de la noche y de la niebla, empaquetados en coches celulares, metidos en la cárcel o enviados al destierro; de su templo no queda piedra sobre piedra, sus bocas son selladas, sus plumas rotas, su ley desgarrada, en nombre de la religión, de la propiedad, de la familia y del orden. Burgueses fanáticos del orden son tiroteados en sus balcones por la soldadesca embriagada, la santidad del hogar es profanada y sus casas son bombardeadas como pasatiempo, en nombre de la propiedad, de la familia, de la religión y del orden. La hez de la sociedad burguesa forma por fin la *sagrada falange del orden*; y el héroe Krapülinski⁴³ se instala en las Tullerías como “*salvador de la sociedad*”.

⁴¹ Según la afirmación del historiador romano Eusebio de Cesarea, el emperador Constantino I vio en el cielo en el año 312, la víspera de la victoria sobre su rival Majencio, una cruz con la inscripción: “*in hoc signo vinces*” (“bajo este signo vencerás”).

⁴² Se alude a la pitonisa, sacerdotisa y profetisa del templo de Apolo en Delfos que anunciaba sus profecías, sentada en un trípode junto al templo.

⁴³ Luis Bonaparte.

II

Reanudemos el hilo de los acontecimientos

La historia de la *asamblea nacional constituyente* desde las jornadas de junio es la *historia de la dominación y de la disgregación de la fracción burguesa republicana*, de aquella fracción que se conoce por los nombres de republicanos tricolores, republicanos puros, republicanos políticos, republicanos formalistas, etc.

Bajo la monarquía burguesa de Luis Felipe, esta fracción había armado la *oposición* republicana *oficial* y era, por tanto, parte integrante reconocida del mundo político de la época. Tenía sus representantes en las cámaras y un considerable campo de acción en la prensa. Su órgano parisino, el *National*⁴⁴ era considerado, a su modo, un órgano tan respetable como el *Journal des Débats*⁴⁵; a esta posición que ocupaba bajo la monarquía constitucional correspondía su carácter. No se trata de una fracción de la burguesía mantenida en cohesión por grandes intereses comunes y deslindada por condiciones peculiares de producción, sino de una pandilla de burgueses, escritores, abogados, oficiales y funcionarios de ideas republicanas, cuya influencia descansaba en las antipatías personales del país contra Luis Felipe, en los recuerdos de la antigua república, en la fe republicana de un cierto número de soñadores y sobre todo en el *nacionalismo francés*, cuyo odio contra los Tratados de Viena⁴⁶ y contra la alianza con Inglaterra atizaba constantemente esta fracción. Una gran parte de los partidarios que tenía el *National* bajo Luis Felipe los debía a este imperialismo recatado, que más tarde, bajo la república, pudo enfrentarse, por tanto, con él, como un competidor aplastante, en la persona de Luis Bonaparte. Combatía a la aristocracia financiera, como lo hacía todo el resto de la oposición burguesa. La polémica contra el presupuesto, que en Francia se hallaba directamente relacionada con la lucha contra la aristocracia financiera, brindaba una popularidad demasiado barata y proporcionaba a los *leading articles*⁴⁷ puritanos materia demasiado abundante, para que no se la explotase. La burguesía industrial le estaba agradecida por su defensa servil del sistema proteccionista francés, que él, sin embargo, acogía por razones más bien nacionales que nacional-económicas; la burguesía, en conjunto, le estaba agradecida por sus odiosas denuncias contra el comunismo y el socialismo. Por lo demás, el partido del *National* era *puramente republicano*, exigía que el dominio de la burguesía adoptase formas republicanas en vez de monárquicas, y exigía sobre todo su parte de león en este dominio. Respecto a las condiciones de esta transformación, no veía absolutamente nada claro. Lo que, en cambio, veía claro como la luz del sol y lo que se declaraba públicamente en los banquetes de la reforma en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe, era su impopularidad entre los pequeños burgueses demócratas y sobre todo entre el proletariado revolucionario. Estos

⁴⁴ *Le National* (El Nacional), diario francés; se publicó en París de 1830 a 1851; órgano de los republicanos burgueses moderados. Los representantes más destacados de esta corriente en el gobierno provisional eran Marrast, Bastide y Garnier-Pagés.

⁴⁵ Se alude al artículo de fondo del *Journal des Débats* del 28 de agosto de 1848. *Journal des Débats politiques et littéraires* (Periódico de los debates políticos y literarios): diario burgués francés fundado en París en 1789. Durante la monarquía de julio fue el periódico gubernamental, órgano de la burguesía orleanista. Durante la revolución de 1848, el periódico expresaba las opiniones de la burguesía contrarrevolucionaria agrupada en el denominado partido del orden.

⁴⁶ Tratados de Viena, tratados concertados en Viena (mayo-junio de 1815) por los estados que habían participado en las guerras napoleónicas.

⁴⁷ Editoriales.

republicanos puros (los republicanos puros son así) estaban completamente dispuestos a contentarse por el momento con una regencia de la Duquesa de Orleans, cuando estalló la revolución de febrero y asignó a sus representantes más conocidos un puesto en el gobierno provisional. Poseían, de antemano, naturalmente, la confianza de la burguesía y la mayoría dentro de la asamblea nacional constituyente. De la comisión ejecutiva, que se formó en la asamblea nacional al reunirse ésta, fueron inmediatamente excluidos los elementos *socialistas* del gobierno provisional, y el partido del *National* se aprovechó del estallido de la Insurrección de Junio para dar el pasaporte a la *comisión ejecutiva*, y desembarazarse así de sus rivales más afines, los *republicanos pequeñoburgueses o republicanos demócratas* (Ledru-Rollin, etc.). Cavaignac, el general del partido republicano burgués, que había dirigido la batalla de junio, sustituyó a la comisión ejecutiva con una especie de poder dictatorial. Marrast, antiguo redactor jefe del *National*, se convirtió en el presidente perpetuo de la asamblea nacional constituyente, y los ministerios y todos los demás puestos importantes cayeron en manos de los republicanos puros.

La fracción burguesa republicana, que había venido considerándose desde hacía mucho tiempo como la legítima heredera de la monarquía de julio vio así superadas sus esperanzas más audaces, pero no llegó al poder como soñara bajo Luis Felipe, por una revuelta liberal de la burguesía contra el trono, sino por una insurrección, sofocada a cañonazos, del proletariado contra el capital. Lo que ella se había imaginado como el acontecimiento *más revolucionario* resultó ser, en realidad, el *más contrarrevolucionario*. Le cayó el fruto en el regazo, pero no cayó del árbol de la vida, sino del árbol del conocimiento.

La exclusiva *dominación de los republicanos burgueses* sólo duró desde el 24 de junio hasta el 10 de diciembre de 1848. Esta etapa se resume en *la redacción de una constitución republicana, y en la proclamación del estado de sitio en París*.

La nueva *constitución* no era, en el fondo, más que una reedición republicanizada de la Carta Constitucional de 1830⁴⁸. El censo electoral restringido de la monarquía de julio, que excluía de la dominación política incluso a una gran parte de la burguesía, era incompatible con la existencia de la república burguesa. La Revolución de Febrero había proclamado inmediatamente el sufragio universal y directo⁴⁹ para remplazar el censo restringido. Los republicanos burgueses no podían deshacer este hecho. Tuvieron que contentarse con añadir la condición restrictiva de un domicilio mantenido durante seis meses en el punto electoral. La antigua organización administrativa, municipal, judicial, militar, etc. se mantuvo intacta, y allí donde la constitución la modificó, estas modificaciones afectaban al índice y no al contenido; al nombre, no a la cosa.

El inevitable estado mayor de las libertades de 1848, la libertad personal, de prensa, de palabra, de asociación, de reunión, de enseñanza, de culto, etc., recibió un uniforme constitucional, que hacía a éstas invulnerables. En efecto, cada una de estas libertades es proclamada como el derecho *absoluto* del ciudadano francés, pero con un comentario adicional de que estas libertades son ilimitadas en tanto en cuanto no son limitadas por los “*derechos iguales de otros y por la seguridad pública*”, o bien por “*leyes*” llamadas a armonizar estas libertades individuales entre sí y con la seguridad pública. Así, por ejemplo: “Los ciudadanos tienen derecho a asociarse, a reunirse pacíficamente y sin armas, a formular peticiones y a expresar sus opiniones por medio de la prensa o de otro modo. *El disfrute de estos derechos no tiene más limite que los*

⁴⁸ La Carta Constitucional fue aprobada después de la revolución burguesa de 1830 en Francia. Era la ley fundamental de la monarquía de julio. Proclamaba formalmente los derechos soberanos de la nación y restringía un tanto el poder del monarca.

⁴⁹ Masculino. EIS.

derechos iguales de otros y la seguridad pública” (cap. II de la Constitución Francesa, art. 8). “La enseñanza es libre. La libertad de enseñanza *se ejercerá* según las condiciones que determina la ley y bajo el control supremo del estado” (lugar cit., art. 9). “El domicilio de todo ciudadano es inviolable, *salvo* en las condiciones previstas por la ley, (cap. II, art. 3). Etc., etc. Por tanto, la constitución se remite constantemente a futuras leyes *orgánicas*, que han de precisar y poner en práctica aquellas reservas y regular el disfrute de estas libertades ilimitadas, de modo que no choquen entre sí, ni con la seguridad pública. Y estas leyes orgánicas fueron promulgadas más tarde por los amigos del orden, y todas esas libertades reguladas de modo que la burguesía no chocase en su disfrute con los derechos iguales de las otras clases. Allí donde veda completamente “a los otros” estas libertades, o consiente su disfrute bajo condiciones que son otras tantas celadas policíacas, lo hace siempre, pura y exclusivamente, en interés de la “*seguridad pública*”, es decir, de la seguridad de la burguesía, tal y como lo ordena la constitución. En lo sucesivo, ambas partes invocan, por tanto, con pleno derecho, la constitución: los amigos del orden al anular todas esas libertades, y los demócratas, al reivindicarlas todas. Cada artículo de la constitución contiene, en efecto, su propia antítesis, su propia cámara alta y su propia cámara baja. En la frase general, la libertad; en el comentario adicional, la anulación de la libertad. Por tanto, mientras se respetase *el nombre* de la libertad y sólo se impidiese su aplicación real y efectiva (por la vía legal se entiende), la existencia constitucional de la libertad permanecía íntegra, intacta, por mucho que se asesinase su existencia *común y corriente*.

Sin embargo, esta constitución, convertida en inviolable de un modo tan sutil, era, como Aquiles, vulnerable en un punto; no en el talón, sino en la cabeza, o mejor dicho en las dos cabezas en que culminaba: la *asamblea legislativa*, de una parte, y, de otra, *el presidente*. Si se repasa la constitución, se verá que los únicos artículos absolutos, positivos, indiscutibles y sin tergiversación posible, son los que determinan las relaciones entre el presidente y la asamblea legislativa. En efecto, aquí se trataba, para los republicanos burgueses, de asegurar su propia posición. Los artículos 45-70 de la constitución están redactados de tal forma, que la asamblea nacional puede eliminar al presidente de un modo constitucional, mientras que el presidente sólo puede eliminar a la asamblea nacional inconstitucionalmente, desechando la constitución misma. Aquí, ella misma provoca, pues, su violenta supresión. No sólo consagra la división de poderes, como la Carta Constitucional de 1830, sino que la extiende hasta una contradicción insostenible. *El juego de los poderes constitucionales*, como Guizot llamaba a las camorras parlamentarias entre el poder legislativo y el ejecutivo, juega en la constitución de 1848 constantemente *va banque*. De un lado, 750 representantes del pueblo, elegidos por sufragio universal y reelegibles, que forman una asamblea nacional no fiscalizable, indisoluble e indivisible, una asamblea nacional que goza de omnipotencia legislativa, que decide en última instancia acerca de la guerra, de la paz y de los tratados comerciales, la única que tiene el derecho de amnistía y que con su permanencia ocupa constantemente el primer plano de la escena. De otro lado, el presidente, con todos los atributos del poder regio, con facultades para nombrar y separar a sus ministros, independientemente de la asamblea nacional, con todos los medios del poder ejecutivo en sus manos, siendo el que distribuye todos los puestos y el que, por tanto, decide en Francia la suerte de más de millón y medio de existencias, que dependen de los 500.000 funcionarios y oficiales de todos los grados. Tiene bajo su mando todo el poder armado. Goza del privilegio de indultar a delincuentes individuales, de dejar en suspenso a los guardias nacionales, de destituir, de acuerdo con el consejo de estado, los consejos generales y cantonales y los ayuntamientos elegidos por los mismos ciudadanos. La iniciativa y la dirección de todos los tratados con el extranjero son facultades reservadas a él. Mientras que la asamblea

nacional actúa constantemente sobre las tablas, expuesta a la luz del día y a la crítica pública, el presidente lleva una vida oculta en los Campos Elíseos y, además, teniendo siempre clavado en los ojos y en el corazón el artículo 45 de la constitución, que le grita un día tras otro “*frère, il faut mourir!*”⁵⁰ ¡Tu poder acaba el segundo domingo del hermoso mes de mayo del cuarto año de tu elección! ¡Y entonces, todo este esplendor se ha acabado y la función no puede repetirse, y si tienes deudas mira a tiempo cómo te las arreglas para saldarlas con los 600.000 francos que te asigna la constitución, si es que acaso no prefieres dar con tus huesos en Clichy⁵¹ al segundo lunes del hermoso mes de mayo! A la par que asigna al presidente el poder efectivo, la constitución procura asegurar a la asamblea nacional el poder moral. Aparte de que es imposible atribuir un poder moral mediante los artículos de una ley, la constitución aquí vuelve a anularse a sí misma, al disponer que el presidente será elegido por todos los franceses mediante sufragio universal y directo. Mientras que los votos de Francia se dispersan entre los 750 diputados de la asamblea nacional, aquí se concentran, por el contrario, en *un solo* individuo. Mientras que cada uno de los representantes del pueblo sólo representa a este o a aquel partido, a esta o aquella ciudad, a esta o aquella cabeza de puente o incluso a la mera necesidad de elegir a uno cualquiera que haga el número de los 750, sin parar mientes minuciosamente en la cosa ni en el hombre, él es el elegido de la nación, y el acto de su elección es el gran triunfo que se juega una vez cada cuatro años el pueblo soberano. La asamblea nacional elegido está en una relación metafísica con la nación, mientras que el presidente elegido está en una relación personal. La asamblea nacional representa sin duda, en sus distintos diputados, las múltiples facetas del espíritu nacional, pero en el presidente se encarna este espíritu. El presidente posee frente a ella una especie de derecho divino, es presidente por la gracia del pueblo.

Tetis, la diosa del mar, había profetizado a Aquiles que moriría en la flor de la juventud. La constitución, que tiene su punto vulnerable, como Aquiles, tenía también como éste el presentimiento de que moriría de muerte prematura. A los republicanos puros constituyentes les bastaba con echar desde el reino de nubes de su república ideal una mirada al mundo profano, para darse cuenta de cómo a medida que se iban acercando a la consumación de su gran obra de arte legislativo, crecía por días la insolencia de los monárquicos, de los bonapartistas, de los demócratas, de los comunistas, y su propio descrédito, sin que, por tanto, Tetis necesitase abandonar el mar y confiarles el secreto. Intentaron salir astutamente al paso de la fatalidad con un ardid constitucional, mediante el artículo 111 de la constitución, según el cual toda propuesta de *revisión constitucional* ha de votarse en tres debates sucesivos, con un intervalo de un mes entero entre cada debate, por las tres cuartas partes de votantes, por lo menos, y siempre y cuando que, además, voten no menos de 500 diputados de la asamblea nacional. Con esto no hacían más que el pobre intento de ejercer como minoría (porque ya se veían proféticamente como tal) un poder que, en aquel momento, en que disponía de la mayoría parlamentaria y de todos los resortes del poder del gobierno se les iba escapando por días de las débiles manos.

Finalmente, en un artículo melodramático, la constitución se confía “a la vigilancia y al patriotismo de todo el pueblo francés y de cada francés por separado”, después que en otro artículo anterior había entregado ya los “vigilantes” y “patriotas” a los tiernos y criminalísimos cuidados del tribunal supremo, *Haute Cour*, creado expresamente por ella.

⁵⁰ *Frère, il faut mourir!* (¡hermano, hay que morir!), palabras con que se saludaba entre sí los miembros de la orden de los monjes católicos trapenses.

⁵¹ Clichy, cárcel de París donde se recluía a los deudores insolventes (desde 1826 hasta 1867).

Tal era la constitución de 1848, que no fue derribada el 2 de diciembre de 1851 por una cabeza, sino que se vino a tierra al contacto de un simple sombrero; cierto es que este sombrero era el tricorno napoleónico.

Mientras los republicanos burgueses de la asamblea se ocupaban en cavilar, discutir y votar esta constitución, Cavaignac mantenía, fuera de la asamblea, *el estado de sitio en París*. El estado de sitio en París fue el comadrón de la constituyente en sus dolores republicanos del parto. Si más tarde la constitución fue muerta por las bayonetas, no hay que olvidar que también había sido guardada en el vientre materno y traída al mundo por las bayonetas, por bayonetas vueltas contra el pueblo. Los antepasados de los “republicanos honestos” habían hecho dar a su símbolo, la bandera tricolor⁵², la vuelta por Europa. Ellos, a su vez, hicieron también un invento que se abrió por sí mismo paso por todo el continente, pero retornando a Francia con amor siempre renovado, hasta que acabó adquiriendo carta de ciudadanía en la mitad de sus departamentos: *el estado de sitio*. ¡Magnífico invento, aplicado periódicamente en cada una de las crisis sucesivas en el curso de la revolución francesa! Y el cuartel y el vivac, puestos así, periódicamente, por encima de la sociedad francesa para aplastarle el cerebro y convertirla en un ser tranquilo; el sable y el mosquetón, que periódicamente regentaban la justicia y la administración, ejercían tutela y censura, hacían funciones de policía y oficio de serenos; al bigote y la guerrera, que se preconizaban periódicamente como la sabiduría suprema y como los rectores de la sociedad, ¿no tenían necesariamente el cuartel y el vivac, el sable y el mosquetón, el bigote y la guerrera, que dar por último en la ocurrencia de que era mejor salvar a la sociedad de una vez para siempre, proclamando su propio régimen como el más alto de todos y descargando por completo a la sociedad burguesa del cuidado de gobernarse por sí misma? El cuartel y el vivac, el sable y el mosquetón, el bigote y la guerrera tenían necesariamente que dar en esta ocurrencia, con tanta mayor razón cuanto que de este modo podían esperar también una mejor recompensa por sus altos servicios, mientras que limitándose a decretar periódicamente el estado de sitio y a salvar transitoriamente a la sociedad por encargo de esta o aquella fracción de la burguesía, se conseguía poco de sólido, fuera de algunos muertos y heridos y de algunas muecas amistosas de burgueses. ¿Por qué el elemento militar no podía jugar por fin de una vez al estado de sitio en su propio interés y para su propio beneficio, sitiando al mismo tiempo las bolsas burguesas? Por lo demás, no olvidemos, digámoslo de pasada, que el *coronel Bernard*, aquel mismo presidente de la comisión militar que bajo Cavaignac ayudó a mandar a la deportación, sin juicio, a 15.000 insurrectos, vuelve a hallarse en este momento a la cabeza de las comisiones militares que actúan en París.

Si los republicanos “honestos”, los republicanos puros, plantaron con el estado de sitio de París el vivero en que habían de criarse los pretorianos⁵³ del 2 de diciembre de 1851 merecen en cambio que se ensalce en ellos el que, lejos de exagerar el sentimiento nacional como habían hecho bajo Luis Felipe, ahora, cuando disponen del poder de la

⁵² Durante los primeros días de la existencia de la República Francesa se planteó la cuestión de elegir la bandera nacional. Los obreros revolucionarios de París exigían que se declarase enseña nacional la bandera roja que enarbolaran los obreros de los suburbios de la capital durante la Insurrección de Junio de 1832. Los representantes de la burguesía insistían en que se eligiera la tricolor (azul, blanca y roja), que había sido la bandera de Francia durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII y del imperio de Napoleón I. Esta bandera había sido también, antes de la revolución de 1848, el emblema de los republicanos burgueses que se agrupaban en torno al periódico *Le National*. Los representantes de los obreros se vieron obligados a acceder a que la bandera nacional de la República Francesa fuese declarada la tricolor. No obstante, al asta de la bandera se adhirió una escarapela roja.

⁵³ Pretorianos, denominación que se daba en la Roma antigua a la guardia personal privilegiada de los jefes militares o del emperador; participaban siempre en los motines interiores y llevaban a menudo al trono a personeros suyos. Aquí se trata de la Sociedad del 10 de Diciembre.

nación, se arrastran a los pies del extranjero, y en vez de liberar a Italia, hacen que vuelvan a ocuparla los austríacos y los napolitanos⁵⁴. La elección de Luis Bonaparte como presidente, el 10 de diciembre de 1848, puso fin a la dictadura de Cavaignac y a la constituyente.

En el artículo 44 de la constitución se dice: “El presidente de la República Francesa no deberá haber perdido nunca la ciudadanía francesa”. El primer presidente de la República Francesa, L. N. Bonaparte, no sólo había perdido la ciudadanía francesa, no sólo había sido agente especial de la policía inglesa, sino que era incluso un suizo naturalizado⁵⁵.

Ya he expuesto en otro lugar la significación de las elecciones del 10 de diciembre⁵⁶. No he de volver aquí sobre esto. Baste observar que fue una *reacción de los campesinos*, que habían tenido que pagar el coste de la Revolución de Febrero, contra las demás clases de la nación, una *reacción del campo contra la ciudad*. Esta reacción encontró gran eco en el ejército, al que los republicanos del *National* no habían dado fama ni aumento de sueldo; entre la gran burguesía, que saludó en Bonaparte el puente hacia la monarquía; entre los proletarios y los pequeños burgueses, que le saludaron como un azote para Cavaignac. Más adelante he de tener ocasión de examinar más en detalle el papel de los campesinos en la revolución francesa.

La época que va desde el 20 de diciembre de 1848 hasta la disolución de la constituyente en mayo de 1849, abarca la historia del ocaso de los republicanos burgueses. Después de haber creado una república para la burguesía, de haber expulsado del campo de lucha al proletariado revolucionario y de reducir provisionalmente al silencio a la pequeña burguesía democrática, se ven ellos mismos puestos al margen por la masa de la burguesía, que con justo derecho embarga a esta república como cosa de su *propiedad*. Pero esta masa burguesa era *realista*. Una parte de ella, los grandes propietarios de tierras, había dominado bajo la *Restauración* y era, por tanto, *legitimista*. La otra parte, los aristócratas financieros y los grandes industriales, había dominado bajo la monarquía de julio, y era, por consiguiente, *orleanista*⁵⁷. Los altos dignatarios del ejército, de la universidad, de la iglesia, del foro, de la academia y de la prensa se repartían entre ambos campos, aunque en distinta proporción. Aquí, en la república burguesa, que no ostentaba el nombre de *Borbón* ni el nombre de *Orleáns*, sino el nombre de *Capital*, habían encontrado la forma de gobierno bajo la cual podían dominar conjuntamente. Ya la Insurrección de Junio los había unido en las filas del “partido del orden”⁵⁸. Ahora, se trataba ante todo de eliminar a la pandilla de los republicanos burgueses que ocupaban todavía los escaños de la asamblea nacional. Y todo lo que estos republicanos puros habían tenido de brutales para abusar de la fuerza física contra el pueblo, lo tuvieron ahora de cobardes, de pusilánimes, de tímidos, de alicaídos, de incapaces de luchar para mantener su republicanismo y su derecho de legisladores frente al poder ejecutivo y los realistas. No tengo por qué relatar aquí la historia ignominiosa de su desintegración. No

⁵⁴ Se alude a la participación conjunta del reino napolitano y Austria en la intervención contra la República Romana en mayo-julio de 1849.

⁵⁵ Marx se refiere a los siguientes hechos de la biografía de Luis Bonaparte: en 1832 Luis Bonaparte adoptó la nacionalidad suiza en el cantón de Thurgau; en 1848, durante su estancia en Inglaterra, se hizo voluntariamente constable especial (en Inglaterra, reserva policíaca entre la población civil).

⁵⁶ Ver en esta misma serie *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, páginas 42-44, formato pdf.

⁵⁷ Se trata de los dos partidos monárquicos de la burguesía francesa de la primera mitad del siglo XIX, o sea, de los legitimistas y de los orleanistas.

⁵⁸ Partido del orden, surgió en 1848 como partido de la gran burguesía conservadora; era una coalición de las dos fracciones monárquicas de Francia, es decir, de los legitimistas y los orleanistas; desde 1849 hasta el golpe de estado del 2 de diciembre de 1851 ocupaba una posición rectora en la Asamblea Legislativa de la Segunda República.

cayeron, se acabaron. Su historia ha terminado para siempre, y en el período siguiente ya sólo figuran, lo mismo dentro que fuera de la asamblea, como recuerdos, recuerdos que parecen revivir de nuevo tan pronto como se trata del mero nombre de República y cuantas veces el conflicto revolucionario amenaza con descender hasta el nivel más bajo. Diré de pasada que el periódico que dio su nombre a este partido, el *National*, se pasó en el período siguiente al socialismo.

Antes de terminar con este período, tenemos que echar todavía una ojeada retrospectiva a los dos poderes, uno de los cuales anuló al otro el 2 de diciembre de 1851, mientras que desde el 20 de diciembre de 1848 hasta la disolución de la constituyente vivieron en relaciones maritales. Nos referimos, de un lado, a Luis Bonaparte y, de otro lado, al partido de los realistas coligados, al partido del orden, al partido de la gran burguesía. Al tomar posesión de la presidencia, Bonaparte formó inmediatamente un ministerio del partido del orden, al frente del cual puso a Odilon Barrot, que era, nótese bien, el antiguo dirigente de la fracción más liberal de la burguesía parlamentaria. Por fin, el señor Barrot había cazado la cartera de ministro cuyo espectro le perseguía desde 1830, y más aún, la presidencia del ministerio; pero no como lo había soñado bajo Luis Felipe, como el jefe más avanzado de la oposición parlamentaria, sino con la misión de matar un parlamento y como aliado de todos sus peores enemigos, los jesuitas y los legitimistas. Por fin, pudo casarse con la novia, pero sólo después de que ésta había sido ya prostituida. En cuanto a Bonaparte, se eclipsó en apariencia totalmente. Ese partido actuaba por él.

Ya en el primer consejo de ministros se acordó la expedición a Roma, que se convino en realizar a espaldas de la asamblea nacional y arrancándole a ésta los medios financieros bajo un pretexto falso. Así comenzó la cosa, estafando a la asamblea nacional y con una conspiración secreta con las potencias absolutistas extranjeras contra la república revolucionaria romana. Del mismo modo y con la misma maniobra, Bonaparte preparó su golpe del 2 de diciembre contra la asamblea legislativa realista y su república constitucional. No olvidemos que el mismo partido, que el 20 de diciembre de 1848 formaba el ministerio de Bonaparte, formaba el 2 de diciembre de 1851 la mayoría de la asamblea nacional legislativa.

La constituyente había acordado en agosto no disolverse hasta después de elaborar y promulgar toda una serie de leyes orgánicas complementarias de la constitución. El partido del orden le propuso el 6 de enero de 1849, por medio del diputado Râteau, no tocar las leyes orgánicas y acordar más bien *su propia disolución*. No sólo el ministerio, con el señor Odilon Barrot a la cabeza, sino todos los diputados realistas de la asamblea nacional le hicieron saber en este momento, en tono imperativo, que su disolución era necesaria para restablecer el crédito, para consolidar el orden, para poner fin a aquella indefinida situación provisional y crear un estado de cosas definitivo; se le dijo que entorpecía la actividad del nuevo gobierno y sólo procuraba alargar su vida por rencor, que el país estaba cansado de ella. Bonaparte tomó nota de todas estas invectivas contra el poder legislativo, se las aprendió de memoria y, el 2 de diciembre de 1851, demostró a los realistas parlamentarios que había aprovechado sus lecciones. Repitió contra ellos sus propios tópicos.

El ministerio Barrot y el partido del orden fueron más allá. Hicieron que de toda Francia se dirigiesen *solicitudes a la asamblea nacional* pidiendo a ésta muy amablemente que se retirase. De este modo, lanzaron a la batalla contra la asamblea nacional, expresión constitucionalmente organizada del pueblo, sus masas no organizadas. Enseñaron a Bonaparte a apelar ante el pueblo contra las asambleas parlamentarias. Por fin, el 29 de enero de 1849 llegó el día en que la constituyente había de resolver el problema de su propia disolución. La asamblea nacional se encontró con el edificio en que se celebraban sus sesiones ocupado militarmente; Changarnier, el general

del partido del orden, en cuyas manos se concentraba el mando supremo de la guardia nacional y las tropas de línea, celebró en París una gran revista de tropas, como en vísperas de una batalla, y los realistas coligados declararon conminatoriamente a la constituyente, que si no se mostraba sumisa se emplearía la fuerza. Se mostró sumisa y regateó únicamente un plazo brevísimo de vida. ¿Qué fue el 29 de enero sino el *coup d'état*⁵⁹ del 2 de diciembre de 1851, sólo que ejecutado por los realistas juntamente con Bonaparte contra la asamblea nacional republicana? Esos señores realistas no advirtieron o no quisieron advertir que Bonaparte se valió del 29 de enero de 1849 para hacer que desfilase ante él, por las Tullerías, una parte de las tropas y se agarró ávidamente a esta primera demostración pública del poder militar contra el poder parlamentario, para hacer alusión a Calígula⁶⁰. Claro está que ellos no veían más que a su Changarnier.

El motivo que llevó especialmente al partido del orden a acortar violentamente la vida de la constituyente fueron las leyes *orgánicas* complementarias de la constitución, como la ley de enseñanza, la ley de cultos, etc. A los realistas coligados les interesaba en extremo hacer ellos mismos estas leyes y no dejar que las hiciesen los republicanos ya recelosos. Entre estas leyes orgánicas figuraba también, sin embargo, una ley sobre la responsabilidad del presidente de la república. En 1851, la asamblea legislativa se ocupaba precisamente de la redacción de esta ley, cuando Bonaparte paró este coup con el *coup*⁶¹ del 2 de diciembre. ¡Qué no hubieran dado los realistas coligados, en su campaña parlamentaria del invierno de 1851, por haberse encontrado ya hecha, la ley sobre la responsabilidad presidencial! ¡Y hecha, además, por una asamblea desconfiada, rencorosa, republicana!

Después de que la misma constituyente había roto el 29 de enero de 1849 su última arma, el ministerio Barrot y los amigos del orden la acosaron a muerte, no dejaron por hacer nada que pudiera humillarla y arrancaron a su debilidad y a su falta de confianza en sí misma leyes que le costaron el último residuo de respeto de que aún gozaba entre el público. Bonaparte, con su idea fija napoleónica, fue lo suficientemente audaz para explotar públicamente esta degradación del poder parlamentario. En efecto, cuando el 8 de mayo de 1849 la asamblea nacional da un voto de censura al gobierno por la ocupación de Civitavecchia por Oudinot y ordena que se reduzca la expedición romana a su supuesta finalidad, Bonaparte publica en el *Moniteur*⁶², en la tarde del mismo día, una carta a Oudinot en la que le felicita por sus heroicas hazañas, y se presenta ya, por oposición a los escritorillos parlamentarios, como el generoso protector del ejército. Los realistas, al ver esto, se sonrieron, creyendo sencillamente que habían logrado embaucarle. Por fin, cuando Marrast, presidente de la constituyente, creyó en peligro por un momento la seguridad de la asamblea nacional, y, apoyándose en la constitución, requirió a un coronel con su regimiento, el coronel se negó a obedecer, invocó la disciplina y remitió a Marrast a Changarnier, quien le despidió sardónicamente, diciéndole que no le gustaban las *baïonnettes intelligentes*⁶³. En noviembre de 1851, cuando los realistas coligados quisieron comenzar la lucha decisiva contra Bonaparte, intentaron, con su célebre

⁵⁹ Golpe de estado.

⁶⁰ El emperador romano Calígula (37-41) fue elevado al trono por la guardia pretoriana.

⁶¹ Golpe.

⁶² *Le Moniteur universel* (El Heraldo universal), diario francés, órgano oficial del gobierno; aparecía en París desde 1789 hasta 1901. En las páginas de *Le Moniteur* se insertaban obligatoriamente las disposiciones y decretos del gobierno, informaciones de los debates parlamentarios y otros documentos oficiales; en 1848 se publicaban también en este periódico informaciones de las reuniones de la Comisión de Luxemburgo.

⁶³ Bayonetas inteligentes.

*proyecto de ley sobre los cuestores*⁶⁴, lograr que se adoptara el principio de la requisición directa de las tropas por el presidente de la asamblea nacional. Uno de sus generales, Le Flô, había suscrito el proyecto de ley. Fue inútil que Changarnier votase a favor de la propuesta y que Thiers rindiese homenaje a la circunspecta sabiduría de la antigua constituyente. *El ministro de la guerra, St. Arnaud*, le contestó como Changarnier había contestado a Marrast, ¡y entre los gritos de aplauso de la Montaña!

Así fue cómo el mismo *partido del orden*, cuando todavía no era asamblea nacional, cuando sólo era ministerio, estigmatizó el *régimen parlamentario*. ¡Y pone el grito en el cielo, cuando, el 2 de diciembre de 1851, este régimen es desterrado de Francia!
¡Le deseamos feliz viaje!

⁶⁴ Se llamaban cuestores en la asamblea legislativa a los encargados de administrar la hacienda pública y velar por su seguridad (por analogía con los cuestores de la Roma antigua). El proyecto de ley sobre la concesión al presidente de la asamblea nacional del derecho de llamar a las tropas fue presentado por los cuestores realistas Le Flô, Baze y Panat el 6 de noviembre de 1851, y tras de suscitar violentos debates, fue rechazado el 17 de noviembre.

III

El 28 de mayo de 1849 se reunió la asamblea nacional legislativa. El 2 de diciembre de 1851 fue disuelta por la fuerza. Este período abarca la vida de *la república constitucional o parlamentaria*.

En la primera revolución francesa, a la dominación de los *constitucionales* le sigue la dominación de los *girondinos*, y a la dominación de los girondinos, la de los *jacobinos*⁶⁵. Cada uno de estos partidos se apoya en el que se halla delante. Tan pronto como ha impulsado la revolución lo suficiente para no poder seguirla, y mucho menos para poder encabezarla, es desplazado y enviado a la guillotina por el aliado, más intrépido, que está detrás de él. La revolución se mueve de este modo en un sentido ascensional.

En la revolución de 1848 es al revés. El partido proletario aparece como apéndice del pequeñoburgués-democrático. Este le traiciona y contribuye a su derrota el 16 de abril⁶⁶, el 15 de mayo y en las jornadas de junio. A su vez, el partido democrático se apoya sobre los hombros del republicano-burgués. Apenas se consideran seguros, los republicanos burgueses se sacuden el molesto camarada y se apoyan, a su vez, sobre los hombros del partido del orden. El partido del orden levanta sus hombros, deja caer a los republicanos burgueses dando volteretas y salta, a su vez, a los hombros del poder armado. Y cuando cree que está todavía sentado sobre esos hombros, una buena mañana se encuentra con que los hombros se han convertido en bayonetas. Cada partido da coces al que empuja hacia adelante y se apoya en las espaldas del partido que impulsa para atrás. No es extraño que, en esta ridícula postura, pierda el equilibrio y se venga a tierra entre extrañas cabriolas, después de hacer las muecas inevitables. De este modo, la revolución se mueve en sentido descendente. En este movimiento de retroceso se encuentra todavía antes de desmontarse la última barricada de febrero y de constituirse el primer órgano de autoridad revolucionaria.

El período que tenemos ante nosotros abarca la mezcolanza más abigarrada de clamorosas contradicciones: constitucionales que conspiran abiertamente contra la constitución, revolucionarios que confiesan abiertamente ser constitucionales, una asamblea nacional que quiere ser omnipotente y no deja de ser ni un solo momento parlamentaria; una Montaña que encuentra su misión en la resignación y para los golpes de sus derrotas presentes con la profecía de victorias futuras; realistas que son los *patres conscripti*⁶⁷ de la república y se ven obligados por la situación a mantener en el extranjero las dinastías reales en pugna, de que son partidarios, y sostener en Francia la república, a la que odian; un poder ejecutivo que encuentra en su misma debilidad su fuerza, y su

⁶⁵ *Constitucionalistas*, partidarios de la monarquía constitucional, representantes de la gran burguesía, estrechamente ligada al poder monárquico, y de la aristocracia liberal. *Girondinos*, agrupación política burguesa del período de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Expresaban los intereses de la burguesía moderada, vacilaban entre la revolución y la contrarrevolución y seguían la senda de las componendas con la monarquía. Debían su denominación al departamento de la Gironda, representado por muchos dirigentes de la agrupación en la asamblea legislativa y la Convención. *Jacobinos*, agrupación política de la burguesía en el período de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Representaban el ala izquierda de la burguesía francesa y defendían con energía y consecuencia la necesidad de acabar con el feudalismo y el absolutismo.

⁶⁶ El 16 de abril de 1848 la guardia nacional burguesa, movilizada especialmente con este fin, detuvo en París una manifestación pacífica de obreros que iban a presentar al gobierno provisional una petición sobre la “organización del trabajo” y la “abolición de la explotación del hombre por el hombre”.

⁶⁷ Los senadores.

respetabilidad en el desprecio que inspira; una república que no es más que la infamia combinada de dos monarquías, la de la Restauración y la de julio, con una etiqueta imperial; alianzas cuya primera cláusula es la separación; luchas cuya primera ley es la indecisión; en nombre de la calma una agitación desenfadada y vacua; en nombre de la revolución los más solemnes sermones a favor de la tranquilidad; pasiones sin verdad; verdades sin pasión; héroes sin hazañas heroicas; historia sin acontecimientos; un proceso cuya única fuerza propulsora parece ser el calendario, fatigoso por la sempiterna repetición de tensiones y relajamientos; antagonismos que sólo parecen exaltarse periódicamente para embotarse y decaer, sin poder resolverse; esfuerzos pretenciosamente ostentados y espantos burgueses ante el peligro del fin del mundo y al mismo tiempo los salvadores de éste tejiendo las más mezquinas intrigas y comedias palaciegas, que en su *laissez aller*⁶⁸ recuerdan más que el juicio final los tiempos de la Fronda⁶⁹; el genio colectivo oficial de Francia ultrajado por la estupidez ladina de un solo individuo; la voluntad colectiva de la nación, cuantas veces habla en el sufragio universal, busca su expresión adecuada en los enemigos empedernidos de los intereses de las masas, hasta que, por último, la encuentra en la voluntad obstinada de un filibustero. Si hay pasaje de la historia pintado en gris sobre fondo gris, es éste. Hombres y acontecimientos aparecen como un Schlemihl a la inversa, como sombras que han perdido sus cuerpos. La misma revolución paraliza a sus propios portadores y sólo dota de violencia pasional a sus adversarios. Y cuando, por fin, aparece el “espectro rojo”, constantemente evocado y conjurado por los contrarrevolucionarios, no aparece tocado con el gorro frigio⁷⁰ de la anarquía, sino vistiendo el uniforme del orden, con *zaragüelles rojos*.

Veámos que el ministerio nombrado por Bonaparte el 20 de diciembre de 1848, el día de su ascensión, era un ministerio del partido del orden, de la coalición legitimista y orleanista. Este ministerio, Barrot-Falleux, había sobrevivido a la constituyente republicana, cuya vida había acortado de un modo más o menos violento, y empuñaba todavía el timón. Changarnier, el general de los realistas coligados, seguía concentrando en su persona el alto mando de la primera división militar y de la guardia nacional de París. Finalmente, las elecciones generales habían asegurado al partido del orden la gran mayoría en la asamblea nacional. Aquí, los diputados y los pares de Luis Felipe se encontraron con un santo tropel de legitimistas para quienes numerosas papeletas electorales de la nación se habían trocado en entradas para la escena política. Los diputados bonapartistas eran demasiado contados para poder formar un partido parlamentario independiente. Sólo aparecían como una *mauvaise queue*⁷¹ del partido del orden. Como vemos, el partido del orden tenía en sus manos el poder del gobierno, el ejército y el cuerpo legislativo; en una palabra, todos los poderes del estado, y se hallaba fortalecido moralmente por las elecciones generales que hacían aparecer su dominación como voluntad del pueblo, y por la victoria simultánea de la contrarrevolución en todo el continente europeo.

Jamás un partido abrió la campaña con medios más abundantes ni bajo mejores auspicios.

Los republicanos puros naufragados se vieron reducidos en la asamblea nacional Legislativa a una pandilla de unos 50 hombres, y a su frente los generales africanos

⁶⁸ Despreocupación, dejar hacer.

⁶⁹ Fronda, movimiento aristocrático burgués desplegado en Francia contra el absolutismo entre 1648 y 1653. Los nobles, dirigentes del movimiento, con el apoyo de sus séquitos y de tropas extranjeras, utilizaban en provecho propio las insurrecciones campesinas y los movimientos democráticos de las ciudades que estallaban por entonces.

⁷⁰ Gorro frigio, gorro encarnado de los antiguos frigios. Posteriormente sirvió de modelo para el gorro que usaron los jacobinos.

⁷¹ Apéndice molesto.

Cavaignac, Lamoricière y Bedeau. Pero el gran partido de oposición lo formaba la *Montaña*. Con este nombre parlamentario se había bautizado el partido *socialdemócrata*. Disponía de más de 200 de los 750 votos de la asamblea nacional y era, por lo menos, tan fuerte como cualquiera de las tres fracciones del partido del orden por separado. Su minoría relativa frente a toda la coalición realista parecía estar compensada por circunstancias especiales. No sólo porque las elecciones departamentales pusieron de manifiesto que este partido había ganado simpatías considerables entre la población del campo. Contaba además en sus filas con casi todos los diputados de París, el ejército había hecho una confesión de fe democrática mediante la elección de tres suboficiales, y el jefe de la Montaña, Ledru-Rollin, a diferencia de todos los representantes del partido del orden, fue elevado al rango de la nobleza parlamentaria por cinco departamentos que habían concentrado sus votos en él. Por tanto, el 28 de mayo de 1849, dados los inevitables choques intestinos de los realistas y los de todo el partido del orden con Bonaparte, la Montaña parecía contar con todas las probabilidades de éxito. Catorce días después lo había perdido todo, hasta el honor.

Antes de proseguir con la historia parlamentaria, son indispensables algunas observaciones, para evitar los errores corrientes acerca del carácter total de la época que nos ocupa. Según la manera de ver de los demócratas, durante el período de la asamblea nacional legislativa el problema es el mismo que el del período de la constituyente: la simple lucha entre republicanos y realistas. En cuanto al movimiento mismo lo encierran en un tópico: “reacción”, la noche, en la que todos los gatos son pardos y que les permite salmodiar todos sus habituales lugares comunes, dignos de su papel de sereno. Y, ciertamente, a primera vista el partido del orden parece un ovillo de diversas fracciones realistas, que no sólo intrigan unas contra otras para elevar cada cual al trono a su propio pretendiente y eliminar al del bando contrario, sino que, además, se unen todas en el odio común y en los ataques comunes contra la “república”. Por su parte, la Montaña aparece como la representante de la “república” frente a esta conspiración realista. El partido del orden aparece constantemente ocupado en una “*reacción*” que, ni más ni menos que en Prusia, va contra la prensa, contra la asociación, etc., y se traduce, al igual que en Prusia, en brutales injerencias policíacas de la burocracia, de la gendarmería y de los tribunales. A su vez, la Montaña está constantemente ocupada con no menos celo en repeler estos ataques, defendiendo así los “eternos derechos humanos”, como todo partido sedicente popular lo viene haciendo más o menos desde hace siglo y medio. Sin embargo, examinando más de cerca la situación y los partidos, se esfuma esta apariencia superficial, que vela la *lucha de clases* y la peculiar fisonomía de este período.

Legitimistas y orleanistas formaban, como queda dicho, las dos grandes fracciones del partido del orden. ¿Qué era lo que hacía que estas fracciones se aferrasen a sus pretendientes y las mantenía mutuamente separadas? ¿Serían tan sólo las flores de lis⁷² y la bandera tricolor, la Casa de Borbón y la Casa de Orleáns, diferentes matices del realismo o, en general, su profesión de fe realista? Bajo los Borbones había gobernado *la gran propiedad territorial*, con sus curas y sus lacayos; bajo los Orleáns, la alta finanza, la gran industria, el gran comercio, es decir, *el capital*, con todo su séquito de abogados, profesores y retóricos. La monarquía legítima no era más que la expresión política de la dominación heredada de los señores de la tierra, del mismo modo que la monarquía de julio no era más que la expresión política de la dominación usurpada de los advenedizos burgueses. Lo que, por tanto, separaba a estas fracciones no era eso que llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del

⁷² La flor de lis, emblema heráldico de la monarquía de los Borbones; la violeta, emblema de los bonapartistas.

suelo. Que, al mismo tiempo, había viejos recuerdos, enemistades personales, temores y esperanzas, prejuicios e ilusiones, simpatías y antipatías, convicciones, artículos de fe y principios que los mantenían unidos a una u otra dinastía, ¿quién lo niega? Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se le imbuye la tradición y la educación, podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta. Aunque los orleanistas y los legitimistas; aunque cada fracción se esforzase por convencerse a sí misma y por convencer a la otra de que lo que las separaba era la lealtad a sus dos dinastías, los hechos demostraron más tarde que eran más bien sus intereses divididos lo que impedía que las dos dinastías se uniesen. Y así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre piensa y dice de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo efectivo y sus intereses efectivos, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son. Orleanistas y legitimistas se encontraron en la república los unos junto a los otros y con idénticas pretensiones. Si cada parte quería imponer frente a la otra la *restauración* de su *propia dinastía*, esto sólo significaba una cosa: que cada uno de *los dos grandes intereses* en que se divide la burguesía (la propiedad del suelo y el capital) aspiraba a restaurar su propia supremacía y la subordinación del otro. Hablamos de dos intereses de la burguesía, pues la gran propiedad del suelo, pese a su coquetería feudal y a su orgullo de casta, estaba completamente aburguesada por el desarrollo de la sociedad moderna. También los tories en Inglaterra se hicieron durante mucho tiempo la ilusión de creer que se entusiasmaban con la monarquía, la iglesia y las bellezas de la vieja constitución inglesa, hasta que llegó el día del peligro y les arrancó la confesión de que sólo se entusiasmaban con *la renta del suelo*.

Los realistas coligados intrigaban unos contra otros en la prensa, en Ems⁷³, en Claremont⁷⁴, fuera del parlamento. Entre bastidores, volvían a vestir sus viejas libreas orleanistas y legitimistas y reanudaban sus viejos torneos. Pero en la escena pública, en sus grandes representaciones cívicas, como gran partido parlamentario, despachaban a sus respectivas dinastías con simples reverencias y aplazaban la restauración de la monarquía *in infinitum*⁷⁵. Cumplían con su verdadero oficio como *partido del orden*, es decir, bajo un título *social* y no bajo un título *político*, como representantes del régimen social burgués y no como caballeros de ninguna princesa peregrinante, como clase burguesa frente a otras clases y no como realistas frente a republicanos. Y, como partido del orden, ejercieron una dominación más ilimitada y más dura sobre las demás clases de la sociedad que la que habían ejercido nunca bajo la Restauración o bajo la monarquía de julio, como sólo era posible ejercerla bajo la forma de la república parlamentaria, pues sólo bajo esta forma podían unirse los dos grandes sectores de la burguesía francesa, y por tanto poner a la orden del día la dominación de su clase en vez del régimen de un sector privilegiado de ella. Si, a pesar de esto y también como partido del orden, insultaban a la república y manifestaban la repugnancia que sentían por ella, no era sólo por apego a sus recuerdos realistas. El instinto les enseñaba que, aunque la república había

⁷³ Se trata del conde de Chambord (que se denominaba a sí mismo Enrique V), de la rama mayor de la dinastía de los Borbones, que pretendía el trono francés. Una de las residencias permanentes de Chambord en Alemania occidental, además de la ciudad de Wiesbaden, era la ciudad de Ems.

⁷⁴ En Calremont, lugar suburbano de Londres, vivía Luis Felipe, que había huido de Francia después de la Revolución de Febrero de 1848.

⁷⁵ Hasta la infinidad.

coronado su dominación política, al mismo tiempo socavaba su base social, ya que ahora se enfrentaban con las clases sojuzgadas y tenían que luchar con ellas sin ningún género de mediación, sin poder ocultarse detrás de la corona, sin poder desviar el interés de la nación mediante sus luchas subalternas intestinas y con la monarquía. Era un sentimiento de debilidad el que los hacía retroceder temblando ante las condiciones puras de su dominación de clase y suspirar por las formas más incompletas, menos desarrolladas y precisamente por ello menos peligrosas de su dominación. En cambio, cuantas veces los realistas coligados chocan con el pretendiente que tienen enfrente, con Bonaparte, cuantas veces creen que el poder ejecutivo hace peligrar su omnipotencia parlamentaria, cuantas veces tienen que exhibir, por tanto, el título político de su dominación, actúan como *republicanos* y no como realistas. Desde el orleanista Thiers, quien advierte a la asamblea nacional que la república es lo que menos los separa, hasta el legitimista Berryer, que el 2 de diciembre de 1851, ceñido con la banda tricolor, arenga como tribuno, en nombre de la república, al pueblo congregado delante del edificio de la alcaldía del décimo *arrondissement*⁷⁶. Claro está que el eco burlón le contestaba con este grito: Henri V! Henri V!⁷⁷

Frente a la burguesía coligada se había formado una coalición de pequeños burgueses y obreros, el llamado *partido socialdemócrata*. Los pequeños burgueses se vieron mal recompensados después de las jornadas de junio de 1848, vieron en peligro sus intereses materiales y puestas en tela de juicio por la contrarrevolución las garantías democráticas que habían de asegurarles la posibilidad de hacer valer esos intereses. Se acercaron, por tanto, a los obreros. De otra parte, su representación parlamentaria, la *Montaña*, puesta al margen durante la dictadura de los republicanos burgueses, había reconquistado durante la última mitad de la vida de la constituyente su perdida popularidad con la lucha contra Bonaparte y los ministros realistas. Había concertado una alianza con los jefes socialistas. En febrero de 1849 se festejó con banquetes la reconciliación. Se esbozó un programa común, se crearon comités electorales comunes y se proclamaron candidatos comunes. A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó la punta revolucionaria y se les dio un giro democrático; a las exigencias democráticas de la pequeña burguesía se les despojó de la forma meramente política y se afiló su punta socialista. Así nació *la socialdemocracia*. La nueva *Montaña*, fruto de esta combinación, contenía, prescindiendo de algunos figurantes de la clase obrera y de algunos sectarios socialistas, los mismos elementos que la vieja, sólo que más fuertes en número. Pero, en el transcurso del proceso había cambiado, con la clase que representaba. El carácter peculiar de la socialdemocracia consiste en exigir instituciones democrático-republicanas, no para abolir a la par los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para atenuar su antítesis y convertirla en armonía. Por mucho que difieran las medidas propuestas para alcanzar este fin, por mucho que se adorne con concepciones más o menos revolucionarias, el contenido es siempre el mismo. Este contenido es la transformación de la sociedad por vía democrática, pero una transformación dentro del marco de la pequeña burguesía. No vaya nadie a formarse la idea limitada de que la pequeña burguesía quiere imponer, por principio, un interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones *especiales* de su emancipación son las condiciones *generales* fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna y evitarse la lucha de clases. Tampoco debe creerse que los representantes democráticos son todos *shopkeepers*⁷⁸ o gentes que se entusiasman con ellos. Pueden estar a un mundo de distancia de ellos, por su cultura y su situación individual. Lo que los hace representantes

⁷⁶ Distrito.

⁷⁷ ¡Enrique V! ¡Enrique V!

⁷⁸ Tenderos.

de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeños burgueses en modo de vida; que, por tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsan a aquellos, prácticamente, el interés material y la situación social. Tal es, en general, la relación que existe entre los *representantes políticos y literarios* de una clase y la clase por ellos representada.

Por todo lo expuesto se comprende de por sí que, aunque la Montaña luchase constantemente con el partido del orden en torno a la república y a los llamados derechos del hombre, ni la república ni los derechos del hombre eran su fin último, del mismo modo que un ejército al que se quiere despojar de sus armas y que se apresta a la defensa, no se lanza al terreno de lucha solamente para quedar en posesión de sus armas.

Inmediatamente después de reunirse la asamblea nacional, el partido del orden provocó a la Montaña. La burguesía sentía ahora la necesidad de acabar con los demócratas pequeñoburgueses, lo mismo que un año antes había comprendido la necesidad de acabar con el proletariado revolucionario. Pero la situación del adversario era distinta. La fuerza del partido proletario estaba en la calle, y la de los pequeños burgueses en la misma asamblea nacional. Se trataba, pues, de sacarlos de la asamblea nacional a la calle y hacer que ellos mismos destrozasen su fuerza parlamentaria antes de que tuviesen tiempo y ocasión para consolidarla. La Montaña corrió hacia la trampa a rienda suelta.

El cebo que le echaron fue el bombardeo de Roma por las tropas francesas⁷⁹. Este bombardeo infringía el artículo V de la constitución, que prohíbe a la República Francesa emplear sus fuerzas armadas contra las libertades de otro pueblo. Además, el artículo 54 prohibía toda declaración de guerra por el poder ejecutivo sin la aprobación de la asamblea nacional, y la constituyente había desautorizado la expedición a Roma, con su acuerdo de 8 de mayo. Basándose en estas razones, Ledru-Rollin presentó el 11 de junio de 1849 un acta de acusación contra Bonaparte y sus ministros. Azuzado por las picadas de avispa de Thiers, se dejó arrastrar incluso a la amenaza de que estaban dispuestos a defender la constitución por todos los medios, hasta con las armas en la mano. La Montaña se levantó como un sólo hombre y repitió este llamamiento a las armas. El 12 de junio, la asamblea nacional desechó el acta de acusación, y la Montaña abandonó el parlamento. Los acontecimientos del 13 de junio son conocidos: la proclama de una parte de la Montaña declarando “fuera de la constitución” a Bonaparte y sus ministros; la procesión callejera de los guardias nacionales democráticos, que, desarmados como iban, se dispersaron a escape al encontrarse con las tropas de Changarnier, etc., etc. Una parte de la Montaña huyó al extranjero, otra parte fue entregada al Tribunal Supremo de Bourges⁸⁰, y un reglamento parlamentario sometió al resto a la vigilancia de maestro de escuela del presidente de la asamblea nacional. En París se declaró nuevamente el estado de sitio, y la parte democrática de su guardia nacional fue disuelta. Así se destrozaba la influencia de la Montaña en el parlamento y la fuerza de los pequeños burgueses en París.

En Lyon, donde el 13 de junio había dado la señal para un sangriento levantamiento obrero, se declaró también el estado de sitio, que se hizo extensivo a los cinco departamentos circundantes, situación que dura hasta el momento actual.

⁷⁹ Carlos Mars, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en estas mismas Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels, páginas 51-53 formato pdf.

⁸⁰ En Bourges se celebró entre el 7 de marzo y el 3 de abril de 1849 el proceso contra los participantes en los acontecimientos del 15 de mayo de 1848. Barbès fue condenado a reclusión perpetua, y Blanqui a diez años de cárcel. Albert, De Flotte, Sobrier, Raspail y los demás, a diversos plazos de prisión y deportación a las colonias.

El grueso de la Montaña dejó en la estacada su vanguardia, negándose a firmar la proclama de ésta. La prensa desertó, y sólo dos periódicos se atrevieron a publicar el pronunciamiento. Los pequeños burgueses traicionaron a sus representantes: los guardias nacionales no aparecieron, y donde aparecieron fue para impedir que se levantasen barricadas. Los representantes habían engañado a los pequeños burgueses, ya que a los pretendidos aliados del ejército no se les vio por ninguna parte. Finalmente, en vez de obtener un refuerzo de él, el partido democrático contagió al proletariado su propia debilidad, y, como suele ocurrir con las hazañas democráticas, los jefes tuvieron la satisfacción de poder acusar a su “pueblo” de deserción, y el pueblo la de poder acusar de engaño a sus jefes.

Rara vez se había anunciado una acción con más estrépito que la campaña inminente de la Montaña, rara vez se había trompeteado un acontecimiento con más seguridad ni con más anticipación que la victoria inevitable de la democracia. Indudablemente, los demócratas creen en las trompetas, cuyos toques habían derribado las murallas de Jericó⁸¹. Y cuantas veces se enfrentan con las murallas del despotismo, intentan repetir el milagro. Si la Montaña quería vencer en el parlamento, no debió llamar a las armas. Y si llamaba a las armas en el parlamento, no debía comportarse en la calle parlamentariamente. Si la manifestación pacífica era un propósito serio, era necio no prever que se la habría de recibir belicosamente. Y si se pensaba en una lucha efectiva, era peregrino deponer las armas con las que esa lucha había de librarse. Pero las amenazas revolucionarias de los pequeños burgueses y de sus representantes democráticos no son más que intentos de intimidar al adversario. Y cuando se ven metidos en un atolladero, cuando se han comprometido ya lo bastante para verse obligados a ejecutar sus amenazas, lo hacen de un modo equívoco, evitando, sobre todo, los medios que llevan al fin propuesto y acechan todos los pretextos para sucumbir. Tan pronto como hay que romper el fuego, la estrepitosa obertura que anunció la lucha se pierde en un pusilánime refunfuñar, los actores dejan de tomar su papel *au sérieux*⁸² y la acción se derrumba lamentablemente, como un balón lleno de aire al que se le pincha con una aguja.

Ningún partido exagera más ante él mismo sus medios que el democrático, ninguno se engaña con más ligereza acerca de la situación. Porque una parte del ejército hubiese votado a su favor, la Montaña estaba ya convencida de que el ejército se sublevaría por ella. ¿Y con qué motivo? Con un motivo que, desde el punto de vista de las tropas, no tenía otro sentido que el que los revolucionarios se ponían al lado de los soldados romanos y en contra de los soldados franceses. De otra parte, estaba todavía demasiado fresco el recuerdo del mes de junio de 1848, para que el proletariado no sintiese una profunda repugnancia contra la guardia nacional, y los jefes de las sociedades secretas una desconfianza completa hacia los jefes democráticos. Para superar estas diferencias, harían falta grandes intereses comunes que estuviesen en juego. La infracción de un artículo constitucional abstracto no podía representar un tal interés. ¿Acaso no se había violado ya repetidas veces la constitución, según aseguraban los propios demócratas? ¿Y acaso los periódicos más populares no habían estigmatizado esta constitución como un amaño contrarrevolucionario? Pero el demócrata, como representa a la pequeña burguesía, es decir, a una *clase de transición*, en la que los intereses de dos clases se embotan el uno contra el otro, cree estar por encima del antagonismo de clases en general. Los demócratas reconocen que tienen enfrente a una clase privilegiada, pero ellos, con todo el resto de la nación que los circunda, forman el *pueblo*. Lo que ellos representan son los *derechos del pueblo*, lo que los interesa, es el interés del pueblo. Por

⁸¹ Jericó, según la leyenda bíblica, primera ciudad que ocuparon los hebreos al entrar en Palestina. Las murallas de la ciudad cayeron a causa de las trompetas de quienes la sitiaban.

⁸² En serio.

eso, cuando se prepara una lucha, no necesitan examinar los intereses y las posiciones de las distintas clases. No necesitan ponderar con demasiada escrupulosidad sus propios medios. No tienen más que dar la señal, para que *el pueblo*, con todos sus recursos inagotables, caiga sobre los *opresores*. Y si, al poner en práctica la cosa, sus intereses resultan no interesar y su poder ser impotencia, la culpa la tienen los sofistas perniciosos, que escinden al *pueblo indivisible* en varios campos enemigos, o el ejército, demasiado embrutecido y cegado para ver en los fines puros de la democracia lo mejor para él, o bien ha fracasado todo por un detalle de ejecución, o ha surgido una casualidad imprevista que ha malogrado la partida por esta vez. En todo caso, el demócrata sale de la derrota más ignominiosa tan inmaculado como inocente entró en ella, con la convicción readquirida de que tiene necesariamente que vencer, no de que él mismo y su partido tienen que abandonar la vieja posición, sino de que, por el contrario, son las condiciones las que tienen que madurar para ponerse a tono con él.

Por eso no debemos formarnos una idea demasiado trágica de la Montaña diezmada, destrozada y humillada por el nuevo reglamento parlamentario. Si el 13 de junio eliminó a sus jefes, por otra parte, abrió paso a “capacidades” de segundo rango, a quienes esta nueva posición halagaba. Si su impotencia en el parlamento ya no dejaba lugar a dudas, esto les daba ahora también derecho a limitar sus actos a estallidos de indignación moral y a estrepitosas declamaciones. Si el partido del orden aparentaba ver encarnados en ellos, como últimos representantes oficiales de la revolución, todos los horrores de la anarquía, esto les permitía comportarse en la práctica con tanta mayor trivialidad y humildad. Y del 13 de junio se consolaban con este giro profundo: “Pero, si se osa tocar el sufragio universal, ¡ah, entonces! ¡Entonces verán quiénes somos nosotros!” “*Nous verrons!*”⁸³.

Por lo que se refiere a los “montañeses” huidos al extranjero, basta observar que Ledru-Rollin, en vista de que había conseguido arruinar irremisiblemente en menos de dos semanas el potente partido a cuyo frente estaba, se creyó llamado a formar un gobierno francés *in partibus*⁸⁴, que a lo lejos, desgajada del campo de acción, su figura parecía ganar en talla a medida que bajaba el nivel de la revolución y las magnitudes oficiales de la Francia oficial iban haciéndose enanas; que pudo figurar como pretendiente republicano para 1852; que dirigía circulares periódicas a los valacos y a otros pueblos, en las que se amenazaba a los déspotas del continente con sus hazañas y las de sus aliados. ¿Acaso le faltaba por completo la razón a Proudhon cuando gritó a estos señores: *vous n’êtes que des blagueurs!*⁸⁵?

El 13 de junio, el partido del orden no sólo había quebrantado la fuerza de la Montaña, sino que había impuesto *el sometimiento de la constitución a los acuerdos de la mayoría de la asamblea nacional*. Y así entendía él la república, como el régimen en el que la burguesía domina bajo formas parlamentarias, sin encontrar un valladar como bajo la monarquía; ni en el veto del poder ejecutivo ni en el derecho de disolver el parlamento. Esto era la *república parlamentaria*, como la llamaba Thiers. Pero, si el 13 de junio la burguesía aseguró su omnipotencia en el seno del parlamento, ¿no condenaba a éste a una debilidad incurable frente al poder ejecutivo y al pueblo, al repudiar a la parte más popular de la asamblea? Al entregar a numerosos diputados, sin más ceremonias, a la requisición de los tribunales, anulaba su propia inmunidad parlamentaria. El

⁸³ Ya veremos.

⁸⁴ *In partibus infidelium* (literalmente: “en el país de los infieles”), adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países no cristianos. Esta expresión la empleaban a menudo Marx y Engels, aplicada a diversos gobiernos emigrados que se habían formado en el extranjero sin tener en cuenta alguna la situación real del país.

⁸⁵ ¡No sois más que unos charlatanes!

reglamento humillante que impuso a la Montaña, elevaba el rango del presidente de la república en la misma proporción en que rebajaba el de cada uno de los representantes del pueblo. Al estigmatizar la insurrección en defensa del régimen constitucional, como un movimiento anárquico encaminado a subvertir la sociedad, la burguesía se cerraba a sí misma el camino del llamamiento a la insurrección, tan pronto como el poder ejecutivo violase la constitución en contra de ella. Y la ironía de la historia quiso que el 2 de diciembre de 1851, el general que bombardeó Roma por orden de Bonaparte, dando así el motivo inmediato para el motín constitucional del 13 de junio, *Oudinot*, hubiera de ser propuesto al pueblo, en tono implorante y en vano, por el partido del orden, como el general de la constitución frente a Bonaparte. Otro héroe del 13 de junio, *Vieyra*, que desde la tribuna de la asamblea nacional cosechó elogios por las brutalidades cometidas por él en los locales de periódicos democráticos, al frente de una banda de guardias nacionales pertenecientes a la alta finanza, este mismo Vieyra estaba en el secreto de la conspiración de Bonaparte y contribuyó esencialmente a cortar a la asamblea nacional, en sus horas de agonía, todo apoyo por parte de la guardia nacional.

El 13 de junio tenía, además, otra significación. La Montaña había querido arrancar el que se entregase a Bonaparte a los tribunales. Por tanto, su derrota era una victoria directa para Bonaparte, el triunfo personal de éste sobre sus enemigos democráticos. El partido del orden había conseguido la victoria y Bonaparte no tenía que hacer más que embolsársela. Así lo hizo. El 14 de junio pudo leerse en los muros de París una proclama en la que el presidente, como sin participación suya, resistiéndose, obligado simplemente por la fuerza de los acontecimientos, sale de su recato claustral, se queja, como la virtud ofendida, de las calumnias de sus adversarios, y, mientras parece identificar a su persona con la causa del orden, identifica la causa del orden con su persona. Además, la asamblea nacional había aprobado, aunque después de realizada, la expedición contra Roma, habiendo la iniciativa de la misma corrido a cargo de Bonaparte. Después de restituir en el Vaticano al pontífice Samuel, podía esperar entrar en las Tullerías como rey David⁸⁶. Se había ganado a los curas.

El motín del 13 de junio se limitó, como hemos visto, a una pacífica procesión callejera. Contra él no se podían, por tanto, ganar laureles guerreros. No obstante, en una época tan pobre en héroes y en acontecimientos, el partido del orden convirtió esta batalla incruenta en un segundo Austerlitz⁸⁷. La tribuna y la prensa ensalzaron el ejército, como el poder del orden, en contraposición a las masas del pueblo, como la impotencia de la anarquía, y glorificaron a Changarnier, como el “baluarte de la sociedad”. Un engaño, en el que acabó creyendo hasta él mismo. Pero por debajo de cuerda, fueron desplazados de París los cuerpos que parecían dudosos, los regimientos en que las elecciones habían dado los resultados más democráticos fueron desterrados de Francia a Argelia, las cabezas inquietas que había entre las tropas, enviadas a secciones de castigo, y, por último, sistemáticamente llevado cabo el acordonamiento del cuartel contra la prensa y su aislamiento de la sociedad civil.

Llegamos aquí al viraje decisivo en la historia de la guardia nacional francesa. En 1830 había decidido la caída de la Restauración. Bajo Luis Felipe fracasaron todos los motines en los que la guardia nacional estaba al lado de las tropas. Cuando en las jornadas de febrero de 1848, se mantuvo en actitud pasiva frente la insurrección y equívoca frente a Luis Felipe, éste se dio por perdido, y lo estaba. Así fue arraigando la convicción de que la revolución no podía vencer sin la guardia nacional, ni el ejército podía vencer *contra*

⁸⁶ Alusión a los planes de Luis Bonaparte de recibir la corona real de Francia de manos del papa Pío IX. Según la Biblia, David, rey de Israel, fue ungido para el trono por el profeta Samuel.

⁸⁷ Batalla de Austerlitz (Moravia), dada el 2 de diciembre (20 de noviembre) de 1805. En ella Napoleón I venció a las tropas ruso-austríacas.

ella. Era la fe supersticiosa del ejército en la omnipotencia civil. Las jornadas de junio de 1848, en que toda la guardia nacional, unida a las tropas de línea, sofocó la insurrección, habían reforzado esta fe supersticiosa. Después de haber subido Bonaparte a la presidencia, la posición de la guardia nacional descendió en cierto modo, por la fusión anticonstitucional de su mando con el mando de la primera división militar en la persona de Changarnier.

Como el mando de la guardia nacional aparecía aquí como un atributo del alto mando militar, la guardia nacional parecía quedar reducida a un apéndice de las tropas de línea. Por fin, el 13 de junio fue destrozada. Y no sólo por su disolución parcial, que desde aquel momento se repitió periódicamente en todos los puntos de Francia y sólo dejó en pie las ruinas de la guardia nacional. La manifestación del 13 de junio fue, sobre todo, una manifestación de los guardias nacionales democráticos. Es cierto que no opusieron al ejército sus armas sino sólo sus uniformes, pero en este uniforme estaba precisamente el talismán. El ejército se convenció de que el tal uniforme era un trazo de lana como otro cualquiera. El encanto quedó roto. En las jornadas de junio de 1848, la burguesía y la pequeña burguesía, en calidad de guardia nacional, estuvieron unidas con el ejército contra el proletariado; el 13 de junio de 1849, la burguesía hizo que el ejército dispersase a la guardia nacional pequeñoburguesa; el 2 de diciembre de 1851, había desaparecido la guardia nacional de la propia burguesía, y Bonaparte se limitó a registrar este hecho al firmar, después de producido, el decreto de su disolución. Así fue como la burguesía rompió ella misma su última arma contra el ejército, pero no tenía más remedio que romperla desde el momento en que la pequeña burguesía no estaba ya detrás de ella como vasallo, sino delante de ella como rebelde, del mismo modo que tenía necesariamente que destruir en general, con sus propias manos, a partir del instante en que se hizo ella misma absolutista, todos sus medios de defensa contra el absolutismo.

Entretanto, el partido del orden festejaba la conquista de un poder que en 1848 sólo parecía haber perdido para volver a encontrarlo libre de sus trabas en 1849, con invectivas contra la república y la constitución, maldiciendo todas las revoluciones futuras, presentes y pasadas, incluyendo las hechas por los dirigentes de su mismo partido, y por medio de leyes que amordazaban a la prensa, destruían el derecho de asociación y sancionaban el estado de sitio como institución orgánica. Luego, la asamblea nacional suspendió sus sesiones desde mediados de agosto hasta mediados de octubre, después de haber nombrado una comisión permanente para el tiempo que durase su ausencia. Durante estas vacaciones, los legitimistas intrigaron con Ems, los orleanistas con Claremonts, Bonaparte mediante *tournées* principescas, y los consejos departamentales en cabildeos sobre la revisión constitucional, casos que se repiten con regularidad durante las vacaciones periódicas de la asamblea nacional y en los que entraré tan pronto como se conviertan en acontecimientos. Aquí advertimos tan sólo que la asamblea nacional obró impolíticamente al desaparecer de la escena durante tan largo intervalo dejando que sólo apareciese al frente de la república *una* figura, aunque lamentable: la de Luis Bonaparte, mientras el partido del orden, para escándalo del público, se descomponía en sus partes integrantes realistas y se dejaba llevar por sus apetitos de restauración en pugna. Tan pronto como enmudecía, durante estas vacaciones, el ruido ensordecedor del *parlamento* y su cuerpo se disolvía en la nación, nadie podía dejar de ver que sólo faltaba *una cosa* para consumir la verdadera faz de esta república: hacer permanentes las vacaciones *parlamentarias* y sustituir su lema de *liberté, égalité, fraternité* por estas palabras inequívocas: *Infanterie, Cavalerie, Artillerie!*⁸⁸

⁸⁸ ¡Infantería, caballería, artillería!

IV

A mediados de octubre de 1849 reanudó sus sesiones la asamblea nacional. El 1 de noviembre, Bonaparte la sorprendió con un mensaje en el que le anunciaba la destitución del Ministerio Barrot-Falloux y la formación de un nuevo ministerio. Jamás se ha arrojado a lacayos de su puesto con menos cumplidos que Bonaparte a sus ministros. Los puntapiés destinados a la asamblea nacional los recibían, por el momento, Barrot y Compañía.

El Ministerio Barrot estaba compuesto, como hemos visto, por legitimistas y orleanistas, era un ministerio del partido del orden. Bonaparte había necesitado de él para disolver la constituyente republicana, poner por obra la expedición contra Roma y destrozarse el partido democrático. Él se había eclipsado aparentemente detrás de este ministerio, entregando el poder del gobierno en manos del partido del orden y poniéndose la careta de modestia que bajo Luis Felipe llevaba el gerente responsable de los periódicos, la careta del *homme de paille*⁸⁹. Ahora se quitó la máscara, que no era va velo sutil detrás del que podía ocultar su fisonomía, sino la máscara de hierro que le impedía mostrar una fisonomía propia. Había constituido el Ministerio Barrot para hacer saltar, en nombre del partido del orden, la asamblea nacional republicana; y lo destituyó para declarar a su propio nombre independiente de la asamblea nacional del partido del orden.

Pretextos plausibles para esta destitución no faltaban. El Ministerio Barrot descuidaba incluso las formas de decoro que habrían hecho aparecer al presidente de la república como un poder al lado de la asamblea nacional. Durante las vacaciones parlamentarias Bonaparte publicó una carta dirigida a Edgar Ney en la que parecía desaprobando la actuación iliberal del papa⁹⁰, del mismo modo que había publicado, en oposición a la constituyente, otra carta en la que elogiaba a Oudinot por su ataque contra la República de Roma. Al votarse en la asamblea nacional el presupuesto de la expedición romana, Víctor Hugo, por un supuesto liberalismo, puso a discusión esa carta. El partido del orden ahogó entre exclamaciones despectivamente incrédulas la ocurrencia de que las ocurrencias de Bonaparte pudieran tener la menor importancia política. Ninguno de los ministros recogió el guante a su favor. En otra ocasión, Barrot, con su conocido patetismo vacuo, dejó escapar desde la tribuna palabras de indignación contra los “manejos abominables” en que, según su testimonio, andaban las personas más cercanas al presidente. Por último, el ministerio, a la par que hacía aprobar por la asamblea nacional una pensión de viudedad para la Duquesa de Orleans, rechazaba todas las propuestas para aumentar la lista civil de la presidencia. Y en Bonaparte, el pretendiente imperial se fundía tan íntimamente con el caballero de industria arruinado, que una gran idea, la de su misión de restaurador del imperio, se complementaba siempre con otra: la de que el pueblo francés tenía la misión de saldar sus deudas.

El Ministerio Barrot-Falloux fue el primero y el último *ministerio parlamentario* nombrado por Bonaparte. Por eso su destitución señala un viraje decisivo. Con él, el partido del orden perdió, para no recuperarlo jamás, un puesto indispensable para afirmar el régimen parlamentario, el asidero del poder ejecutivo. Se comprende inmediatamente que en un país como Francia, donde el poder ejecutivo dispone de un ejército de

⁸⁹ Hombre de paja.

⁹⁰ Pío IX.

funcionarios de más de medio millón de individuos y tiene por tanto constantemente bajo su dependencia más incondicional a una masa inmensa de intereses y existencias, donde el estado tiene atada, fiscalizada, regulada, vigilada y tutelada a la sociedad civil, desde sus manifestaciones más amplias de vida hasta sus vibraciones más insignificantes, desde sus modalidades más generales de existencia hasta la existencia privada de los individuos, donde este cuerpo parasitario adquiere, por medio de una centralización extraordinaria, una ubicuidad, una omnisciencia, una capacidad acelerada de movimientos y una elasticidad que sólo encuentran correspondencia en la dependencia desamparada, en el carácter caóticamente informe del auténtico cuerpo social, se comprende que en un país semejante, al perder la posibilidad de disponer de los puestos ministeriales, la asamblea nacional perdía toda influencia efectiva, si al mismo tiempo no simplificaba la administración del estado, no reducía todo lo posible el ejército de funcionarios y finalmente no dejaba a la sociedad civil y a la opinión pública crearse sus órganos propios, independientes del poder del gobierno. Pero, *el interés material* de la burguesía francesa está precisamente entretejido del modo más íntimo con la conservación de esa extensa y ramificadísima maquinaria del estado. Coloca aquí a su población sobrante y completa en forma de sueldos del estado lo que no puede embolsarse en forma de beneficios, intereses, rentas y honorarios. De otra parte, su *interés político* la obligaba a aumentar diariamente la represión, y por tanto los recursos y el personal del poder del estado, a la par que se veía obligada a sostener una guerra ininterrumpida contra la opinión pública y mutilar y paralizar recelosamente los órganos independientes de movimiento de la sociedad, allí donde no conseguía amputarlos por completo. De este modo, la burguesía francesa se veía forzada, por su situación de clase, de una parte, a destruir las condiciones de vida de todo poder parlamentario, incluyendo, por tanto, el suyo propio, y, de otra, a hacer irresistible el poder ejecutivo hostil a ella.

El nuevo ministerio se llamaba el ministerio d'Hautpoul. No porque el general d'Hautpoul hubiese obtenido el rango de presidente del consejo. Con Barrot, Bonaparte había suprimido prácticamente esta dignidad, que condenaba al presidente de la república, ciertamente, a la nulidad legal de un rey constitucional, pero de un rey constitucional sin trono y sin corona, sin cetro y sin espada, sin atributo de la irresponsabilidad, sin la posesión imprescriptible de la suprema dignidad del estado y, lo más fatal de todo, sin lista civil. En el ministerio de d'Hautpoul no había más que un hombre de fama parlamentaria, el prestamista *Fould*, uno de los miembros de peor reputación de la alta finanza. Le tocó en suerte la cartera de hacienda. Consúltense las cotizaciones de la Bolsa de París y se verá que, desde el 1 de noviembre de 1849, los fondos franceses suben y bajan con las subidas y bajadas de las acciones bonapartistas. Habiendo encontrado así su aliado en la bolsa, Bonaparte se adueñó, al mismo tiempo, de la policía mediante el nombramiento de Carlier para prefecto de la policía de París.

Sin embargo, las consecuencias del cambio de ministerios sólo podían revelarse conforme fuesen desarrollándose las cosas. Por el momento, Bonaparte sólo había dado un paso adelante para luego verse empujado hacia atrás de un modo tanto más visible. A su agrio mensaje, siguió la declaración más servil de sumisión a la asamblea nacional. Cuantas veces los ministros hacían el tímido intento de presentar como proyectos de ley sus caprichos personales, ellos mismos parecían cumplir a regañadientes un mandato grotesco, obligados tan sólo por su posición y convencidos de antemano de la falta de éxito. Cuantas veces Bonaparte, a espaldas de sus ministros, se iba de la lengua hablando de sus intenciones y jugando con sus *idées napoléoniennes*⁹¹, sus mismos ministros le desautorizaban desde lo alto de la tribuna de la asamblea nacional. Parecía como si sus

⁹¹ Alusión al libro de Luis Bonaparte *Des idées napoléoniennes* (Las ideas napoleónicas), aparecido en París en 1839.

apetitos usurpadores sólo se exteriorizasen para que no se acallasen las risas malignas de sus adversarios. Se comportaba como un genio ignorado, considerado por el mundo entero como un bobo. Jamás fue objeto del desprecio de todas las clases de un modo más completo que durante este período. Jamás la burguesía dominó de un modo más incondicional, jamás hizo una ostentación más jactanciosa de las insignias de su dominación.

No me propongo escribir aquí la historia de sus actividades legislativas, que se resume, durante este período, en dos leyes: la ley restableciendo *el impuesto sobre el vino* y *la ley de enseñanza*, que suprime la incredulidad religiosa. Si a los franceses se les ponían obstáculos para beber vino, en cambio se les servía con tanta mayor abundancia el agua de la vida justa. Si en la ley sobre el impuesto del vino la burguesía declaraba intangible el antiguo odioso sistema fiscal francés, con la ley de enseñanza intentaba asegurar el antiguo estado de ánimo de las masas, que lo hacía soportar. Se asombra uno de ver a los orleanistas, a los burgueses liberales, estos viejos apóstoles del volterianismo y de la filosofía ecléctica, confiar a sus enemigos hereditarios, los jesuitas, la administración del espíritu francés. Pero, orleanistas y legitimistas, aunque discrepasen en lo que se refería al pretendiente a la corona, comprendían que su dominación coligada exigía unir los medios de opresión de dos épocas, que los medios de sojuzgamiento de la monarquía de julio debían completarse y fortalecerse con los medios de sojuzgamiento de la Restauración.

Los campesinos, defraudados en todas sus esperanzas, oprimidos más que nunca, de una parte, por el bajo nivel de los precios de los cereales y, de otra parte, por la carga de las contribuciones y por el endeudamiento hipotecario, cada vez mayores, comenzaron a agitarse en los departamentos. Se les contestó con una batida furiosa contra los maestros de escuela, que fueron sometidos al cura, contra los alcaldes, que fueron sometidos al prefecto, y con un sistema de espionaje, al que quedaron sometidos todos. En París y en las grandes ciudades, la reacción misma presenta la fisonomía de su época y provoca más de lo que reprime. En el campo, se hace baja, vulgar, mezquina, agobiante, vejatoria; en una palabra, el gendarme. Se comprende hasta qué punto tres años de régimen del gendarme, bendecido por el régimen del cura, tenía que desmoralizar a masas incultas.

Por grande que fuese la suma de pasión y declamación que el partido del orden derrochase desde lo alto de la tribuna de la asamblea nacional contra la minoría, sus discursos eran monosilábicos, como los del cristiano, que ha de decir: sí, sí; no, no. Monosilábicos en la tribuna y monosilábicos en la prensa. Insulsos como los acertijos cuya solución se sabe de antemano. Ya se trate del derecho de petición o del impuesto sobre el vino, de la libertad de prensa o de la libertad de comercio, de los clubs o del reglamento municipal, de la protección de la libertad personal o de la regulación del presupuesto del estado, la consigna se repite siempre, el tema es siempre el mismo, el fallo está siempre preparado y reza invariablemente: “¡socialismo!” Se presenta como socialista hasta el liberalismo burgués, como socialista la ilustración burguesa, como socialista la reforma financiera burguesa. Era socialista construir un ferrocarril donde había ya un canal y socialista defenderse con el palo cuando le atacaban a uno con la espada.

Y esto no era mera retórica, moda, táctica de partido. La burguesía tenía la conciencia exacta de que todas las armas forjadas por ella contra el feudalismo se volvían contra ella misma, de que todos los medios de cultura alumbrados por ella se rebelaban contra su propia civilización, de que todos los dioses que había creado la abandonaban. Comprendía que todas las llamadas libertades civiles y los organismos de progreso atacaban y amenazaban, al mismo tiempo, en la base social y en la cúspide política, a *su dominación de clase*, y por tanto se habían convertido en “*socialistas*”. En esta amenaza

y en este ataque veía con razón el secreto del socialismo, cuyo sentido y cuya tendencia juzgaba ella más exactamente que se sabe juzgar a sí mismo el llamado socialismo, el cual no puede comprender por ello cómo la burguesía se cierra a cal y canto contra él, ya gimía sentimentalmente sobre los dolores de la humanidad, ya anunciaba cristianamente el reino milenarista y la fraternidad universal, ya chocheaba humanísticamente hablando de ingenio, cultura, libertad o cavilaba doctrinalmente un sistema de conciliación y bienestar de todas las clases sociales. Lo que no comprendía la burguesía era la consecuencia de que su *mismo régimen parlamentario*, de que su *dominación política* en general tenía que caer también bajo la condenación general, como *socialista*. Mientras la dominación de la clase burguesa no se hubiese organizado íntegramente, no hubiese adquirido su verdadera expresión política, no podía destacarse tampoco de un modo puro el antagonismo de las otras clases, ni podía, allí donde se destacaba, tomar el giro peligroso que convierte toda lucha contra el poder del estado en una lucha contra el capital. Cuando en cada manifestación de vida de la sociedad veía un peligro para la “tranquilidad”, ¿cómo podía empeñarse en mantener a la cabeza de la sociedad *el régimen de la intranquilidad*, su propio régimen, *el régimen parlamentario*, este régimen que, según la expresión de uno de sus oradores, vive en la lucha y merced a la lucha? El régimen parlamentario vive de la discusión; ¿cómo, pues, va a prohibir que se discuta? Todo interés, toda institución social se convierten aquí en ideas generales, se ventilan bajo forma de ideas; ¿cómo, pues, algún interés, alguna institución van a situarse por encima del pensamiento e imponerse como artículo de fe? La lucha de los oradores en la tribuna provoca la lucha de los plumíferos de la prensa, el club de debates del parlamento se complementa necesariamente con los clubs de debates de los salones y de las tabernas, los representantes que apelan continuamente a la opinión del pueblo autorizan a la opinión del pueblo para expresar en peticiones su verdadera opinión. El régimen parlamentario lo deja todo a la decisión de las mayorías; ¿cómo, pues, no van a querer decidir las grandes mayorías fuera del parlamento? Si los que están en las cimas de estado tocan el violín, ¿qué cosa más natural si no que los que están abajo bailen?

Por tanto, cuando la burguesía excomulga como “*socialista*” lo que antes ensalzaba como “*liberal*”, confiesa que su propio interés le ordena esquivar el peligro de su *gobierno propio*, que para poder imponer la tranquilidad en el país tiene que imponérsela ante todo a su parlamento burgués, que para mantener intacto su poder social tiene que quebrantar su poder político; que los individuos burgueses sólo pueden seguir explotando a otras clases y disfrutando apaciblemente de la propiedad, la familia, la religión y el orden bajo la condición de que su clase sea condenada con las otras clases a la misma nulidad política; que, para salvar la bolsa, hay que renunciar a la corona, y que la espada que había de protegerla tiene que pender al mismo tiempo sobre su propia cabeza como la espada de Damocles.

En el campo de los intereses generales de la burguesía, la asamblea nacional se mostró tan improductiva, que, por ejemplo, los debates sobre el ferrocarril París-Aviñón, comenzados en el invierno de 1850, no habían terminado todavía el 2 de diciembre de 1851. Donde no se trataba de oprimir, de actuar reaccionariamente, estaba condenada a una esterilidad incurable.

Mientras el ministerio de Bonaparte tomaba en parte la iniciativa de leyes en el espíritu del partido del orden, y en parte exageraba todavía más su severidad en la ejecución y manejo de las mismas, el propio Bonaparte intentaba, mediante propuestas puerilmente necias, ganar popularidad, poner de manifiesto su antagonismo con la asamblea nacional y apuntar al designio secreto de abrir al pueblo francés sus tesoros ocultos, designio cuya ejecución sólo impedían provisionalmente las circunstancias. Así,

la proposición de decretar un aumento de cuatro *sous*⁹² diarios para los sueldos de los suboficiales. Así, la proposición de crear un banco para conceder créditos de honor a los obreros. Obtener dinero regalado y prestado: he aquí la perspectiva con que esperaba que las masas picasen en el anzuelo. Regalar y recibir prestado: a eso se limita la ciencia financiera del lumpemproletariado, lo mismo del distinguido que del vulgar. A esto se limitaban los resortes que Bonaparte sabía poner en movimiento. Jamás un pretendiente ha especulado más simplemente sobre la simpleza de las masas.

La asamblea nacional montó repetidas veces en cólera ante estos intentos innegables de ganar popularidad a costa suya, ante el peligro creciente de que este aventurero, al que le espoleaban las deudas y al que no contenía el temor de perder ninguna reputación adquirida osase un golpe desesperado. La desarmonía entre el partido del orden y el presidente había adoptado ya un carácter amenazador, cuando un acontecimiento inesperado volvió a echar a éste, arrepentido, en brazos de aquél. Nos referimos a *las elecciones parciales del 10 de marzo de 1850*. Estas elecciones se celebraron para cubrir los puestos de diputados que la prisión o el destierro habían dejado vacantes después del 13 de junio. París sólo eligió a candidatos socialdemócratas. Concentró incluso la mayoría de los votos en un insurrecto de junio de 1848, en De Flotte. La pequeña burguesía de París, aliada al proletariado, se vengaba así de su derrota del 13 de junio de 1849. Parecía como si sólo se hubiese retirado del campo de batalla en el momento de peligro para volver a pisarlo, con una masa mayor de fuerzas combativas y con una consigna de guerra más audaz, al presentarse la ocasión propicia. Una circunstancia parecía aumentar el peligro de esta victoria electoral. El ejército votó en París por el insurrecto de junio, contra La Hitte, un ministro de Bonaparte, y en los departamentos votó en gran parte por los “montañeses”, que también aquí, aunque no de un modo tan decisivo como en París, afirmaron la supremacía sobre sus adversarios.

Bonaparte se vio, de pronto, colocado otra vez frente a la revolución. Lo mismo que el 29 de enero de 1849, lo mismo que el 13 de junio de 1849, el 10 de marzo de 1850 desapareció detrás del partido del orden. Se inclinó, pidió pusilánimemente perdón, se brindó a nombrar cualquier ministerio que la mayoría parlamentaria ordenase, suplicó incluso a los jefes de partido, orleanistas y legitimistas, a los Thiers, a los Berryer, a los Broglie, a los Mole, en una palabra, a los llamados “burgraves”⁹³ a que empuñasen ellos mismos el timón del estado. El partido del orden no supo aprovechar este momento único. En vez de tomar audazmente el poder que le ofrecían, no obligó siquiera a Bonaparte a reponer el ministerio destituido el 1 de noviembre; se contentó con humillarle mediante el perdón y con incorporar al ministerio d’Hautpoul al señor *Baroche*. Este Baroche había vomitado furia como acusador público, una vez contra los revolucionarios del 15 de mayo y otra contra los demócratas del 13 de junio, ante el Tribunal Supremo de Bourges, ambas veces por atentado contra la asamblea nacional. Ninguno de los ministros de Bonaparte había de contribuir más a desprestigiar a la asamblea nacional, y después del 2 de diciembre de 1851 le volvemos a encontrar, bien instalado y espléndidamente retribuido, de vicepresidente del senado. Había escupido en la sopa de los revolucionarios, para que luego se la comiese Bonaparte.

Por su parte, el partido socialdemócrata sólo parecía acechar pretextos para poner de nuevo en tela de juicio su propia victoria y mellarla. Vidal, uno de los diputados recién

⁹² Moneda de cinco céntimos.

⁹³ Burgraves fue el apodo que se dio a los diecisiete líderes orleanistas y legitimistas que formaban parte de la secretaría encargada por la asamblea legislativa de redactar el proyecto de la nueva ley electoral. Se les llamaba así por sus pretensiones sin fundamento al poder y por las aspiraciones reaccionarias. El apodo fue tomado del drama histórico de Víctor Hugo *Los burgraves*, consagrado a la vida en la Alemania medieval. En Alemania se llamaban así los gobernadores de las ciudades y las provincias nombrados por el emperador.

elegidos en París había salido elegido también por Estrasburgo. Le convencieron de que rechazase el acta de París y optase por la de Estrasburgo. Por tanto, en vez de dar a su victoria en el terreno electoral un carácter definitivo, obligando con ello al partido del orden a discutírsela inmediatamente en el parlamento; en vez de empujar así al adversario a la lucha en el momento de entusiasmo popular y aprovechando el estado de espíritu favorable del ejército, el partido democrático aburrió a París durante los meses de marzo y abril con una nueva campaña de agitación electoral, dejó que las pasiones populares excitadas se extenuasen en este nuevo juego de escrutinio provisional, que la energía revolucionaria se saciase con éxitos constitucionales, se gastase en pequeñas intrigas, hueras declamaciones y movimientos aparentes, que la burguesía se concentrase y tomase sus medidas, y, finalmente, que la significación de las elecciones de marzo encontrase, en la votación parcial de abril, con la elección de Eugenio Sue, un comentario sentimental suavizador. En una palabra, le hizo al 10 de marzo una broma de 1 de abril.

La mayoría parlamentaria comprendió la debilidad de su adversario. Sus diecisiete burgraves (pues Bonaparte les había entregado la dirección y la responsabilidad del ataque) elaboraron una nueva ley electoral, cuyo proyecto se confió al señor Faucher, quien recabó para sí este honor. La ley fue presentada por él el 8 de mayo; en ella, se abolía el sufragio universal, se imponía como condición que el elector llevase tres años domiciliado en el punto electoral, y finalmente, a los obreros se les condicionaba la prueba de este domicilio al testimonio de su patrono.

Toda la excitación y toda la furia revolucionaria de los demócratas durante la lucha constitucional de las elecciones se convirtieron en prédicas constitucionales, recomendando, ahora que se trataba de probar con las armas en la mano que aquellos triunfos electorales habían ido en serio: orden, calma mayestática (*calme majestueux*), actitud legal, es decir, sumisión ciega a la voluntad de la contrarrevolución, que se imponía insolentemente como ley. Durante el debate, la Montaña avergonzó al partido del orden, haciendo valer contra su pasión revolucionaria la actitud desapasionada del hombre de bien que no se sale del terreno legal y fulminándole con el espantoso reproche de que se comportaba revolucionariamente. Hasta los diputados recién elegidos se esforzaron en demostrar, con su actitud correcta y reflexiva, cuán ignorantes eran quienes los denigraban como anarquistas e interpretaban su elección como una victoria revolucionaria. El 31 de mayo fue aprobada la nueva ley electoral. La Montaña se contentó con meter de contrabando una protesta en el bolsillo del presidente. A la ley electoral le siguió una nueva ley de prensa, con la que quedaba suprimida de raíz toda la prensa diaria revolucionaria. Era la suerte que se había merecido. El *National* y *La Presse*⁹⁴ (dos órganos burgueses), quedaron después de este diluvio como la avanzada más extrema de la revolución.

Vimos que los jefes democráticos hicieron, durante los meses de marzo y abril, todo lo posible por embrollar al pueblo de París en una lucha ficticia y que después del 8 de mayo hicieron todo lo posible por contenerlo de la lucha real. No debemos, además, olvidar que el año 1850 fue uno de los años más brillantes de prosperidad industrial y comercial, y que, por tanto, el proletariado de París tenía trabajo en su totalidad. Pero la ley electoral del 31 de mayo de 1850 le apartaba de toda intervención en el poder político. Lo aislaba hasta del propio campo de la lucha. Volvía a precipitar a los obreros a la situación de parias en que vivían antes de la Revolución de Febrero. Al dejarse guiar por los demócratas frente a este acontecimiento y al olvidar el interés revolucionario de su clase ante un bienestar momentáneo, renunciaron al honor de ser una potencia

⁹⁴ *La Presse* (La Prensa), diario que salía en París desde 1836; durante la monarquía de julio tenía carácter opositor; en 1848-1849 fue órgano de los republicanos burgueses; posteriormente fue órgano bonapartista.

conquistadora, se sometieron a su suerte, demostraron que la derrota de junio de 1848 los había incapacitado para luchar durante muchos años y que, por el momento, el proceso histórico tenía que pasar de nuevo sobre sus cabezas. En cuanto a la democracia pequeñoburguesa, que el 13 de junio había gritado: “¡Ah, pero si tocan al sufragio universal, ah, entonces!”, se consolaba ahora pensando que el golpe contrarrevolucionario que se había descargado sobre ella no era tal golpe y que la ley del 31 de mayo no era tal ley. El segundo domingo de mayo de 1852, todo francés comparecerá en el palenque electoral, empuñando en una mano la papeleta de voto y en la otra la espada. Esta profecía le servía de satisfacción. Finalmente, el ejército volvió a ser castigado por sus superiores por las elecciones de marzo y abril de 1850, como lo había sido por las del 28 de mayo de 1849. Pero esta vez se dijo resueltamente: “¡La revolución no nos engañará por tercera vez!”

La ley del 31 de mayo de 1850 era el *coup d'état* de la burguesía. Todas sus victorias anteriores sobre la revolución tenían un carácter meramente provisional. Tan pronto como la asamblea nacional en funciones se retiraba de la escena, comenzaban a ser dudosas. Dependían del azar de unas nuevas elecciones generales, y la historia de las elecciones desde 1848 probaba irrefutablemente que en la misma proporción en que se desarrollaba el poder efectivo de la burguesía, ésta iba perdiendo su poder moral sobre las masas del pueblo. El 10 de marzo, el sufragio universal se pronunció directamente en contra de la dominación de la burguesía; la burguesía contestó proscribiendo el sufragio universal. La ley del 31 de mayo era, pues, una de las necesidades impuestas por la lucha de clases. Por otra parte, la constitución exigía, para que la elección del presidente de la república fuese válida, un mínimo de dos millones de votos. Si ninguno de los candidatos a la presidencia obtenía esta votación mínima, la asamblea nacional debería elegir al presidente entre los tres candidatos que obtuviesen más votos. Cuando la constituyente dictó esta ley, había en el censo electoral diez millones de electores. Es decir, que a juicio de ella bastaba con los votos de una quinta parte del censo para que la elección del presidente fuese válida. La ley del 31 de mayo suprimió del censo electoral, por lo menos, tres millones de electores, redujo el número de éstos a siete millones y mantuvo, no obstante, la cifra mínima de dos millones para la elección del presidente. Por tanto, elevó el mínimo legal de una quinta parte a casi un tercio del censo; es decir, hizo todo lo posible por escamotear la elección del presidente de manos del pueblo, entregándola a manos de la asamblea nacional. Por donde el partido del orden parecía haber consolidado doblemente su dominación con la ley del 31 de mayo, al entregar la elección de la asamblea nacional y la del presidente de la república al arbitrio de la parte más estacionaria de la sociedad.

V

Después de superarse la crisis revolucionaria y abolirse el sufragio universal, estalló inmediatamente una nueva lucha entre la asamblea nacional y Bonaparte.

La constitución había fijado el sueldo de Bonaparte en 600.000 francos. No había pasado medio año desde su instalación, cuando consiguió elevar esta suma al doble. Odilon Barrot arrancó a la asamblea constituyente un suplemento anual de 600.000 francos para los llamados gastos de representación. Después del 13 de junio, Bonaparte había expresado otra demanda igual, sin que esta vez Barrot le escuchase. Ahora, después del 31 de mayo, se aprovechó inmediatamente del momento favorable e hizo que sus ministros propusiesen a la asamblea nacional una lista civil de tres millones. Una larga y aventurera vida de vagabundo le había dotado de los tentáculos más perfectos para tantear los momentos de debilidad en que podía sacar dinero a sus burgueses. Era un chantaje en toda regla. La asamblea nacional había deshonrado la soberanía del pueblo con su ayuda y su connivencia. La amenazó con denunciar su delito ante el tribunal del pueblo si no aflojaba la bolsa y compraba su silencio con tres millones al año. La asamblea nacional había robado el voto a tres millones de franceses. Bonaparte exigía por cada francés políticamente desvalorizado un franco en moneda circulante, lo que hacía un total exacto de tres millones de francos. El elegido por seis millones de electores reclama una indemnización por los votos que le han estafado después de su elección. La comisión de la asamblea nacional rechazó al importuno. La prensa bonapartista amenazó. ¿Podía la asamblea nacional romper con el presidente de la república, en un momento en que había roto fundamental y definitivamente con la masa de la nación? Por eso, aun denegando la lista civil anual, concedió por una sola vez un suplemento de 2.160.000 francos. Con ello, se hacía reo de una doble debilidad: la de conceder el dinero y la de revelar al mismo tiempo, con su irritación, que lo concedía de mala gana. Más adelante veremos para qué necesitaba Bonaparte este dinero. Tras este molesto epílogo que siguió a la supresión del sufragio universal, pisándole los talones, y en el que Bonaparte cambió la humilde actitud que adoptara durante la crisis de marzo y abril por un retador cinismo frente al parlamento usurpador, la asamblea nacional suspendió sus sesiones por tres meses, desde el 11 de agosto hasta el 11 de noviembre. Dejó en su lugar una comisión permanente de 28 miembros, en la que no entraba ningún bonapartista, pero sí en cambio algunos republicanos moderados. En la comisión permanente de 1849 no había más que hombres de orden y bonapartistas. Pero entonces el partido del orden se declaraba permanentemente en contra de la revolución. Ahora, la república parlamentaria se declaraba permanentemente en contra del presidente. Después de la ley del 31 de mayo, el partido del orden ya no tenía enfrente más que este rival.

Cuando la asamblea nacional volvió a reunirse en noviembre de 1850, parecía inevitable que estallase, en vez de sus escaramuzas anteriores con el presidente, una gran lucha implacable, una lucha a vida o muerte entre los dos poderes.

Lo mismo que en 1849, durante las vacaciones parlamentarias de este año, el partido del orden se había dispersado en sus distintas fracciones, cada cual ocupada con sus propias intrigas restauradoras, a las que la muerte de Luis Felipe daba nuevo pábulo. El rey de los legitimistas, Enrique V, había llegado incluso a nombrar un ministerio formal, que residía en París y del que formaban parte miembros de la comisión

permanente. Bonaparte quedaba, pues, autorizado para emprender a su vez jiras por los departamentos franceses y dejar escapar, recatada o abiertamente, según el estado de ánimo de la ciudad a la que regalaba con su presencia, sus propios planes de restauración, reclutando votos para sí. En estas jiras, que el gran *Moniteur* oficial y los pequeños “monitores” privados de Bonaparte, tenían, naturalmente, que celebrar como cruzadas triunfales, le acompañaban constantemente afiliados de la *Sociedad del 10 de Diciembre*. Esta sociedad data del año 1849. Bajo el pretexto de crear una sociedad de beneficencia, se organizó al lumpemproletariado de París en secciones secretas, cada una de ellas dirigida por agentes bonapartistas y un general bonapartista a la cabeza de todas. Junto a *roués*⁹⁵ arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, huidos de galeras, timadores, saltimbanquis, lazzaroni⁹⁶, carteristas y rateros, jugadores, alcahuetes, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritoruelos, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman la *bohème*; con estos elementos, tan afines a él, formó Bonaparte la solera de la Sociedad del 10 de Diciembre, “Sociedad de beneficencia” en cuanto que todos sus componentes sentían, al igual que Bonaparte, la necesidad de beneficiarse a costa de la nación trabajadora. Este Bonaparte, que se erige en *jefe del lumpemproletariado*, que sólo en éste encuentra reproducidos en masa los intereses, que él personalmente persigue, que reconoce en esta hez, desecho y escoria de todas las clases, la única clase en la que puede apoyarse sin reservas, es el auténtico Bonaparte, el Bonaparte *sans phrase*⁹⁷. Viejo *roué* ladino, concibe la vida histórica de los pueblos y los grandes actos de gobierno y de estado como una comedia, en el sentido más vulgar de la palabra, como una mascarada, en que los grandes disfraces y las frases y gestos no son más que la careta para ocultar lo más mezquino y miserable. Así, en su expedición a Estrasburgo, el buitre suizo amaestrado desempeñó el papel de águila napoleónica. Para su incursión en Boulogne, embute a unos cuantos lacayos de Londres en uniformes franceses⁹⁸. Ellos representan el ejército. En su Sociedad del 10 de Diciembre, reunió a 10.000 miserables del lumpen, que habían de representar al pueblo, como Nick Bottom representaba el león. En un momento en que la misma burguesía representaba la comedia más completa, pero con la mayor seriedad del mundo, sin faltar a ninguna de las pedantescas condiciones de la etiqueta dramática francesa, y ella misma obraba a medias engañada y a medias convencida de la solemnidad de sus acciones y representaciones dramáticas, tenía que vencer por fuerza el aventurero que tomase lisa y llanamente la comedia como tal comedia. Sólo después de eliminar a su solemne adversario, cuando él mismo toma en serio su papel imperial y cree representar, con su careta napoleónica, al auténtico Napoleón, sólo entonces es víctima de su propia concepción del mundo, el payaso serio que ya no toma a la historia universal por una comedia, sino su comedia por la historia universal. Lo que para los obreros socialistas

⁹⁵ Libertinos.

⁹⁶ *Lazzaroni*, sobrenombre que se daba en Italia al lumpenproletariado, elementos desclasados. Los lazzaroni fueron utilizados reiteradas veces por los medios monárquico-reaccionarios en la lucha contra el movimiento liberal y democrático.

⁹⁷ A secas, sin rodeos.

⁹⁸ Alusión a dos hechos de la biografía de Luis Bonaparte: el 30 de octubre de 1836 intentó levantar una sublevación en Estrasburgo con el apoyo de dos regimientos de artillería. Los sublevados fueron desarmados, y el propio Luis Bonaparte detenido y deportado a América. El 6 de agosto de 1840 intentó sublevarse de nuevo con las tropas de la guarnición de Boulogne, después de cuyo fracaso fue condenado a prisión perpetua, pero huyó a Inglaterra en 1846.

habían sido los talleres nacionales⁹⁹ y para los republicanos burgueses los *gardes mobiles*¹⁰⁰, era para Bonaparte la Sociedad del 10 de Diciembre: la fuerza combativa de partido propia de él. Las secciones de esa sociedad, enviadas por grupos a las estaciones, debían improvisarle en sus viajes un público, representar el entusiasmo popular, gritar *Vive l'Empereur!*¹⁰¹, insultar y apalear a los republicanos, naturalmente bajo la protección de la policía. En sus viajes de regreso a París, debían formar la vanguardia, adelantarse a las contramanifestaciones o dispersarlas. La Sociedad del 10 del Diciembre le pertenecía a él, era *su* obra, su idea más privativa. Todo lo demás de que se apropia se lo da la fuerza de las circunstancias, en todos sus hechos actúan por él las circunstancias o se limita a copiarlo de los hechos de otros; pero el Bonaparte que se presenta en público, ante los ciudadanos, con las frases oficiales del orden, la religión, la familia, la propiedad, y detrás de él la sociedad secreta de los Schufterle y los Spiegelberg, la sociedad del desorden, la prostitución y el robo, es el propio Bonaparte como autor original, y la historia de la Sociedad del 10 de Diciembre es su propia historia. Se había dado el caso de que representantes del pueblo pertenecientes al partido del orden habían sido apaleados por los decembristas. Más aún. El comisario de policía Yon, adscrito a la asamblea nacional y encargado de la vigilancia de su seguridad, denunció a la comisión permanente, basándose en el testimonio de un tal Alais, que una sección de decembristas había acordado asesinar al general Changarnier y a Dupin, presidente de la asamblea nacional, estando ya elegidos los individuos encargados de ejecutar este acuerdo. Se comprenderá el terror del señor Dupin. Parecía inevitable una investigación parlamentaria sobre la Sociedad del 10 de Diciembre, es decir, la profanación del mundo secreto bonapartista. Por eso, precisamente, antes de que volviera a reunirse la asamblea nacional, Bonaparte disolvió prudentemente su sociedad, claro está que sólo sobre el papel, pues todavía a fines de 1851, el prefecto de policía Carlier, en una extensa memoria, intentaba en vano moverle a disolver realmente a los decembristas.

La Sociedad del 10 de Diciembre había de seguir siendo el ejército privado de Bonaparte mientras éste no consiguiese convertir el ejército público en una Sociedad del 10 de Diciembre. Bonaparte hizo la primera tentativa encaminada a esto poco después de suspenderse las sesiones de la asamblea nacional, y la hizo con el dinero que acababa de arrancarle a ésta. Como fatalista que es, abriga la convicción de que hay ciertos poderes superiores, a los que el hombre y sobre todo el soldado no se puede resistir. Entre estos poderes incluye, en primer término, los cigarros y el champagne, las aves frías y el salchichón adobado con ajo. Por eso, en los salones del Elíseo, empieza obsequiando a los oficiales y suboficiales con cigarros y champagne, aves frías y salchichón adobado con ajo. El 3 de octubre repite esta maniobra con las masas de tropa en la revista de St. Maur, y el 10 de octubre vuelve a repetirla en una escala todavía mayor en la revista militar de Satory. El tío se acordaba de las campañas de Alejandro en Asia, el sobrino se acuerda de las cruzadas triunfales de Baco en las mismas tierras. Alejandro era, ciertamente, un semidiós, pero Baco era un dios completo. Y, además, el dios tutelar de la Sociedad del 10 de Diciembre.

Después de la revista del 3 de octubre, la comisión permanente llamó a comparecer ante ella al ministro de la guerra, d'Hautpoul. Este prometió que no volverían a repetirse aquellas infracciones de la disciplina. Sabido es cómo Bonaparte cumplió el 10 de octubre la palabra dada por d'Hautpoul. En ambas revistas había llevado el mando Changarnier, como comandante en jefe del ejército de París. Changarnier, que era a la

⁹⁹ Ver en Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en estas mismas obras escogidas, página 31 del formato pdf.

¹⁰⁰ Ídem *supra*, en páginas 30-31 del formato pdf.

¹⁰¹ ¡Viva el emperador!

vez miembro de la comisión permanente, jefe de la guardia nacional, el “salvador” del 29 de enero y del 13 de junio, el “baluarte de la sociedad”, candidato del partido del orden para la dignidad presidencial, el presunto Monk de dos monarquías, no se había reconocido jamás hasta entonces subordinado al ministro de la guerra, se había burlado siempre abiertamente de la constitución republicana y había perseguido a Bonaparte con una arrogante protección equívoca. Ahora, se desvivía por la disciplina contra el ministro de la guerra y por la constitución contra Bonaparte. Mientras que el 10 de octubre una parte de la caballería dejó oír el grito de *Vive Napoléon! Vivent les saucissons!*¹⁰², Changarnier hizo que por lo menos la infantería, que desfilaba al mando de su amigo Neumayer, guardase un silencio glacial. Como castigo, el ministro de la guerra, acuciado por Bonaparte, relevó al general Neumayer de su puesto en París con el pretexto de entregarle el alto mando de la 14ª y la 15ª divisiones. Neumayer rehusó este cambio de destino y se vio obligado así a pedir el retiro. Por su parte, Changarnier publicó el 2 de noviembre una orden de plaza en la que prohibía a las tropas gritos ni ninguna clase de manifestaciones políticas estando bajo las armas. Los periódicos elíseos¹⁰³ atacaron a Changarnier; los periódicos del partido del orden, a Bonaparte; la comisión permanente celebraba una sesión secreta tras otra, en las que se presentaba reiteradamente la proposición de declarar a la patria en peligro; el ejército parecía estar dividido en dos campos enemigos, con dos estados mayores enemigos, uno en el Elíseo, donde moraba Bonaparte, y otro en las Tullerías, donde moraba Changarnier. Sólo parecía faltar la reanudación de las sesiones de la asamblea nacional para que sonase la señal de la lucha. Al público francés estos rozamientos entre Bonaparte y Changarnier le merecían el mismo juicio que a aquel periodista inglés que los caracterizó en las siguientes palabras:

“Las criadas políticas de Francia barren la ardiente lava de la revolución con las viejas escobas, y se tiran del moño mientras ejecutan su faena”.

Entretanto, Bonaparte se apresuró a destituir al ministro de la guerra, d’Hautpoul, expidiéndolo precipitadamente a Argelia y nombrando para sustituirle en la cartera de ministro de la guerra al general Schramm. El 12 de noviembre mandó a la asamblea nacional un mensaje de prolijidad norteamericana, recargado de detalles, oliendo a orden, ávido de reconciliación, lleno de resignación constitucional, en el que se trataba de todo lo divino y lo humano, menos de las *questions brûlantes*¹⁰⁴ del momento. Como de pasada, dejaba caer las palabras de que con arreglo a las normas expresas de la constitución, el presidente disponía por sí solo del ejército. El mensaje terminaba con estas palabras altisonantes:

“Francia exige ante todo tranquilidad... Soy el único ligado por un juramento, y me mantendré dentro de los estrictos límites que me traza... Por lo que a mí se refiere, elegido por el pueblo y no debiendo más que a éste mi poder me someteré siempre a su voluntad legalmente expresada. Si en este período de sesiones acordáis la revisión constitucional, una asamblea constituyente reglamentará la posición del poder ejecutivo. En otro caso, el pueblo declarará solemnemente su decisión en 1852. Pero, cualesquiera que sean las soluciones del porvenir, lleguemos a una inteligencia, para que jamás la pasión, la sorpresa o la violencia decidan la suerte de una gran nación... Lo que sobre todo me preocupa no es saber quién va a gobernar a Francia en 1852, sino emplear el tiempo de que dispongo de modo que el período restante pase sin agitación y sin perturbaciones. Os he abierto sinceramente mi corazón, contestad vosotros a mi franqueza con vuestra confianza, a mi buen deseo con vuestra colaboración, y Dios se encargará del resto”.

¹⁰² ¡Viva el emperador, vivan los salchichones!

¹⁰³ Se alude a los periódicos de tendencia bonapartista; la denominación procede del palacio del Elíseo, residencia de Luis Bonaparte en París durante el período de su presidencia.

¹⁰⁴ Problemas candentes.

El lenguaje honesto, hipócritamente moderado, virtuosamente lleno de lugares comunes de la burguesía, descubre su más profundo sentido en labios de autócrata de la Sociedad del 10 de Diciembre y del héroe de las meriendas de St. Maur y Satory.

Los burgraves del partido del orden no se dejaron engañar ni un solo instante en cuanto al crédito que se podía dar a esa efusión cordial. Acerca de los juramentos estaban ya desde hacía mucho tiempo al cabo de la calle; entre ellos había veteranos, virtuosos del perjurio político, y el pasaje dedicado al ejército no se les pasó desapercibido. Observaron con desagrado que, en la prolija e interminable enumeración de las leyes recientemente promulgadas, el mensaje guardaba un silencio afectado acerca de la más importante de todas, la ley electoral, y más aún, que en caso de no revisión constitucional se dejaba al arbitrio del pueblo, para 1852, la elección del presidente. La ley electoral era el grillete atado a los pies del partido del orden, que le impedía andar, y no digamos lanzarse al asalto. Además, con la disolución oficial de la Sociedad del 10 de Diciembre y la destitución del ministro de la guerra, d'Hautpoul, Bonaparte había sacrificado por su propia mano en el altar de la patria a las víctimas propiciatorias. Quitó la espina al choque que se esperaba. Finalmente, el mismo partido del orden procuró rehuir, atenuar, disimular temerosamente todo conflicto decisivo con el poder ejecutivo. Por miedo a perder las conquistas hechas contra la revolución dejó que su rival cosechase los frutos de ellas. “Francia exige ante todo tranquilidad”. Así le venía gritando desde febrero¹⁰⁵ el partido del orden a la revolución, así le gritaba al partido del orden el mensaje de Bonaparte. “Francia exige ante todo tranquilidad”. Bonaparte cometía actos encaminados a la usurpación, pero el partido del orden provocaba “agitación” si armaba ruido en torno a estos actos y los interpretaba de un modo hipocondríaco. Los salchichones de Satory no despegaban los labios si nadie hablaba de ellos. “Francia exige ante todo tranquilidad”. Es decir, Bonaparte exigía que se le dejase hacer tranquilamente lo que quería, y el partido parlamentario sentíase paralizado por un doble temor: por el temor de provocar la agitación revolucionaria y por el temor de aparecer como el perturbador de la tranquilidad a los ojos de su propia clase, a los ojos de la burguesía. Como Francia exigía ante todo tranquilidad, el partido del orden no se atrevió, después de que Bonaparte, en su mensaje, había hablado de “paz”, a contestar con “guerra”. El público, que ya se relamía pensando en las grandes escenas de escándalo que se iban a producir al reanudarse las sesiones de la asamblea nacional, viese defraudado en sus esperanzas. Los diputados de la oposición que exigían que se presentasen las actas de la comisión permanente acerca de los acontecimientos de octubre fueron arrollados por los votos de la mayoría. Se rehuyeron por principio todos los debates que pudieran excitar los ánimos. Los trabajos de la asamblea nacional durante los meses de noviembre y diciembre de 1850 carecieron de interés.

Por último, hacia fines de diciembre, comenzó una guerra de guerrillas en torno a unas u otras prerrogativas del parlamento. El movimiento se sumió en minucias alrededor de las prerrogativas de ambos poderes, después que la burguesía, con la abolición del sufragio universal, se hubo desembarazado por el momento de la lucha de clases.

Se había ejecutado contra Mauguin, uno de los representantes de la nación, una sentencia judicial por deudas. A instancia del presidente del tribunal, el ministro de justicia, Rouher, declaró que podía dictarse sin más trámites mandato de arresto contra el deudor. Mauguin fue recluido, pues, en la cárcel de deudores. Al conocer el atentado, la asamblea nacional montó en cólera. No sólo ordenó que el preso fuese inmediatamente puesto en libertad, sino que aquella misma tarde mandó a su greffier a que le sacase por la fuerza de Clichy. Sin embargo, para testimoniar su fe en la santidad de la propiedad

¹⁰⁵ Febrero de 1848.

privada y con la segunda intención de abrir, en caso de necesidad, un asilo para “montañeses” molestos, declaró válida la prisión por deudas de representantes del pueblo, previa autorización de la asamblea nacional. Se olvidó de decretar que también se podría meter en la cárcel por deudas al presidente de la república. Destruyó la última apariencia de inviolabilidad que rodeaba a los miembros de su propia corporación.

Recuérdese que el comisario de policía, Yon, había denunciado, basándose en el testimonio de un tal Alais, los planes de asesinato de Dupin y Changarnier, por una sección de decembristas. Ya en la primera sesión los cuestores presentaron en relación con esto la propuesta de crear una policía parlamentaria propia, pagada del presupuesto privado de la asamblea nacional e independiente en absoluto del prefecto de policía. El ministro del interior, Baroche, protestó contra esta injerencia en sus atribuciones. En vista de esto se llegó a una mísera transacción, según la cual el comisario de policía de la asamblea sería pagado de su presupuesto privado y nombrado y destituido por sus cuestores, pero previo acuerdo con el ministro del interior. Entre tanto, Alais había sido entregado por el gobierno a los tribunales, y no fue difícil presentar sus declaraciones como falsas y proyectar, por boca del fiscal, un resplandor de ridículo sobre Dupin, Changarnier, Yon y toda la asamblea nacional. Ahora, el 29 de diciembre el ministro Baroche escribe una carta a Dupin exigiendo la destitución de Yon. La mesa de la asamblea nacional, acuerda no destituirle, pero ésta, asustada de la violencia de su proceder en el asunto Mauguin y acostumbrada a que el poder ejecutivo le devolviera dos golpes por uno, no lo sanciona. Destituye a Yon en recompensa por el celo con que le había servido y se despoja de una prerrogativa parlamentaria inexcusable contra un hombre que no decide por la noche para ejecutar por el día, sino que decide por el día y ejecuta por la noche.

Hemos visto que la asamblea nacional, durante los meses de noviembre y diciembre, rehuyó, ahogó, en grandes y decisivas ocasiones la lucha contra el poder ejecutivo. Ahora la vemos obligada a aceptar esta lucha por los motivos más mezquinos. En el asunto Mauguin, confirma en principio la prisión por deudas de los representantes de la nación, pero se reserva la posibilidad de aplicarla solamente a los representantes que no le sean gratos, y regatea por este infame privilegio con el ministro de justicia. En vez de aprovecharse del supuesto plan de asesinato para abrir una investigación sobre la Sociedad del 10 de Diciembre y desenmascarar irremisiblemente a Bonaparte ante Francia y ante Europa, presentándolo en su verdadera faz, como la cabeza del lumpemproletariado de París, deja que la colisión descienda a un punto en que ya lo único que se ventila entre ella y el ministro del interior es quién tiene competencia para nombrar y separar a un comisario de la policía. Así, vemos al partido del orden, durante todo este período, obligado por su posición equívoca, a convertir su lucha contra el poder ejecutivo en mezquinas discordias de competencias, minucias, leguleyerías, litigios de lindes, y a tomar como contenido de sus actividades las más insípidas cuestiones de forma. No se atreve a afrontar el choque en el momento en que éste tiene una significación de principio, en que el poder ejecutivo se ha comprometido realmente y en que la causa de la asamblea nacional sería la causa de toda la nación. Con ello daría a la nación una orden de marcha, y nada teme tanto como el que la nación se mueva. Por eso, en estas ocasiones, desecha las proposiciones de la Montaña y pasa al orden del día. Después de abandonarse así la cuestión litigiosa en sus grandes dimensiones, el poder ejecutivo espera tranquilamente el momento en que pueda volver a plantearla por motivos fútiles e insignificantes, allí donde sólo ofrezca, por decirlo así, un interés parlamentario puramente local. Y entonces estalla la ira contenida del partido del orden, entonces rasga el telón que oculta los bastidores, entonces denuncia al presidente, entonces declara a la república en peligro; pero entonces su patetismo pierde también todo sabor y el motivo de la lucha aparece

como un pretexto hipócrita e indigno de ser tomado en cuenta. La tempestad parlamentaria se convierte en una tempestad en un vaso de agua, la lucha en intriga, el choque en escándalo. Mientras la malignidad de las clases revolucionarias se ceba en la humillación de la asamblea nacional, pues estas clases se entusiasman por las prerrogativas parlamentarias de aquella tanto como ella por las libertades públicas, la burguesía fuera del parlamento no comprende cómo la burguesía de dentro del parlamento puede derrochar el tiempo en tan mezquinas querellas y comprometer la tranquilidad con tan míseras rivalidades con el presidente. La mete en confusión una estrategia que sella la paz en los momentos en que todo el mundo espera batallas y ataca en los momentos en que todo el mundo cree que se ha sellado la paz.

El 20 de diciembre, Pascal Duprat interpelló al ministro del interior sobre la lotería de los lingotes de oro. Esta lotería era una “hija del Elíseo”¹⁰⁶. Bonaparte la había traído al mundo con sus leales, y el prefecto de policía, Carlier, la había tomado bajo la protección oficial, a pesar de que la ley en Francia prohíbe toda clase de loterías, fuera de los sorteos hechos para fines de beneficencia. Siete millones de billetes por valor de un franco cada uno, y la ganancia destinada, al parecer, a embarcar a vagabundos de París para California. De una parte, se quería que los sueños dorados desplazasen los sueños socialistas del proletariado parisino, la tentadora perspectiva del premio gordo desplazase el derecho doctrinario al trabajo. Naturalmente, los obreros de París no reconocieron en el brillo de los lingotes de oro de California los opacos francos que les habían sacado del bolsillo con engaños. Pero, en lo fundamental, se trataba de una estafa directa. Los vagabundos que querían encontrar minas de oro californianas sin moverse de París, eran el propio Bonaparte y los caballeros comidos de deudas que formaban su tabla redonda. Los tres millones concedidos por la asamblea nacional se los habían gastado ya alegremente, y había que volver a llenar la caja como fuese. En vano había abierto Bonaparte una suscripción nacional para construir las llamadas *cités ouvrières*¹⁰⁷, a cuya cabeza figuraba él mismo, con una suma considerable. Los burgueses, duros de corazón, aguardaron a que desembolsase el capital suscrito, y como, naturalmente, el desembolso no se efectuó, la especulación sobre aquellos castillos socialistas en el aire se vino chabacantemente a tierra. Los lingotes de oro dieron mejor resultado. Bonaparte y consortes no se contentaron con embolsarse una parte del remanente de los siete millones que quedaba después de cubrir el valor de las barras sorteadas, sino que fabricaron diez, quince y hasta veinte billetes falsos del mismo número. ¡Operaciones financieras en el espíritu de la Sociedad del 10 de Diciembre! Aquí la asamblea nacional no tenía enfrente al ficticio presidente de la república, sino al Bonaparte de carne y hueso. Aquí, podía cogerle *in fraganti*, transgrediendo no ya la constitución, sino el *Code pénal*¹⁰⁸. Si ante la interpelación de Duprat la asamblea pasó al orden del día, no fue solamente porque la enmienda de Girardin de declararse *satisfait* traía a la memoria del partido del orden su corrupción sistemática. El burgués, y sobre todo el burgués hinchado en estadista, complementa su vileza práctica con su grandilocuencia teórica. Como estadista, se convierte, al igual que el poder del estado que tiene enfrente, en un ser superior, al que sólo se le puede combatir de un modo superior, solemne.

Bonaparte, que precisamente como *bohémien*, como lumpemproletario principesco, le llevaba al truhan burgués la ventaja de que podía librar la lucha con medios

¹⁰⁶ Marx utiliza aquí, para un juego de palabras, unos versos de la poesía de Schiller *La alegría*, en la que se canta la alegría, hija de Elíseo o de los Campos Elíseos (sinónimo de paraíso entre los autores antiguos). Los Campos Elíseos son también el nombre de una avenida de París, en la que se encontraba la residencia de Luis Bonaparte.

¹⁰⁷ Colonias obreras.

¹⁰⁸ Código penal.

rastreros, vio ahora, después de que la propia asamblea le había ayudado a cruzar, llevándole de la mano, el suelo resbaladizo de los banquetes militares, de las revistas, de la Sociedad del 10 de Diciembre y, por último, del *Code pénal*, llegado el momento en que podía pasar de la aparente defensiva a la ofensiva. Las pequeñas derrotas del ministro de justicia, del ministro de la guerra, del ministro de marina, del ministro de hacienda, que se le atravesaban en el camino y con las que la asamblea nacional hacía manifiesto su descontento gruñón, no le molestaban gran cosa. No sólo impidió que los ministros dimitiesen, reconociendo con ello la subordinación del poder ejecutivo al parlamento, sino que ahora pudo llevar ya a efecto la obra que había comenzado durante las vacaciones de la asamblea nacional; desgajar del parlamento el poder militar, *destituir a Changarnier*.

Un periódico elíseo publicó una orden de plaza, dirigida, durante el mes de mayo, al parecer, a la primera división del ejército y procedente, por tanto, de Changarnier, en la que se recomendaba a los oficiales, en caso de sublevación, no dar cuartel a los traidores dentro de sus propias filas, fusilarlos inmediatamente y rehusar a la asamblea nacional las tropas, si ésta llegaba a requerirlas. El 3 de enero de 1851 se interpeló al gobierno acerca de esta orden de plaza. Para examinar este asunto pide primero tres meses, luego una semana y por último sólo veinticuatro horas de reflexión. La asamblea insiste en que se dé una explicación inmediata. Changarnier se levanta y declara que aquella orden de plaza jamás ha existido. Añade que se apresurará en todo momento a atender a los requerimientos de la asamblea nacional y que, en caso de colisión, ésta puede contar con él. La asamblea acoge su declaración con indescriptibles aplausos y le concede un voto de confianza. La asamblea nacional resigna sus poderes, decreta su propia impotencia y la omnipotencia del ejército, al colocarse bajo la protección privada de un general; pero el general se equivoca, poniendo a disposición de la asamblea, contra Bonaparte, un poder que sólo tiene en precario del propio Bonaparte y esperando, a su vez, protección de este parlamento, de su protegido, necesitado él mismo de protección. Pero Changarnier cree en el poder misterioso de que la burguesía le ha dotado desde el 29 de enero de 1849. Se considera como el tercer poder al lado de los otros dos poderes del estado. Comparte la suerte de los demás héroes, o, mejor dicho, santos de esta época, cuya grandeza consiste precisamente en la gran opinión interesada que sus partidos se forman de ellos y que quedan reducidos a figuras mediocres tan pronto como las circunstancias los invitan a hacer milagros. El descreimiento es siempre el enemigo mortal de estos héroes supuestos y santos reales. De aquí su noble indignación moral contra los bromistas y burlones carentes de entusiasmo.

Aquella misma noche fueron llamados los ministros al Elíseo. Bonaparte acucia para que sea destituido Changarnier, cinco ministros se niegan a firmar la destitución, el *Moniteur* anuncia una crisis ministerial y la prensa del orden amenaza con la formación de un ejército parlamentario bajo el mando de Changarnier. El partido del orden tenía atribuciones constitucionales para dar este paso. Le bastaba con nombrar a Changarnier presidente de la asamblea nacional y requerir cualquier cantidad de tropas para velar por su seguridad. Podía hacerlo con tanta más seguridad cuanto que Changarnier se hallaba todavía realmente al frente del ejército y de la guardia nacional de París y sólo acechaba el momento de ser requerido en unión del ejército. La prensa bonapartista no se atrevía siquiera a poner en tela de juicio el derecho de la asamblea nacional a requerir directamente las tropas, escrúpulo jurídico que en aquellas circunstancias no auguraba ningún éxito. Y, si se tiene en cuenta que Bonaparte tuvo que buscar en todo París durante ocho días para encontrar por fin a dos generales (Baraguay d'Hilliers y Saint-Jean d'Angely), que se declararan dispuestos a refrendar la destitución de Changarnier, parece lo más verosímil que el ejército hubiese respondido a la orden de la asamblea nacional.

En cambio, es más que dudoso que el partido del orden hubiera encontrado en sus propias filas y en el parlamento el número de votos necesario para este acuerdo, si se advierte que ocho días después se separaron de él 286 votos y que la Montaña rechazó una propuesta semejante, incluso en diciembre de 1851, en la hora final de la decisión. No obstante, quizá, los burgraves hubiesen conseguido todavía arrastrar a la masa de su partido a un heroísmo que consistía en sentirse seguros detrás de un bosque de bayonetas y en aceptar los servicios de un ejército que había desertado a su campo. En vez de hacer esto, los señores burgraves se trasladaron al Elíseo en la noche del 6 de enero para hacer desistir a Bonaparte, mediante giros y reparos de ingeniosos estadistas, de la destitución de Changarnier. Cuando se trata de convencer a alguien, es porque se le reconoce como el dueño de la situación. Bonaparte, asegurado por este paso, nombra el 12 de enero un nuevo ministerio, en el que continúan los jefes del antiguo, Fould y Baroche. Saint-Jean d'Angely es nombrado ministro de la guerra, el *Moniteur* publica el decreto de destitución de Changarnier, y su mando se divide entre Baraguay d'Hilliers, al que se le asigna la primera división, y Perrot, que se hace cargo de la guardia nacional. Se le da el pasaporte al “baluarte de la sociedad”, y si ninguna piedra cae de los tejados, suben en cambio las cotizaciones de la bolsa.

El partido del orden, dando una repulsa al ejército, que se pone a su disposición en la persona de Changarnier, y entregándose así de modo irrevocable al presidente, declara que la burguesía ha perdido la vocación de gobernar. Ya no existía un gobierno parlamentario. Al perder el asidero del ejército y de la guardia nacional, ¿qué medio de fuerza le quedaba para afirmar a un mismo tiempo el poder usurpado del parlamento sobre el pueblo y su poder constitucional contra el presidente? Ninguno. Sólo le quedaba la apelación a estos principios inermes que él mismo había interpretado siempre como meras reglas generales y que se prescribían a otros para poder uno moverse con mayor libertad. Con la destitución de Changarnier y la entrega del poder militar a Bonaparte, termina la primera parte del período que estamos examinando, el período de la lucha entre el partido del orden y el poder ejecutivo. La guerra entre ambos poderes se declara ahora abiertamente, se libra abiertamente, pero cuando ya el partido del orden ha perdido sus armas y soldados. Sin ministerio, sin ejército, sin pueblo, sin opinión pública, sin ser ya, desde su ley electoral del 31 de mayo, representante de la nación soberana, sin ojos, sin oídos, sin dientes, sin nada, la asamblea nacional va convirtiéndose poco a poco en un *antiguo parlamento francés*¹⁰⁹, que debe entregar la iniciativa al gobierno y contentarse por su parte con gruñidos de recriminación *post festum*¹¹⁰.

El partido del orden recibe al nuevo ministerio con una avalancha de indignación. El general Bedeau evoca en el recuerdo la benignidad de la comisión permanente durante las vacaciones y los excesivos miramientos con que había renunciado a la publicación de las actas de sus sesiones. Por su parte, el ministro del interior insiste en la publicación de estas actas que son ya, naturalmente, tan sosas como agua estancada, que no descubren ningún hecho nuevo y no producen el menor efecto al público hastiado. A propuesta de Rémusat, la asamblea nacional se retira a sus despachos y nombra un “comité de medidas extraordinarias”. París no se sale de los carriles de su orden cotidiano, con tanta mayor razón, cuanto que en este momento el comercio prospera, las manufacturas trabajan, los precios del trigo están bajos, los víveres abundan, en las cajas de ahorros ingresan todos los días cantidades nuevas. Las “medidas extraordinarias”, tan estrepitosamente

¹⁰⁹ Parlamentos, instituciones judiciales supremas de Francia que existieron hasta la revolución burguesa de fines del siglo XVIII. Registraban las disposiciones reales y gozaban, además, del derecho de recriminación, o sea, del derecho de protesta contra las disposiciones que no correspondían a las costumbres y a la legislación del país.

¹¹⁰ Tras la fiesta, es decir, con retraso.

anunciadas por el parlamento, quedan reducidas, el 18 de enero, a un voto de desconfianza contra los ministros, sin que se mencione siquiera el nombre del tal general Changarnier. El partido del orden se vio obligado a dar al voto este giro para asegurarse los votos de los republicanos, ya que, de todas las medidas del ministerio, éstos sólo aprobaban la destitución de Changarnier, mientras que el partido del orden no podía en realidad censurar los demás actos ministeriales, dictados por él mismo.

El voto de desconfianza del 18 de enero se decidió por 415 votos contra 286. Por tanto, sólo pudo sacarse adelante mediante una coalición de los legitimistas y orleanistas extremados con los republicanos puros y la Montaña. Este voto probaba, pues, que el partido del orden no sólo había perdido el ministerio y el ejército, sino que en los conflictos con Bonaparte había perdido también su mayoría parlamentaria independiente, que un tropel de diputados había desertado de su campo por el espíritu de componendas llevado al fanatismo, por miedo a la lucha, por cansancio, por consideraciones de parentesco hacia los sueldos del estado, tan entrañables para ellos, especulando con las vacantes de ministros (Odilon Barrot), por ese mezquino egoísmo con que el burgués corriente se inclina siempre a sacrificar a este o al otro motivo privado el interés general de su clase. Desde el principio, los diputados bonapartistas sólo se unían al partido del orden en la lucha contra la revolución. El jefe del partido católico, Montalembert, había puesto ya por entonces su influencia en el platillo de Bonaparte, pues desesperaba de la vitalidad del partido parlamentario. Finalmente, los caudillos de este partido, Thiers y Berryer, el orleanista y el legitimista, se vieron obligados a proclamarse abiertamente republicanos, a reconocer que, aunque su corazón era monárquico, su cabeza abrigaba ideas republicanas y que la república parlamentaria era la única forma posible para la dominación de toda la burguesía. De este modo se vieron obligados a estigmatizar ellos mismos ante los ojos de la clase burguesa, como una intriga tan peligrosa como descabellada, los planes de restauración que seguían urdiendo impertérritos a espaldas del parlamento.

El voto de desconfianza del 18 de enero fue un golpe contra los ministros y no contra el presidente. Pero no había sido el ministerio, sino el presidente quien había destituido a Changarnier. ¿Iba el partido del orden a formular un acta de acusación contra Bonaparte? ¿Por sus veleidades de restauración? Estas no eran más que el complemento de las suyas propias. ¿Por su conspiración en las revistas militares y en la Sociedad del 10 de Diciembre? Hacía ya mucho tiempo que se habían enterrado estos temas bajo simples órdenes del día. ¿Por la destitución del héroe del 29 de enero y del 13 de junio, del hombre que en mayo de 1850 amenazaba en caso de revuelta con pegar fuego a París por los cuatro costados? Sus aliados de la Montaña y Cavaignac no le permitían siquiera sostener al caído “baluarte de la sociedad” mediante una manifestación oficial de condolencia. Los del partido del orden no podían discutir al presidente la facultad constitucional de destituir a un general. Sólo se enfurecían porque habían hecho un uso no parlamentario de su derecho constitucional. ¿No habían hecho ellos constantemente un uso inconstitucional de sus prerrogativas parlamentarias, sobre todo al abolir el sufragio universal? Estaban obligados, pues, a moverse estrictamente dentro de los límites parlamentarios. Y hacía falta padecer aquella peculiar enfermedad que desde 1848 viene haciendo estragos en todo el continente, el *cretinismo parlamentario*, enfermedad que aprisiona como por encantamiento a los contagiados en un mundo imaginario, privándoles de todo sentido, de toda memoria, de toda comprensión del rudo mundo exterior; hacía falta padecer este cretinismo parlamentario, para que quienes habían por sus propias manos destruido y tenían necesariamente que destruir, en su lucha con otras clases, todas las condiciones del poder parlamentario, considerasen todavía como triunfos sus triunfos parlamentarios y creyesen dar en el blanco del presidente cuando disparaban

contra sus ministros. No hacían más que darle una ocasión para humillar nuevamente a la asamblea nacional a los ojos de la nación. El 20 de enero, el *Moniteur* anunció que había sido aceptada la dimisión de todo el ministerio. Bajo el pretexto de que ningún partido parlamentario tenía ya la mayoría, como lo demostraba el voto del 18 de enero, fruto de la coalición entre la Montaña y los monárquicos, y esperando a la formación de una nueva mayoría, Bonaparte nombró un llamado ministerio-puente, en el que no figuraba ningún diputado y en el que todos sus componentes eran individuos completamente desconocidos e insignificantes, un ministerio de simples recaderos y escribientes. El partido del orden podía ahora desgastarse en el juego con estas marionetas; el poder ejecutivo no creyó que valía siquiera la pena de estar seriamente representado en la asamblea nacional. Cuanto más simples coristas fuesen sus ministros, más visiblemente concentraba Bonaparte en su persona todo el poder ejecutivo, mayor margen de libertad tenía para explotarlo al servicio de sus fines.

El partido del orden, coligado con la Montaña, se vengó desechando la dotación presidencial de 1.800.000 francos que el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre había obligado a sus recaderos ministeriales a presentar. Esta vez, la votación se decidió por una mayoría de sólo 102 votos; es decir, que desde el 18 de enero habían vuelto a desertar 27 votos; la descomposición del partido del orden seguía su curso. Al mismo tiempo, para que en ningún momento pudiera haber engaño acerca del sentido de su coalición con la Montaña, no se dignó tomar siquiera en consideración una proposición encaminada a la amnistía general de los presos políticos, firmada por 189 diputados de la Montaña. Bastó con que el ministro del interior, un tal Vaïsse declarase que el orden sólo era aparente, que reinaba gran agitación secreta, que sociedades omnipresentes se organizaban secretamente, que los periódicos democráticos se preparaban para reaparecer, que los informes de las provincias eran desfavorables, que los emigrados de Ginebra tendían, a través de Lyon, una conspiración por todo el sur de Francia, que Francia estaba al borde de una crisis industrial y comercial, que los fabricantes de Roubaix habían reducido la jornada de trabajo, que los presos de Belle-Isle¹¹¹ se habían sublevado; bastó con que hasta un Vaïsse conjurase el espectro rojo, para que el partido del orden rechazase, sin discutirla siquiera, una proposición que habría valido a la asamblea nacional una enorme popularidad y habría obligado a Bonaparte a echarse de nuevo en sus brazos. En vez de dejarse intimidar por el poder ejecutivo con la perspectiva de nuevos desórdenes, habría debido, por el contrario, dejar a la lucha de clases un pequeño margen, para mantener bajo su dependencia al poder ejecutivo. Pero no se sentía a la altura de la misión de jugar con fuego.

Entretanto, el llamado ministerio-puente fue vegetando hasta mediados de abril. Bonaparte cansó, chasqueó a la asamblea nacional con constantes combinaciones de nuevos ministerios. Tan pronto parecía querer formar un ministerio republicano con Lamartine y Billault, como un ministerio parlamentario, con el inevitable Odilon Barrot, cuyo nombre no puede faltar cuando hace falta un cándido, o un ministerio legitimista, con Vatimesnil y Benoist d'Azy, o un ministerio orleanista, con Maleville. Y mientras de este modo mantiene en tensión a las diversas fracciones del partido del orden unas contra otras y las atemoriza a todas con la perspectiva de un ministerio republicano y con la restauración entonces inevitable del sufragio universal, suscita en la burguesía la convicción de que sus esfuerzos sinceros por lograr un ministerio parlamentario se estrellan contra la actitud irreconciliable de las fracciones realistas. Pero la burguesía clamaba tanto más estentóreamente por un "gobierno fuerte", encontraba tanto más imperdonable dejar a Francia "sin administración", cuanto más parecía estar en marcha

¹¹¹ Belle-Isle, isla en el golfo de Vizcaya, lugar de reclusión de los presos políticos.

una crisis comercial general, que laboraba en las ciudades en pro del socialismo como laboraba en el campo el bajo precio ruinoso del trigo. El comercio languidecía cada día más, los brazos parados aumentaban visiblemente, en París había por lo menos 10.000 obreros sin pan; en Ruán, Mulhouse, Lyon, Roubaix, Tourcoing, Saint-Etienne, Elbeuf, etc., se paralizaban innumerables fábricas. En estas circunstancias, Bonaparte pudo atreverse a restaurar, el 11 de abril, el ministerio del 18 de enero, con los señores Rouher, Fould, Baroche, etc., reforzados por el señor Léon Faucher, a quien la asamblea constituyente, durante sus últimos días, por unanimidad, con la sola excepción de los votos de cinco ministros, había estigmatizado con un voto de desconfianza por la difusión de telegramas falsos. Por tanto, la asamblea nacional había conseguido el 18 de enero un triunfo sobre el ministerio, había luchado durante tres meses contra Bonaparte para que el 11 de abril Fould y Baroche pudiesen recibir en su alianza ministerial, como tercero, al puritano Faucher.

En noviembre de 1849, Bonaparte se había contentado con un ministerio *no parlamentario* y en enero de 1851 con un ministerio *extraparlamentario*; el 11 de abril, se sintió ya lo bastante fuerte para formar un ministerio *antiparlamentario*, en el que se unían armónicamente los votos de desconfianza de ambas asambleas, la constituyente y la legislativa, la republicana y la realista. Esta gradación de ministerios era el termómetro por el que el parlamento podía medir el descenso de su propio calor vital. A fines de abril, éste había caído tan bajo, que Persigny pudo invitar a Changarnier, en una entrevista personal, a pasarse al campo del presidente. Le aseguró que Bonaparte consideraba completamente destruida la influencia de la asamblea nacional y que estaba preparada ya la proclama que había de publicarse después del *coup d'état*, constantemente proyectado, pero otra vez accidentalmente aplazado. Changarnier comunicó a los caudillos del partido del orden la esquila mortuoria, pero, ¿quién cree que las picaduras de las chinches matan? Y el parlamento, con estar tan derrotado, tan descompuesto, tan corrompido, no podía resistirse a ver en el duelo con el grotesco jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre algo más que el duelo con una chinche. Pero, Bonaparte contestó al partido del orden como Agesilao al rey Agis: “*Te parezco un ratón, pero algún día te pareceré un león*”¹¹².

¹¹² Marx utiliza aquí, no transmitiéndolo con toda exactitud, el siguiente episodio del libro *Deipnosophistae* (Los banquetes de los sofistas), de Ateneo, escritor antiguo (s. II-III). El faraón egipcio Tachos, al hacer alusión a la pequeña estatura de Agesilao, rey de Esparta, que había acudido en su ayuda con las tropas a su mando, dijo: “La montaña estaba encinta. Zeus se asustó. Pero la montaña parió un ratón”. Agesilao replicó: “Te parezco un ratón, pero algún día te pareceré un león”.

VI

La coalición con la Montaña y los republicanos puros, a que el partido del orden se veía condenado, en sus vanos esfuerzos por retener el poder militar y reconquistar la suprema dirección del poder ejecutivo, demostraba irrefutablemente que había perdido su *mayoría parlamentaria propia*. La mera fuerza del calendario, la manecilla del reloj, dio el 28 de mayo la señal para su completa desintegración. Con el 28 de mayo comienza el último año de vida de la asamblea nacional. Esta tenía que decidirse ahora por seguir manteniendo intacta la constitución o por revisarla. Pero la revisión constitucional no quería decir solamente dominación de la burguesía o de la democracia pequeñoburguesa, democracia o anarquía proletaria, república parlamentaria o Bonaparte, sino que quería decir también Orleáns o Borbón. Con esto, se echó a rodar en el parlamento la manzana de la discordia, que por fuerza tenía que encender abiertamente el conflicto de intereses que dividían el partido del orden en fracciones enemigas. El partido del orden era una amalgama de sustancias sociales heterogéneas. El problema de la revisión creó la temperatura política que descompuso el producto en sus elementos originarios.

El interés de los bonapartistas por la revisión era sencillo. Para ellos, se trataba sobre todo de derogar el artículo 45, que prohibía la reelección de Bonaparte y la prórroga de sus poderes. No menos sencilla parecía la posición de los republicanos. Estos rechazaban incondicionalmente toda revisión, viendo en ella una conspiración urdida por todas partes contra la república. Y como disponían de *más de la cuarta parte de los votos* de la asamblea nacional y constitucionalmente eran necesarias las tres cuartas partes para acordar válidamente la revisión y convocar la asamblea encargada de llevarla a cabo, les bastaba con contar sus votos para estar seguros del triunfo. Y estaban seguros de triunfar.

Frente a estas posiciones tan claras, el partido del orden se hallaba metido en inextricables contradicciones. Si rechazaba la revisión, ponía en peligro el *statu quo*, no dejando a Bonaparte más que una salida, la de la violencia, entregando a Francia el segundo domingo de mayo de 1852, en el momento decisivo, a la anarquía revolucionaria, con un presidente que había perdido su autoridad, con un parlamento que hacía ya mucho que no la tenía y con un pueblo que aspiraba a reconquistarla. Si votaba por la revisión constitucional, sabía que votaba en vano y que sus votos fracasarían necesariamente ante el veto constitucional de los republicanos. Si, anticonstitucionalmente, declaraba válida la simple mayoría de votos, sólo podía confiar en dominar la revolución, sometiéndose sin condiciones a las órdenes del poder ejecutivo y erigía a Bonaparte en dueño de la constitución, de la revisión constitucional y del propio partido del orden. Una revisión puramente parcial, que prorrogase los poderes del presidente abría el camino a la usurpación imperial. Una revisión general, que acortase la vida de la república, planteaba un conflicto inevitable entre las pretensiones dinásticas, pues las condiciones para una restauración borbónica y para una restauración orleanista no sólo eran distintas, sino que se excluían mutuamente.

La *república parlamentaria* era algo más que el terreno neutral en el que podían convivir con derechos iguales las dos fracciones de la burguesía francesa, los legitimistas y los orleanistas, la gran propiedad territorial y la industria. Era la condición inevitable para su dominación *en común*, la única forma de gobierno en que su interés general de

clase podía someter a la par las pretensiones de sus distintas fracciones y las de las otras clases de la sociedad. Como realistas, volvían a caer en su antiguo antagonismo, en la lucha por la supremacía de la propiedad territorial o la del dinero, y la expresión suprema de este antagonismo, su personificación, eran sus mismos reyes, sus dinastías. De aquí la resistencia del partido del orden contra la *vuelta de los Borbones*.

El orleanista y diputado Creton había presentado periódicamente, en 1849, 1850, 1851, la proposición de derogar el decreto de destierro contra las familias reales. Y el parlamento daba, con la misma periodicidad, el espectáculo de una asamblea de realistas que se obstinaban en cerrar a sus reyes desterrados la puerta por la que podían retornar a la patria. Ricardo III había asesinado a Enrique VI con la observación de que era demasiado bueno para este mundo y estaba mejor en el cielo. Aquellos realistas declaraban que Francia no merecía volver a poseer sus reyes. Obligados por la fuerza de las circunstancias, se habían convertido en republicanos y sancionaban repetidamente la decisión del pueblo que expulsaba a sus reyes de Francia.

La revisión constitucional (y las circunstancias obligaban a tomarla en cuenta) ponía en tela de juicio, a la par que la república, la dominación en común de las dos fracciones de la burguesía y resucitaba de nuevo, con la posibilidad de una restauración de la monarquía, la rivalidad de intereses que ésta había representado alternativamente y con preferencia, resucitaba la lucha por la supremacía de una fracción sobre la otra. Los diplomáticos del partido del orden creían poder dirimir la lucha amalgamando ambas dinastías, mediante una llamada *fusión* de los partidos realistas y de sus casas reales. La verdadera fusión de la restauración y de la monarquía de julio era la república parlamentaria, en la que se borraban los colores orleanista y legitimista y las especies burguesas desaparecían en el burgués a secas, en el burgués como género. Pero ahora se trataba de que el orleanista se hiciese legitimista y el legitimista orleanista. Se quería que la monarquía, encarnación de su antagonismo, pasase a encarnar su unidad, que la expresión de sus intereses fraccionales exclusivos se convirtiese en expresión de su interés común de clase, que la monarquía hiciese lo que sólo podía hacer y había hecho la abolición de dos monarquías, la república. Era la piedra filosofal, en cuyo descubrimiento se quebraban la cabeza los doctores del partido del orden. ¡Como si la monarquía legítima pudiera convertirse nunca en la monarquía del burgués industrial o la monarquía burguesa en la monarquía de la aristocracia tradicional de la tierra! ¡Como si la propiedad territorial y la industria pudiesen hermanarse bajo *una* sola corona, cuando ésta sólo podía ceñir una cabeza, la del hermano mayor o la del menor! ¡Como si la industria pudiese avenirse nunca con la propiedad territorial, mientras ésta no se decide a hacerse industrial! Aunque Enrique V muriese mañana, el conde de París no se convertiría por ello en rey de los legitimistas, a menos que dejase de serlo de los orleanistas. Sin embargo, los filósofos de la fusión, que se engrañan a medida que el problema de la revisión iba pasando al primer plano, que hicieron de la *Assemblée Nationale*¹¹³ su órgano diario oficial y que incluso vuelven a laborar en ese momento (febrero de 1852), buscaban la explicación de todas las dificultades en la resistencia y la rivalidad de ambas dinastías. Los intentos de reconciliar a la familia de Orleáns con Enrique V, intentos que comenzaron desde la muerte de Luis Felipe, pero que, como todas las intrigas dinásticas, solamente se representaban, en general, durante las vacaciones de la asamblea nacional, en los entreactos, entre bastidores, más por coquetería sentimental con la vieja superstición que como un propósito serio, se convirtieron ahora en acciones dramáticas, representadas por el partido del orden en la escena pública, en vez de representarse como

¹¹³ *L'Assemblée Nationale* (La Asamblea Nacional), diario francés de orientación monárquico-legitimista; aparecía en París desde 1848 hasta 1857. Entre 1848 y 1851 reflejaba las opiniones de los partidarios de la fusión de ambos partidos dinásticos: los legitimistas y los orleanistas.

antes en un teatro de aficionados. Los correos volaban de París a Venecia¹¹⁴, de Venecia a Claremont, de Claremont a París. El conde de Chambord lanza un manifiesto en el que “con la ayuda de todos los miembros de su familia”, anuncia, no su restauración, sino la restauración “nacional”. El orleanista Salvandy se echa a los pies de Enrique V. En vano los jefes legitimistas Berryer, Benoist d’Azy, Saint-Priest, se van en peregrinación a Claremont, a convencer a los Orleáns. Los fusionistas se dan cuenta demasiado tarde de que los intereses de ambas fracciones burguesas no pierden en exclusivismo ni ganan en transigencia por agudizarse bajo la forma de intereses de familia, de los intereses de dos casas reales. Aunque Enrique V reconociese al Conde de París como su sucesor (único éxito que, en el mejor de los casos, podía conseguir la fusión), la casa de Orleáns no ganaba con ello ningún derecho que no le garantizase ya la falta de hijos de Enrique V y en cambio perdía todos los derechos que le había conquistado la revolución de julio. Renunciaba a sus derechos originarios, a todos los títulos que, en una lucha casi secular, había ido arrancando a la rama más antigua de los Borbones, cambiaba sus prerrogativas históricas, las prerrogativas de la monarquía moderna, por las prerrogativas de su árbol genealógico. Por tanto, la fusión no sería más que la abdicación voluntaria de la casa de Orleáns, su resignación legitimista, la vuelta arrepentida de la iglesia estatal protestante a la católica. Una retirada que, además, no la llevaría siquiera al trono que había perdido, sino a las gradas del trono en que había nacido. Los antiguos ministros orleanistas, Guizot, Duchâtel, etc., que se fueron también corriendo a Claremont, a abogar por la fusión, sólo representaban en realidad la resaca que había dejado la revolución de julio, la falta de fe en la monarquía burguesa y en la monarquía de los burgueses, la fe supersticiosa en la legitimidad como último amuleto contra la anarquía. Creyéndose mediadores entre los Orleáns y los Borbón, sólo eran en realidad orleanistas apóstatas, y como tales los recibió el príncipe de Joinville. En cambio, el sector viable y batallador de los orleanistas, Thiers, Baze, etc., convenció con tanta mayor facilidad a la familia de Luis Felipe de que si toda restauración monárquica inmediata suponía la fusión de ambas dinastías y ésta, a su vez, la abdicación de la casa de Orleáns, correspondía por entero a la tradición de sus antepasados el reconocer provisionalmente la república esperando a que los acontecimientos permitiesen convertir el sillón presidencial en trono. Se difundió en forma de rumor la candidatura de Joinville a la presidencia, manteniéndose en suspenso la curiosidad pública, y algunos meses más tarde, en septiembre, después de rechazarse la revisión constitucional, fue públicamente proclamada.

De este modo, no sólo había fracasado el intento de una fusión realista entre orleanistas y legitimistas, sino que había roto su *fusión parlamentaria*, su forma común republicana volviendo a desdoblarse el partido del orden en sus primitivos elementos; pero, cuanto más crecía el divorcio entre Claremont y Venecia, cuanto más se rompía su avenencia y más se iba extendiendo la agitación a favor de Joinville, más acuciantes y más serias se hacían las negociaciones entre Faucher, el ministro de Bonaparte, y los legitimistas.

La descomposición del partido del orden no se detuvo en sus elementos primitivos. Cada una de las dos grandes fracciones se descompuso a su vez de nuevo. Era como si volviesen a revivir todos los viejos matices que antiguamente se habían combatido dentro de cada uno de los dos campos, el legitimista y el orleanista; como ocurre con los infusorios secos al contacto con el agua; como si hubiesen recuperado la suficiente energía vital para formar grupos propios y antagonismos independientes. Los legitimistas se veían transpuestos en sueños a los litigios entre las Tullerías y el Pabellón

¹¹⁴ Venecia fue en los años 50 del siglo XIX el lugar de residencia del conde de Chambord, pretendiente legitimista al trono de Francia.

Marsan, entre Villèle y Polignac¹¹⁵. Los orleanistas volvían a vivir la edad de oro de los torneos entre Guizot, Molé, Broglie, Thiers y Odilon Barrot.

El sector revisionista del partido del orden, aunque discorde también en cuanto a los límites de la revisión, integrado por los legitimistas bajo Berryer y Falloux de un lado, y de otro La Rochejaquelein, y los orleanistas cansados de luchar, bajo Molé, Broglie, Montalembert y Odilon Barrot, llegó a un acuerdo con los representantes bonapartistas acerca de la siguiente vaga y amplia proposición:

“Los diputados abajo firmantes, con el fin de restituir a la nación el pleno ejercicio de su soberanía, presentan la moción de que la constitución sea revisada”.

Pero al mismo tiempo declaraban unánimemente, por boca de su portavoz, Tocqueville, que la asamblea nacional no tenía derecho a pedir la *abolición de la república*, que este derecho sólo correspondía a la cámara encargada de la revisión. Que, por lo demás, la constitución sólo podía revisarse *por la vía “legal”*, es decir, cuando votasen por la revisión las tres cuartas partes de los votos constitucionalmente prescritas. Tras 6 días de turbulentos debates, el 19 de julio, fue rechazada, como era de prever, la revisión. Votaron a favor 446, pero en contra 278. Los orleanistas decididos, Thiers, Changarnier, etc., votaron con los republicanos y la Montaña.

La mayoría del parlamento se declaraba así en contra de la constitución, pero ésta se declaraba, de por sí, a favor de la minoría y declaraba su acuerdo como obligatorio. Pero, ¿acaso el partido del orden no había supeditado la constitución a la mayoría parlamentaria el 31 de mayo de 1850 y el 13 de junio de 1849? ¿No descansaba toda su política anterior en la supeditación de los artículos constitucionales a los acuerdos parlamentarios de la mayoría? ¿No había dejado a los demócratas y castigado en ellos la superstición bíblica por la letra de la ley? Pero en este momento la revisión constitucional no significaba más que la continuación del poder presidencial, del mismo modo que la persistencia de la constitución sólo significaba la destitución de Bonaparte. El parlamento se había declarado a favor de él, pero la constitución se declaraba en contra del parlamento. Bonaparte obró, pues, en un sentido parlamentario al desgarrar la constitución, y en un sentido constitucional al disolver el parlamento.

El parlamento había declarado a la constitución, y con ella su propia dominación, “fuera de la mayoría”, con su acuerdo había derogado la constitución y prorrogado los poderes presidenciales, declarando al mismo tiempo que ni aquella podía morir ni éstos vivir mientras él mismo persistiese. Los que habían de enterrarlo estaban ya a la puerta. Mientras el parlamento discutía la revisión, Bonaparte retiró al general Baraguay d’Hilliers, que se mostraba indeciso, el mando de la primera división y nombró para sustituirle al general Magnan, el vencedor de Lyon, el héroe de las jornadas de diciembre, una de sus criaturas, que ya bajo Luis Felipe se había comprometido más o menos por él con motivo de la expedición de Boulogne.

El partido del orden demostró, con su acuerdo sobre la revisión, que no sabía gobernar ni servir, ni vivir ni morir, ni soportar la república ni derribarla, ni mantener la constitución ni echarla por tierra, ni cooperar con el presidente ni romper con él. ¿De quién esperaba la solución de todas las contradicciones? Del calendario, de la marcha de los acontecimientos. Dejó de arrogarse un poder sobre éstos. Retó, por tanto, a los acontecimientos a que se impusiesen por la fuerza, retando con ello al poder, al que, en su lucha contra el pueblo, había ido cediendo un atributo tras otro, hasta reducirse a la impotencia frente a él. Para que el jefe del poder ejecutivo pudiese trazar el plan de lucha

¹¹⁵ Se alude a las divergencias tácticas que surgieron en el campo de los legitimistas durante el período de la Restauración. Villèle (partidario de Luis XVIII) se pronunció en pro de la aplicación cautelosa de medidas reaccionarias; Polignac, partidario del conde d’Artois, coronado en 1824 con el nombre de Carlos X, exigía el restablecimiento completo del orden de cosas anterior a la revolución.

contra él con mayor desembarazo, fortalecer sus medios de ataque, elegir sus armas, consolidar sus posiciones, acordó, precisamente en este momento crítico, retirarse de la escena y aplazar sus sesiones por tres meses, del 10 de agosto al 4 de noviembre.

El partido parlamentario no sólo se había desdoblado en sus dos grandes fracciones y cada una de éstas no sólo se había subdividido, sino que el partido del orden dentro del parlamento se había divorciado del partido del orden *fuera* del parlamento. Los portavoces y escribas de la burguesía, su tribuna y su prensa, en una palabra, los ideólogos de la burguesía y la burguesía misma, los representantes y los representados, aparecían divorciados y ya no se entendían más.

Los legitimistas de provincias, con su horizonte limitado y su ilimitado entusiasmo, acusaban a sus caudillos parlamentarios, Berryer y Falloux, de desertión al campo bonapartista y de traición contra Enrique V. Su inteligencia flordelisada creía en el pecado original, pero no en la diplomacia.

Incomparablemente más funesta y más decisiva era la ruptura de la burguesía comercial con sus políticos. Ella no reprochaba a éstos, como los legitimistas a los suyos, el haber desertado de un principio, sino, por el contrario, el aferrarse a principios ya superfluos.

Ya he apuntado más arriba que, desde la entrada de Fould en el gobierno, el sector de la burguesía comercial que se había llevado la parte del león en el gobierno de Luis Felipe, *la aristocracia financiera*, se había hecho bonapartista. Fould no sólo representaba el interés de Bonaparte en la bolsa, sino que representaba al mismo tiempo los intereses de la bolsa cerca de Bonaparte. La posición de la aristocracia financiera la pinta del modo más palmario una cita tomada de su órgano europeo, el *Economist* de Londres. En su número del 1 de febrero de 1851, la revista publica la siguiente correspondencia de París:

“Por todas partes hemos podido comprobar que Francia exige ante todo tranquilidad. El presidente lo declara en su mensaje a la asamblea legislativa, la tribuna nacional le hace eco, los periódicos lo aseguran, se proclama desde el púlpito, *lo demuestran la sensibilidad de los valores del estado ante la menor perspectiva de desorden y su firmeza tan pronto como triunfa el poder ejecutivo*”.

En su número del 29 de noviembre de 1851, el *Economist* declara en su propio nombre:

“*En todas las bolsas de Europa se reconoce ahora al presidente como el guardián del orden*”.

Por tanto, la aristocracia financiera condenaba la lucha parlamentaria del partido del orden contra el poder ejecutivo como una *alteración del orden* y festejaba todos los triunfos del presidente sobre los supuestos representantes de ella como un *triunfo del orden*. Por aristocracia financiera hay que entender aquí no sólo los grandes empresarios de los empréstitos y los especuladores en valores del estado, cuyos intereses coinciden, por razones bien comprensibles, con los del poder público. Todo el moderno negocio pecuniario, toda la economía bancaria, se halla entretrejida del modo más íntimo con el crédito público. Una parte de su capital activo se invierte, necesariamente, en valores del estado que dan réditos y son rápidamente convertibles. Sus depósitos, el capital puesto a su disposición y distribuido por ellos entre los comerciantes e industriales, afluye en parte de los dividendos de los rentistas del estado. Si en todas las épocas la estabilidad del poder público es el alfa y el omega para todo el mercado monetario y sus sacerdotes, ¿cómo no ha de serlo hoy, en que todo diluvio amenaza con arrastrar junto a los viejos estados las viejas deudas del estado?

También a *la burguesía industrial*, en su fanatismo por el orden, le irritaban las querellas del partido parlamentario del orden con el poder ejecutivo. Después de su voto del 18 de enero con motivo de la destitución de Changarnier, Thiers, Anglès, Sainte-Beuve, etc., recibieron reprimendas públicas, procedentes precisamente de sus mandantes

de los distritos industriales, en las que se estigmatizaba sobre todo su coalición con la Montaña como un delito de alta traición contra el orden. Si bien hemos visto que las pullas jactanciosas, las mezquinas intrigas en que se manifestaba la lucha del partido del orden contra el presidente no merecían mejor acogida, por otra parte, este partido burgués, que exigía a sus representantes que dejaran pasar sin resistencia el poder militar de manos de su propio parlamento a manos de un pretendiente aventurero, no era siquiera digno de las intrigas que se malgastaban en su interés. Demostraba que la lucha por defender su interés *público*, su propio *interés de clase*, su poder *político*, no hacía más que molestarle y disgustarle como una perturbación de su negocio privado.

Durante las jiras de Bonaparte, los dignatarios burgueses de las ciudades departamentales, los magistrados, los jueces comerciales, etc., le recibían en todas partes, casi sin excepción, del modo más servil, aun cuando, como hizo en Dijon, atacase sin reservas a la asamblea nacional y especialmente al partido del orden.

Cuando el comercio marchaba bien, como ocurría aún a comienzos de 1851, la burguesía comercial se enfurecía contra todo lo que fuese lucha parlamentaria, por miedo a que el comercio perdiese el humor. Cuando el comercio marchaba mal, como ocurría constantemente desde fines de febrero de 1851, acusaba a las luchas parlamentarias de ser la causa del estancamiento y clamaba por que aquellas luchas se acallasen para que el comercio pudiera reanimarse. Los debates sobre la revisión constitucional coincidieron precisamente con esta época mala. Como aquí se trataba del ser o no ser de la forma de gobierno existente, la burguesía se sintió tanto más autorizada a reclamar a sus representantes que se pusiese fin a esta atormentadora situación provisional y que se mantuviese el *statu quo*. Esto no era ninguna contradicción. Por poner fin a esta situación provisional ella entendía precisamente su perpetuidad el aplazar hasta un remoto porvenir el momento de tomar una decisión. El *statu quo* sólo podía mantenerse por dos caminos: prorrogar los poderes de Bonaparte o hacer que éste dimitiese constitucionalmente y elegir a Cavaignac. Una parte de la burguesía deseaba la segunda solución y no supo dar a sus representantes mejor consejo que callar, no tocar el punto candente. Creía que, si sus representantes no hablaban, Bonaparte se abstendría de obrar. Quería un parlamento-avestruz, que escondiese la cabeza para no ser visto. Otra parte de la burguesía quería que Bonaparte, ya que estaba sentado en el sillón presidencial, continuase sentado en él, para que todo siguiese igual. Y le sublevaba que su parlamento no violase abiertamente la constitución y no abdicase sin más rodeos.

Los consejos generales de los departamentos, representaciones provinciales de la gran burguesía, reunidos durante las vacaciones de la asamblea nacional, desde el 25 de agosto, se declararon casi unánimemente en pro de la revisión, es decir, en contra del parlamento y a favor de Bonaparte.

Más inequívocamente todavía que el divorcio con sus *representantes parlamentarios*, ponía de manifiesto la burguesía su furia contra sus representantes literarios, contra su propia prensa. Las condenas a multas exorbitantes y a desvergonzadas penas de cárcel con que los jurados burgueses castigaban todo ataque de los periodistas burgueses contra los apetitos usurpadores de Bonaparte, todo intento por parte de la prensa de defender los derechos políticos de la burguesía contra el poder ejecutivo, causaban el asombro no sólo de Francia, sino de toda Europa.

Si *el partido parlamentario del orden*, con sus gritos pidiendo tranquilidad, se condenaba él mismo, como ya he indicado, a la inacción, si declaraba la dominación política de la burguesía incompatible con la seguridad y la existencia de la burguesía, destruyendo por su propia mano, en la lucha contra las demás clases de la sociedad, todas las condiciones de su propio régimen, del régimen parlamentario, *la masa extraparlamentaria de la burguesía*, con su servilismo hacia el presidente, con sus

insultos contra el parlamento, con el trato brutal a su propia prensa, empujaba a Bonaparte a oprimir, a destruir a sus oradores y sus escritores, sus políticos y sus literatos, su tribuna y su prensa, para poder así entregarse confiadamente a sus negocios privados bajo la protección de un gobierno fuerte y absoluto. Declaraba inequívocamente que ardía en deseos de deshacerse de su propia dominación política, para deshacerse de las penas y los peligros de esa dominación.

Y esta burguesía extraparlamentaria, que ya se había rebelado contra la lucha puramente parlamentaria y literaria en pro de la dominación de su propia clase y traicionado a los caudillos de esta lucha, ¿se atreve ahora a acusar *a posteriori* al proletariado por no haberse lanzado por ella a una lucha sangrienta, a una lucha a vida o muerte! Ella, que en todo momento sacrificó su interés general de clase, su interés político, al más mezquino y sucio interés privado, exigiendo a sus representantes este mismo sacrificio, ¿se lamenta ahora de que el proletariado sacrifique a sus intereses materiales, los intereses políticos ideales de ella! Se presenta como un alma cándida a quien el proletariado, extraviado por los socialistas, no ha sabido comprender y ha abandonado en el momento decisivo. Y encuentra un eco general en el mundo burgués. No me refiero, naturalmente, a los politicastos y majaderos ideológicos alemanes. Me remito, por ejemplo, al mismo *Economist*, que todavía el 29 de noviembre de 1851, es decir, cuatro días antes del golpe de estado, presentaba a Bonaparte como el “guardián del orden” y a los Thiers y Berryer como “anarquistas”, y que el 27 de diciembre de 1851, cuando ya Bonaparte había reducido a la tranquilidad a aquellos “anarquistas”, clama acerca de la traición cometida por las “ignorantes, incultas y estúpidas masas proletarias contra el ingenio, los conocimientos, la disciplina, la influencia espiritual, los recursos intelectuales y el peso moral de las capas medias y elevadas de la sociedad”. La única masa estúpida, ignorante y vil no fue nadie más que la propia masa burguesa.

Es cierto que en 1851 Francia había vivido una especie de pequeña crisis comercial. A fines de febrero se puso de manifiesto la disminución de las exportaciones respecto a 1850, en marzo se resintió el comercio y comenzaron a cerrarse las fábricas, en abril la situación de los departamentos industriales parecía tan desesperada como después de las jornadas de febrero, en mayo los negocios no se habían reavivado aún; todavía el 28 de junio, la cartera del Banco de Francia, con su aumento enorme de los depósitos y su descenso no menos grande de los descuentos de letras, revelaba el estancamiento de la producción; hasta mediados de octubre no volvió a producirse de nuevo una mejora progresiva en los negocios. La burguesía francesa se explicaba este estancamiento del comercio con motivos puramente políticos, con la lucha entre el parlamento y el poder ejecutivo, con la inestabilidad de una forma de gobierno puramente provisional, con la perspectiva intimidadora del segundo domingo de mayo de 1852. No negaré que todas estas circunstancias ejercían un efecto deprimente sobre algunas ramas industriales en París y en los departamentos. Sin embargo, esta influencia de las circunstancias políticas era una influencia meramente local y sin importancia. ¿Qué mejor prueba de esto que el hecho de que la situación del comercio comenzase a mejorar precisamente hacia mediados de octubre, en el momento en que la situación política empeoraba, en que el horizonte político se oscurecía, esperándose a cada instante que cayese un rayo del Elíseo? Por lo demás, el burgués de Francia, cuyo “ingenio, conocimientos, penetración espiritual y recursos intelectuales” no llegan más allá de su nariz, pudo dar con la nariz en la causa de su miseria comercial en todo el tiempo que duró la Exposición Industrial de Londres¹¹⁶. Mientras en Francia se cerraban las fábricas, en Inglaterra estallaban las bancarrotas comerciales. Mientras en abril y mayo el pánico

¹¹⁶ Exposición industrial de Londres, primera exposición mundial de comercio e industria; se celebró entre mayo y octubre de 1851.

industrial alcanzaba su apogeo en Francia, en abril y mayo el pánico comercial alcanzaba el apogeo en Inglaterra. La industria lanera inglesa sufría quebrantos como la francesa, y otro tanto ocurría con la manufactura de la seda. Y si las fábricas algodoneras inglesas seguían trabajando, no era ya con las mismas ganancias que en 1849 y 1850. No había más diferencia, sino que en Francia la crisis era industrial y en Inglaterra comercial; que, mientras en Francia las fábricas se cerraban, en Inglaterra se extendía su producción, pero bajo condiciones más desfavorables que en los años anteriores; que en Francia la que salía peor parada era la exportación y en Inglaterra la importación. La causa común que, naturalmente, no ha de buscarse dentro de los límites del horizonte político francés, era palmaria. Los años de 1849 y 1850 fueron años de la mayor prosperidad material y de una superproducción que sólo se manifestó como tal a partir de 1851. A comienzos de este año, aún se la fomentó de un modo especial con vistas a la exposición industrial. Como circunstancias peculiares, hay que añadir: primero, la mala cosecha de algodón de 1850 y 1851; luego, la seguridad de una cosecha algodonera más abundante que la que se esperaba, el alza y luego la baja repentina, en una palabra, las oscilaciones de los precios del algodón. La cosecha de seda en bruto había sido todavía inferior, por lo menos en Francia, a la cifra media. Finalmente, la manufactura lanera se había extendido tanto, desde 1848, que la producción de lana no podía darle abasto y el precio de la lana en bruto subió muy desproporcionadamente en relación con el precio de los artículos de lana. Aquí, en la materia prima de tres industrias del mercado mundial, tenemos, pues, ya triple material para un estancamiento del comercio. Prescindiendo de estas circunstancias especiales, la aparente crisis del año 1851 no era más que el alto que la superproducción y superespeculación hacen cada vez que recorren el ciclo industrial, antes de reunir todas sus fuerzas para recorrer con vertiginosidad febril la última etapa del ciclo y llegar de nuevo a su punto de partida: *la crisis comercial general*. En estos intervalos de la historia del comercio, estallan en Inglaterra las bancarrotas comerciales, mientras que en Francia se paraliza la industria misma, en parte obligada a retroceder por la competencia de los ingleses en todos los mercados, competencia que precisamente en esos momentos se agudiza hasta términos irresistibles, y en parte por ser una industria de lujo, que sufre preferentemente las consecuencias de todos los estancamientos de los negocios. De este modo, Francia, además de recorrer las crisis generales, recorre sus propias crisis nacionales de comercio, que, sin embargo, están mucho más determinadas y condicionadas por el estado general del mercado mundial que por las influencias locales francesas. No carecerá de interés oponer al prejuicio del burgués de Francia el juicio del burgués de Inglaterra. Una de las mayores casas de Liverpool escribe en su memoria comercial anual de 1851:

“Pocos años han engañado más que éste en los pronósticos hechos al comenzar; en vez de la gran prosperidad, que se preveía casi unánimemente, resultó ser uno de los años más decepcionantes desde hace un cuarto de siglo. Esto sólo se refiere, naturalmente, a las clases mercantiles, no a las industriales. Y, sin embargo, al comenzar el año había indudablemente sus razones para pensar lo contrario, las reservas de mercancías eran escasas, el capital abundante, las subsistencias baratas, estaba asegurado un otoño próspero; paz inalterada en el continente y ausencia de perturbaciones políticas o financieras en nuestro país realmente, nunca se habían visto más libres las alas del comercio... ¿A qué atribuir este resultado desfavorable? Creemos que al *exceso de comercio*, tanto en las importaciones como en las exportaciones. Si nuestros comerciantes no ponen por sí mismos a su actividad límites más estrechos, nada podrá sujetarnos dentro de los carriles, más que un pánico cada tres años”.

Imaginémonos ahora al burgués de Francia en medio de este pánico de los negocios, con su cerebro obsesionado por el comercio, torturado, aturdido por los rumores de golpe de estado y de restablecimiento del sufragio universal, por la lucha entre el parlamento y el poder ejecutivo, por la guerra de la Fronda de los orleanistas y los

legitimistas, por las conspiraciones comunistas del sur de Francia y las supuestas *jacqueries*¹¹⁷ de los departamentos del Nièvre y del Cher, por los reclamos de los distintos candidatos a la presidencia, por las consignas chillonas de los periódicos, por las amenazas de los republicanos de defender con las armas en la mano la constitución y el sufragio universal, por los evangelios de los héroes emigrados *in partibus*¹¹⁸, que anunciaban el fin del mundo para el segundo domingo de mayo de 1852, y comprenderemos que, en medio de esta confusión indecible y estrepitosa de fusión, revisión, prórroga de poderes, constitución, conspiración, coalición, emigración, usurpación y revolución, el burgués, jadeante, gritase como loco a su república parlamentaria: “¡Antes un final terrible que un terror sin fin!”

Bonaparte supo entender este grito. Su capacidad de comprensión se aguzó por la creciente violencia de sus acreedores, que veían en cada crepúsculo que los iba acercando al día del vencimiento, al segundo domingo de mayo de 1852, una protesta del movimiento de los astros contra sus letras de cambio terrenales. Se habían convertido en verdaderos astrólogos. La asamblea nacional había frustrado a Bonaparte toda esperanza en la prórroga constitucional de su poder y la candidatura del príncipe de Joinville no consentía más vacilaciones.

Si hubo alguna vez un acontecimiento que proyectase delante de sí una sombra mucho tiempo antes de ocurrir, fue el golpe de estado de Bonaparte. Ya el 29 de enero de 1849, cuando apenas había pasado un mes desde su elección, hizo una proposición en este sentido a Changarnier. Su propio primer ministro, Odilon Barrot, había denunciado veladamente en el verano de 1849, y Thiers abiertamente en el invierno de 1850, la política del golpe de estado. En mayo de 1851, Persigny había intentado otra vez más ganar a Changarnier para el golpe y el *Messenger de l'Assemblée*¹¹⁹ había hecho públicas estas negociaciones. Los periódicos bonapartistas amenazaban con un golpe de estado ante cada tormenta parlamentaria, y cuanto más se acercaba la crisis, más subían de tono. En las orgías, que Bonaparte celebraba todas las noches con la *swell mob*¹²⁰ de ambos sexos, en cuanto se acercaba la media noche y las abundantes libaciones desataban las lenguas y calentaban la fantasía, se acordaba el golpe de estado para la mañana siguiente. Se desenvainaban las espadas, tintineaban los vasos, los diputados salían volando por las ventanas y el manto imperial caía sobre los hombros de Bonaparte, hasta que la mañana siguiente ahuyentaba al fantasma, y el asombrado París se enteraba, por las vestales poco reservadas y los indiscretos paladines, del peligro de que había escapado una vez más. Durante los meses de septiembre y octubre se atropellaban los rumores sobre un *coup d'état*. La sombra cobraba al mismo tiempo color, como un daguerrotipo iluminado. Si se ojean las series de septiembre y octubre en las selecciones de los órganos de la prensa diaria europea, se encontrarán textualmente noticias de este tipo: “París está lleno de rumores de un golpe de estado. Se dice que la capital se llenará de tropas durante la noche y que a la mañana siguiente aparecerán decretos disolviendo la asamblea nacional, declarando el departamento del Sena en estado de sitio, restaurando el sufragio universal y apelando al pueblo. Se dice que Bonaparte busca ministros para poner en práctica estos decretos ilegales”. Las correspondencias que dan estas noticias terminan siempre con la palabra fatal “aplazado”. El golpe de estado fue siempre la idea fija de Bonaparte. Con

¹¹⁷ Insurrecciones campesinas.

¹¹⁸ *In partibus infidelium* (literalmente: “en el país de los infieles”), adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países no cristianos. Esta expresión la empleaban a menudo Marx y Engels, aplicada a diversos gobiernos emigrados que se habían formado en el extranjero sin tener en cuenta alguna la situación real del país.

¹¹⁹ *Le Messenger de l'Assemblée* (El Mensajero de la Asamblea), diario anti-bonapartista francés; apareció en París desde el 16 de febrero hasta el 2 de diciembre de 1851.

¹²⁰ La aristocracia del hampa.

esta idea en la cabeza volvió a pisar el territorio de Francia. Hasta tal punto estaba poseído por ella, que la delataba y se le iba de la lengua a cada paso. Y era tan débil, que volvía a abandonarla también a cada paso. La sombra del golpe de estado se había hecho tan familiar a los parisinos como espectro, que cuando por fin se les presentó en carne y hueso no querían creer en él. No fue, pues, ni el recato discreto del jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre ni una sorpresa insospechada por la asamblea nacional lo que hizo que triunfara el golpe de estado. Si triunfó, fue, a pesar de la indiscreción de *aquél* y a ciencia y conciencia de *ésta*, como resultado necesario e inevitable del proceso anterior.

El 10 de octubre, Bonaparte anunció a sus ministros su resolución de restaurar el sufragio universal; el 16 le presentaron la dimisión, y el 26 conoció París la formación del Ministerio Thorigny. El prefecto de policía Carlier fue sustituido al mismo tiempo por Maupas y el jefe de la primera división, Magnan, concentró en la capital los regimientos más seguros. El 4 de noviembre reanudó sus sesiones la asamblea nacional. Ya no tenía que hacer más que repetir en pocas y sucintas lecciones de repaso el curso que había acabado y probar que la habían enterrado sólo después de morir.

El primer puesto que había perdido en su lucha con el poder ejecutivo era el ministerio. Y no tuvo más remedio que confesar solemnemente esta pérdida, aceptando como plenamente válido el simulacro de ministerio de Thorigny. La comisión permanente había recibido con risas al señor Giraud, cuando éste se presentó en nombre de los nuevos ministros. ¡Flojo era el ministerio para medidas tan fuertes como la restauración del sufragio universal! Pero se trataba precisamente de no sacar nada adelante en el parlamento, sino de sacarlo todo *contra* el parlamento.

El mismo día en que reanudó sus sesiones, la asamblea nacional recibió el mensaje en que Bonaparte exigía la restauración del sufragio universal y la derogación de la ley de 31 de mayo de 1850. Sus ministros presentaron el mismo día un decreto en este sentido. La asamblea rechazó inmediatamente la proposición de urgencia de los ministros, y el 13 de noviembre la propuesta de ley, por 355 votos contra 348. De este modo, volvió a romper una vez más su mandato, volvió a confirmar una vez más que había dejado de ser la representación libremente elegido del pueblo, para convertirse en el parlamento usurpador de una clase, confesó una vez más que había cortado por su propia mano los músculos que unían la cabeza parlamentaria con el cuerpo de la nación.

Si el poder ejecutivo, con su propuesta de restauración del sufragio universal, apelaba de la asamblea nacional al pueblo, el poder legislativo, con su proyecto de ley sobre los cuestores, apelaba del pueblo al ejército. Esta ley de los cuestores había de fijar el derecho de la asamblea nacional a requerir directamente el auxilio de las tropas, a crear un ejército parlamentario. Al erigir así al ejército en árbitro entre ella y el pueblo, entre ella y Bonaparte, al reconocer al ejército como poder decisivo del estado, tenía necesariamente que confirmar, de otra parte, que había abandonado ya desde hacía mucho tiempo su pretensión de mando sobre el ejército. Cuando, en vez de requerir inmediatamente a las tropas, debatía sobre su derecho a requerirlas, revelaba la duda en su propio poder. Al rechazar la ley de los cuestores, confesaba abiertamente su impotencia. Esta ley fue desechada con una minoría de 108 votos; la Montaña decidió, por tanto, la votación. Se encontraba en la situación del asno de Buridán, no ciertamente entre dos sacos de pienso, sin saber cuál sería mejor, sino entre dos tandas de palos, sin saber cuál sería peor. De un lado, el miedo a Changarnier; de otro lado, el miedo a Bonaparte. Hay que reconocer que la situación no tenía nada de heroica.

El 18 de noviembre se propuso una enmienda a la ley sobre las elecciones municipales presentada por el partido del orden, en la que se disponía que los electores municipales no necesitarían tres años de domicilio, sino uno solo, para poder votar. La enmienda se desechó por un solo voto, pero este voto resultó inmediatamente ser un error.

Escindido en sus fracciones enemigas, el partido del orden había perdido desde hacía ya mucho tiempo su mayoría parlamentaria propia. Ahora ponía de manifiesto que en el parlamento no existía ya mayoría alguna. La asamblea nacional era ya *incapaz para tomar acuerdos*. Sus elementos atómicos ya no se mantenían unidos por ninguna fuerza de cohesión; había gastado su último hálito de vida, estaba muerta.

Finalmente, algunos días antes de la catástrofe, la masa extraparlamentaria de la burguesía había de confirmar solemnemente una vez más su ruptura con la burguesía dentro del parlamento. Thiers, que como héroe parlamentario estaba contagiado preferentemente de la enfermedad incurable del cretinismo parlamentario, había maquinado después de la muerte del parlamento una nueva intriga parlamentaria con el consejo de estado, una ley de responsabilidad con la que se pretendía sujetar al presidente dentro de los límites de la constitución. Así como el 15 de septiembre, en la fiesta en que se puso la primera piedra del nuevo mercado de París, Bonaparte había fascinado a las *damas des halles*, a las pescaderas, como un segundo Masaniello (claro está que una de estas pescaderas valía en cuanto a fuerza efectiva, por 17 burgraves), del mismo modo que, después de presentada la ley sobre los cuestores, entusiasmaba a los tenientes obsequiados en el Elíseo, ahora, el 25 de noviembre, arrebató a la burguesía industrial, congregada en el circo para recibir de sus manos las medallas de los premios por la Exposición Industrial de Londres. Reproduciré la parte significativa de su discurso, tomada del *Journal des Débats*.

“Con éxitos tan inesperados, me creo autorizado a decir cuán grande sería la República Francesa si se le consintiese defender sus intereses reales y reformar sus instituciones, en vez de verse constantemente perturbada, de un lado, por los demagogos y, de otro lado, por las alucinaciones monárquicas. (*Grandes, atronadores y repetidos aplausos de todas las partes del anfiteatro.*) Las alucinaciones monárquicas entorpecen todo progreso y todo desarrollo industrial serio. En lugar de progreso, no hay más que lucha. Vemos a hombres que antes eran el más celoso sostén de la autoridad y de las prerrogativas reales y que hoy son partidarios de una Convención solamente para quebrantar la autoridad nacida del sufragio universal. (*Grandes y repetidos aplausos.*) Vemos a hombres que han sufrido más que nadie de la revolución y la han deplorado más que nadie, y que provocan una nueva, sin más objeto que encadenar la voluntad de la nación... Yo os prometo tranquilidad para el porvenir, etc., etc. (“Bravo”, “bravo”, atronadores “Bravo”).”

Así aplaude la burguesía industrial con su aclamación más servil el golpe de estado del 2 de diciembre, la aniquilación del parlamento, el ocaso de su propia dominación, la dictadura de Bonaparte. La tempestad de aplausos del 25 de noviembre tuvo su respuesta en la tempestad de cañonazos del 4 de diciembre, y la mayoría de las bombas fueron a estallar en la casa del señor Sallandrouze, en cuya garganta había estallado la mayoría de los vítores.

Cuando Cromwell disolvió el Parlamento Largo¹²¹, se dirigió solo al centro del salón de sesiones, sacó el reloj para que aquél no viviese ni un solo minuto más del plazo que le había señalado y fue arrojando del salón a los diputados uno por uno con insultos alegres y humoristas. El 18 Brumario, Napoleón, con menos talla que su modelo, se trasladó, a pesar de todo, al cuerpo legislativo y le leyó, aunque con voz entrecortada, su sentencia de muerte. El segundo Bonaparte, que por lo demás se hallaba en posesión de un poder ejecutivo muy distinto del de Cromwell o Napoleón, no fue a buscar su modelo en los anales de la historia universal, sino en los anales de la Sociedad del 10 de Diciembre, en los anales de la jurisprudencia criminal. Roba al Banco de Francia 25 millones de francos, compra al general Magnan por un millón y a los soldados por 15

¹²¹ El Parlamento Largo (1640-1653), parlamento inglés convocado por el rey Carlos I cuando se había iniciado la revolución burguesa, convertido luego en organismo legislativo de ésta. En 1649, el parlamento condenó a Carlos I a muerte y proclamó la república en Inglaterra; Cromwell lo disolvió en 1653.

francos cada uno y por aguardiente, se reúne a escondidas por la noche con sus cómplices, como un ladrón, manda asaltar las casas de los parlamentarios más peligrosos, sacándolos de sus camas y llevándose a Cavaignac, Lamoricière, Le Flô, Changarnier, Charras, Thiers, Baze y otros, manda ocupar las plazas principales de París y el edificio del parlamento con tropas y pegar, al amanecer, en todos los muros, carteles estridentes proclamando la disolución de la asamblea nacional y del consejo de estado, la restauración del sufragio universal y la declaración del departamento del Sena en estado de sitio. Y poco después, inserta en el *Moniteur* un documento falso, según el cual influyentes hombres parlamentarios se han agrupado en torno a él en un consejo de estado.

Los restos del parlamento, formados principalmente por legitimistas y orleanistas, se reúnen en el edificio de la alcaldía del 10 distrito y acuerdan entre gritos de “¡Viva la república!” la destitución de Bonaparte, arengan en vano a la masa boquiabierta congregada delante del edificio y, por último, custodiados por tiradores africanos, son arrastrados primero al cuartel d’Orsay y luego empaquetados en caches celulares y transportados a las cárceles de Mazas, Ham y Vincennes. Así terminaron el partido del orden, la asamblea legislativa y la Revolución de Febrero. He aquí en breves rasgos, antes de pasar rápidamente a las conclusiones, el esquema de su historia:

II.- *Primer período.* Del 24 de febrero al 4 de mayo de 1848. Período de febrero. Prólogo. Farsa de confraternización general.

II.- *Segundo período.* Período de constitución de la república y de la asamblea nacional constituyente.

1.- Del 4 de mayo al 25 de junio de 1848. Lucha de todas las clases contra el proletariado. Derrota del proletariado en las jornadas de junio.

2.- Del 25 de junio al 10 de diciembre de 1848. Dictadura de los republicanos burgueses puros. Se redacta el proyecto de constitución. Declaración del estado de sitio en París. El 10 de diciembre se elimina la dictadura burguesa con la elección de Bonaparte para presidente.

3.- Del 20 de diciembre de 1848 al 28 de mayo de 1849. Lucha de la constituyente contra Bonaparte y el partido del orden coligado con él. Caída de la constituyente. Derrota de la burguesía republicana.

III.- *Tercer período.* Período de la *república constitucional y de la asamblea nacional legislativa.*

1.- Del 28 de mayo al 13 de junio de 1849. Lucha de los pequeños burgueses contra la burguesía y contra Bonaparte. Derrota de la democracia pequeñoburguesa.

2.- Del 13 de junio de 1849 al 31 de mayo de 1850. Dictadura parlamentaria del partido del orden. Corona su dominación con la abolición del sufragio universal, pero pierde el ministerio parlamentario.

3.- Del 31 de mayo de 1850 al 2 de diciembre de 1851. Lucha entre la burguesía parlamentaria y Bonaparte.

a) Del 31 de mayo de 1850 al 12 de enero de 1851. El parlamento pierde el alto mando sobre el ejército.

b) Del 12 de enero al 11 de abril de 1851. El parlamento sucumbe en sus tentativas por volver a adueñarse del poder administrativo. El partido del orden pierde su mayoría parlamentaria propia. Coalición del partido del orden con los republicanos y la Montaña.

c) Del 11 de abril al 9 de octubre de 1851. Intentos de revisión, de fusión, de prórroga de poderes. El partido del orden se descompone en los elementos que lo integran. Definitiva ruptura del parlamento burgués y de la prensa burguesa con la masa de la burguesía.

d) Del 9 de octubre al 2 de diciembre de 1851. Ruptura franca entre el parlamento y el poder ejecutivo. El parlamento consume su defunción y sucumbe, abandonado por

su propia clase, por el ejército y por las demás clases. Hundimiento del régimen parlamentario y de la dominación burguesa. Triunfo de Bonaparte. Parodia de restauración imperial.

VII

La *república social* apareció como frase, como profecía, en el umbral de la Revolución de Febrero. En las jornadas de junio de 1848, fue ahogada en sangre del *proletariado de París*, pero aparece en los restantes actos del drama como espectro. Se anuncia la *república democrática*. Se esfuma el 13 de junio de 1849, con sus *pequeños burgueses* dados a la fuga, pero en su huida arroja tras sí reclamos doblemente jactanciosos. La *república parlamentaria* con la burguesía se adueña de toda la escena, apura su vida en toda la plenitud, pero el 2 de diciembre de 1851 la entierra bajo el grito de angustia de los realistas coligados: “¡Viva la república!”

La burguesía francesa, que se rebelaba contra la dominación del proletariado trabajador, encumbró en el poder al lumpemproletariado, con el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre a la cabeza. La burguesía mantenía a Francia bajo el miedo constante a los futuros espantos de la anarquía roja; Bonaparte descontó este porvenir cuando el 4 de diciembre hizo que el ejército del orden animado por el aguardiente, disparase contra los distinguidos burgueses del Boulevard Montmartre y del Boulevard des Italiens, que estaban asomados a las ventanas. La burguesía hizo las apoteosis del sable, y el sable manda sobre ella. Aniquiló la prensa revolucionaria, y ve aniquilada su propia prensa. Sometió las asambleas populares a la vigilancia de la policía; sus salones se hallan bajo la vigilancia de la policía. Disolvió la guardia nacional democrática y su propia guardia nacional ha sido disuelta. Decretó el estado de sitio, y el estado de sitio ha sido decretado contra ella. Suplantó los jurados por comisiones militares, y las comisiones militares ocupan el puesto de sus jurados. Sometió la enseñanza del pueblo a los curas, y los curas la someten a ella a su propia enseñanza. Deportó a detenidos sin juicio, y ella es deportada sin juicio. Sofocó todo movimiento de la sociedad mediante el poder del estado, y el poder del estado sofoca todos los movimientos de su sociedad. Se rebeló, llevada del entusiasmo por su bolsa, contra sus propios políticos y literatos; sus políticos y literatos fueron quitados de en medio, pero su bolsa se ve saqueada después de amordazarse su boca y romperse su pluma. La burguesía gritaba incansablemente a la revolución como San Arsenio a los cristianos: *Fuge, tace, quiesce!* ¡Huye, calla, sé tranquila! Y ahora es Bonaparte el que grita a la burguesía: *Fuge, tace, quiesce!* ¡Huye, calla, sé tranquila!

La burguesía francesa había resuelto desde hacía mucho tiempo el dilema de Napoleón: *Dans cinquante ans, l'Europe sera républicaine ou cosaque...*¹²² Lo había resuelto en la *république cosaque*¹²³. Ninguna Circe ha desfigurado con su encanto maligno la obra de arte de la república burguesa, convirtiéndola en un monstruo. Esa república sólo perdió su apariencia de respetabilidad. La Francia actual¹²⁴ se contenía ya íntegra en la república parlamentaria. Sólo hacía falta el arañazo de una bayoneta para que la vejiga estallase y el monstruo saltase a la vista.

¿Por qué el proletariado de París no se levantó después del 2 de diciembre?

La caída de la burguesía sólo estaba decretada; el decreto no se había ejecutado todavía. Cualquier alzamiento serio del proletariado habría dado a aquélla nuevos bríos,

¹²² Dentro de cincuenta años Europa será republicana o cosaca....

¹²³ República cosaca.

¹²⁴ O sea, Francia después del golpe de estado de 1851.

la habría reconciliado con el ejército y habría asegurado a los obreros una segunda derrota de junio.

El 4 de diciembre, el proletariado fue espoleado a la lucha por burgueses y tenderos. En la noche de este día prometieron comparecer en el lugar de la lucha varias legiones de la guardia nacional, armadas y uniformadas. En efecto, burgueses y tenderos habían descubierto que, en uno de sus decretos del 2 de diciembre, Bonaparte abolía el voto secreto y les ordenaba inscribir en los registros oficiales, detrás de sus nombres, un sí o un no. La resistencia del 4 de diciembre amedrentó a Bonaparte. Durante la noche mandó pegar en todas las esquinas de París carteles anunciando la restauración del voto secreto. Burgueses y tenderos creyeron haber alcanzado su finalidad. Todos los que no se presentaron a la mañana siguiente eran tenderos y burgueses.

Un golpe de mano de Bonaparte, dado durante la noche del 1 al 2 de diciembre, había privado al proletariado de París de sus guías, de los jefes de las barricadas. ¡Un ejército sin oficiales, al que los recuerdos de junio de 1848 y de 1849 y de mayo de 1850 inspiraban la aversión a luchar bajo la bandera de los montagnards, confió a su vanguardia, a las sociedades secretas, la salvación del honor insurreccional de París, que la burguesía entregó tan mansamente a la soldadesca, que Bonaparte pudo más tarde desarmar a la guardia nacional con el pretexto burlón de que temía que sus armas fuesen empleadas abusivamente contra ella misma por los anarquistas!

“*C’est le triomphe complet et définitif du socialisme!*”¹²⁵. Así caracterizó Guizot el 2 de diciembre. Pero si la caída de la república parlamentaria encierra ya en germen el triunfo de la revolución proletaria, su resultado inmediato, tangible, era la *victoria de Bonaparte sobre el parlamento, del poder ejecutivo sobre el poder legislativo, de la fuerza sin frases sobre la fuerza de las frases*. En el parlamento, la nación elevaba su voluntad general a ley, es decir, elevaba la ley de la clase dominante a su voluntad general. Ante el poder ejecutivo, abdica de toda voluntad propia y se somete a los dictados de un poder extraño, de la autoridad. El poder ejecutivo, por oposición al legislativo, expresa la heteronomía de la nación por oposición a su autonomía. Por tanto, Francia sólo parece escapar al despotismo de una clase para reincidir bajo el despotismo de un individuo, y concretamente bajo la autoridad de un individuo sin autoridad. Y la lucha parece haber terminado en que todas las clases se postraron de hinojos, con igual impotencia y con igual mutismo, ante la culata del fusil.

Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851 había terminado la mitad de su labor preparatoria; ahora, termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a perfección *el poder ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!¹²⁶

Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le taponan todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. Los privilegios señoriales de los terratenientes y de las ciudades se convirtieron en otros tantos atributos del poder del estado, los dignatarios feudales en funcionarios retribuidos y el abigarrado

¹²⁵ Es el triunfo completo y definitivo del socialismo.

¹²⁶ Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena 5.

mapamuestrario de las soberanías medievales en pugna en el plan reglamentado de un poder estatal cuya labor está dividida y centralizada como en una fábrica. La primera revolución francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales municipales y provinciales, para crear la unidad civil de la nación, tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del poder del gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del estado. La monarquía legítima y la monarquía de julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses, y por tanto nuevo material para la administración del estado. Cada interés *común* (*gemeinsame*) se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior, *general* (*allgemeines*), se sustraía a la propia iniciativa de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del gobierno, desde el puente, la escuela y los bienes comunales de un municipio rural cualquiera, hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades de Francia. Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, se vio obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación, consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del estado como el botín principal del vencedor.

Pero bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. Bajo la restauración, bajo Luis Felipe, bajo la república parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella aspirase también a su propio poder absoluto.

Es bajo el segundo Bonaparte cuando el estado parece haber adquirido una completa autonomía. La máquina del estado se ha consolidado ya de tal modo frente a la sociedad burguesa, que basta con que se halle a su frente el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, un caballero de industria venido de fuera y elevado sobre el pavés por una soldadesca embriagada, a la que compró con aguardiente y salchichón y a la que tiene que arrojar constantemente salchichón. De aquí la pusilánime desesperación, el sentimiento de la más inmensa humillación y degradación que oprime el pecho de Francia y contiene su aliento. Francia se siente como deshonrada.

Y, sin embargo, el poder del estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: *los campesinos parcelarios*.

Así como los Borbones eran la dinastía de los grandes terratenientes y los Orleáns la dinastía del dinero, los Bonapartes son la dinastía de los campesinos, es decir, de la masa del pueblo francés. El elegido de los campesinos no es el Bonaparte que se sometía al parlamento burgués, sino el Bonaparte que lo dispersó. Durante tres años consiguieron las ciudades falsificar el sentido de la elección del 10 de diciembre y estafar a los campesinos la restauración del imperio. La elección del 10 de diciembre de 1848 no se consumó hasta el golpe de estado del 2 de diciembre de 1851.

Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. Este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación ninguna de la ciencia; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales.

Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas, un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen, por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura, de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquellas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad.

La tradición histórica hizo nacer en el campesino francés la fe milagrosa de que un hombre llamado Napoleón le devolvería todo el esplendor. Y se encuentra un individuo que se hace pasar por tal hombre, por ostentar el nombre de Napoleón gracias a que el *Code Napoléon* ordena: “*La recherche de la paternité est interdite*”¹²⁷. Tras 20 años de vagabundaje y una serie de grotescas aventuras, se cumple la leyenda, y este hombre se convierte en emperador de los franceses. La idea fija del sobrino se realizó porque coincidía con la idea fija de la clase más numerosa de los franceses.

Pero, se me objetará: ¿y los levantamientos campesinos de media Francia, las batidas del ejército contra los campesinos y los encarcelamientos y deportaciones en masa de campesinos?

Desde Luis XIV, Francia no ha asistido a ninguna persecución semejante de campesinos “por manejos demagógicos”.

Pero entiéndase bien. La dinastía de Bonaparte no representa al campesino revolucionario, sino al campesino conservador; no representa al campesino que pugna por salir de su condición social de vida, la parcela, sino al que, por el contrario, quiere consolidarla; no a la población campesina, que, con su propia energía y unida a las ciudades, quiere derribar el viejo orden, sino a la que, por el contrario, sombríamente retraída en este viejo orden, quiere verse salvada y preferida, en unión de su parcela, por el espectro del imperio. No representa la ilustración, sino la superstición del campesino, no su juicio, sino su prejuicio, no su porvenir, sino su pasado, no sus Cévennes¹²⁸ modernas, sino su moderna Vendée¹²⁹.

Los tres años de dura dominación de la república parlamentaria habían curado a una parte de los campesinos franceses de la ilusión napoleónica y los habían

¹²⁷ Queda prohibida la investigación de la paternidad.

¹²⁸ Cévennes, zona montañosa de la provincia francesa de Languedoc, donde se alzaron los campesinos en 1702-1705. La insurrección, provocada por las persecuciones a los protestantes, adquirió un acusado carácter antifeudal.

¹²⁹ Alusión al motín contrarrevolucionario de la Vendée (provincia occidental de Francia), levantado en 1793 por los realistas franceses que utilizaron a los campesinos atrasados de esta provincia para luchar contra la revolución francesa.

revolucionado, aun cuando sólo fuese superficialmente; pero la burguesía los empujaba violentamente hacia atrás cuantas veces se ponían en movimiento. Bajo la república parlamentaria, la conciencia moderna de los campesinos franceses pugnó con la conciencia tradicional. El proceso se desarrolló bajo la forma de una lucha incesante entre los maestros de escuela y los curas. La burguesía abatió a los maestros. Por vez primera los campesinos hicieron esfuerzos para adaptar una actitud independiente frente a la actividad del gobierno. Esto se manifestó en el conflicto constante de los alcaldes con los prefectos. La burguesía destituyó a los alcaldes. Finalmente, los campesinos de diversas localidades se levantaron durante el período de la república parlamentaria contra su propio engendro, el ejército. La burguesía los castigó con estados de sitio y ejecuciones. Y esta misma burguesía clama ahora acerca de la estupidez de las masas, de la *vile multitude*¹³⁰ que la ha traicionado frente a Bonaparte. Fue ella misma la que consolidó con sus violencias las simpatías de la clase campesina por el imperio, la que ha mantenido celosamente el estado de cosas que forman la cuna de esta religión campesina. Claro está que la burguesía tiene necesariamente que temer la estupidez de las masas, mientras siguen siendo conservadoras, y su conciencia en cuanto se hacen revolucionarias.

En los levantamientos producidos después del *coup d'état*, una parte de los campesinos franceses protestó con las armas en la mano contra su propio voto del 10 de diciembre de 1848. La experiencia adquirida desde 1848 les había abierto los ojos. Pero habían entregado su alma a las fuerzas infernales de la historia, y ésta los cogía por la palabra, y la mayoría estaba aún tan llena de prejuicios, que precisamente en los departamentos más rojos la población campesina votó públicamente por Bonaparte. Según ellos, la asamblea nacional le había impedido caminar. Ahora no había hecho más que romper las ligaduras que las ciudades habían puesto a la voluntad del campo. En algunos sitios, abrigaban incluso la idea grotesca de colocar, junto a un Napoleón, una Convención.

Después de que la primera revolución había convertido a los campesinos semi siervos en propietarios libres de su tierra, Napoleón consolidó y reglamentó las condiciones bajo las cuales podrían explotar sin que nadie les molestase el suelo de Francia que se les acababa de asignar, satisfaciendo su afán juvenil de propiedad. Pero lo que hoy lleva a la ruina al campesino francés, es su misma parcela, la división del suelo, la forma de propiedad consolidada en Francia por Napoleón. Fueron precisamente las condiciones materiales las que convirtieron al campesino feudal francés en campesino parcelario y a Napoleón en emperador. Han bastado dos generaciones para engendrar este resultado inevitable: empeoramiento progresivo de la agricultura y endeudamiento progresivo del agricultor. La forma “napoleónica” de propiedad, que a comienzos del siglo XIX era la condición para la liberación y el enriquecimiento de la población campesina francesa, se ha desarrollado en el transcurso de este siglo como la ley de su esclavitud y de su pauperismo. Y es precisamente esta ley la primera de las *idées napoléoniennes*¹³¹ que viene a afirmar el segundo Bonaparte. Si comparte todavía con los campesinos la ilusión de buscar la causa de su ruina, no en su misma propiedad parcelaria, sino fuera de ella, en la influencia de circunstancias secundarias, sus experimentos se estrellarán como pompas de jabón contra las relaciones de producción.

El desarrollo económico de la propiedad parcelaria ha invertido de raíz la relación de los campesinos con las demás clases de la sociedad. Bajo Napoleón, la parcelación del suelo en el campo complementaba la libre competencia y la gran industria incipiente de las ciudades. La clase campesina era la protesta omnipresente contra la aristocracia

¹³⁰ Vil muchedumbre.

¹³¹ Alusión al libro de Luis Bonaparte *Des idées napoléoniennes* (Las ideas napoleónicas), aparecido en París en 1839.

terratiente que se acababa de derribar. Las raíces que la propiedad parcelaria echó en el suelo francés quitaron al feudalismo toda sustancia nutritiva. Sus mojones formaban el baluarte natural de la burguesía contra todo golpe de mano de sus antiguos señores. Pero en el transcurso del siglo XIX pasó a ocupar el puesto de los señores feudales el usurero de la ciudad, las cargas feudales del suelo fueron sustituidas por la hipoteca y la aristocrática propiedad territorial fue suplantada por el capital burgués. La parcela del campesino sólo es ya el pretexto que permite al capitalista sacar de la tierra ganancia, intereses y renta, dejando al agricultor que se las arregle para sacar como pueda su salario. Las deudas hipotecarias que pesan sobre el suelo francés imponen a los campesinos de Francia un interés tan grande como los intereses anuales de toda la deuda nacional británica. La propiedad parcelaria, en esta esclavitud bajo el capital a que conduce inevitablemente su desarrollo, ha convertido a la masa de la nación francesa en trogloditas. Diez y seis millones de campesinos (incluyendo las mujeres y los niños) viven en chozas, una gran parte de las cuales sólo tienen una abertura, otra parte, dos solamente, y las privilegiadas, tres. Las ventanas son para una casa lo que los cinco sentidos para la cabeza. El orden burgués, que a comienzos del siglo puso al estado de centinela de la parcela recién creada y la abonó con laureles, se ha convertido en un vampiro que le chupa la sangre y la medula y la arroja a la caldera de alquimista del capital. El *Code Napoléon* no es ya más que el código de los embargos, de las subastas y de las adjudicaciones forzosas. A los cuatro millones (incluyendo niños, etc.) de *paupers* oficiales, vagabundos, delincuentes y prostitutas, que cuenta Francia, hay que añadir cinco millones, cuya existencia flota al borde del abismo y que o bien viven en el mismo campo o desertan constantemente, con sus harapos y sus hijos, del campo a las ciudades y de las ciudades al campo. Por tanto, los intereses de los campesinos no se hallan ya, como bajo Napoleón, en consonancia, sino en contraposición con los intereses de la burguesía, con el capital. Por eso los campesinos encuentran su aliado y jefe natural en el *proletariado urbano*, que tiene por misión derrocar el orden burgués. Pero el *gobierno fuerte y absoluto* (que es la segunda *idée napoléonienne* que viene a poner en práctica el segundo Napoleón) está llamado a defender por la violencia este orden “material”. Y este *ordre matériel*¹³² es también el tópico en todas las proclamas de Bonaparte contra los campesinos rebeldes.

Junto a la hipoteca, que el capital le impone, pesan sobre la parcela *los impuestos*. Los impuestos son la fuente de vida de la burocracia, del ejército, de los curas y de la corte; en una palabra, de todo el aparato del poder ejecutivo. Un gobierno fuerte e impuestos elevados son cosas idénticas. La propiedad parcelaria se presta por naturaleza para servir de base a una burocracia omnipotente e innumerable. Crea un nivel igual de relaciones y de personas en toda la faz del país. Ofrece también, por tanto, la posibilidad de influir por igual sobre todos los puntos de esta masa igual desde un centro supremo. Destruye los grados intermedios aristocráticos entre la masa del pueblo y el poder del estado. Provoca, por tanto, desde todos los lados, la injerencia directa de este poder estatal y la interposición de sus órganos inmediatos. Y finalmente, crea una superpoblación parada que no encuentra cabida ni en el campo ni en las ciudades y que, por tanto, echa mano de los cargos públicos como de una respetable limosna, provocando la creación de cargos del estado. Con los nuevos mercados que abrió a punta de bayoneta, con el saqueo del continente, Napoleón devolvió los impuestos forzosos con sus intereses. Estos impuestos eran entonces un acicate para la industria del campesino, mientras que ahora privan a su industria de sus últimos recursos y acaban de exponerle indefenso al pauperismo. Y de todas las *idées napoléoniennes*, la de una enorme burocracia, bien galoneada y bien cebada, es la que más agrada al segundo Bonaparte. ¿Y cómo no habla

¹³² Orden material.

de agradarle, si se ve obligado a crear, junto a las clases reales de la sociedad, una casta artificial, para la que el mantenimiento de su régimen es un problema de cuchillo y tenedor? Por eso, una de sus primeras operaciones financieras consistió en elevar nuevamente los sueldos de los funcionarios a su altura antigua y en crear nuevas sinecuras.

Otra *idée napoléonienne* es la dominación de los *curas* como medio de gobierno. Pero si la parcela recién creada, en su armonía con la sociedad, en su dependencia de las fuerzas de la naturaleza y en su sumisión a la autoridad que la protegía desde lo alto era, naturalmente, religiosa, esta parcela, comida de deudas, divorciada de la sociedad y de la autoridad y forzada a salirse de sus propios horizontes limitados, se hace, naturalmente, irreligiosa. El cielo era una añadidura muy hermosa al pequeño pedazo de tierra acabado de adquirir, tanto más cuanto que de él vienen el sol y la lluvia; pero se convierte en un insulto tan pronto como se le quiere imponer a cambio de la parcela. En este caso, el cura ya sólo aparece como el ungido perro rastreador de la policía terrenal: otra *idée napoléonienne*. La próxima vez, la expedición contra Roma se llevará a cabo en la misma Francia, pero en sentido inverso al del señor Montalembert.

Finalmente, el punto culminante de las *idées napoléoniennes* es la preponderancia del *ejército*. El ejército era el *point d'honneur*¹³³ de los campesinos parcelarios, eran ellos mismos convertidos en héroes, defendiendo su nueva propiedad contra el enemigo de fuera, glorificando su nacionalidad recién conquistada, saqueando y revolucionando el mundo. El uniforme era su ropa de gala; la guerra, su poesía; la parcela, prolongada y redondeada en la fantasía, la patria, y el patriotismo, la forma ideal del sentido de propiedad. Pero los enemigos contra quienes ahora tiene que defender su propiedad el campesino francés no son los cosacos, son los alguaciles y los agentes ejecutivos del fisco. La parcela no está ya enclavada en lo que llaman patria, sino en el registro hipotecario. El mismo ejército ya no es la flor de la juventud campesina, sino la flor del pantano del lumpemproletariado campesino. Está formado en su mayoría por *remplaçants*¹³⁴, por sustitutos, del mismo modo que el segundo Bonaparte no es más que el *remplaçant*, el sustituto de Napoleón. Sus hazañas heroicas consisten ahora en las cacerías y batidas contra los campesinos, en el servicio de gendarmería, y si las contradicciones internas de su sistema lanzan al jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre del otro lado de la frontera francesa, tras algunas hazañas de bandidaje el ejército no cosechará precisamente laureles, sino palos.

Como vemos, *todas las idées napoléoniennes son las ideas de la parcela incipiente, juvenil*, pero constituyen un contrasentido para la parcela caduca. No son más que las alucinaciones de su agonía, palabras convertidas en frases, espíritus convertidos en fantasmas. Pero la parodia del imperio era necesaria para liberar a la masa de la nación francesa del peso de la tradición y hacer que se destacase nítidamente la contraposición entre el estado y la sociedad. Conforme avanza la ruina de la propiedad parcelaria, se derrumba el edificio del estado construido sobre ella. La centralización del estado, que la sociedad moderna necesita, sólo se levanta sobre las ruinas de la máquina burocrático-militar de gobierno, forjada por oposición al feudalismo.

Las condiciones de los campesinos franceses nos descubren el misterio de las *elecciones generales del 20 y el 21 de diciembre*, que llevaron al segundo Bonaparte al Sinaí, pero no para recibir leyes, sino para darlas.

¹³³ Orgullo.

¹³⁴ Los que se obligaban a servir en el ejército en sustitución de los que eran llamados a filas.

Manifiestamente, la burguesía no tenía ahora más opción que elegir a Bonaparte. Cuando, en el Concilio de Constanza¹³⁵, los puritanos se quejaban de la vida licenciosa de los papas y gemían acerca de la necesidad de reformar las costumbres, el cardenal Pierre d'Ailly dijo, con voz tonante: “¡Cuando sólo el demonio en persona puede salvar a la Iglesia Católica, vosotros pedís ángeles!” La burguesía francesa exclamó también, después del *coup d'état*: ¡Sólo el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre puede ya salvar a la sociedad burguesa! ¡Sólo el robo puede salvar a la propiedad, el perjurio a la religión, el bastardismo a la familia y el desorden al orden!

Bonaparte, como poder ejecutivo convertido en fuerza independiente, se cree llamado a garantizar el “orden burgués”. Pero la fuerza de este orden burgués está en la clase media. Se cree, por tanto, representante de la clase media y promulga decretos en este sentido. Pero si es algo, es gracias a haber roto y romper de nuevo diariamente la fuerza política de esta clase media. Se afirma, por tanto, como adversario de la fuerza política y literaria de la clase media. Pero, al proteger su fuerza material, engendra de nuevo su fuerza política. Se trata, por tanto, de mantener viva la causa, pero de suprimir el efecto allí donde éste se manifieste. Pero esto no es posible sin una pequeña confusión de causa y efecto, pues al influir el uno sobre la otra y viceversa, ambos pierden sus características distintivas. Nuevos decretos que borran la línea divisoria. Bonaparte se reconoce al mismo tiempo, frente a la burguesía, como representante de los campesinos y del pueblo en general, llamado a hacer felices dentro de la sociedad burguesa a las clases inferiores del pueblo. Nuevos decretos, que estafan de antemano a los “verdaderos socialistas”¹³⁶ su sabiduría de gobernantes. Pero Bonaparte se sabe ante todo jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, representante del lumpemproletariado, al que pertenece él mismo, su *entourage*¹³⁷, su gobierno y su ejército, y al que ante todo le interesa beneficiarse a sí mismo y sacar premios de lotería californiana del tesoro público. Y se confirma como jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre con decretos, sin decretos y a pesar de los decretos.

Esta misión contradictoria del hombre explica las contradicciones de su gobierno, el confuso tantear aquí y allá, que procura tan pronto atraerse como humillar, unas veces a esta y otras veces a aquella clase, poniéndolas a todas por igual en contra suya, y cuya inseguridad práctica forma un contraste altamente cómico con el estilo imperioso y categórico de sus actos de gobierno, estilo imitado sumisamente del tío.

La industria y el comercio, es decir, los negocios de la clase media, deben florecer como planta de estufa bajo el gobierno fuerte. Se otorga un sinnúmero de concesiones ferroviarias. Pero el lumpemproletariado bonapartista tiene que enriquecerse. Manejos especulativos con las concesiones ferroviarias en la bolsa por gentes iniciadas de antemano. Pero no se presenta ningún capital para los ferrocarriles. Se obliga al banco a adelantar dinero a cuenta de las acciones ferroviarias. Pero, al mismo tiempo, hay que explotar personalmente al banco, y, por tanto, halagarlo. Se exige al banco del deber de publicar semanalmente sus informes. Contrato leonino del banco con el gobierno. Hay que dar trabajo al pueblo. Se ordenan obras públicas. Pero las obras públicas aumentan las cargas tributarias del pueblo. Por tanto, rebaja de los impuestos mediante un ataque contra los rentistas, convirtiendo las rentas al 5 por 100 en rentas al 4 ½ por 100. Pero hay que dar un poco de miel a la burguesía. Por tanto, se duplica el impuesto sobre el vino

¹³⁵ El Concilio de Constanza (1414-1418) fue convocado con el fin de fortalecer el catolicismo cuya unidad había sido quebrantada por el naciente movimiento reformista.

¹³⁶ Alusión a las obras de los representantes del socialismo alemán o “verdadero”, corriente reaccionaria que se extendió en Alemania en los años 40 del siglo XIX principalmente entre la intelectualidad pequeñoburguesa.

¹³⁷ Allegados, séquito.

para el pueblo, que lo bebe *en detail*¹³⁸, y se rebaja a la mitad para la clase media, que lo bebe *en grós*¹³⁹. Se disuelven las asociaciones obreras existentes, pero se prometen milagros de asociación para el porvenir. Hay que ayudar a los campesinos: bancos hipotecarios, que aceleran su endeudamiento y la concentración de la propiedad. Pero a estos bancos hay que utilizarlos para sacar dinero de los que se preste a esta condición, que no figura en el decreto, y el banco hipotecario se queda reducido a mero decreto, etc., etc.

Bonaparte quisiera aparecer como el bienhechor patriarcal de todas las clases. Pero no puede dar nada a una sin quitárselo a la otra. Y así como en los tiempos de la Fronda se decía del Duque de Guisa que era el hombre más *obligeant*¹⁴⁰ de Francia, porque había convertido todas sus fincas en obligaciones de sus partidarios, contra él mismo, Bonaparte quisiera ser también el hombre más *obligeant* de Francia y convertir toda la propiedad y todo el trabajo de Francia en una obligación personal contra él mismo. Quisiera robar a Francia entera para regalársela a Francia, o, mejor dicho, para comprar de nuevo a Francia con dinero francés, pues como jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre tiene necesariamente que comprar lo que quiere que le pertenezca. Y en institución del soborno se convierten todas las instituciones del estado: el senado, el consejo de estado, el cuerpo legislativo, la legión de honor, la medalla del soldado, los lavaderos, los edificios públicos, los ferrocarriles, el estado mayor de la guardia nacional sin soldados rasos, los bienes confiscados de la casa de Orleáns. En medio de soborno se convierten todos los puestos del ejército y de la máquina de gobierno. Pero lo más importante en este proceso es que se toma a Francia para entregársela a ella misma, son los tantos por ciento que durante la operación de cambio se embolsan el jefe y los individuos de la Sociedad del 10 de Diciembre. El chiste con el que la condesa L., la amante del señor de Morny, caracterizaba la confiscación de los bienes orleanistas: “*C’est le premier vol de l’aigle*”¹⁴¹ [“Es el primer vuelo (robo) del águila”], puede aplicarse a todos los vuelos de esta *águila*, que más que *águila* es *cuervo*. Tanto él como sus adeptos se gritan diariamente, como aquel cartujo italiano al avaro, que contaba jactanciosamente los bienes que habría de disfrutar durante largas años: “*Tu fai conto sopra i beni, bisogna prime far il conto sopra gli anni*”¹⁴². Para no equivocarse en los años, echan las cuentas por minutos. En la corte, en los ministerios, en la cumbre de la administración y del ejército, se amontona un tropel de bribones, del mejor de los cuales puede decirse que no se sabe de dónde viene, una *bohème* estrepitosa, sospechosa y ávida de saqueo, que se arrastra en sus casacas galoneadas con la misma grotesca dignidad que los grandes dignatarios de Soulouque. Si queremos representarnos plásticamente esta capa superior de la Sociedad del 10 de Diciembre, nos basta con saber que *Véron-Crevel*¹⁴³ es su predicador de moral y *Granier de Cassagnac* su pensador. Cuando Guizot, durante su ministerio, utilizó a este Granier en un periodicucho contra la oposición dinástica, solía ensalzarlo con esta frase: “*C’est le roi des drôles*”, “es el rey de los bufones”. Sería injusto recordar a propósito de la corte y de la tribu de Luis Bonaparte a la Regencia¹⁴⁴ o a Luis XV. Pues “Francia ha pasado ya

¹³⁸ Al por menor.

¹³⁹ Al por mayor.

¹⁴⁰ Obsequioso.

¹⁴¹ La palabra *vol* significa en francés vuelo y robo.

¹⁴² “Cuentas los bienes cuando lo que debieras contar son los años”.

¹⁴³ En su obra *La Cousine Bette*, Balzac presenta en Crevel, personaje inspirado en el Dr. Véron, propietario del periódico *Constitutionnel*, al tipo del filisteo más libertino de París.

¹⁴⁴ Se refiere a la regencia de Felipe de Orleáns en Francia entre 1715 y 1723 durante la minoría de edad de Luis XV.

con frecuencia por un gobierno de favoritas, pero nunca todavía por un gobierno de chulos”¹⁴⁵.

Acosado por las exigencias contradictorias de su situación y al mismo tiempo obligado como un prestidigitador a atraer hacia sí, mediante sorpresas constantes, las miradas del público, como hacia el sustituto de Napoleón, y por tanto a ejecutar todos los días un golpe de estado en miniatura, Bonaparte lleva el caos a toda la economía burguesa, atenta contra todo lo que a la revolución de 1848 había parecido intangible, hace a unos pacientes para la revolución y a otros ansiosos de ella, y engendra una verdadera anarquía en nombre del orden, despojando al mismo tiempo a toda la máquina del estado del halo de santidad, profanándola, haciéndola a la par asquerosa y ridícula. Copia en París, bajo la forma de culto del manto imperial de Napoleón, el culto a la sagrada túnica de Tréveris¹⁴⁶. Pero si por último el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la Columna de Vendôme¹⁴⁷.

¹⁴⁵ Palabras de Madame Girardin.

¹⁴⁶ La sagrada túnica de Tréveris, la que vestía supuestamente Cristo al morir crucificado. Se conservaba en la catedral de Tréveris (Alemania occidental) como reliquia de los católicos. Era objeto de adoración de los peregrinos.

¹⁴⁷ La Columna de Vendôme fue erigida en 1806-1810 en París en memoria de las victorias de la Francia Napoleónica; se fundió con el bronce de los cañones enemigos y está coronada con una estatua de Napoleón. El 16 de mayo de 1871, según disposición de la Comuna de París, la Columna de Vendôme fue derribada; en 1875 fue restablecida por la reacción. [*Decreto de la Comuna de París sobre demolición de la columna de la Plaza Vendôme*, en *Comunas de París y Lyon – Alejandría Proletaria*].

Anexos

Bonapartismo en Prusia último tercio del siglo XIX. Un extracto de Engels¹⁴⁸

Este es el lenguaje de los reaccionarios. En realidad, el estado, tal como existe en Alemania, es igualmente un producto necesario de la base social de la que se ha originado. En Prusia (y Prusia tiene hoy una significación decisiva) existe junto a una nobleza latifundista, todavía poderosa, una burguesía relativamente joven y notablemente cobarde que, hasta el presente, no se ha apropiado ni el poder político directo, como en Francia, ni el más o menos indirecto, como en Inglaterra. Pero junto a estas dos clases, hay un proletariado intelectualmente muy desarrollado, que crece rápidamente y se organiza cada día más. Encontramos aquí, pues, junto a la condición fundamental de la antigua monarquía absoluta: el equilibrio entre la nobleza terrateniente y la burguesía, la condición fundamental del bonapartismo moderno: el equilibrio entre la burguesía y el proletariado. Pero lo mismo en la antigua monarquía absoluta que en la monarquía bonapartista moderna, el verdadero poder gubernamental se encuentra en manos de una casta particular de oficiales y de funcionarios que en Prusia se recluta en parte entre sus propias filas, en parte entre la pequeña nobleza de mayorazgo, más raramente entre la gran nobleza, y en menor medida aún entre la burguesía. La autonomía de esta casta, que parece mantenerse fuera y, por decirlo así, por encima de la sociedad, confiere al estado un viso de autonomía respecto de la sociedad.

La forma de estado que se ha desarrollado con la necesaria consecuencia en Prusia (y, siguiendo su ejemplo, en la nueva constitución imperial de Alemania), es, en estas condiciones sociales sumamente contradictorias, un constitucionalismo aparente. Una forma que es tanto la forma actual de descomposición de la antigua monarquía absoluta como la forma de existencia de la monarquía bonapartista. El constitucionalismo aparente de Prusia fue, de 1848 a 1866, la forma que encubrió y facilitó la lenta descomposición de la monarquía absoluta. Pero, desde 1866, y sobre todo desde 1870, la subversión de las condiciones sociales, y por tanto la descomposición del antiguo estado, se muestra a los ojos de todos y toma proporciones gigantescas. El rápido desarrollo de la industria y principalmente de los negocios bursátiles fraudulentos precipitó a todas las clases dominantes en el torbellino de la especulación. La corrupción en gran escala importada de Francia en 1870 se desarrolla con un ritmo inaudito. Strousberg y Pereire se tienden la mano. Ministros, generales, príncipes y condes compiten en las especulaciones bursátiles con los bolsistas judíos más tramposos, a los cuales reconoce el estado la igualdad haciéndoles barones al por mayor. Los aristócratas rurales, dedicados desde hace mucho a la industria, como fabricantes de azúcar de remolacha o destiladores de aguardiente, han olvidado desde hace mucho los buenos tiempos de otra época y adornan hoy con sus nombres las listas de directores de toda clase de sociedades por acciones, sean o no respetables. La burocracia, que desdeña cada vez más los desfalcos como único medio de mejorar su sueldo, vuelve la espalda al estado y se dedica a la caza de puestos más lucrativos en la administración de las empresas industriales; los burócratas que quedan en activo siguen el ejemplo de sus jefes: especulan con las acciones, o bien “participan” en

¹⁴⁸ Tomado de F. Engels, *El problema de la vivienda*, Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov, páginas 43-45 del formato pdf.

los ferrocarriles, etc. Incluso tiene fundamento creer que los tenientes mismos meten sus finas manos en alguna especulación. En suma, la descomposición de todos los elementos del antiguo estado, la transición de la monarquía absoluta a la monarquía bonapartista está en plena marcha, y en la próxima gran crisis industrial y comercial se hundirán, no solamente las estafas actuales, sino también el viejo estado prusiano¹⁴⁹.

¿Y es este estado, cuyos elementos no burgueses se aburguesan cada día más, quien ha de resolver la “cuestión social”, o siquiera la cuestión de la vivienda? Al contrario. En todas las cuestiones económicas el estado prusiano cae cada vez más en manos de la burguesía; y si, como es el caso, la legislación posterior a 1866 en el orden económico no se ha adaptado aún más a los intereses de la burguesía, ¿de quién es la culpa? En gran parte corresponde a la burguesía misma, la cual, en primer lugar, es demasiado cobarde para defender enérgicamente sus reivindicaciones, y, en segundo término, se resiste a toda concesión que pueda dar al mismo tiempo nuevas armas al proletariado amenazador. Y si el poder del estado, es decir, Bismarck, intenta organizar un proletariado a su servicio, para poner freno a la acción política de la burguesía, ¿qué es esto sino un procedimiento bonapartista, necesario y bien conocido, que no obliga a nada más, respecto de los obreros, que a unas cuantas frases complacientes y, todo lo más, a un apoyo mínimo del estado a sociedades para la construcción de viviendas a lo Luis Bonaparte?

No se encuentra mejor demostración de lo que los obreros pueden esperar del estado prusiano, que la utilización de los miles de millones de francos franceses¹⁵⁰, que han dado a la independencia de la máquina del estado prusiano respecto de la sociedad una nueva y breve prórroga. ¿Ha habido un solo tálero de estos miles de millones que fuese empleado en construir un refugio para las familias obreras berlinesas lanzadas a la calle? Muy al contrario. Cuando llegó el otoño, el propio estado hizo demoler las pocas miserables barracas que durante el verano les habían servido de vivienda ocasional. Los cinco mil millones han seguido el camino trillado, y se han ido rápidamente en fortificaciones, en cañones y en soldados; y a pesar de las botaratas de Wagner¹⁵¹, a pesar de las conferencias de Stieber con Austria¹⁵², no se utilizará de estos miles de millones a favor de los obreros alemanes ni siquiera lo que Luis Bonaparte consagró a los obreros franceses de los millones que estafó a Francia.

¹⁴⁹ Lo que hace que todavía hoy, en 1886, el estado prusiano y su base, la alianza de la gran propiedad territorial y el capital industrial, sellada con la protección aduanera, se mantengan juntos, es sólo el miedo al proletariado, que desde 1872 se ha desarrollado enormemente en número y en conciencia de clase. (*Nota de Engels para la edición de 1887.*)

¹⁵⁰ Se alude al tratado preliminar de paz entre Francia y Alemania firmado en Versalles el 26 de febrero de 1871 por Thiers y J. Favre, de una parte, y Bismarck, de otra. Según las condiciones del tratado, Francia cedía a Alemania el territorio de Alsacia y la parte oriental de Lorena y le pagaba una contribución de guerra de 5 mil millones de francos. El tratado definitivo de paz fue firmado en Fráncfort del Meno el 10 de mayo de 1871.

¹⁵¹ Engels se refiere a las afirmaciones de Wagner en varios libros e intervenciones de que la reanimación de la coyuntura en Alemania después de la guerra franco-prusiana y, sobre todo, merced a los 5 mil millones de francos de contribución de guerra mejoraría considerablemente la situación de los trabajadores.

¹⁵² Trátase de las negociaciones entre los emperadores alemán y austríaco y sus cancilleres en agosto de 1871, en Gastein, y en septiembre de 1871, en Salzburgo. Engels las califica de conferencias “a lo Stieber”, que es como se llamaba el jefe de la policía política prusiana. Con eso, Engels subraya el carácter reaccionario policíaco de las mismas.

En la revolución proletaria en Rusia en 1917: carta desde lejos de Lenin¹⁵³ (20 de marzo de 1917)

La primera revolución, engendrada por la guerra imperialista mundial, ha estallado. La primera revolución, pero no la última, por cierto.

A juzgar por la escasa información de que se dispone en Suiza, la primera etapa de esta primera revolución, o sea, de la Revolución Rusa del 1 de marzo de 1917, ha terminado. La primera etapa de nuestra revolución no será, por cierto, la última.

¿Cómo pudo ocurrir el “milagro” de que sólo en 8 días (período señalado por el señor Miliukov en su presuntuoso telegrama a todos los representantes de Rusia en el extranjero) se desmoronara una monarquía que se había mantenido durante siglos y que, a pesar de todo, consiguió mantenerse durante los tres años de las tremendas batallas de clases de 1905 a 1907, que abarcaron todo el país?

Los milagros no existen ni en la naturaleza ni en historia, pero todo viraje brusco de la historia, y esto se aplica a toda revolución, ofrece un contenido tan rico, descubre combinaciones tan inesperadas y peculiares de formas de lucha y de alineación de las fuerzas en pugna, que para la mente legía muchas cosas pueden parecer milagrosas.

Para que la monarquía zarista pudiera desmoronarse en pocos días, fue necesaria la combinación de varios factores de importancia histórica mundial. Mencionaremos las principales.

Sin los tres años de tremendas batallas de clases, sin la energía revolucionaria desplegada por el proletariado ruso de 1905 a 1907, la segunda revolución no habría podido producirse tan rápidamente; en el sentido de que su *etapa inicial* culminó en pocos días. La primera revolución (1905) removió profundamente el terreno, desarraigó prejuicios seculares, despertó a la vida y a la lucha política a millones de obreros y a decenas de millones de campesinos, reveló a unos y otros, y al mundo entero, el verdadero carácter de *todas* las clases (y de los principales partidos) de la sociedad rusa, la verdadera alineación de sus intereses, de sus fuerzas, de sus métodos de acción, de sus objetivos inmediatos y finales. La primera revolución y el subsiguiente período de contrarrevolución (1907-1914) pusieron al descubierto la verdadera naturaleza de la monarquía zarista, la llevaron a su “último extremo”, descubrieron toda su putrefacción e ignominia, el cinismo y la corrupción de la banda zarista dominada por ese monstruo de Rasputín. Desenmascararon toda la ferocidad de la familia de los Románov, esos pogromistas que anegaron a Rusia en sangre de judíos, de obreros, de revolucionarios, esos *terratenientes*, “los primeros entre sus pares”, *poseedores de millones* de desiatinas de tierra, dispuestos a recurrir a cualquier atrocidad, a cualquier crimen, a arruinar y estrangular a cualquier cantidad de ciudadanos para resguardar el “sagrado derecho de propiedad” para ellos y *para su clase*.

Sin la revolución de 1905-1907, y la contrarrevolución de 1907-1914, no habría sido posible una “autodefinición” tan clara de todas las clases del pueblo ruso y de todos los pueblos que habitan en Rusia, esa definición de la relación de esas clases, entre sí y con la monarquía zarista, que se puso de manifiesto durante los 8 días de la revolución de febrero-marzo de 1917. Esta revolución de 8 días fue, si puede permitirse una metáfora, “representada” después de una docena de ensayos parciales y generales; los “actores” se conocían, sabían sus papeles, conocían sus puestos y el decorado en todos sus detalles, a

¹⁵³ Tomado de V. I. Lenin, “Cartas desde lejos. Primera carta. La primera etapa de la revolución”, en *Obras Completas*, Tomo XXIV, Akal Editor, Madrid, 1977, páginas 335-346. En la [sección en español del MIA](#) están a tu disposición todas las obras completas de Lenin, en el [Tomo XXIV](#) de la edición de Akal puedes leer las cinco cartas desde lejos.

fondo, hasta los matices más o menos importantes de las tendencias políticas y de las formas de acción.

Pues la primera gran revolución de 1905, denunciada como “una gran rebelión” por los Guchkov, Miliukov y sus acólitos, condujo doce años después, a la “brillante” y “gloriosa” revolución de 1917, que los Guchkov y los Miliukov calificaron de “gloriosa” porque los colocó (*por el momento*) en el poder. Pero esto necesitó un gran director de escena, vigoroso, omnipotente, capaz, por una parte, de acelerar extraordinariamente la marcha de la historia universal y, por otra, de engendrar una crisis mundial económica, política, nacional e internacional de una intensidad sin paralelo. Aparte de una aceleración extraordinaria de la historia universal, se necesitaba también que la historia hiciera virajes particularmente bruscos, para que la enlodada y sangrienta carreta de la monarquía de los Románov pudiera ser volcada *de un golpe*.

Este director de escena omnipotente, este acelerador vigoroso fue la guerra mundial imperialista.

Hoy ya no cabe duda de que la guerra es mundial, pues Estados Unidos y China están ya semi comprometidos hoy en ella, y mañana lo estarán totalmente.

Tampoco cabe duda de que la guerra es imperialista por ambas partes. Sólo los capitalistas y sus acólitos, los socialpatriotas y los social chovinistas o, si en lugar de definiciones críticas generales, empleamos nombres de políticos bien conocidos en Rusia, sólo los Guchkov y los Lvov, los Miliukov y los Shingariov, por una parte, y los Gvózdiev, los Potréssov, los Chjenkeli, los Kerensky y los Chjeídze, por la otra, pueden negar o callar este hecho. Tanto la burguesía alemana *como* la anglo-francesa hacen la guerra para saquear a otros países y estrangular a naciones pequeñas, para lograr supremacía financiera mundial y proceder a l reparto y redistribución de las colonias, y para salvar al agonizante régimen capitalista engañando y dividiendo a los obreros de los distintos países.

La guerra imperialista tenía que (era objetivamente inevitable) acelerar extraordinariamente y recrudecer en grado nunca visto la lucha de clases del proletariado contra la burguesía; tenía que transformarse en una guerra civil entre las clases enemigas.

Esta *transformación comenzó* con la revolución de febrero-marzo de 1917, cuya primera etapa fue señalada, en primer lugar, por el golpe conjunto infligido al zarismo por dos fuerzas: toda la Rusia burguesa y terrateniente con todos sus acólitos inconscientes y con todos sus dirigentes conscientes, los embajadores y capitalistas franceses e ingleses, por una parte, y por otra, el *sóviet de diputados obreros*, que ha empezado a ganarse a los diputados soldados y campesinos.

Estos tres campos políticos, estas tres fuerzas políticas fundamentales son: 1) la monarquía zarista, cabeza de los terratenientes feudales, de la vieja burocracia y de la casta militar; 2) la Rusia burguesa y terrateniente de los octubristas y los kadetes, detrás de la cual se arrastra la pequeña burguesía (cuyos principales representantes son Kerensky y Chjeídze); 3) el *sóviet de diputados obreros*, que trata de que todo el proletariado y toda la masa de los sectores más pobres de la población se conviertan en aliados suyos. Estas tres fuerzas políticas *fundamentales* se manifestaron plenamente y con toda claridad, inclusive en los 8 días de la “primera etapa”, e inclusive para un observador tan alejado de la escena de los acontecimientos como está quien escribe estas líneas, que se ve obligado a contentarse con los escuetos telegramas de los periódicos extranjeros.

Pero antes de tratar esto con mayores detalles, debo volver a la parte de mi carta dedicada a un factor de primordial importancia: la guerra imperialista mundial.

La guerra ha eslabonado entre sí, con cadenas de hierro, a las potencias beligerantes, a los grupos capitalistas beligerantes, a los “amos” del sistema capitalista, a

los propietarios de esclavos de la esclavitud capitalista. *Un amasijo sanguinolento*; tal es la vida social y política del momento histórico actual.

Los socialistas que desertaron a las filas de la burguesía cuando comenzó la guerra, todos esos David y Scheidemann en Alemania, y los Plejánov-Potréssov-Gvózdiev y Cia. en Rusia, vociferaron durante mucho tiempo contra las “ilusiones” de los revolucionarios, contra las “ilusiones” del Manifiesto de Basilea¹⁵⁴, contra la “quimera” de transformar la guerra imperialista en guerra civil. Cantaron loas en todos los tonos a la fuerza, a la tenacidad y a la capacidad de adaptación supuestamente revelada por el capitalismo; ¡ellos, que ayudaron a los capitalistas a “adaptar”, domesticar, engañar y dividir a la clase obrera de los distintos países!

Pero “quien ríe último ríe mejor”. La burguesía no consiguió aplazar por largo tiempo la crisis revolucionaria engendrada por la guerra. Esta crisis se agrava con una fuerza irresistible en todos los países, empezando por la Alemania, la cual, según un observador que visitó ese país recientemente, sufre de un “hambre genialmente organizada”, y terminando con Inglaterra y Francia, donde el *hambre también* asoma, pero donde la organización es mucho menos “genial”.

Era natural que la crisis revolucionaria estallara *en primer lugar* en la Rusia zarista, donde la desorganización era en extremo aterradora y el proletariado en extremo revolucionario (no en virtud de las cualidades especiales, sino debido a las tradiciones, aún vivas, de 1905). Esta crisis se precipitó por la serie de durísimas derrotas sufridas por Rusia y sus aliados. Las derrotas sacudieron todo el viejo mecanismo gubernamental y todo el viejo orden de cosas, y despertaron la cólera de *todas* las clases de la población contra ellos; exasperaron al ejército, liquidaron una gran parte del antiguo comando, compuesto por aristócratas reaccionarios y por elementos burócratas extraordinariamente corrompidos y fueron remplazados por un elenco joven, fresco, principalmente burgués, plebeyo y pequeñoburgués. Aquellos que se rebajaban ante la burguesía o simplemente no tenían agallas, y que clamaban y vociferaban sobre el “derrotismo”, hoy se enfrentan con el hecho de la vinculación histórica entre la derrota de la más atrasada y bárbara monarquía zarista y el *comienzo* del incendio revolucionario.

Pero mientras las derrotas al principio de la guerra fueron un factor negativo que precipitó la explosión, los *vínculos* entre el capital financiero anglo-francés, el imperialismo anglo-francés y el capital octubrista y kadete de Rusia fue un factor que aceleró esta crisis, mediante la *organización* directa de un *complot* contra Nicolás Románov.

Por razones obvias, la prensa anglo-francesa silencia este aspecto, extraordinariamente importante, de la cuestión, mientras que la prensa alemana lo subraya con malicia. Nosotros, los marxistas, debemos enfrentar la verdad serenamente, sin dejarnos confundir ya sea con las mentiras, las melosas mentiras oficiales diplomáticas y ministeriales, del primer grupo de beligerantes imperialistas, o por las sonrisas disimuladas de sus rivales financieros y militares del otro grupo beligerante. Todo el curso de los sucesos en la revolución de febrero-marzo muestra claramente que las embajadas inglesa y francesa, con sus agentes y sus “vinculaciones”, que desde tiempo atrás estaban haciendo los más desesperados esfuerzos por impedir acuerdos “separados” y una paz por separado entre Nicolás II (y el último, esperamos, y haremos lo necesario para que así sea) y Guillermo II, organizaron directamente un complot en conjunto con los octubristas y los kadetes, con parte de los generales y del ejército y con los oficiales de la guarnición de Petersburgo con el claro propósito de *deponer* a Nicolás Románov.

¹⁵⁴ *Manifiesto del Congreso Socialista Internacional Extraordinario (Basilea, 24-24 noviembre 1912)*, en Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales – EIS.

No acariciemos ninguna ilusión. No incurramos en el error de quienes (como algunos de los partidarios del CO o mencheviques, que vacilan entre la política de los Gvózdiev-Potrésov y el internacionalismo, y que con demasiada frecuencia se deslizan al pacifismo pequeñoburgués) están dispuestos ahora a exaltar el “acuerdo” entre el partido obrero y los kadetes, el “apoyo” del primero a los segundos, etc., etc. Conforme a la vieja doctrina (que nada tiene de marxista) que han aprendido de memoria, tratan de encubrir el complot tramado por los imperialistas anglo-franceses con los Guchkov y los Miliukov dirigido a desplazar al “principal guerrero”, Nicolás Románov, y remplazarlo por *guerreros* más enérgicos, frescos y más capaces.

Si la revolución triunfó tan rápida y radicalmente (en apariencia, a primera vista), sólo se debe al hecho de que, como resultado de una situación histórica en extremo original, se unieron, en forma asombrosamente “armónica”, *corrientes absolutamente diferentes*, intereses de clase *absolutamente heterogéneos*, aspiraciones políticas y sociales *absolutamente opuestas*. Es decir, la conspiración de los imperialistas anglo-franceses, que empujaron a Miliukov, Guchkov y Cía. a apoderarse del poder *para continuar la guerra imperialista*, con el objeto de conducirla aún con mayor encarnizamiento y tenacidad, con el objeto de *asesinar a nuevos millones de obreros y campesinos rusos*, para que los Guchkov puedan adueñarse de Constantinopla, los capitalistas franceses, de Siria, los capitalistas ingleses, de la Mesopotamia, etc. Esto por una parte. Y por la otra, había un profundo movimiento popular proletario y de masas de carácter revolucionario (un movimiento de todos los sectores más pobres de la población de la ciudad y del campo), por el *pan, la paz y la verdadera libertad*.

Sería simplemente tonto hablar de que el proletariado revolucionario de Rusia “apoyara” al imperialismo kadete-octubrista, “remendado” con el dinero inglés, y tan abominable como el imperialismo zarista. Los obreros revolucionarios han estado destruyendo, han destruido ya en gran parte y destruirán la infame *monarquía* zarista hasta acabar con ella; no se entusiasman ni se desaniman por el hecho de que, en determinadas coyunturas históricas, breves y excepcionales, *los ayudó* la lucha de los Buchanan, los Guchkov, los Miliukov y Cía., ¡a *reemplazar* un monarca *por otro monarca*, preferiblemente también un *Románov*!

Así y sólo así, se desarrolló la situación. Así y sólo así es la manera como puede considerar las cosas un político que no teme la verdad, que analiza con sensatez el equilibrio de las fuerzas sociales en la revolución, que aprecia cada “momento actual”, no sólo desde el punto de vista de todas sus peculiaridades presentes o del momento actual, sino también desde el punto de vista de las motivaciones fundamentales, de la más profunda relación de intereses del proletariado y de la burguesía, tanto en Rusia como en todo el mundo.

Los obreros de Petrogrado, al igual que los obreros de toda Rusia, combatieron abnegadamente la *monarquía* zarista, lucharon por la libertad, por la tierra para los campesinos, por la paz, contra la matanza imperialista. El capital imperialista anglo-francés, para continuar e intensificar esa matanza, urdió intrigas palaciegas, conspiró con los oficiales de la guardia, instigó y alentó a los Guchkov y a los Miliukov, y organizó *un nuevo gobierno completo* que en la práctica *tomó el poder* no bien la lucha del proletariado asestó los primeros golpes al zarismo.

Este nuevo gobierno, en el que Lvov y Guchkov, de los octubristas y del partido de la “Renovación pacífica”, cómplices ayer de Stolipin el Verdugo, controlan cargos *realmente importantes*, cargos decisivos, el ejército y la burocracia, este gobierno, en el que Miliukov y el resto de los kadetes son más que nada figuras decorativas, rótulos cuya función es pronunciar sentimentales discursos académicos, y en el que el trudovique

Kerensky es una balalaika con el sonido de cuyas cuerdas procuran engañar a los obreros y a los campesinos; ese gobierno no es una asociación accidental de personas.

Representan a la nueva clase que se ha encaramado al poder político de Rusia, la clase de los terratenientes capitalistas y de la burguesía que desde hace largo tiempo dirige económicamente nuestro país, y que durante la revolución de 1905-1907, durante la contrarrevolución de 1907-1914, y, finalmente, y con particular rapidez, durante la guerra de 1914 a 1917, se organizó políticamente con extraordinaria rapidez y pasó a controlar los gobiernos locales, la instrucción pública, congresos de todos género, la Duma, los comités de la industria de guerra, etc. Esta nueva clase estaba ya “casi completamente” en el poder para 1917, y por eso los primeros golpes fueron suficientes para que el zarismo se desmoronase y quedara libre el camino para la burguesía. La guerra imperialista, que exigió una increíble tensión de fuerzas, aceleró a tal extremo el proceso de desarrollo de la Rusia atrasada, que “de un solo golpe” (*aparentemente* de un solo golpe), *hemos alcanzado* a Italia, a Inglaterra y casi a Francia. Hemos obtenido un gobierno “parlamentario”, de “coalición”, “nacional” (es decir, apto para continuar la matanza imperialista y para engañar al pueblo).

Junto a este gobierno (que en lo que respecta a la guerra *actual*, no es más que el agente de la “firma” multimillonaria “Inglaterra y Francia”), ha surgido el esencial, no oficial, aún no desarrollado y relativamente débil gobierno obrero, que expresa los intereses del proletariado y de todo el sector pobre de la población urbana y rural. Este gobierno es el *sóviet de diputados obreros* de obreros de Petrogrado, que procura establecer vínculos con los soldados y los campesinos, así como con los obreros agrícolas; más con estos últimos, por supuesto, que con los campesinos.

Tal es la *verdadera* situación política que nosotros no debemos, ante todo, esforzarnos por definir con la máxima precisión y objetividad posibles, a fin de asentar la táctica marxista sobre la única base sólida posible, la base de los *hechos*.

La monarquía zarista ha sido abatida, pero no definitivamente destruida.

El gobierno burgués, octubrista-kadete, que quiere llevar la guerra imperialista “hasta el fin”, y que es en realidad el agente de la firma financiera “Inglaterra y Francia”, se ve *obligado a prometer* al pueblo el máximo de libertades y concesiones compatibles con el mantenimiento de su poder sobre el pueblo y con la posibilidad de continuar la matanza imperialista.

El sóviet de diputados obreros es una organización de los obreros, es el embrión de un gobierno obrero, el representante de los intereses de toda la masa del sector pobre de la población, es decir, de las nueve décimas partes de la población, que anhela *la paz, el pan y la libertad*.

El conflicto de estas tres fuerzas determina la situación que ha surgido ahora, una situación de transición entre la primera etapa de la revolución y la segunda.

El antagonismo entre la primera fuerza y la segunda no es profundo, es momentáneo, fruto solamente de la coyuntura actual del brusco viraje de los acontecimientos en la guerra imperialista. Todo el nuevo gobierno es monárquico, pues el republicanismo *verbal* de Kerensky simplemente no se puede tomar en serio, no es digno de un estadista, y *objetivamente* es una tramoya política. El nuevo gobierno que aún no ha asestado el golpe de gracia a la monarquía zarista, ya *ha empezado a pactar* con la dinastía terrateniente de los Románov. La burguesía de tipo octubrista-kadete *necesita* una monarquía para que sirva como cabeza de la burocracia y del ejército, para salvaguardar los privilegios del capital contra los trabajadores.

Quien diga que los obreros deben *apoyar* al nuevo gobierno en interés de la lucha contra la reacción zarista (y aparentemente esto han dicho los Potréssov, los Gvózdiev, Chjenkeli y también *Chjeídze*, pese a su *ambigüedad*), traiciona a los obreros, traiciona

la causa del proletariado, la causa de la paz y de la libertad. Porque, en realidad, *precisamente* este nuevo gobierno *ya* está atado de pies y manos al capital imperialista, a la política imperialista de guerra y de rapiña; *ya* ha comenzado a pactar (¡sin consultar al pueblo!) con la dinastía; *se encuentra ya empeñado en la restauración de la monarquía zarista*; *ya* auspicia la candidatura de Mijáil Románov como nuevo reyezuelo; está *ya* tomando medidas para apuntalar el trono, para reemplazar la monarquía legítima (legal, basada en las viejas leyes) por una monarquía bonapartista, plebiscitaria (basada en un plebiscito fraudulento).

¡No, si se ha de luchar realmente contra la monarquía zarista, se ha de garantizar la libertad en los hechos, y no sólo de palabra, no sólo con las promesas versátiles de Miliukov y Kerensky; *no son* los obreros quienes deben apoyar al nuevo gobierno, sino es el gobierno quien debe “apoyar” a los obreros! Porque la única garantía de libertad y de destrucción completa del zarismo reside en armar al proletariado, en consolidar, extender, desarrollar el papel, la importancia y la fuerza del sóviet de diputados obreros.

Todo lo demás es pura fraseología y mentiras, vanas ilusiones por parte de los politiqueros del campo liberal y radical, maquinaciones fraudulentas.

Ayuden a armarse a los obreros, o al menos no estorben esta tarea, y la libertad será invencible en Rusia, la monarquía no podrá ser restaurada y la república se verá asegurada.

De lo contrario, los Guchkov y los Miliukov restaurarán la monarquía y no otorgarán ninguna, absolutamente ninguna de las “libertades” por ellos prometidas. Todos los políticos burgueses en todas las revoluciones burguesas han “alimentado” a los pueblos y engañado a los obreros con promesas.

La nuestra es una revolución burguesa, *por consiguiente*, los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los Potréssov, los Gvózdiev y los Chjeídze, como ya lo dijera Plejánov.

La nuestra es una revolución burguesa, decimos nosotros, los marxistas, *por consiguiente*, los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea el engaño de los politicastos burgueses, enseñarle a no creer en las palabras, a confiar únicamente en *sus propias* fuerzas, en *su propia* organización, en *su propia* unión, en *sus propias* armas.

El gobierno de los octubristas y kadetes, de los Guchkov y los Miliukov *no puede*, aunque lo quisiese sinceramente, sólo los niños pueden creer que los Guchkov y Lvov son sinceros), *no puede* dar al pueblo *ni paz, ni pan, ni libertad*.

No puede dar la paz, porque es un gobierno belicista, un gobierno para la continuación de la matanza imperialista, un gobierno de *rapiña*, empeñado en saquear Armenia, a Galitzia y Turquía, en anexarse Constantinopla, reconquistar Polonia, Curlandia, Lituania, etc. Es un gobierno que está atado de pies y manos al capital imperialista anglo-francés. El capital ruso no es más que una rama de la “firma” internacional que maneja *centenares de miles de millones* de rublos y que se llama “Inglaterra y Francia”.

No puede dar pan, porque es un gobierno burgués. *En el mejor* de los casos puede dar al pueblo, como lo ha hecho Alemania, “un hambre genialmente organizada”. Pero el pueblo no aceptará el hambre. Se enterará, y probablemente muy pronto, de que hay pan y de que es posible obtenerlo, pero únicamente con métodos *que no respetan la santidad del capital y de la propiedad terrateniente*.

No puede dar libertad, porque es un gobierno terrateniente y capitalista, que *teme* al pueblo y que ya ha comenzado a pactar con la dinastía de los Románov.

En otro artículo nos ocuparemos de los problemas tácticos de nuestra actitud inmediata hacia este gobierno. Explicaremos en él la originalidad de la situación actual, que es de *transición* de la primera etapa de la revolución a la segunda, y por qué la

consigna, “la tarea del día”, en este momento debe ser: *¡Obreros! Ustedes han hecho prodigios de heroísmo proletario, el heroísmo del pueblo, en la guerra civil contra el zarismo. Ustedes deben hacer prodigios de organización del proletariado y de todo el pueblo para preparar el camino de la victoria en la segunda etapa de la revolución.*

Limitándonos *por el momento* a analizar la lucha de clases y la alineación de las fuerzas de clase en esta etapa de la revolución, debemos plantear aún el problema: ¿Quiénes son los aliados del proletariado en *esta* revolución?

Tiene *dos* aliados: primero, la amplia masa de los semi proletarios y, en parte, también la masa de los pequeños campesinos que suman decenas de millones y constituyen la inmensa mayoría de la población de Rusia. Para esta masa son *esenciales* la paz, el pan, la libertad y la tierra. Es inevitable que, en cierta medida, esta masa sufra la influencia de la burguesía y, sobre todo de la pequeña burguesía, con la que tiene mayor afinidad por sus condiciones de vida, y que vacila entre la burguesía y el proletariado. Las duras lecciones de la guerra, que serán *tanto más* duras cuanto más enérgicamente continúen la guerra Guchkov, Lvov, Miliukov y Cía., empujarán *inevitablemente* a esta masa hacia el proletariado, la obligarán a seguirlo. Ahora debemos aprovechar la libertad relativa del nuevo régimen y los sóviets de diputados obreros para *esclarecer* y *organizar*, sobre todo y por encima de todo a esta masa. Los sóviets de diputados campesinos y los sóviets de obreros agrícolas, esa es una de nuestras tareas más urgentes. A este respecto, nos esforzaremos no sólo porque los obreros agrícolas constituyan sus sóviets propios, sino también porque los campesinos sin tierra y más pobres se organicen *por separado*, aparte de los campesinos acomodados. En la próxima carta nos ocuparemos de las tareas especiales y de las formas especiales de organización, que hoy son urgentemente necesarias.

Segundo, el aliado del proletariado ruso es el proletariado de todos los países beligerantes y de todos los países en general. Hoy este aliado se encuentra en gran medida reprimido por la guerra y con demasiada frecuencia los social chovinistas europeos hablan en su nombre, hombres que, como Plejánov, Gvózdiev y Potrésov en Rusia, han desertado a las filas de la burguesía. Pero cada mes de guerra imperialista ha ido liberando de su influencia al proletariado, y la revolución rusa acelerará inevitablemente este proceso en enormes proporciones.

Con estos dos aliados, el proletariado, *aprovechando las peculiaridades* del actual momento de transición, puede y debe proceder, primero, a la conquista de una república democrática y de la victoria completa de los campesinos sobre los terratenientes, en lugar de la semimonarquía de Guchkov-Miliukov, y después, a la conquista del *socialismo*, lo único que puede dar a los pueblos, extenuados por la guerra, *paz, pan y libertad*.

**En la revolución proletaria en Rusia en 1917: elementos de bonapartismo,
Trotsky¹⁵⁵**
(15 de agosto de 1917)

Vuestro pequeño comerciante es un hombre de espíritu apacible; por encima de todo teme “correr riesgos”. Pero, al mismo tiempo, tiene una fértil imaginación: todo pequeño comerciante sueña convertirse en un Rothschild. Esa mezcla de sobriedad anémica e imaginación vanamente turbulenta es la esencia de la política pequeñoburguesa. Ya advirtió Marx de que sería falso pensar que los representantes de la pequeña burguesía indefectiblemente hayan de ser tenderos. Lejos de eso: por el nivel mental son superiores de lejos a piadoso filisteo. Sin embargo, “devienen los representantes de las ideas de la pequeña burguesía porque sus pensamientos no superan la esfera en la que se desarrolla su vida y, en consecuencia, llegan, en teoría, a los mismos problemas y soluciones que el pequeño burgués en la práctica.”

Sancho Panza es la encarnación de la más llana cobardía. Sin embargo, no es ajeno por completo a lo novelesco: si no, nunca se hubiese convertido en el compañero de Don Quijote. La cobardía de la política pequeñoburguesa encuentra su expresión más osada en la persona de Dan. Tsereteli representa la asociación de esta cobardía con lo novelesco; Tsereteli le declaró a Martov: “Sólo un loco no le tiene miedo a nada”. La política filistea bien intencionada tiene miedo de todo: miedo a despertar la cólera de sus acreedores; miedo a que los diplomáticos se tomen en serio su “pacifismo”; y, sobre todo, miedo al poder. Como “un loco no teme nada”, la política pequeñoburguesa juzga adecuado preservarse de cualquier locura ejerciendo la cobardía en todos los frentes. Sin embargo, no abandonan la esperanza en devenir Rothschild: tras haber pegado dos o tres palabras en la nota diplomática de Tereschenko, se imaginan que han hecho avanzar la paz; confían en infundirle al espíritu del príncipe Lvov su propia y muy imparcial mediación para evitar la guerra civil. Pero el gran conciliador pequeñoburgués decide desarmar a los trabajadores, sin desarmar del todo a Polovtsev o Kaledin, es decir a la contrarrevolución. Y cuando toda esta política se hunde al primer golpe serio, Tsereteli y Dan explican, a todos los que quieren creerles, que el fracaso de la revolución no se debe a la incapacidad de la pequeña burguesía para tomar todo el poder en sus manos, sino a la “insurrección” del regimiento de ametralladoras.

Durante largos años de controversias sobre el carácter de la revolución rusa, los mencheviques han sostenido que los verdaderos portadores del poder revolucionario en Rusia eran los demócratas pequeñoburgueses. Siempre hemos señalado que la democracia pequeñoburguesa es incapaz de resolver ese problema y que el único poder que puede llevar la revolución a su cumplimiento es el proletariado que extrae sus fuerzas de las masas populares. Hoy en día la historia ha querido que los mencheviques apareciesen como los representantes políticos de la democracia pequeñoburguesa para que puedan probar, en su propia persona, su completa incapacidad para resolver los problemas del poder, es decir para asumir el papel dirigente en la revolución.

En *Rabochaya Gazeta*, ese órgano del “marxismo” falsificado, mutilado y mutilador, tratan de colgarnos la etiqueta de “hombres del 16 de julio”¹⁵⁶. Tenemos todos

¹⁵⁵ Tomado de León Trotsky “Elementos de bonapartismo”, en *¿Y ahora qué?, Obras Escogidas de León Trotsky en español – EIS*, páginas 8-13 del formato pdf.

¹⁵⁶ El 16 de junio el zar decretó la disolución de la Duma. A consecuencia de ello los hombres de la derecha (cadetes, octubristas, etc.) fueron llamados “hombres del 16 de junio”. Debido a una coincidencia, el 16 de junio de 1917, los miembros de la Cuarta Duma se reunieron en conferencia para estudiar la posibilidad de una nueva ofensiva y decidieron exigirle una al Gobierno Provisional. Lenin bautizó esta reunión

los motivos para afirmar que en el movimiento del 16 de julio todas nuestras simpatías se dirigían a los trabajadores y soldados, y no a los cadetes militares, a los Polovtsev, Lieber y “husmeadores”¹⁵⁷.

De otra forma no mereceríamos más que desprecio. Pero que los quebrados de *Rabochaya Gazeta* no invoquen demasiado en alto el 16 de julio pues ese fue el día de su autodestrucción política. La etiqueta de “hombres del 16 de julio”, por emplear una metáfora muy confusa, puede serles devuelta como un arma de doble filo: el 16 de julio las camarillas rapaces de la Rusia zarista llevaron a cabo un *coup d'état* que tenía por objetivo poner toda la autoridad en sus manos. El 16 de julio de 1917, durante la crisis más grave de la revolución, los demócratas pequeñoburgueses afirmaron ruidosamente que eran incapaces de asumir el poder. Dándoles la espalda con odio a los trabajadores y soldados revolucionarios, que les exigían el cumplimiento de su deber revolucionario más elemental, los “hombres del 16 de julio” establecieron una alianza con los “hombres del 16 de junio” para reprimir, desarmar y encarcelar a los obreros y soldados socialistas. La traición de la democracia pequeñoburguesa, su capitulación vergonzosa ante la burguesía contrarrevolucionaria, *eso* fue lo que impidió un cambio de poderes, y no era la primera vez que eso se producía en la historia de la revolución.

El último ministerio, que ha sido bautizado como el “gobierno Kerensky”¹⁵⁸, fue creado bajo esas circunstancias. El régimen irresoluto, impotente y vacilante de la democracia pequeñoburguesa se ha transformado en dictadura personal.

Bajo el nombre de “doble poder” se desarrollaba una lucha entre dos tendencias de clase irreconciliables: la república imperialista y la democracia de los trabajadores. Mientras que el resultado de esa lucha se mantuvo indeciso, paralizó la revolución y produjo inevitables síntomas de “anarquía”. Dirigido por politicastos que tienen miedo a todo, el sóviet no se ha atrevido a asumir el poder. Los representantes de todas las camarillas propietarias, es decir el partido cadete, *no podían* todavía asumir el poder. Era necesario un gran conciliador, un mediador, un árbitro imparcial.

A mediados de mayo, en un mitin del sóviet de Petrogrado, Kerensky ya fue calificado como “el punto de equilibrio del bonapartismo ruso”. Esta caracterización muestra de inmediato que no es Kerensky quien importa, sino mucho más su función histórica. Podría parecer un poco superficial declarar que Kerensky es de la misma madera que el primer Bonaparte; lo menos que se puede decir es que esto no está demostrado. Sin embargo, su popularidad no parece ser un simple accidente. Kerensky parece más cercano a la mentalidad de todos los filisteos panrusos. Defensor de los prisioneros políticos, “socialrevolucionario” a la cabeza de los laboristas, radical sin ningún lazo con cualquier escuela socialista, Kerensky reflejaba, de la forma más completa posible, la primera fase de la revolución, su imprecisión “nacional”, el idealismo seductor de sus esperanzas y expectativas. Hablaba de tierra y libertad, de orden, de paz

“conferencia de toros salvajes”. El 16 de julio de 1917, los obreros y soldados se manifestaron al grito de “todo el poder a los sóviets” y ese mismo día la derecha tomó la decisión de desarmar a los trabajadores y soldados revolucionarios, decisión que fue aplicada de inmediato.

¹⁵⁷ Los “husmeadores” eran una organización secreta creada por el gobernador militar de Petrogrado, el coronel Polovtsev, con la colaboración de V Burtsev y G Alexinsky, anteriormente activos en el movimiento contra el zarismo pero que se habían pasado a las filas de los moderados contrarrevolucionarios durante la misma revolución. El objetivo de los “husmeadores” era el aplastamiento de los bolcheviques. (Nota de L C Fraina, 1918)

¹⁵⁸ El 15 de julio de 1917, los cadetes abandonaron el Gobierno Provisional a consecuencia del asunto de Ucrania. Kerensky remodeló su gabinete, y el 4 de agosto se convirtió en primer ministro. Tsereteli, ministro del interior, fue el autor de la vergonzosa ordenanza de policía en virtud de la cual se dictaron los mandatos de arresto contra Lenin, Trotsky y otros, ¡y fue él quien bautizó la nueva coalición como “gobierno de salvación”! Fue proclamado como tal el 22 de julio. Pero la nueva coalición no duró más que quince días.

entre las naciones, de defensa de la patria, del heroísmo de Liebknecht, decía que la revolución rusa asombraría al mundo por su grandeza de alma, mientras agitaba un pañuelo rojo de seda. El filisteo medianamente iniciado se extasiaba con estos discursos: le parecía estar él mismo en la tribuna. El ejército saludaba en Kerensky a quien lo había librado de Guchov. Los campesinos oían decir que era un laborista, un delegado de los mujik. La extremada moderación de sus posiciones, bajo el confuso radicalismo de su expresión, era suficiente para embaucar a los liberales. Únicamente los trabajadores más formados mantenían las distancias. Pero sus sóviets se disolvían en una “democracia revolucionaria”.

La carencia de cualquier bagaje doctrinal que le estorbase, le permitió a Kerensky ser el primero de los “socialistas” en entrar en el gobierno burgués. Fue el primero en calificar de “anarquía” las exigencias sociales cada vez más insistentes de las masas: en mayo ya amenazó a los fineses con represalias muy severas y pronunció la pomposa frase sobre los “esclavos amotinados” que untó de bálsamo los corazones de todos los propietarios afectados. En ese sentido, su popularidad implicó rápidamente un verdadero revoltijo de contradicciones que reflejaban tan perfectamente la imprecisión de la primera etapa de la revolución y el impase total de la segunda. Y cuando la historia tuvo que cumplimentar el puesto de árbitro vacante, no encontró hombre más apropiado para ello que Kerensky.

La “sesión nocturna histórica” del Palacio de Invierno sólo fue una repetición de la humillación política que la democracia “revolucionaria” preparó en la Conferencia de Moscú. En esas transacciones los cadetes tenían en la mano todos los triunfos; la democracia S.R. y menchevique, que recogía éxitos en todas las elecciones democráticas sin excepción y que padecía un miedo mortal a esos éxitos, ¡imploró humildemente a los liberales privilegiados su colaboración en el gobierno! Como los cadetes no tenían miedo a imponer el poder a los sóviets el 16 de julio, y como, por otra parte, los liberales no temían asumir enteramente el poder, estaba claro que eran los dueños de la situación.

Si Kerensky era el último grito de la hegemonía impotente del sóviet, debía aparecer como la primera palabra de la entrega de esa hegemonía. Por el momento tomaremos a Kerensky, pero solamente con la condición de que corte el cordón umbilical que le une al sóviet: tal fue el ultimátum de la burguesía.

“Desgraciadamente el debate en el Palacio de Invierno no ha sido otra cosa más que palabrería, y una palabrería, además, carente de todo interés”, se lamentó Dan en su informe al sóviet.

Es difícil apreciar plenamente la profundidad de estos lamentos emitidos por el parlamentarismo de la democracia “revolucionaria”, que abandonó el Palacio de Taurida¹⁵⁹ por la noche, cuando todavía detentaba el poder, para volver al día siguiente con las manos vacías. Los líderes de los S.R. y de los mencheviques depositaron respetuosamente su parte de poder a los pies de Kerensky. Los cadetes aceptaron el regalo con buen grado: sea como fuere, no consideraban a Kerensky como un gran árbitro imparcial sino como un simple agente intermediario. Tomar todo el poder inmediatamente habría sido demasiado peligroso a causa de la inevitable resistencia revolucionaria de las masas. Valía más confiar a Kerensky, hasta el presente “independiente”, con la colaboración de los Avksentiev, Savinkov y otros S.R. moderados, la tarea de abrir la vía a un gobierno puramente burgués con la ayuda de un sistema de represión más feroz.

¹⁵⁹ Construido por Potemkin bajo reinado de Catalina II, estaba situado entre los cuarteles y el barrio obrero. La Duma ocupaba el ala derecha. Cuando se constituyeron los sóviets ocuparon el ala izquierda. En julio de 1917 fueron transferidos a Smolny, un instituto destinado a las jóvenes hijas de la nobleza.

El nuevo ministerio de coalición (el “gobierno Kerensky”), estaba constituido. A primera vista, no difería en nada del otro gobierno coalición que tan indignamente se había hundido el 16 de julio. Partía Chingariév, llegaba Kolochkin; Tsereteli salía, entraba Avskentiev. Todas las pérdidas entre el personal no hacían sino resaltar el hecho que los dos campos consideraban al gabinete como un simple estribo. Pero mucho más importante era el cambio radical en el significado de dos grupos. Anteriormente (al menos “en teoría”), los ministros socialistas habían sido considerados como los representantes de los sóviets, controlados por ellos; los ministros burgueses hacían de pantalla entre los Aliados y los capitalistas. Pero ahora los ministros burgueses entraban, en tanto que grupo secundario, en el personal del bloque abiertamente contrarrevolucionario de las clases propietarias (partido cadete, dirigentes del comercio y la industria, Liga de Propietarios, Comité Provisional de la Duma¹⁶⁰, Círculo Cosaco, Estado Mayor General, diplomacia aliada), y los ministros “socialistas” oficiaban de pantalla contra las masas populares. Ante el silencio del Comité Ejecutivo de los Sóviets, Kerensky logró hacerse aplaudir prometiendo que no se toleraría la restauración de la monarquía... ¡Tan bajo habían caído las exigencias de los demócratas filisteos! Avskentiev exhortó a todo el mundo a los “sacrificios” y se deshizo en desvaríos medio kantianos, medio evangélicos (su gran especialidad); y, como es propio de un idealista en el poder, en ese imperativo categórico conducía de un lado a otro continuamente a los cosacos y militares cadetes. Los delegados campesinos, sorprendidos, se decían que antes de que tuviesen posibilidad alguna de confiscarles la tierra a los propietarios alguna cosa estaba a punto de confiscarles a ellos su influencia sobre el poder.

Los estados mayores contrarrevolucionarios suplantaban en todas partes a los comités de soldados y los utilizaban al mismo tiempo ampliamente para represalias contra las masas: así minaban la autoridad de las organizaciones de soldados y preparaban su caída. La contrarrevolución burguesa dispuso para este mismo fin de sus ministros “socialistas”, pero estos últimos arrastraban con ellos en su caída vertiginosa a los sóviets, de los que ahora eran independientes pero que, como anteriormente, eran a su vez dependientes de los ministros. Habiendo renunciado al poder, las organizaciones democráticas también habrían debido liquidar su autoridad. Así es como todos están prestos para la llegada de Miliukov. Y tras él espera su hora el general Gurko.

La Conferencia de Moscú extrae toda su importancia de esta tendencia general del movimiento político en las altas esferas.

En esos últimos días, la actitud de los cadetes ante esa reunión no solamente era la falta de entusiasmo sino, además, la total desconfianza. La hostilidad mal disimulada hacia el peregrinaje a Moscú caracterizaba también a *Dielo Naroda*, órgano del partido representado en el gobierno por los Kerensky, Avskentiev, Savinkov, Chernov y Lebediev. “Si *hay* que ir, iremos”, ha escrito *Rabochaya Gazeta* con un suspiro, como un loro que el gato arrastrase por la cola. Los discursos de los Riabuchinsky, Alexeiev, Kaledin, etc., y de la “banda de charlatanes en el poder” no indicaba, por nada del mundo, la disposición a realizar el sacrificio de un abrazo con Avskentiev. Y, finalmente, el gobierno, por lo que dicen los diarios, no le concedía a la Conferencia de Moscú una importancia decisiva. Entonces: *¿quid prodest?*¹⁶¹ ¿En interés de quién y con qué objetivo se ha convocado esta conferencia?

¹⁶⁰ La cuarta Duma, elegida en 1912, fue disuelta por el zar el 12 de marzo de 1917, el día siguiente a la constitución del sóviet de Petrogrado. Se negó a disolverse y, esa misma noche, eligió un comité provisional dirigido por Rodzianko. El comité provisional a su vez forzó al zar a abdicar. La Duma continuó existiendo hasta su disolución por el Gobierno Provisional tras la revuelta de Kornilov. (En la cuarta Duma había cinco bolcheviques, pero se habían exiliado en 1915 a causa de su oposición a la guerra.)

¹⁶¹ ¿A quién aprovecha esto?

Está claro como la luz del día que está directamente dirigida contra los sóviets. Éstos *no van* a la conferencia: *se les arrastra* atados a una cuerda. Las clases contrarrevolucionarias necesitan la reunión para que les ayude a liquidar definitivamente los sóviets. Entonces, ¿por qué los órganos responsables de la burguesía mantienen una actitud tan reservada frente a la conferencia? Porque, ante todo, hay que establecer la posición “por encima de las clases” del árbitro supremo e imparcial. Miliukov teme que Kerensky abandone la conferencia con posiciones demasiado sólidamente establecidas, lo que tendría como consecuencia prolongar demasiado desagradablemente las vacaciones políticas de Miliukov. Así es como cada patriota defiende a la patria a su manera.

La “histórica” noche del Palacio de Invierno vio el nacimiento del régimen de Kerensky, digamos del bonapartismo principiante. Pero, por sus participantes y sus objetivos, la Conferencia de Moscú es, por así decirlo, la reproducción a plena luz del día de esa noche histórica. Tsereteli está condenado de nuevo a explicarle a toda Rusia que el paso del poder a manos de la democracia revolucionaria sería el infortunio y ruina de la revolución. Tras esta solemne confesión de su propia quiebra, los representantes de la democracia revolucionaria tendrán el privilegio de escuchar una terrible requisitoria dirigida contra ellos, que habrá sido preparada por Rodzianko, Riabuchinsky, Miliukov, el general Alexeiev y otras “fuerzas vivas” del país. Nuestra camarilla imperialista, a la que el gobierno le otorgó el lugar de honor en la Conferencia de Moscú, acudirá con la consigna “¡Todo el poder para *nosotros!* Los líderes del sóviet se verán cara a cara con los rapaces apetitos de las clases poseedoras, y con la amenaza de un levantamiento de esos mismos trabajadores y soldados a los que Tsereteli desarmó con la consigna “¡Todo el poder a los sóviets!” En su calidad de presidente, Kerensky simplemente no podrá hacer otra cosa más que consignar la existencia real de una “desacuerdo” y llamar la atención de las “partes interesadas” sobre el hecho que no pueden prescindir de un árbitro imparcial. *Quod erat demonstrandum*.¹⁶²

En una reunión del Comité Ejecutivo del Sóviet, el menchevique Bogdanov confesó que “si yo fuera miembro del Comité Central Ejecutivo, no hubiese convocado esa reunión pues el gobierno no alcanzará con ella el objetivo que tiene planteado, es decir el refuerzo y ampliación de su base.” Hay que admitir que estos adeptos de la *Realpolitik* no saben verdaderamente qué se prepara con su activa colaboración. Tras la desintegración de la coalición del 16 de julio, la negativa del sóviet a asumir el poder ha *excluido* la posibilidad de creación de un gobierno sobre una base amplia. El gobierno Kerensky, que no ejerce ningún control, es por su misma naturaleza un gobierno sin base social. Ha sido construido conscientemente *entre* dos bases posibles: las masas trabajadoras y las clases poseedoras. Eso provoca su bonapartismo. La Conferencia de Moscú tiene como objetivo, tras el apartamiento de los partidos democráticos y de los partidos de los privilegiados, perpetuar la dictadura personal que, por un aventurerismo irresponsable, zafará todas las realizaciones de la revolución.

Para alcanzar ese objetivo es necesario tener una oposición a la izquierda, igual que otra a la derecha. Todo lo que importa es que ambas se equilibren casi y que la situación social mantenga su equilibrio. Pero esto es justamente lo que falta.

El antiguo zarismo emergió en el curso de una lucha entre clases en el seno de una sociedad libre, pero bajo todas las facciones en lucha y su zar había una infraestructura estable de trabajadores. El nuevo zarismo busca el sostén necesario para su existencia en la inercia y pasividad del campesinado; el principal instrumento del bonapartismo consistía en un ejército disciplinado. Pero en nuestro país no se ha realizado todavía

¹⁶² Lo que había que demostrar.

ninguna de esas condiciones. Nuestra sociedad está atravesada de parte a parte por abiertos antagonismos que han sido llevados a la más extrema intensidad. La lucha entre los trabajadores y los capitalistas, entre los campesinos y los propietarios latifundistas, entre los soldados y el estado mayor, entre las nacionalidades oprimidas y el poder central, no le ofrece a aquél ningún elemento de estabilidad, a menos que el gobierno se decida resueltamente a atar su suerte a una de las fuerzas en lucha. Hasta la finalización de la revolución agraria, las tentativas de dictadura “por encima de las clases” no pueden ser más que efímeras.

Miliukov, Rodzianko y Riabuchinsky quieren que el poder acabe en sus manos, es decir que se transforme en dictadura contrarrevolucionaria de los explotadores sobre los trabajadores, campesinos y soldados revolucionarios. Kerensky quiere darle miedo a la democracia con la ayuda de la contrarrevolución y atemorizar a la contrarrevolución con la ayuda de la democracia; después asegurar la dictadura del poder personal, del que las masas no sacarán nada bueno. Pero hace cuentas sin su cliente. Las masas revolucionarias todavía no han dicho la última palabra.

Bonapartismo y degeneración estalinista del estado obrero: ¿Adónde va la República Soviética?, Trotsky¹⁶³ (25 de febrero de 1929)

A partir de la Revolución de Octubre, este interrogante jamás abandonó las columnas de la prensa mundial. En la actualidad se lo discute en relación con mi expulsión de la URSS, considerada por los enemigos del bolchevismo como un síntoma del tan esperado “desenlace”. Que mi expulsión tiene una importancia política, no personal, es algo que a mí no me corresponde negar. Sin embargo, en esta ocasión estoy decididamente en contra de alentar conclusiones respecto de un supuesto “principio del fin”.

No es necesario recordar que los pronósticos históricos, a diferencia de los astronómicos, son siempre condicionales, contienen opciones y alternativas. Toda pretensión de poseer poderes precisos de predicción sería ridícula, tratándose de una pugna entre fuerzas vivas. El objetivo de la predicción histórica es diferenciar entre lo posible y lo imposible y hallar las variantes más probables entre las teóricamente posibles.

Para responder con fundamento a la pregunta sobre adónde va la Revolución de Octubre, hay que hacer un análisis de todas sus fuerzas internas y de la situación mundial en que aquella se desarrolla. Un estudio de ese tipo ocuparía un libro entero. Comencé a escribir ese libro en Alma-Ata, y espero terminarlo en un futuro próximo¹⁶⁴.

Aquí sólo puedo indicar los lineamientos que pueden orientar la búsqueda de la respuesta: ¿es cierto que la Unión Soviética está al borde de la aniquilación? ¿Se agotaron sus recursos internos? De ser destruida, ¿qué podría sobrevenir: la democracia, la dictadura, la restauración de la monarquía?

El curso del proceso revolucionario es mucho más complejo que el de un arroyo de montaña. Pero en ambos casos lo que puede parecer un cambio de rumbo paradójico es, en realidad, perfectamente normal, es decir, se ajusta plenamente a las leyes naturales. No hay ninguna razón para suponer que la conformidad con dichas leyes es esquemática o superficial. El punto de partida debe ser la normalidad de la naturaleza, tal como la

¹⁶³ Tomado de L. Trotsky, “¿Adónde va la república soviética?”, en *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma, Tomo I, Volumen 1, páginas 50-59 del formato pdf.

¹⁶⁴ L. Trotsky, *La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)*, en *Obras Escogidas de León Trotsky en español – EIS*.

determinan la masa del flujo de agua, el relieve geológico local, los vientos prevalecientes y así sucesivamente. En política, eso significa ser capaz de ver más allá de los picos más altos de la revolución para pronosticar la posibilidad y aun la probabilidad de que se produzcan períodos repentinos, a veces prolongados, de reflujo; y significa, por otra parte, ser capaz de distinguir, en los momentos de mayor reflujo como, por ejemplo, la contrarrevolución de Stolipin (1907-1910),¹⁶⁵ las premisas de una nueva alza.

Las tres revoluciones vividas por Rusia en el último cuarto de siglo constituyen, en realidad, etapas de la misma revolución. Entre las dos primeras etapas mediaron doce años; entre la segunda y la tercera... tan sólo nueve meses.

Los once años de la revolución soviética pueden dividirse, a su vez, en una serie de etapas, dos de ellas más importantes que las demás. A grandes rasgos puede considerarse que la enfermedad de Lenin y el comienzo de la campaña contra el “trotskismo” marcan la línea divisoria entre ambas. En el primer período las masas desempeñaron un rol decisivo. La historia no conoce otra revolución que haya movilizad o masas tan gigantescas como la Revolución de Octubre. Sin embargo, todavía existen excéntricos para quienes octubre es una aventura. Al razonar así, denigran lo que dicen defender. En efecto: ¿de qué sirve un sistema social que puede ser derrocado por una “aventura”? En realidad, el éxito de la Revolución de Octubre (el hecho de haber podido mantenerse durante los años más críticos frente a una horda de enemigos) se debió a la participación activa y a la iniciativa de las masas multitudinarias de la ciudad y el campo. Únicamente sobre estos cimientos se pudo improvisar el aparato de estado y el Ejército Rojo. Esa es, en todo caso, la principal conclusión que extraigo de mi experiencia en este terreno.

El segundo período, que provocó un cambio radical en la dirección, se caracterizó por una indiscutible reducción de la intervención directa de las masas. El arroyo volvió a su cauce. Por encima de las masas, el aparato administrativo centralizado se elevó cada vez más. El estado soviético y el ejército se burocratizaron. Se acrecentó la distancia entre el estrato gobernante y las masas. El aparato se volvió cada vez más autosuficiente. El funcionario de gobierno se convenció cada vez más de que la Revolución de Octubre se hizo precisamente para poner el poder en sus manos y garantizarle una posición privilegiada.

Creo que está demás decir que estas contradicciones reales, vivas, que señalamos en el desarrollo del estado soviético, no son argumentos que utilizamos para sustentar el “repudio” anarquista del estado, es decir, el “repudio” liso y llano al estado en general. En una carta notable sobre la degeneración del aparato estatal y el partido, mi viejo amigo Rakovsky de mostró de manera muy convincente que, después de la conquista del poder, se diferenció en el seno de la clase obrera una burocracia independiente, y que esta diferenciación, que al principio fue sólo funcional, asumió luego un carácter social¹⁶⁶. Naturalmente, los procesos en el seno de la burocracia se desarrollaron en concomitancia con procesos muy profundos en curso en el país. La Nueva Política Económica¹⁶⁷ dio

¹⁶⁵ Piter Stolipin (1862-1911), reaccionario político zarista, fue el primer ministro después de la derrota de la revolución de 1905. Impulsó una reforma agraria que tenía el objetivo de promover un nuevo sector de campesinos ricos.

¹⁶⁶ Ver en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria: Carta a Valentinov o Los peligros profesionales del poder](#).

¹⁶⁷ La Nueva Política Económica (NEP) se introdujo en 1921 para reemplazar el comunismo de guerra, que predominó durante la Guerra Civil y llevó a una reducción drástica de la producción agrícola e industrial. La adopción de la NEP fue una medida circunstancial que se tomó para revivir la economía después de la guerra civil; se permitió el resurgimiento limitado del libre comercio dentro de la Unión Soviética y las concesiones al capital extranjero paralelas a los sectores nacionalizados y estatizados de la economía. Los que se beneficiaron con esta política, los *nepmen*, estaban considerados como una base potencial de apoyo

lugar a que en las ciudades resurgiera o se creara un amplio estrato pequeñoburgués. Revivieron las profesiones liberales. En el campo levantó cabeza el campesino rico, el kulak. Al elevarse por encima de las masas, amplios sectores de funcionarios estatales, se acercaron a los estratos burgueses y establecieron vínculos familiares con ellos. Cada vez más, la burocracia llegó a considerar como interferencia toda iniciativa o crítica de las masas. Al aparato le resultaba más fácil presionar a las masas ya que, como se ha dicho, el peso de la reacción en su psicología se expresaba en una indudable reducción de su participación política. En los últimos años se ha visto con frecuencia que los burócratas o los nuevos elementos propietarios les griten perentoriamente a los obreros: “Ya no estamos en 1918.” En otras palabras, la relación de fuerzas se modificó en detrimento del proletariado.

En concordancia, con estos procesos se produjeron cambios internos en el propio partido dominante. No debe olvidarse por un instante que la abrumadora mayoría de la multitudinaria militancia partidaria sólo tiene una concepción vaga de lo que era el partido en el primer período de la revolución y ni que hablar de la época clandestina prerrevolucionaria. Basta con señalar que entre un setenta y cinco y un ochenta por ciento de los militantes del partido ingresaron después de 1923. El número de militantes que empezaron a actuar antes de la revolución no alcanza al uno por ciento. A partir de 1923, el partido se diluyó artificialmente en una masa de reclutas sin experiencia, cuyo papel es servir de materia dócil a los profesionales del aparato. Esta destrucción del núcleo revolucionario del partido fue la premisa necesaria para el triunfo del aparato sobre el “trotskismo”.

Llegados a este punto, señalemos que la burocratización de los aparatos partidario y gubernamental provocó un alto grado de corrupción y arbitrariedad. Nuestros adversarios se regocijan maliciosamente con ello. Actuar de otra manera habría sido contrario a su naturaleza, pero que no traten de hallar la causa de estos fenómenos en la falta de democracia parlamentaria; que no olviden la larga serie de “Panamás” que se inicia con uno que, si bien no es el primero, se ha convertido en un término peyorativo para designar todos los hechos por el estilo, y que llega hasta el “Panamá” más reciente, en el que estuvieron implicados la *Gazette* de París y el exministro francés Klotz.¹⁶⁸ Si alguien nos dijera que Francia es una excepción y que, por ejemplo, en Estados Unidos no existe la corrupción entre los políticos y los funcionarios de gobierno, tendríamos que hacer un gran esfuerzo para creerle.

Pero volvamos al tema que nos ocupa. La mayoría de estos funcionarios que se han elevado por encima de las masas son profundamente conservadores. Tienden a pensar que todo lo que se necesita para el bienestar humano ya está hecho, y a considerar como

para la reestructuración del capitalismo. En 1928 sucedió a la NEP el Primer Plan Quinquenal y la consiguiente colectivización forzosa de la tierra, aunque el régimen de Stalin continuó afirmando hasta 1930 que la NEP estaba en vigencia. [Puedes ver en este mismo sello, por ejemplo: *La situación económica de la Rusia de los soviets*. [Tesis sobre la NEP y las perspectivas de la revolución mundial], *La Nueva Política Económica* o *La nueva política económica de los sóviets y la revolución mundial*, en Trotsky inédito en internet y en castellano.]

¹⁶⁸ El uso de la palabra Panamás como término peyorativo para denotar la corrupción comenzó hacia fines del siglo XIX con las operaciones de una compañía francesa, la Sociedad para la Construcción del Canal de Panamá. Sus actividades financieras incluían la liquidación de los pequeños inversores y la compra de ministros, diputados y jueces. Después que entró en bancarota, unos especuladores norteamericanos compraron la mayor parte de las acciones. En 1903, Estados Unidos, como no pudo llegar a un acuerdo con Colombia, promovió en Panamá una “revolución”; la construcción del Canal de Panamá comenzó en 1904 y quedó completada dos años después. En el último “panamá” al que se refiere Trotsky estaba involucrado Louis Klotz, exministro de finanzas francés que renunció a su banca de senador cuando se lo acusó de operar con cheques falsos y realizar transacciones fraudulentas con el Banco de Francia. La señora Hanau, propietaria de *Gazette* de París, y sus socios, también fueron acusados de fraude.

un enemigo a quien así no lo reconozca. Estos elementos sienten hacia la Oposición un odio orgánico; la acusan de sembrar con sus críticas la insatisfacción entre las masas, de minar la estabilidad del régimen y de amenazar las conquistas de octubre con el espectro de la “revolución permanente”¹⁶⁹. Esta capa conservadora, el puntal más importante con que cuenta Stalin en su lucha contra la Oposición, tiende a ir mucho más a la derecha – (hacia los nuevos elementos propietarios) que el propio núcleo principal de su fracción. De ahí la lucha en curso entre Stalin y la derecha; de ahí, también, la perspectiva de una nueva purga en el partido, no sólo de “trotskystas”, cuyas filas crecieron notablemente después de las expulsiones y deportaciones, sino también de los elementos más degenerados de la burocracia. De esa manera, la política de medias tintas de Stalin avanza en medio de una serie de zigzags, y como consecuencia, de ello las dos alas del partido, izquierda y derecha, se fortalecieron... a expensas de la fracción centrista gobernante.

Aunque la lucha contra la derecha no ha desaparecido del orden del día, Stalin considera que su enemigo principal sigue siendo, como antes, la izquierda. Ya no hace falta demostrarlo. La Oposición lo comprendió hace mucho tiempo. En las primeras semanas de la campaña contra la derecha, escribí desde Alma-Ata una carta a mis compañeros (el 10 de noviembre del año pasado) en la que decía que el objetivo táctico de Stalin era esperar el momento justo, “cuando el ala derecha se encuentre lo suficientemente aterrorizada, para volver sus armas repentinamente contra la izquierda... La campaña contra la derecha sólo sirve para tomar impulso y lanzar un nuevo ataque arrollador contra la izquierda. Quien no lo comprenda, no ha comprendido nada”. Este pronóstico se materializó mucho más rápida y completamente de lo que suponíamos.

Cuando un protagonista de una revolución comienza a renegar de la misma sin romper con la base social de apoyo de la revolución, se ve obligado a calificar su caída como ascenso y a confundir su mano derecha con la izquierda. Es precisamente por eso que los estalinistas acusan de “contrarrevolucionaria” a la Oposición y hacen esfuerzos desesperados por meter en la misma bolsa a sus adversarios de derecha e izquierda. De aquí en adelante la palabra “emigrado” servirá al mismo fin. En realidad, hoy existen dos tipos de emigrados: uno fue arrojado del país por el ascenso de masas de la revolución, el otro sirve de índice del éxito obtenido por las fuerzas hostiles a la revolución.

Cuando la Oposición habla de termidor, como analogía con la clásica revolución de fines del siglo XVIII, se refiere al peligro de que, en vista de los fenómenos y tendencias mencionados, la lucha de los estalinistas contra la izquierda sea el punto de partida de un cambio oculto en la naturaleza social del poder soviético.

El problema del termidor, que desempeñó un papel tan importante en la lucha entre la Oposición y la fracción dominante, requiere mayor explicación.

El expresidente francés Herriot¹⁷⁰ opinó hace poco que el régimen soviético se condenó a sí mismo al apoyarse durante diez años en la violencia. En 1924, cuando Herriot visitó Moscú, si no le entendí mal, tenía una visión un poco más favorable de los

¹⁶⁹ La revolución permanente, la teoría que más directamente se asocia con Trotsky a partir de 1905, cuando planteó por primera vez sus ideas sobre el rol dirigente de la clase obrera en los países industrialmente atrasados y subdesarrollados. Aunque Lenin y los bolcheviques aceptaron las conclusiones de esta teoría al dirigir la Revolución de 1917, los estalinistas, en la década del 20, cuando adoptaron la teoría del socialismo en un solo país, centraron el fuego en ella. Trotsky escribió su trabajo *La revolución permanente* en Alma-Ata en 1928, y la introducción y el epílogo en Turquía, en 1929. [Te volvemos a recomendar del mismo autor la lectura de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 (con anexos)*, en estas mismas obras escogidas y *La revolución permanente*, de Trotsky en las Obras Escogidas de León Trotsky en español – EIS.]

¹⁷⁰ Edouard Herriot (1872-1957), dirigente de un partido burgués de Francia, el Partido Radical (o Radical-Socialista), partidario de la colaboración de clases con los partidos obreros. Fue premier de 1924 a 1925, en 1926 (por dos días) y en 1932 (por seis meses).

sóviets, aunque no muy precisa. Pero ahora, cinco años después, considera oportuno retirarle su crédito a la Revolución de Octubre. Confieso que el pensamiento político de este radical no me resulta muy claro. Jamás una revolución le dio a nadie pagarés a corto plazo. La Gran Revolución Francesa no necesitó diez años para instaurar la democracia, sino para llevar el país al bonapartismo¹⁷¹. No obstante, es indiscutible que si los jacobinos no hubieran tomado represalias contra los girondinos y no le hubieran dado al mundo un ejemplo de cómo hay que liquidar el viejo orden, hoy la humanidad tendría una cabeza menos de altura.¹⁷²

Jamás pasó una revolución sin dejar su marca en el destino de la humanidad. Pero, por eso mismo, no siempre mantuvo las conquistas obtenidas en el momento de su ascenso máximo. Después que determinadas clases, grupos o individuos hacen una revolución, otros empiezan a aprovecharla. Habría que ser un servil sin remedio para negar la importancia histórica mundial de la Gran Revolución Francesa, a pesar de que la reacción que le siguió fue tan profunda que condujo al país a la restauración de los Borbones. La primera etapa en el camino de la reacción fue el termidor. Los nuevos funcionarios y propietarios querían gozar en paz de los frutos de la revolución. Los viejos jacobinos intransigentes constituían un obstáculo en su camino; pero los nuevos estratos propietarios no osaban aparecer con su bandera propia. Necesitaban esconderse detrás de los jacobinos. Durante un lapso breve utilizaron a algunos jacobinos de segundo o tercer orden. Al nadar a favor de la corriente, estos jacobinos le allanaron el camino a Bonaparte; éste, con sus bayonetas y su código legal, consolidó el nuevo sistema de propiedad.

También en la tierra de los sóviets pueden hallarse elementos de un proceso termidoriano aunque, por cierto, con características que le son propias. Se destacaron de manera muy evidente en estos últimos años. Los que hoy detentan el poder desempeñaron un papel absolutamente secundario en los acontecimientos críticos del primer período de la revolución, o fueron francos adversarios de ésta y sólo se le unieron después de que hubo triunfado. Ahora sirven para encubrir a los estratos y grupos que, si bien son hostiles al socialismo, son demasiado débiles para provocar un vuelco contrarrevolucionario, y por ello tratan de lograr el tránsito pacífico y termidoriano, de vuelta hacia la sociedad burguesa; tratan, para utilizar las palabras de uno de sus ideólogos, de “bajar la cuesta con los frenos puestos”.

Sin embargo, sería un error tremendo considerar que todos estos procesos son algo acabado. Afortunadamente para algunos y desgraciadamente para otros, esa situación todavía está muy lejana. La analogía histórica es un método tentador y, por ello, peligroso. Suponer que existe una ley cíclica especial de las revoluciones que las obliga a pasar de los viejos Borbones a los nuevos a través de un estadio bonapartista, sería un razonamiento excesivamente superficial. El curso de cualquier revolución está

¹⁷¹ Bonapartismo, término marxista que describe a un régimen con determinados rasgos dictatoriales en una época en que no está seguro el dominio de una clase; se apoya en la burocracia militar, policial y estatal antes que en los partidos parlamentarios o en el movimiento de masas. Trotsky consideraba que en la década del 30 se daban dos tipos de bonapartismo, el burgués y el soviético. Sus trabajos más extensos sobre el bonapartismo burgués (al que diferenciaba del fascismo, aunque ambos sirven al objetivo de mantener el sistema capitalista) están publicados en *The Struggle Against Fascism in Germany*, Pathfinder Press, 1971. [La lucha contra el fascismo en Alemania, Pluma, Buenos Aires, T. I y II, 1974, 1975. [La lucha contra el fascismo \(y anexos\)](#), [Obras Escogidas de León Trotsky en español](#) - EIS] Su análisis sobre el bonapartismo soviético alcanzó su forma más acabada en el ensayo ya citado *Estado obrero, termidor y bonapartismo* [disponible en estas mismas EIS: [Escritos](#), Tomo VI, Volumen 1, páginas 247-275 formato pdf.]

¹⁷² Jacobinos, nombre con que se designaba popularmente a los miembros de la Sociedad de Amigos de la Constitución, de donde salió la dirección de la Revolución Francesa contra el feudalismo. Los jacobinos de izquierda (montañeses) estaban dirigidos por Robespierre y Marat, los de derecha (girondinos) por Brissot y los centristas (del Llano) por Danton. Los jacobinos de izquierda se apoderaron del gobierno y tomaron las medidas más radicales en 1793; fueron derrocados al año siguiente.

determinado por la combinación específica de las fuerzas nacionales, en el marco del conjunto de la situación internacional. No por eso es menos cierto que existen rasgos comunes a todas las revoluciones los cuales permiten la analogía, y aun la exigen imperiosamente, si es que hemos de basarnos en las lecciones del pasado y no reiniciar la historia desde cero en cada nueva etapa. Se puede explicar en términos sociológicos por qué existe en toda revolución triunfante digna de ese nombre la *tendencia* hacia el temidor, el bonapartismo y la restauración.

El eje de la cuestión reside en la fuerza de dichas tendencias, en la forma en que se combinan, en las condiciones bajo las cuales se desarrollan. Cuando hablamos de la amenaza del bonapartismo, de ninguna manera lo consideramos un desenlace inexorable, determinado por alguna ley histórica abstracta. La suerte futura de la revolución estará determinada por la propia lucha, según como la libren las fuerzas vivas de la sociedad. Habrá todavía flujos y reflujos, cuya duración dependerá en gran medida de la situación de Europa y del mundo entero. En una época como la nuestra, se puede considerar que una corriente política está irremediabilmente destruida sólo si se muestra incapaz de comprender las razones objetivas de su derrota y se siente como una astilla impotente en medio del torrente... si es que se puede decir que una astilla tiene algún tipo de sensación.

El bonapartismo alemán¹⁷³

30 de octubre de 1932

Las elecciones al Reichstag someten al gobierno “presidencial” a una nueva prueba crítica útil es, por tanto, recordar su naturaleza social y política. Es precisamente mediante el análisis de semejantes fenómenos políticos concretos y, a primera vista, “repentinos”, referentes al gobierno Papen-Schleicher, que el método marxista revela sus incalculables ventajas.

En una ocasión definimos al gobierno “presidencial” como una variedad de bonapartismo. Sería incorrecto ver en esta definición la ocasión resultante de querer hallar un nombre familiar para un fenómeno desconocido. La decadencia de la sociedad capitalista sitúa al bonapartismo (lado a lado con el fascismo, y parejo a él) de nuevo en el orden del día. Antes habíamos caracterizado el gobierno de Brüning como bonapartista. Luego, retrospectivamente, redujimos la definición a la mitad, como prebonapartista.

¿Qué dijeron a este respecto otros comunistas en general y otros grupos de “izquierda”? Aguardar un intento de definición científica de un fenómeno político nuevo de la dirección actual de la Comintern sería indudablemente ingenuo, por no decir disparatado. Los estalinistas colocan sencillamente a Papen en el campo fascista. Si Wels y Hitler son “gemelos”, no merece la pena romperse la cabeza con una pequeñez como Papen. Esta es la misma literatura que Marx calificó de vulgar y que nos enseñó a despreciar. En realidad, el fascismo constituye uno de los dos campos principales de la guerra civil. Alargando el brazo hacia el poder, Hitler exigió ante todo que le entregase la calle durante setenta y dos horas. Hindenburg se negó. La tarea de Papen-Schleicher es evitar la guerra civil disciplinando amistosamente a los nacionalsocialistas y encadenando al proletariado con los grilletes de la policía. La verdadera posibilidad de tal régimen está determinada por la debilidad relativa del proletariado.

El SAP se quita de encima la cuestión del gobierno Papen de la misma manera que otras cuestiones, mediante frases generales. Los brandleristas guardaron silencio

¹⁷³ Tomado de *La lucha contra el fascismo (y anexos)*, en *Obras Escogidas de León Trotsky en español – EIS*, páginas 205-208 del formato pdf. Escrito el 30 de octubre de 1932, fue publicado por primera vez en el *Biulleten Oppozitsii*, nº 32, diciembre de 1932.

sobre nuestra definición mientras el asunto se refería a Brüning, es decir, al período de incubación del bonapartismo. No obstante, cuando la caracterización marxista del bonapartismo se confirmó plenamente en la teoría y en la práctica del gobierno presidencial, los brandleristas hicieron pública su crítica: la lechuza sabia de Thalheimer alza el vuelo a altas horas de la noche.

El *Arbeitertribüne* de Stuttgart nos enseña que el bonapartismo, al elevar al aparato policiaco-militar sobre la burguesía para defender su dominación de clase frente a sus propios partidos políticos, debe ser apoyada por el campesinado y debe de emplear los métodos de la socialdemocracia. Papen no es sostenido por el campesinado y no aplica un programaseudorradical. Por lo tanto, nuestro intento de definir el gobierno de Papen como bonapartismo “no encaja en absoluto”. Esto es duro, pero superficial.

¿Cómo definen los brandleristas al gobierno de Papen? En el mismo número del *Arbeitertribüne* hay muy oportunamente anuncios de la conferencia de Brandler sobre el tema: “¿Dictadura junker-monárquica, fascista o proletaria?” En esta terna, el régimen de Papen es presentado como una dictadura junker-monárquica. Esto es lo más digno del *Vorwärts* y de los demócratas vulgares en general. Que los llamados bonapartistas alemanes realizan todo tipo de regalos privados a los junkers es obvio. También es sabido que esos señores están inclinados a un cambio monárquico de mentalidad. Pero es del más puro sinsentido liberal el que la esencia del régimen presidencial sea el monarquismo junker.

Términos tales como *liberalismo*, *bonapartismo*, *fascismo* tienen el carácter de generalizaciones. Los fenómenos históricos nunca se repiten íntegramente. No hubiera sido difícil demostrar que incluso el gobierno de Napoleón III, comparado con el régimen de Napoleón I, no era “bonapartista”, no sólo porque Napoleón mismo era un Bonaparte dudoso por su sangre, sino también porque sus relaciones con las clases, especialmente con el campesinado y el lumpenproletariado no eran de ningún modo iguales que las de Napoleón I. Sin embargo, el bonapartismo clásico surgió de la época de colosales victorias bélicas, que el Segundo Imperio no conoció en modo alguno. Pero si esperásemos la repetición de *todos* los rasgos del bonapartismo encontraríamos que el bonapartismo es un acontecimiento único, de una sola ocasión, es decir, que el bonapartismo en general no existe, no obstante que existiera una vez un general llamado Napoleón que nació en Córcega. No es diferente el caso respecto al liberalismo y a los demás términos generalizados de la historia. Cuando se habla del bonapartismo por analogía es necesario exponer precisamente cuáles de sus rasgos hallan su mis completa expresión bajo las condiciones históricas actuales.

El bonapartismo alemán actual tiene un carácter muy complejo y, por así decirlo, combinado. El gobierno de Papen habría sido imposible sin el fascismo. Pero el fascismo no está en el poder. Y el gobierno de Papen no es fascismo. Por otra parte, el gobierno de Papen, al menos en su forma actual, habría sido imposible sin Hindenburg, el cual, a pesar del abatimiento final de Alemania en la guerra, representa las grandes victorias de Alemania y simboliza al ejército en la memoria de las masas populares. La segunda elección de Hindenburg tuvo todas las características de un *plebiscito*. Muchos millones de obreros, pequeños burgueses y campesinos (la socialdemocracia y el Centro) votaron por Hindenburg. No vieron en él ningún programa político. Querían ante todo evitar la guerra civil, y levantaron a Hindenburg sobre sus hombros como un superárbitro, como un juez de arbitraje de la nación. Pero precisamente ésta es la función más importante del bonapartismo: elevarse sobre los dos campos en lucha para preservar la propiedad y el orden. Elimina la guerra civil, o se le sobrepone, o impide que vuelva a encenderse. Al hablar de Papen no podemos olvidar a Hindenburg, en quien descansa el beneplácito de la socialdemocracia. El carácter combinado del bonapartismo alemán se expresa en el

hecho de que la labor de atraer a las masas hacia Hindenburg fuera realizada por dos grandes partidos independientes: la socialdemocracia y el nacionalsocialismo. Si ambos están sorprendidos por los resultados de su labor, eso no cambia ni un ápice el asunto.

La socialdemocracia afirma que el fascismo es producto del comunismo. Esto es correcto en la medida en que no habría habido ninguna necesidad del fascismo sin la agudización de la lucha de clases, sin el proletariado revolucionario, sin la crisis de la sociedad capitalista. La teoría servilista de Wels-Hilferding-Otto Bauer no tiene otro significado. Sí, el fascismo es una reacción de la sociedad burguesa a la amenaza de la revolución proletaria. Pero precisamente porque esta amenaza no es inminente en la actualidad, las clases dominantes hacen un esfuerzo por prescindir de una guerra civil a través de una dictadura bonapartista.

Al poner objeciones a nuestra caracterización del gobierno de Hindenburg-Papen-Schleicher, los brandleristas se remiten a Marx y manifiestan con eso una irónica esperanza en que su autoridad tenga peso para nosotros. Es difícil engañarse más patéticamente. El hecho es que Marx y Engels no sólo escribieron sobre el bonapartismo de los dos Bonaparte, sino también sobre otras variedades. Empezando, me parece, en el año 1864, ligaron más de una vez el régimen “nacional” de Bismarck con el bonapartismo francés. Y esto a pesar de que Bismarck no era un demagogo pseudorradical y, por lo que sabemos, no fue apoyado por el campesinado. El Canciller de Hierro no fue elevado al poder como resultado de un plebiscito, sino que fue nombrado puntualmente por su rey legítimo y hereditario. Y, sin embargo, Marx y Engels tenían razón. Bismarck utilizó de forma bonapartista el antagonismo entre las clases poseedoras y el proletariado ascendiente, superando de esta forma el antagonismo entre las dos clases poseedoras, los junkers y la burguesía y elevó un aparato policiaco-militar por encima de la nación. La política de Bismarck es esa auténtica tradición a que se refieren los “teóricos” del actual bonapartismo alemán. Ciertamente, Bismarck resolvió a su manera el problema de la unidad alemana, de la grandeza exterior de Alemania. Papen, sin embargo, hasta aquí sólo promete obtener para Alemania la “igualdad” en el terreno internacional. ¡No es una pequeña diferencia! Pero no intentamos demostrar que el bonapartismo de Papen sea del mismo calibre que el bonapartismo de Bismarck. Napoleón III también fue solamente una parodia de su pretendido tío.

La referencia a Marx, como hemos visto, tiene un carácter obviamente temerario. Que Thalheimer no comprende la dialéctica del marxismo lo sospechábamos hacía tiempo. Pero hemos de admitir que pensábamos que al menos conocía los textos de Marx y Engels. Aprovechamos esta ocasión para corregir nuestro error.

Nuestra caracterización del gobierno presidencial, rechazada por los brandleristas, recibió una brillante confirmación de una fuente completamente inesperada y, a su manera, muy “autorizada”. Con relación a la disolución del Reichstag “de los cinco días”, *DAZ* (*Deutsche Allgemeine Zeitung*, órgano de la industria pesada) citaba en un largo artículo del 28 de agosto la obra de Marx *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. ¿con qué fin? Ni más ni menos que sostener el derecho histórico y político del presidente a pisotear el cuello de la representación popular. El órgano de la industria pesada se aventuró en un momento difícil a beber las aguas envenenadas del marxismo. Con una notable habilidad, el periódico extraía del inmortal folleto una larga cita para explicar cómo y por qué el presidente francés, como encarnación de la “nación”, obtuvo la preponderancia sobre el parlamento dividido. El mismo artículo en *DAZ* nos recuerda con la mayor oportunidad cómo en la primavera de 1890, Bismarck desarrolló un plan para un cambio gubernamental más adecuado. Napoleón III y Bismarck, como precursores del gobierno presidencial, son llamados por su verdadero nombre por el periódico de Berlín, que, al menos en agosto, jugaba el papel de órgano oficial.

Citar *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* al referirse al “20 de julio de Papan” es, por supuesto, muy arriesgado, puesto que Marx caracterizó al régimen de Napoleón en los términos más agrios como el régimen de aventureros, estafadores y truhanes. En realidad, *DAZ* podía ser sujeto de sanción por calumnia maliciosa del gobierno. Pero si dejamos de lado este inconveniente incidental, queda no obstante el hecho indudable de que el instinto histórico llevó a *DAZ* al lugar acertado. Desgraciadamente, no puede decirse mismo de la sabiduría teórica de Thalheimer.

El bonapartismo de la era de la decadencia del capitalismo se diferencia totalmente del bonapartismo de la era del ascenso de la sociedad burguesa. El bonapartismo alemán no es apoyado *directamente* por la pequeña burguesía del campo y de la ciudad, y eso no es casual. Precisamente por eso escribimos en una ocasión sobre la *debilidad* del gobierno de Papan, que se mantiene sólo por la neutralización de dos campos: el proletariado y los fascistas.

Pero detrás de Papan están los grandes terratenientes, los capitalistas financieros, los generales: así replican otros “marxistas”. ¿Las clases poseedoras en sí mismas no representan una gran fuerza? Este argumento demuestra una vez más que es mucho más fácil comprender las relaciones de clase en su contorno sociológico general que en una forma histórica concreta. Sí, inmediatamente detrás de Papan están las cumbres poseedoras y solamente ellas: precisamente en ello está la causa de su debilidad.

Bajo las condiciones del capitalismo actual, un gobierno que no sea el instrumento del capital financiero es imposible en general. Pero de todos los instrumentos posibles, el gobierno de Papan es el menos estable. Si las clases dominantes pudiesen gobernar directamente, no tendrían ninguna necesidad ni del parlamentarismo, ni de la socialdemocracia ni del fascismo. El gobierno de Papan expone demasiado claramente al capital financiero, dejándole incluso sin la sagrada hoja de parra prescrita por el comisario prusiano Bracht. Precisamente porque el gobierno “nacional” extrapartidista sólo puede hablar de hecho en nombre de las altas esferas sociales, el capital se cuida cada vez más de no identificarse con el gobierno de Papan. *DAZ* quiere encontrar apoyo para el gobierno presidencial en las masas nacionalsocialistas, y en la lengua de los ultimátums exige de Papan un bloque con Hitler, lo que significa la capitulación ante él.

Al valorar la “fuerza” del gobierno presidencial no debemos de olvidar que aunque el capital financiero esté detrás de Papan, esto no significa en modo alguno que caiga junto a él. El capital financiero tiene incontablemente más posibilidades que Hindenburg-Papan-Schleicher. En caso de una agudización de las contradicciones, queda la reserva del fascismo puro. En caso de una atenuación de las contradicciones, maniobrarán hasta que el proletariado ponga la rodilla sobre su pecho. Cuánto tiempo maniobrará Papan, el futuro próximo nos lo dirá.

Estas líneas aparecerán en la prensa cuando ya habrán tenido lugar las nuevas elecciones al Reichstag. La naturaleza bonapartista del gobierno “antifrancés” de Papan se manifestará inevitablemente con nueva fuerza, pero también su debilidad. Nos volveremos a ocupar de esto a su debido tiempo.

1934: Bonapartismo y fascismo, León Trotsky¹⁷⁴

(15 de julio de 1934)

La gran importancia práctica de una correcta orientación teórica se manifiesta con más evidencia en las épocas de agudos conflictos sociales, de rápidos virajes políticos o

¹⁷⁴ Tomado de L. Trotsky, *Escritos, Tomo VI, Volumen 1*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, páginas 70-80 del formato pdf alojado en nuestra página. (80-90 en la edición en papel de la Editorial Pluma). También para las notas.

de cambios abruptos en la situación. En esas épocas, las *concepciones* y *generalizaciones* políticas son rápidamente superadas y exigen su remplazo total (que es relativamente fácil) o su concreción, precisión o rectificación parcial (lo que es más difícil). Precisamente en esos períodos surgen necesariamente toda clase de combinaciones y situaciones *transicionales*, *intermedias*, que superan los patrones habituales y exigen una atención teórica continua y redoblada. En una palabra, si en la época pacífica y “orgánica” (antes de la guerra) todavía se podía vivir a expensas de unas cuantas abstracciones preconcebidas, en nuestra época cada nuevo acontecimiento forzosamente plantea la ley más importante de la dialéctica: *la verdad es siempre concreta*.

La teoría estalinista del fascismo representa indudablemente uno de los más trágicos ejemplos de las perjudiciales consecuencias prácticas que implica sustituir, por categorías abstractas formuladas en base a una parcial e insuficiente experiencia histórica (o una estrecha e insuficiente concepción de conjunto), el análisis dialéctico de la realidad en cada una de sus fases concretas, en todas sus etapas transicionales, tanto en sus cambios graduales como en sus saltos revolucionarios (o contrarrevolucionarios). Los estalinistas adoptaron la idea de que en la época contemporánea el capital financiero no puede adecuarse a la democracia parlamentaria y está obligado a recurrir al fascismo. De esta idea, absolutamente correcta dentro de ciertos límites, extraen de manera puramente deductiva y lógico-formal las mismas conclusiones para todos los países y para todas las etapas de su desarrollo. Para ellos Primo de Rivera, Mussolini, Chiang Kai-shek, Masarik, Bruening, Dollfuss, Pilsudski, el rey serbio Alejandro, Severing, MacDonald, etcétera, eran representantes del fascismo.¹⁷⁵ Olvidaron: a) que también en el pasado el capitalismo nunca se adecuó a la democracia “pura”, complementándola algunas veces con un régimen de represión abierta y otras sustituyéndola directamente por éste; b) que el capitalismo financiero “puro” no existe en ninguna parte; c) que, aunque ocupa una posición dominante, el capital financiero no actúa en el vacío, y se ve obligado a reconocer la existencia de otros sectores de la burguesía y la resistencia de las clases oprimidas d) finalmente, que es inevitable que entre la democracia parlamentaria y el régimen fascista se interpongan, una después de otra, ya sea “pacíficamente” o a través de la guerra civil, una serie de formas transicionales. Si queremos permanecer a la vanguardia y no quedarnos atrás, debemos tener en cuenta que cada una de estas formas transicionales exige una correcta caracterización teórica y una correspondiente política del proletariado.

En base a la experiencia alemana (aunque se podía y se debía haberlo hecho ya con Italia) los bolcheviques leninistas analizamos por primera vez la forma transicional de gobierno que llamamos bonapartista (los gobiernos de Bruening, Papen y Schleicher). De manera más precisa y desarrollada, estudiamos luego el régimen bonapartista de Austria. Se demostró patentemente el determinismo de esta forma transicional, naturalmente no en un sentido fatalista sino dialéctico, es decir para los países y periodos en que el fascismo ataca con éxito cada vez mayor las posiciones de la democracia parlamentaria, sin chocar con la resistencia victoriosa del proletariado, con el objetivo de estrangularlo luego.

¹⁷⁵ Trotsky no tenía ninguna duda de que el duce italiano Benito Mussolini y el mariscal y jefe de estado polaco Josef Pilsudski eran fascistas [Véase, por ejemplo, en nuestra recopilación de materiales del mismo Trotsky, *La lucha contra el fascismo*, páginas 308-309], pero por diversas razones consideraba incorrecto utilizar el mismo término para caracterizar al dictador español Miguel Primo de Rivera, al dictador militar nacionalista chino Chiang Kai-shek, al presidente liberal de Checoslovaquia Thomas Masarik, al canciller católico conservador de Alemania Heinrich Bruening al dictatorial canciller socialista-cristiano de Austria Engelbert Dollfuss, al rey serbio Alejandro I, al ministro socialdemócrata del interior para Prusia Karl Severing o al reformista inglés Ramsay MacDonald.

Durante el período Bruening-Schleicher, Manuilski y Kuusinen¹⁷⁶ proclamaron: “el fascismo ya está aquí”; declararon que la teoría de la etapa intermedia, bonapartista, era un intento de disfrazar al fascismo para facilitarle a la socialdemocracia la política del “mal menor”. En ese entonces, se llamaba social-fascistas a los socialdemócratas, y los socialdemócratas de “izquierda” del tipo Ziromsky-Marceau Pivert-Just eran considerados, después de los “trotskystas”, como los más peligrosos de los social-fascistas. Ahora todo cambió. En lo que hace a Francia, los estalinistas no se animan a repetir: “El fascismo ya está aquí”; por el contrario, para evitar la victoria del fascismo en ese país han aceptado la política del frente único, que hasta ayer rechazaban. Se han visto obligados a diferenciar entre el régimen de Doumergue y el fascista. Pero no llegaron a esta conclusión por marxistas sino por empiristas. Ni siquiera han intentado dar una definición científica del régimen de Doumergue. El que se mueve en el terreno de la teoría en base a categorías abstractas está condenado a capitular ciegamente ante los acontecimientos.

Y, sin embargo, precisamente en Francia el paso del parlamentarismo al bonapartismo (o más exactamente la primera etapa de este paso) se dio de manera particularmente notoria y ejemplar. Basta con recordar que el gobierno Doumergue apareció en escena entre el ensayo de guerra civil de los fascistas (6 de febrero) y la huelga general del proletariado (12 de febrero). Tan pronto como los bandos irreconciliables asumieron sus posiciones de lucha en los polos de la sociedad capitalista, quedó claro que el aparato conexo del parlamentarismo perdía toda importancia. Es cierto que el gabinete Doumergue, igual que los de Bruening-Schleicher en su momento, parece, a primera vista, gobernar con consenso del parlamento. Pero se trata de un parlamento que abdicó, que sabe que en caso de resistencia el gobierno se desharía de él. Debido al relativo equilibrio entre el campo de la contrarrevolución que ataca y el de la revolución que se defiende, debido a su temporaria neutralización mutua, el eje del poder se elevó por encima de las clases y de su representación parlamentaria. Fue necesario buscar una cabeza de gobierno fuera del parlamento y “fuera de los partidos”. Este jefe de gobierno llamó en su ayuda a dos generales. Esta trinidad se apoyó en huestes parlamentarias simétricas tanto por la derecha como por la izquierda. El gobierno no aparece como un organismo ejecutivo de la mayoría parlamentaria, sino como un juez-árbitro entre dos bandos en lucha.

Sin embargo, un gobierno que se eleva por encima de la nación no está suspendido en el aire. El verdadero eje del gobierno actual pasa por la policía, la burocracia y la camarilla militar. Estamos enfrentados a una dictadura militar-policia apenas disimulada tras el decorado del parlamentarismo. Un gobierno del sable como juez-árbitro de la nación: precisamente eso se llama *bonapartismo*.

El sable no se da por sí mismo un programa independiente. Es el instrumento del “orden”. Está llamado a salvaguardar lo existente. El bonapartismo, al erigirse políticamente por encima de las clases como su predecesor el cesarismo, representa *en el sentido social*, siempre y en todas las épocas, el gobierno del sector más fuerte y firme de los explotadores. En consecuencia, el actual bonapartismo no puede ser otra cosa que el gobierno del capital financiero, que dirige, inspira y corrompe a los sectores más altos de la burocracia, la policía, la casta de oficiales y la prensa.

¹⁷⁶ Dimitri Manuilski (1883-1952), junto con Trotsky fue miembro de la organización marxista independiente Mezhrainontzi (Grupo Interdistrital), que en 1917 se fusionó con el Partido Bolchevique. En la década del 20, Manuilski, apoyó a la fracción de Stalin y fue secretario de la Comintern de 1931 a 1943. Otto Kuusinen (1881-1964), socialdemócrata finlandés que huyó a la Unión Soviética después del colapso de la revolución finlandesa de abril de 1918. Se convirtió en vocero del estalinismo y fue secretario de la Comintern desde 1922 hasta 1931.

El único objetivo de la “reforma constitucional”, sobre la que tanto se habló en el transcurso de los últimos meses, es la adaptación de las instituciones estatales a las exigencias y conveniencias del gobierno bonapartista. El capital financiero busca los recursos legales que le permitan imponer, cada vez que sea necesario, el juez árbitro más adecuado, con el consentimiento obligado del cuasi parlamento. Es evidente que el gobierno Doumergue no es el ideal de “gobierno fuerte”. Hay en reserva mejores candidatos a Bonaparte. Son posibles nuevas experiencias y combinaciones en este terreno si el futuro curso de la lucha de clases les deja tiempo suficiente para intentar aplicarlas.

Al hacer estos pronósticos, nos vemos obligados a repetir lo que ya una vez dijeron los bolcheviques leninistas respecto a Alemania: las posibilidades políticas del actual bonapartismo francés no son muchas; su estabilidad está determinada por el momentáneo y, en última instancia, inestable equilibrio entre el proletariado y el fascismo. La relación de fuerzas entre estos dos bandos tiene que cambiar rápidamente, en parte por influencia de la coyuntura económica, pero fundamentalmente según la política que se dé la vanguardia proletaria. La colisión entre ambos bandos es inevitable. El proceso se medirá en meses, no en años. Solo después del choque, y de acuerdo a sus resultados, podrá implantarse un régimen estable.

El fascismo en el poder, igual que el bonapartismo, sólo puede ser el gobierno del capital financiero. En este sentido *social*, el primero no se diferencia del bonapartismo y ni siquiera de la democracia parlamentaria. Los estalinistas lo vienen redescubriendo en cada nueva oportunidad, olvidando que los problemas *sociales* se resuelven en el terreno *político*. La fuerza del capital financiero no reside en su capacidad de establecer cualquier clase de gobierno en cualquier momento de acuerdo a sus deseos; no posee esta facultad. Su fuerza reside en que todo gobierno no proletario se ve obligado a servir al capital financiero; o, mejor dicho, en que el capital financiero cuenta con la posibilidad de sustituir, a cada sistema de gobierno que decae, por otro que se adecue mejor a las cambiantes condiciones. Sin embargo, el paso de un sistema a otro implica una *crisis política* que, con el concurso de la actividad del proletariado revolucionario, se puede transformar en un peligro social para la burguesía. En Francia, el paso de la democracia parlamentaria al bonapartismo estuvo acompañado por la efervescencia de la guerra civil. La perspectiva del cambio del bonapartismo al fascismo está preñada de disturbios infinitamente más formidables y, en consecuencia, también de posibilidades revolucionarias.

Hasta ayer, los estalinistas consideraban que nuestro “principal error” consistía en ver en el fascismo al pequeño burgués y no al capital financiero. En este caso también ponen las categorías abstractas en lugar de la dialéctica de las clases. El fascismo es un medio específico de movilizar y organizar a la pequeña burguesía en interés social del capital financiero. Durante el régimen democrático, el capital inevitablemente trata de inculcar a los trabajadores la confianza en la pequeña burguesía reformista y pacifista. Por el contrario, el paso al fascismo es inconcebible sin que previamente la pequeña burguesía se llene de odio hacia el proletariado. En estos dos sistemas, la dominación de la misma superclase, el capital financiero, se apoya en relaciones directamente opuestas entre las clases oprimidas.

Sin embargo, la movilización política de la pequeña burguesía contra el proletariado es inconcebible sin esa demagogia social que para la gran burguesía implica jugar con fuego. Los recientes acontecimientos de Alemania han confirmado como la reacción pequeñoburguesa desenfrenada hace peligrar el “orden”¹⁷⁷. Por eso, mientras

¹⁷⁷ En la “purga sangrienta” del 30 de junio de 1934 Hitler liquidó a dirigentes nazis que le inspiraban poca confianza y a figuras políticas no nazis.

apoya y financia activamente el bandidaje reaccionario de una de sus alas, la burguesía francesa no quiere llevar las cosas hasta la victoria política del fascismo, sino solamente establecer un poder “fuerte”, lo que en última instancia significa disciplinar a ambos bandos extremos.

Lo que hemos dicho demuestra suficientemente la importancia de distinguir entre la forma bonapartista y la forma fascista de poder. No obstante, sería imperdonable caer en el extremo opuesto, convertir al bonapartismo y al fascismo en dos categorías lógicamente incompatibles. Así como el bonapartismo comienza combinando el régimen parlamentario con el fascismo, el fascismo triunfante se ve obligado a constituir un bloque con los bonapartistas y, lo que es más importante, a acercarse cada vez más, por sus características internas, a un sistema bonapartista. Es imposible la dominación prolongada del capital financiero a través de la demagogia social reaccionaria y el terror pequeño burgués. Una vez llegados al poder, los dirigentes fascistas se ven forzados a amordazar a las masas que los siguen, utilizando para ello el aparato estatal. El mismo instrumento les hace perder el apoyo de amplias masas de la pequeña burguesía. De éstas, el aparato burocrático asimila a un reducido sector. Otro cae en la indiferencia. Un tercero se pasa a la oposición, acogiéndose a distintas banderas. Pero, mientras va perdiendo su base social masiva al apoyarse en el aparato burocrático y oscilar entre las clases, el fascismo se convierte en bonapartismo. También aquí violentos y sanguinarios episodios interrumpen la evolución gradual a diferencia del bonapartismo prefascista o *preventivo* (Giolitti,¹⁷⁸ Bruening-Schleicher, Doumergue, etcétera), que refleja el equilibrio extremadamente inestable y breve entre los bandos beligerantes, el *bonapartismo de origen fascista* (Mussolini, Hitler, etcétera), que surge de la destrucción, desilusión y desmoralización de ambos sectores de las masas, se caracteriza por una estabilidad mucho mayor.

El problema “bonapartismo o fascismo” provocó, entre nuestros camaradas polacos, algunas diferencias sobre el régimen de Pilsudski.¹⁷⁹ La posibilidad misma de tales diferencias es el mejor testimonio de que no estamos tratando con inflexibles categorías lógicas, sino con formaciones sociales vivas, que presentan peculiaridades extremadamente pronunciadas en los distintos países y etapas.

Pilsudski llegó al poder después de una insurrección basada en un movimiento de masas de la pequeña burguesía que tendía *directamente* a la dominación de los partidos burgueses tradicionales en nombre del “estado fuerte”; éste es un rasgo fascista

¹⁷⁸ Giovanni Giolitti (1842-1928), predecesor de Mussolini como premier italiano.

¹⁷⁹ En 1934 Isaac Deutscher era uno de los bolcheviques leninistas polacos que sostenía esas diferencias. Décadas más tarde escribió en una nota al pie de página, de su libro *El Profeta desterrado*: “En su época Trotsky fue el único teórico político que dio una definición precisa del fascismo. Sin embargo, en algunas ocasiones la aplicó muy imprecisamente. Previó la inminencia del fascismo en Francia e insistió en rotular de fascista la dictadura pseudobonapartista de Pilsudski en Polonia, aunque Pilsudski no gobernó de manera totalitaria y tuvo que avenirse a la existencia de un sistema multipartidario. Por otra parte, de manera bastante poco convincente describió como bonapartistas a los efímeros gobiernos de Schleicher y Papen y también al débil gobierno de Doumergue de 1934. (Recién en 1940 caracterizó al régimen de Petain de pseudobonapartista más que de fascista.) Discutí estos puntos con Trotsky en la década del 30; pero el tema es históricamente demasiado insignificante como para retomarlo aquí.” Sea cual fuere la posición de Deutscher sobre Pilsudski, la de Trotsky está claramente planteada en este artículo. La explicación de Deutscher es confusa por lo menos en dos aspectos: dado que el régimen de Petain se instauró en 1940 es difícil comprender cómo Trotsky podía haberlo definido antes. Y su caracterización de “forma senil del bonapartismo en la época de la decadencia imperialista” y no “fascismo en el verdadero sentido de la palabra” (ver “El bonapartismo, el fascismo y la guerra” en *Escritos* 1939-1940 [Ver páginas 347-359, del formato pdf, en [Escritos, Tomo XI, Volumen 2](#); o páginas 548-559 en la edición en papel]) está totalmente de acuerdo con su posición sobre el problema en la década del 30 y de ninguna manera implica, como parece querer decir Deutscher, una ruptura con esa posición.

característico del movimiento y del régimen. Peto el elemento que más pesaba políticamente, la masa del fascismo polaco, era mucho más débil que la del fascismo italiano y mucho más aun que la del fascismo alemán; Pilsudski tuvo que apelar en mayor medida a los métodos de la conspiración militar y encarar con bastante más cuidado el problema de las organizaciones obreras. Basta con recordar que el golpe de estado de Pilsudski contó con la simpatía y el apoyo del partido estalinista polaco. A su vez, la creciente hostilidad de la pequeña burguesía judía y ucraniana le dificultó a este régimen lanzar un ataque general contra la clase obrera.

Como consecuencia de esa situación, Pilsudski oscila mucho más que Mussolini y Hitler, en los mismos períodos, entre las clases y los sectores nacionales de clase, y recurre mucho menos que aquéllos al terror masivo: tal es el elemento bonapartista del régimen de Pilsudski. No obstante, sería evidentemente falso comparar a Pilsudski con Giolitti o Schleicher y suponer que será relevado por un nuevo Mussolini o Hitler polaco. Es metodológicamente falso formarse la imagen de un régimen fascista “ideal” y oponerla a este régimen fascista real que surgió, con todas sus peculiaridades y contradicciones, de la relación entre las clases y las nacionalidades tal como se da en el estado polaco. ¿Podrá, Pilsudski, llevar hasta sus últimas consecuencias la destrucción de las organizaciones proletarias? La lógica de la situación lo lleva inevitablemente por este camino, pero la respuesta no depende de la definición formal de “fascismo” como tal, sino de la relación de fuerzas real, de la dinámica del proceso político que viven las masas, de la estrategia de la vanguardia proletaria y, finalmente, del curso de los acontecimientos en Europa occidental, sobre todo en Francia.

Se puede dar el hecho histórico de que el fascismo polaco sea derrocado y reducido a polvo antes de lograr expresarse de manera “totalitaria”.

Ya dijimos que el bonapartismo de origen fascista es incomparablemente más estable que los experimentos bonapartistas preventivos a los que apela la gran burguesía con la esperanza de evitar el derramamiento de sangre que implica el fascismo. Sin embargo, es todavía más importante (desde el punto de vista teórico y práctico) enfatizar que *el hecho mismo de la conversión del fascismo en bonapartismo implica el comienzo de su fin*. Cuánto tiempo llevará la liquidación del fascismo y en qué momento su enfermedad se trocará en agonía depende de muchos factores externos e internos. Pero el hecho de que la pequeña burguesía haya aplacado su actividad contrarrevolucionaria, de que esté desilusionada, desintegrándose y haya debilitado sus ataques contra el proletariado abre nuevas posibilidades revolucionarias. La historia demuestra que es imposible mantener encadenado al proletariado con la sola ayuda del aparato policial. Es cierto que la experiencia de Italia enseña que la clase obrera conserva la herencia psicológica de la enorme catástrofe sufrida mucho más tiempo que lo que dura la relación de fuerzas que originó esa catástrofe. Pero la inercia psicológica de la derrota es un puntal muy precario. Puede caer de un solo golpe bajo el impacto de una fuerte convulsión. Para Italia, Alemania, Austria y otros países esa convulsión podría ser el éxito de la lucha del proletariado francés.

¡La clave revolucionaria de la situación de Europa y de todo el mundo reside, fundamentalmente, en Francia!

**El bonapartismo en la Francia de 1934, fragmento de *¿Adónde va Francia?*,
Trotsky¹⁸⁰
(octubre de 1934)**

El derrumbe de la democracia burguesa

Después de la guerra, se produjeron una serie de revoluciones que significaron brillantes victorias: en Rusia, en Alemania, en Austria-Hungría, más tarde, en España. Pero fue solo en Rusia donde el proletariado tomó plenamente el poder en sus manos, expropió a sus explotadores y, gracias a estas medidas, supo cómo crear y mantener un Estado obrero. En todos los otros casos, el proletariado, a pesar de la victoria, se detuvo a mitad de camino por culpa de su dirección. El resultado de esto fue que el poder escapó de sus manos y pasó de izquierda a derecha, acabando siendo el botín del fascismo. En una serie de otros países, el poder cayó en manos de una dictadura militar. En cada uno de ellos, el parlamento no ha mostrado tener la capacidad de conciliar las contradicciones de clase y asegurar la marcha pacífica de los acontecimientos. En todas partes el conflicto se resolvió con las armas en la mano.

Ciertamente que Francia ha sido acunada durante mucho tiempo por la idea de que el fascismo no tenía nada que ver con ese país ya que Francia es una república y en ella todas las cuestiones son resueltas por el pueblo soberano mediante el sufragio universal. Pero el 6 de febrero, algunos miles de fascistas y realistas armados con revólveres, cachiporras y de navajas, le impusieron al país el gobierno reaccionario de Doumergue, bajo la protección del cual las bandas fascistas continúan creciendo y armándose. ¿Qué nos prepara el futuro?

Cierto que, en Francia, como en algunos otros países de Europa (Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, países escandinavos), aún existe un parlamento, elecciones, libertades democráticas, o, como mínimo, sus restos. Pero en todos estos países la lucha de clases se exagera en el mismo sentido en que antes se ha desarrollado en Italia y Alemania. Quien se consuela con la frase: “Francia no es Alemania”, es un imbécil sin esperanza. En la actualidad, en todos los países actúan las mismas leyes: las de la decadencia capitalista. Si los medios de producción continúan en manos de un pequeño número de capitalistas, no hay salvación para la sociedad. Está condenada a ir de crisis en crisis, de miseria en miseria, de mal en peor. En los distintos países, las consecuencias de la decrepitud y decadencia del capitalismo se expresan bajo formas diversas y con ritmos desiguales. Pero el fondo del proceso es el mismo en todos lados. La burguesía ha conducido a su sociedad a la bancarrota completa. No es capaz de asegurar al pueblo, ni el pan ni la paz. Precisamente por eso ya no puede soportar el orden democrático. Está obligada a aplastar a los obreros con la ayuda de la violencia física. Ahora bien, únicamente con la policía no puede terminarse con el descontento de los obreros y campesinos, y demasiado a menudo se hace imposible enviar al ejército contra el pueblo: comienza descomponiéndose y acaba con el paso de una gran parte de los soldados al lado del pueblo. Por ello, el gran capital está obligado a crear bandas armadas particulares, especialmente entrenadas para atacar a los obreros, como ciertas razas de perros son entrenadas para atacar a la presa. La función histórica del *fascismo* es aplastar a la clase obrera, destruir sus organizaciones y ahogar las libertades políticas, cuando los capitalistas demuestran ser incapaces de dirigir y dominar con ayuda de la maquinaria democrática.

¹⁸⁰ Tomado de *¿Adónde va Francia? (Recopilación de artículos con anexos)*, en Obras Escogidas de León Trotsky en español – EIS, páginas 7-10 del formato pdf.

El fascismo encuentra su material humano sobre todo en el seno de la pequeña burguesía. Esta, finalmente, acaba arruinada por el gran capital. Con la actual estructura social, no tiene salvación. Pero no conoce otra salida. Su descontento, su indignación, su desesperación, son desviados por los fascistas del gran capital y dirigidos contra los obreros. Del fascismo puede decirse que es una operación de dislocación de los cerebros de la pequeña burguesía en interés de sus peores enemigos. Así, el gran capital arruina primero a las clases medias y enseguida, con ayuda de sus agentes mercenarios, los demagogos fascistas, dirige contra el proletariado a la pequeña burguesía sumida en la desesperación. Sólo gracias a tales procedimientos propios de bergantes es capaz de mantenerse el régimen burgués. ¿Hasta cuándo? Hasta que sea derrocado por la revolución proletaria.

Los comienzos del bonapartismo en Francia

En Francia, el movimiento de la democracia hacia el fascismo aún está en su primera etapa. El parlamento existe, pero ya no tiene los poderes de otros tiempos y nunca más los recuperará. Muerta de miedo, la mayoría del parlamento ha recurrido después del 6 de febrero, al poder Doumergue, el salvador, el árbitro. Su gobierno se coloca por encima del parlamento. No se apoya sobre la mayoría “democráticamente” elegida, sino directa e inmediatamente sobre el aparato burocrático, sobre la policía y el ejército. Precisamente por eso, Doumergue no puede admitir ninguna libertad entre los funcionarios y, en general, entre los empleados públicos. Necesita un aparato burocrático dócil y disciplinado, en cuya cumbre él pueda mantenerse sin peligro de caer. En su terror ante los fascistas y ante el “frente común”, la mayoría parlamentaria está obligada a inclinarse ante Doumergue. En la actualidad, se escribe mucho sobre la próxima “reforma” de la constitución, sobre el derecho de disolución de la cámara de diputados, etc. Todas estas cuestiones no tienen sino un interés jurídico. En el plano político, la cuestión ya está resuelta. La reforma se ha realizado sin viajar a Versalles¹⁸¹. La aparición en la arena de bandas fascistas armadas ha dado a los agentes del gran capital la posibilidad de elevarse por encima del parlamento. Aquí radica hoy la esencia de la constitución francesa. Todo lo demás no es sino ilusión, fraseología o engaño consciente.

El papel actual de Doumergue, como el de sus posibles sucesores (del tipo del mariscal Pétain o de Tardieu) no es cosa nueva. Es un papel similar al que cumplieron, bajo otras condiciones, Napoleón o Napoleón III. La esencia del bonapartismo consiste en esto: apoyándose en la lucha de dos campos, “salva” a la “nación”, con el auxilio de una dictadura burocraticomilitar. Napoleón I representa el bonapartismo de la impetuosa juventud de la sociedad burguesa. El bonapartismo de Napoleón III es el del momento en el que la calvicie ya aparece en la cabeza de la burguesía. En la persona de Doumergue, encontramos el bonapartismo senil del declive capitalista. El gobierno Doumergue es el primer grado en el paso del parlamentarismo al bonapartismo. Para mantener su equilibrio, Doumergue necesita tener a su derecha a los fascistas y otras bandas, que lo han llevado al poder. Reclamarle que disuelva (no sobre el papel, sino en la realidad) a las Juventudes Patrióticas, a los Croix de Feu, a los Camelots du Roi, etc., es reclamarle que corte la rama sobre la que se mantiene. Naturalmente son posibles oscilaciones coyunturales en uno u otro sentido. Así, una ofensiva prematura del fascismo podría provocar cierto movimiento hacia “la izquierda” en las altas esferas gubernamentales: Doumergue daría lugar por un momento, no a Tardieu sino a Herriot. Pero, en primer lugar, en ningún momento se ha dicho que los fascistas fuesen a realizar una tentativa

¹⁸¹ De acuerdo con la constitución vigente en Francia durante la Tercera República (1871-1849), las reformas constitucionales debían aprobarse en una sesión conjunta del senado y la cámara de diputados reunida en Versalles.

prematura de golpe de estado. En segundo lugar, un movimiento coyuntural a la izquierda en las altas esferas no cambiaría la dirección general del desarrollo, no haría sino posponer un poco el desenlace. No hay camino para volver hacia atrás, hacia la democracia pacífica. Los acontecimientos conducen inevitable e irresistiblemente a un conflicto entre el proletariado y el fascismo.

¿Durará mucho el bonapartismo?

¿Cuánto tiempo puede mantenerse el actual régimen bonapartista de transición? O, dicho de otro modo: ¿cuánto tiempo le queda al proletariado para prepararse para el combate decisivo? Naturalmente, es imposible responder a esta pregunta con exactitud. Pero, entretanto, pueden establecerse algunos datos para apreciar la velocidad del desarrollo de todo el proceso. El elemento más importante para el juicio, es la suerte futura del Partido Radical.

Por su nacimiento, el bonapartismo actual está ligado, como hemos dicho, a un comienzo de guerra civil entre los campos políticos extremos. Su principal apoyo material, lo encuentra en la policía y el ejército. Pero también tiene un apoyo en la izquierda: el Partido Radical-Socialista. La base de este partido de masas está constituida por la pequeña burguesía urbana y rural. La dirección del partido está formado por los agentes “democráticos” de la gran burguesía, que muy de tanto en tanto han dado al pueblo pequeñas reformas y, más continuamente, frases democráticas; cada día lo han salvado (de palabra) de la reacción y del clericalismo, pero en todas las cuestiones importantes han llevado a cabo la política del gran capital. Bajo la amenaza del fascismo, y aún más, bajo la del proletariado, los radicales-socialistas se han visto obligados a pasar del campo de la “democracia” parlamentaria al campo del bonapartismo. Como el camello bajo la fusta del camellero, el radicalismo se ha puesto sobre sus cuatro rodillas, para permitir a la reacción sentarse entre sus jorobas. Sin el apoyo político de los radicales, el gobierno Doumergue sería todavía imposible en estos momentos.

Si se compara la evolución política de Francia con la de Alemania, el gobierno Doumergue y sus posibles sucesores corresponden a los gobiernos Brüning, Papen, Schleicher, que llenaron el interregno entre la república de Weimar e Hitler. Sin embargo, hay una diferencia que, políticamente, puede tener una enorme importancia. El bonapartismo alemán entró en escena cuando los partidos democráticos se habían hundido, mientras que los nazis crecían con fuerza prodigiosa. Los tres gobiernos “bonapartistas” de Alemania, teniendo un apoyo político propio muy débil, se encontraban en equilibrio sobre una cuerda tendida sobre el abismo entre los dos campos hostiles: el proletariado y el fascismo. Esos tres gobiernos cayeron rápidamente. El campo del proletariado estaba entonces escindido, no estaba preparado para la lucha, desorientado y traicionado por sus dirigentes. Los nazis pudieron tomar el poder casi sin lucha.

El fascismo francés todavía hoy no representa una fuerza de masas. Por el contrario, el bonapartismo tiene un apoyo de masas en los radicales, ciertamente que ni muy seguro ni muy estable, pero de masas. Entre estos dos hechos, existe un nexo interno. Por el carácter social de su apoyo, el radicalismo es un partido de la pequeña burguesía. Y el fascismo únicamente puede convertirse en fuerza de masas conquistando a la pequeña burguesía. Con otras palabras: *en Francia, el fascismo puede desarrollarse ante todo a expensas de los radicales*. Este proceso se produce en la actualidad, pero se encuentra aún en su primera etapa.

Otra vez sobre la cuestión del bonapartismo. El bonapartismo burgués y el bonapartismo soviético, Trotsky¹⁸² (marzo de 1935)

Algunos críticos se quejan de que usamos demasiado extensa y diversamente el término bonapartismo. Esos críticos no advierten que lo mismo sucede con otros términos del vocabulario político, como por ejemplo “democracia” y “dictadura”, para no mencionar “estado”, “sociedad”, “gobiernos”, etcétera. Hablamos de la democracia del pasado (basada en la esclavitud), de la democracia de las corporaciones medievales, de la democracia burguesa, de la democracia proletaria (refiriéndonos al estado), así como de la democracia en los partidos; en los sindicatos, en los gremios, etcétera. El marxismo no puede renunciar a esos conceptos económicos ya establecidos ni dejar de aplicarlos a los nuevos fenómenos; de otro modo la transmisión del conocimiento humano sería en general imposible. A riesgo de equivocarse, el marxismo tiene que definir en cada caso el contenido social del concepto y la tendencia de su evolución. Recordemos que Marx y Engels no sólo caracterizaron como bonapartista el régimen de Napoleón III sino también el de Bismarck.¹⁸³ El 12 de abril de 1890 Engels le escribía a Sorge: “Hoy en día todo gobierno se está volviendo bonapartista, *nolens volens*.” Eso fue más o menos cierto durante un prolongado período en que la agricultura estaba en crisis y la industria deprimida. La nueva alza del capitalismo desde 1895 en adelante debilitó las tendencias bonapartistas; la decadencia del capitalismo después de la [Primera] Guerra [Mundial] las fortaleció considerablemente.

En su *Historia de la Gran Revolución Rusa*, Chernov¹⁸⁴ saca a relucir declaraciones de Lenin y Trotsky describiendo al régimen de Kerensky como bonapartismo embrionario; rechazando esta caracterización, dice sentenciosamente: “El bonapartismo levanta vuelo con alas de gloria” Este “vuelo” teórico es muy al estilo de Chernov, pero Marx, Engels y Lenin no definían al bonapartismo de acuerdo a vuelos retóricos sino en base a una específica relación entre las clases.

Entendemos por bonapartismo el régimen en el cual la clase económicamente dominante, aunque cuenta con los medios necesarios para gobernar con métodos democráticos, se ve obligada a tolerar (para preservar su propiedad) la dominación incontrolada del gobierno por un aparato militar y policial, por un “salvador” coronado. Este tipo de situación se crea cuando las contradicciones de clase se vuelven particularmente agudas; el objetivo del bonapartismo es prevenir las explosiones. La sociedad burguesa pasó más de una vez por épocas así; pero eran, por así decirlo, solamente ensayos. La decadencia actual del capitalismo no sólo quitó definitivamente toda base de apoyo a la democracia; también reveló que el viejo bonapartismo resulta totalmente inadecuado; lo ha reemplazado el fascismo. Sin embargo, como puente entre la democracia y el fascismo (en 1917 en Rusia como “puente” entre la democracia y el bolchevismo), aparece un “régimen personal” que se eleva por encima de la democracia y concilia con ambos bandos, mientras, a la vez, protege los intereses de la clase

¹⁸² Tomado de “Otra vez sobre la cuestión del bonapartismo. El bonapartismo burgués y el bonapartismo soviético”, en L. Trotsky, *Escritos, Tomo VI, Volumen 2*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, páginas 18-23, del formato pdf alojado en nuestras EIS.

¹⁸³ Otto von Bismarck (1815-1898), dirigente reaccionario del gobierno prusiano entre 1862 y 1871 y canciller del Imperio Alemán entre 1871 y 1890. Organizó la unificación de Alemania por medio de la Guerra de las Siete Semanas contra Austria y de la Guerra Franco-Prusiana.

¹⁸⁴ Victor Chernov (1876-1952), fundador y dirigente del Partido Social Revolucionario ruso. Participó en la Conferencia de Zimmerwald, fue ministro de agricultura en el gobierno de Kerensky y se opuso a la revolución bolchevique.

dominante; basta con dar esta definición para que el término bonapartismo resulte totalmente aclarado.

De todos modos, hacemos notar que:

1.- Ni uno solo de nuestros críticos se tomó la molestia de señalar el carácter específico de los gobiernos prefascistas: Giolitti y Facta¹⁸⁵ en Italia; Bruening, Papen y Schleicher en Alemania; Dollfuss en Austria; Doumergue y Flandin en Francia.

2.- Hasta hoy nadie propuso otro término. Por nuestra parte, no necesitamos buscar otro; el término empleado por Marx, Engels y Lenin nos parece totalmente satisfactorio.

¿Por qué insistimos en esta cuestión? Porque es de colosal importancia teórica y política. Se puede decir que oficialmente se abre en un país una etapa prerrevolucionaria (o prefascista) en el momento en que el conflicto entre las clases divididas en dos campos hostiles traslada el eje del poder fuera del parlamento. Por lo tanto, el bonapartismo caracteriza el último plazo con que cuenta la vanguardia proletaria para la conquista del poder. Al no comprender la naturaleza del régimen bonapartista, los estalinistas se ven llevados a dar el siguiente diagnóstico: “no es una *situación revolucionaria*”, e ignoran la situación prerrevolucionaria.

Las cosas se complican cuando usamos el término *bonapartismo* refiriéndonos al régimen de Stalin y hablamos de “bonapartismo soviético”. “No (exclaman nuestros críticos) ustedes tienen demasiados bonapartismos; es inadmisibles hacer tan extensivo el término”, etcétera. Generalmente se hace este tipo de objeciones (abstractas, formales y gramaticales) cuando no se tiene nada que decir sobre el tema.

No caben dudas de que ni Marx, ni Engels, ni Lenin usaron el término bonapartismo refiriéndose a un estado obrero; no tiene nada de sorprendente, ya que no tuvieron ocasión de hacerlo. (Que Lenin no dudó en utilizar para el estado obrero, con las necesarias reservas, términos usados para el régimen burgués lo demuestra, por ejemplo, su expresión “capitalismo de estado soviético”.) ¿Pero qué se puede hacer cuando los buenos viejos libros no nos dan las indicaciones necesarias? Tratar de arreglárselas usando la propia cabeza.

¿Qué significa el “régimen personal” de Stalin y cuál es su origen? En última instancia es producto de una aguda lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Con la ayuda de los aparatos burocrático y policial, el poder del “salvador” del pueblo y árbitro de la burocracia como casta dominante se elevó por encima de la democracia soviética reduciéndola a una sombra de sí misma. La función objetiva del “salvador” es proteger las nuevas formas de propiedad usurpando las funciones políticas de la clase dominante. ¿Acaso esta *precisa caracterización del régimen socialista* no es a la vez *la definición sociológica científica del bonapartismo*?

El valor incomparable del término radica en que nos permite descubrir inmediatamente afinidades históricas sumamente instructivas y determinar dónde están sus raíces sociales. Surge la conclusión siguiente; la ofensiva de las fuerzas plebeyas o proletarias contra la burguesía dominante, así como la ofensiva de las fuerzas pequeñoburguesas o burguesas contra el proletariado dominante, puede terminar en regímenes políticos totalmente análogos (simétricos). Este es el hecho indiscutible que nos permite descubrir el término bonapartismo.

Cuando Engels escribía “*Todo* gobierno se está volviendo bonapartista, *nolens volens*”, pensaba seguramente sólo en las tendencias del proceso. En este terreno como en cualquier otro, la cantidad se transforma en cualidad. Toda democracia burguesa tiene rasgos bonapartistas. También se puede descubrir, con buenas razones, elementos

¹⁸⁵ Luigi Facta (1861-1930), premier de Italia en 1922 y senador en 1924.

bonapartistas en el régimen soviético de Lenin. Pero el arte del pensamiento científico consiste en determinar precisamente dónde la cantidad se transforma en una nueva cualidad. En la era de Lenin el bonapartismo soviético era una *posibilidad*; en la era de Stalin se ha convertido en una *realidad*.

El término bonapartismo confunde a los pensadores ingenuos (a lo Chernov) porque evoca la imagen del modelo histórico de Napoleón, así como el término cesarismo evoca la imagen de Julio César. De hecho, ambos términos se desprendieron hace mucho de las figuras históricas que les dieron origen. Cuando hablamos de *bonapartismo*, sin aditamentos, no pensamos en analogías históricas sino en una definición sociológica. Del mismo modo, el término chovinismo tiene un carácter tan general como *nacionalismo*, aunque el primero proviene del nombre del burgués francés Chauvin y el segundo de *nación*.

Sin embargo, en *algunos* casos, cuando hablamos de bonapartismo tenemos en mente una afinidad histórica más concreta. Así, el régimen de Stalin, que es la traducción del bonapartismo al idioma del estado soviético, revela al mismo tiempo una cantidad de rasgos *complementarios* que recuerdan el régimen del Consulado (o del Imperio, pero todavía sin corona).

No es casual; ambos regímenes siguieron a grandes revoluciones y las usurparon.

Vemos que un uso correcto, es decir dialéctico, del término bonapartismo no sólo no nos conduce al esquematismo (esa úlcera del pensamiento), sino que nos permite caracterizar bien concretamente el fenómeno que nos interesa; a éste no se lo toma aislado, como “algo en sí mismo”, sino en su conexión histórica con muchos otros fenómenos relacionados con él. ¿Qué más se le puede pedir a un término científico?

El principio del fin¹⁸⁶

(12 de junio de 1937)

La burocracia se ha convertido en la herramienta para minar, desmoralizar y degradar al país en todas las esferas de la vida social y política. Esto es más cierto aun en la esfera económica. Las acusaciones de sabotaje arrojadas a diestra y siniestra han provocado el caos en el aparato admirativo. Toda dificultad objetiva es interpretada como fracaso de algún individuo. Cada provincia y región descubre a su Piatakov y lo fusila. Los ingenieros de las instituciones de planificación, los directores de trusts y fábricas, los obreros calificados han caído presas del pánico. Nadie quiere asumir una responsabilidad. Todos temen mostrar iniciativa. Al mismo tiempo, todos corren el riesgo de terminar ante el pelotón de fusilamiento por falta de iniciativa.

La intensificación del despotismo conduce a la anarquía. Para la economía soviética, el régimen democrático es tan indispensable como la buena calidad de las materias primas y lubricantes. La administración estalinista no es otra cosa que el sabotaje universal de la economía.

En el terreno de la cultura la situación es aún peor, si cabe. La dictadura de la ignorancia y de la mentira ahoga y envenena la vida espiritual de ciento setenta millones de personas. Gracias a los últimos juicios y a la purga en su conjunto, completamente deshonestos tanto por sus medios como por sus fines, se ha consolidado la hegemonía de la calumnia, la vileza, la alcahuetería y la cobardía. La escuela soviética castra al niño en forma no menos completa que el seminario católico, con la diferencia de que aquélla es

¹⁸⁶ Tomado de L. Trotsky, *Escritos, Tomo VIII, Volumen 2*, Editorial Pluma, Bogotá, 1979, alojado en nuestras EIS, páginas 226-237 del formato pdf

menos estable. Los estudiosos, pedagogos, escritores y artistas que demuestran el menor signo de independencia son intimidados, perseguidos, arrestados, exiliados, inclusive fusilados. El canalla incompetente triunfa en todos los terrenos. Es él quien prescribe el itinerario de la investigación científica y las leyes de la creación artística. La prensa soviética despidió un hedor de putrefacción.

¿Existe algo más vergonzoso que la indiferencia que siente la burocracia por el prestigio internacional del país? Los representantes de la gran burguesía internacional y los estados mayores de todos los países hacen balances mucho más lúcidos de los fraudes de Moscú y del lado desfavorable de la purga que muchas organizaciones obreras, engañadas por sus dirigentes. ¿Qué actitud tendrán los augures del capitalismo ante un gobierno “socialista” que se rebaja a actos tan denigrantes? En todo caso, Berlín y Tokio no pueden desconocer que la acusación lanzada contra los trotskistas y los generales rojos (traicionar al estado en aras de los intereses del militarismo alemán y japonés) son mera cháchara.

Naturalmente, no abrigamos ilusiones respecto de la moral del gobierno alemán, o japonés, o de ningún otro gobierno. Después de todo, no se trata de una competencia para ver quién cumple mejor los diez mandamientos, sino de una evaluación de la estabilidad del régimen soviético. Los procesos de Moscú desacreditaron enormemente al gobierno. Después de la última purga, su fuerza y autoridad decrecieron a los ojos tanto de sus enemigos como de sus posibles aliados. Esta evaluación se convierte, a su vez, en un factor de gran importancia para las realineaciones internacionales.

Mientras tanto, el gobierno de la URSS viene retrocediendo paso a paso ante el Japón, su adversario más débil. Los artículos y discursos jactanciosos que acompañan a cada capitulación no engañan a nadie. La guerra interna le impide a la oligarquía de Moscú ejercer la resistencia externa. La entrega del archipiélago de Amur le dejó las manos libres a Japón para llevar a cabo sus planes en China. Es probable que Litvinov tuviera instrucciones de decirles a los diplomáticos japoneses: “Pueden ustedes hacer lo que quieran con China, mientras no nos toquen a nosotros. No interferiremos.” Lo único que le preocupa a la camarilla dominante es su propia supervivencia.

El trabajo diplomático que se realiza a través del aparato de la Comintern es igualmente desastroso. Inglaterra y Francia por sí solas jamás hubieran podido imponerle a la España revolucionaria un gobierno contrarrevolucionario como el de Negrín. La autotitulada Internacional Comunista se ha convertido en la correa de transmisión indispensable de los diplomáticos de Londres y París. En la lucha por ganarse la confianza de la burguesía francesa y británica, Stalin se ha ocupado constantemente en impedir que los obreros españoles tomen la senda de la revolución.

La ayuda de Moscú al gobierno del “Frente Popular” está condicionada a que se tomen medidas cada vez más severas contra los revolucionarios. Como era de esperar, la lucha contra los obreros y los campesinos en la retaguardia provocó inevitables derrotas en el frente. La camarilla de Moscú es igualmente impotente frente a Franco y al Mikado. Y así como Stalin necesita chivos emisarios para sus pecados en política interna, las derrotas que su política reaccionaria provoca en España le obligan a buscar la salvación en la destrucción de la vanguardia revolucionaria.

Los métodos de la amalgama y el fraude judicial, tras madurar en Moscú, son trasplantados a la tierra de Barcelona y Madrid. De repente se acusó a los dirigentes del POUM, a los cuales sólo se les podía reprochar su oportunismo y su falta de firmeza frente a la reacción estalinista, de “trotskistas”, y, por lo tanto, aliados del fascismo. Los agentes de la GPU en España “descubrieron” cartas escritas en tinta simpática (escritas por ellos mismos) donde se demostraba la alianza de los revolucionarios de Barcelona con Franco, de acuerdo con las mejores normas del fraude moscovita. Nunca falta un

canalla que ponga en práctica una directiva sangrienta. El exrevolucionario Antonov-Ovseenko, que se retractó de sus pecados trotskystas en 1927 y que en 1936 estaba aterrorizado ante la posibilidad de terminar en el banquillo de los acusados, declaró a través de *Pravda* que estaba dispuesto a estrangular “trotskystas” con sus propias manos. Este sujeto fue enviado inmediatamente a Barcelona, con disfraz de cónsul e instrucciones precisas sobre a quién debía estrangular. El arresto de Nin sobre la base de acusaciones evidentemente falsas, su secuestro y su asesinato son obra de Antonov-Ovseenko. Por supuesto que la iniciativa no es suya. Jamás se llevan a cabo misiones importantes de este tipo sin instrucciones directas del propio “secretario general”.

Stalin necesita las amalgamas en Europa no sólo para distraer la atención de su totalmente reaccionaria política internacional, sino también para apuntalar las groseras amalgamas de la URSS. El cadáver mutilado de Nin servirá para demostrar... el vuelo de Piatakov a Oslo. Y estas cosas no se hacen únicamente en España. Los preparativos se vienen realizando desde tiempo atrás en muchos países. En Checoslovaquia, Anton Grylewicz, exiliado alemán, antiguo e intachable revolucionario, fue arrestado por... mantener vínculos con la Gestapo. Es indudable que la GPU fabricó la acusación y la entregó a la complaciente policía checa. Los trotskystas, auténticos y supuestos, son perseguidos principalmente en los países que han tenido la desgracia de caer bajo la tutela de Moscú: España y Checoslovaquia. Pero este es sólo el comienzo. Valiéndose de las complicaciones internacionales de los lacayos de la Comintern, dispuestos a todo, y, por último, aunque no es lo menos importante, de los recursos proporcionados por una industria aurífera en expansión, Stalin espera poder aplicar los mismos métodos en otros países. La reacción nunca se opone al exterminio de los revolucionarios, sobre todo cuando los fraudes judiciales y los asesinatos son llevados a cabo bajo cuerda por un gobierno “revolucionario” extranjero, que opera por intermedio de “amigos” locales cuyos sueldos provienen del mismo presupuesto extranjero.

El estalinismo se ha convertido en el azote de la Unión Soviética y en la lepra del movimiento obrero mundial. En el terreno de las ideas, el estalinismo es una nulidad. Pero, por compensación, dispone de un aparato colosal que explota la dinámica de la revolución más grande de la historia, sus tradiciones heroicas y su espíritu de triunfo. Del rol creador de la violencia revolucionaria en un periodo histórico determinado, Stalin deduce, con la estrechez empírica que le es propia, la omnipotencia de la violencia en general. Ha pasado, imperceptible e inconscientemente, de la violencia revolucionaria de los trabajadores contra los explotadores a la violencia contrarrevolucionaria contra los trabajadores. Bajo los viejos nombres y rótulos se consume así la liquidación de la Revolución de Octubre.

Nadie, sin excluir a Hitler, le ha dado golpes más duros al socialismo que Stalin. No es de sorprenderse, puesto que Hitler ataca a la clase obrera desde afuera, Stalin desde adentro. Hitler ataca el marxismo. Stalin, además de atacarlo, lo prostituye. No ha quedado un solo principio sin enlodar, una sola idea sin manchar. Los nombres mismos del socialismo y del comunismo quedan comprometidos a partir del día en que una policía desenfundada, que se gana la vida con el pasaporte “comunista”, llama socialista a su régimen policíaco. ¡Profanación repugnante! Las cárceles de la GPU no constituyen el ideal por el cual lucha la clase obrera.

El socialismo es un sistema social puro y claro, adaptado al autogobierno de los trabajadores. El régimen de Stalin se basa en una conjura de gobernantes contra gobernados. El socialismo entraña el crecimiento ininterrumpido de la igualdad universal. Stalin ha erigido un sistema de privilegios repugnantes.

La meta del socialismo es el florecimiento global de la personalidad individual. ¿Cuándo y en qué lugar la personalidad del hombre se ha degradado tanto como en la URSS?

El socialismo no tiene valor sin relaciones abnegadas, honestas y desinteresadas entre seres humanos. Bajo el régimen de Stalin, las relaciones sociales y personales están imbuidas del espíritu de la mentira, del arribismo y de la traición. Evidentemente, no es Stalin quien determina el rumbo de la historia. Conocemos las causas objetivas que prepararon el rumbo reaccionario que sigue la URSS. Pero no es casual que Stalin se encarama sobre la cresta de la ola termidoriana. Pudo darles a los apetitos ávidos de la nueva casta su expresión más perversa. Stalin no es responsable de la historia. Pero sí es responsable de sí mismo y de su papel en la historia. Es un papel criminal. Tan criminal, que el horror supera a la repugnancia.

Los códigos criminales más severos de la humanidad no prevén castigos que estén a la altura de la camarilla dominante de Moscú y, sobre todo, del hombre que la encabeza. Si, a pesar de ello, advertimos más de una vez a la juventud soviética sobre los peligros del terrorismo individual (que encontraría un extraordinario caldo de cultivo en la tierra rusa, tan empapada de arbitrariedad y violencia) no fue por razones morales, sino políticas. Los actos desesperados no cambian el sistema: sólo facilitan las sangrientas represalias de los usurpadores contra sus adversarios. Los golpes terroristas tampoco ofrecen satisfacción desde el punto de vista de la “venganza”. En efecto: ¿qué significa la muerte de una docena de altos burócratas en comparación con el número y la envergadura de los crímenes de la burocracia? Se trata de desnudar a los criminales ante la conciencia de la humanidad. Y arrojarlos al estercolero de la historia. No se puede pedir menos.

Es cierto que la burocracia estalinista, al igual que la nazi, espera vivir mil años. Están convencidos de que los regímenes que caen son los que no fueron lo suficientemente resueltos en la represión. El secreto es sencillo: si se cortan oportunamente las cabezas críticas, el régimen se perpetúa. En un periodo en que la burocracia soviética cumplía un papel relativamente progresivo (en gran medida cumplido en su momento por la burocracia capitalista de Europa occidental) Stalin obtuvo éxitos espectaculares. Pero ese periodo resultó muy breve. En el momento en que Stalin se convenció de que su “método” era garantía de victoria contra todos los obstáculos, la burocracia soviética agotó su misión, y su primera generación empezó a pudrirse. Este es, precisamente, el origen de las acusaciones y procesos más recientes que, para el común de los filisteos, parecen caídos del cielo.

La purga sangrienta, ¿fortaleció o debilitó la dominación de Stalin? La prensa mundial respondió en forma inequívoca y por partida doble. La reacción inmediata ante los fraudes judiciales de Moscú sugirió a casi todo el mundo la conclusión de que un régimen obligado a recurrir a semejantes artimañas no puede sobrevivir mucho tiempo. Pero gradualmente la prensa conservadora, que siempre simpatizará con la casta dominante soviética en su lucha contra la revolución, empezó a virar. Stalin había aplastado a la Oposición, reflatado a la GPU, exterminado a los generales refractarios y, durante todo este proceso, el pueblo se mantuvo en calma. Por lo tanto, evidentemente, su régimen se había consolidado. A primera vista, las dos evaluaciones parecen igualmente convincentes. Pero solo a primera vista.

El significado social y político de la purga es claro: el estrato dominante rechaza de su seno a los elementos que le recuerdan su pasado revolucionario, los principios de libertad, igualdad y fraternidad y las tareas aún no resueltas de la revolución mundial. La brutalidad de la represión es fiel reflejo del odio que siente la casta privilegiada por los

revolucionarios. En este sentido, la purga da mayor homogeneidad al estrato dominante y aparentemente, fortalece la posición de Stalin.

Pero este fortalecimiento es esencialmente espurio. Pase lo que pase. Stalin es un producto de la revolución. La camarilla de sus colaboradores más íntimos, el llamado Buró Político, está integrado por individuos que, por insignificantes que sean, en su mayoría están atados al pasado bolchevique. La aristocracia soviética, que con tanto éxito empleó a Stalin y a su camarilla para exterminar a los revolucionarios, no siente la menor simpatía ni respeto por los gobernantes. Quiere liberarse totalmente de todas las ataduras del bolchevismo, inclusive bajo la forma prostituida que Stalin aún necesita para imponer la disciplina en su camarilla. El día de mañana Stalin se convertirá en un lastre para el estrato dominante.

Pero existe un hecho infinitamente más importante: la burocracia se purga de elementos extraños a costa de una brecha que se ensancha entre sí misma y el pueblo. Podemos decir, sin temor a exagerar, que la atmósfera de la sociedad soviética está sobrecargada de odio hacia los dirigentes privilegiados. Stalin podrá convencerse día a día que la firmeza y los pelotones de fusilamiento no bastan para salvar a un régimen perimido. Las purgas en el ejército y en la GPU constituyen advertencias muy elocuentes de que el propio aparato de coerción está integrado por seres vivos, sujetos a las presiones del entorno. El odio creciente de las masas hacia la burocracia, junto con la mal disimulada hostilidad de la mayoría de la burocracia hacia Stalin, corroen inexorablemente el aparato de represión y, con ello, preparan una de las premisas de la caída del régimen.

La dominación bonapartista surgió de la contradicción fundamental entre la burocracia y el pueblo y de la contradicción suplementaria entre los elementos termidorianos y revolucionarios de la burocracia. Stalin surgió apoyándose en la burocracia contra el pueblo y en los termidorianos contra los revolucionarios. Pero en ciertos momentos críticos se vio obligado a buscar el apoyo de los revolucionarios y, por su intermedio, el del pueblo, para enfrentar la ofensiva precipitada y prematura de los privilegiados. Pero es imposible encontrar apoyo en una contradicción social que se trasforma en un abismo. De ahí la transición forzada hacia el “monolitismo” termidoriano mediante la destrucción de todo vestigio del espíritu revolucionario y de toda manifestación de actividad política independiente por parte de las masas. La purga sangrienta salvó transitoriamente al régimen de Stalin, pero al mismo tiempo destruyó los puntales sociales y políticos del bonapartismo.

Stalin se acerca al fin de su trágica misión. Para él, se acerca el momento en que no necesitará a nadie; en realidad, se acerca el momento en que nadie tendrá necesidad de él. Si la burocracia logra hacer surgir de su seno una nueva clase propietaria y reflotar las formas de propiedad, la nueva clase encontrará dirigentes más cultos y desvinculados del pasado revolucionario. Difícilmente agradecerá a Stalin la obra realizada. La contrarrevolución lo liquidará rápidamente, acusándolo, quizás, de... trotskysta. En ese caso, Stalin será víctima de las amalgamas instituidas por él mismo. Sin embargo, este rumbo de ninguna manera es inexorable.

La humanidad entra nuevamente en la época de las guerras y de las revoluciones. Los regímenes, tanto políticos como sociales, caerán como castillos de naipes. Es probable que las convulsiones revolucionarias de Asia y Europa posterguen el derrocamiento de la camarilla estalinista a manos de la contrarrevolución capitalista y preparen su caída bajo los golpes de las masas trabajadoras. En tal caso, a Stalin le resultará aún más difícil encontrar quién le agradezca.

La memoria de la humanidad es magnánima con respecto a las medidas severas cuando éstas se aplican al servicio de grandes fines históricos. Pero la historia no

perdonará una sola gota de la sangre vertida en el altar del nuevo Moloch de la arbitrariedad y del privilegio. La sensibilidad moral encuentra su mayor satisfacción en la convicción inmutable de que la venganza histórica corresponderá a la magnitud del crimen. La revolución abrirá los cuartos secretos, revisará los juicios, rehabilitará a los calumniados levantará monumentos a las víctimas de la arbitrariedad, cubrirá los nombres de los verdugos con el manto de la infamia eterna. Stalin saldrá de escena cargado con todos los crímenes que ha cometido, no sólo como sepulturero de la revolución, sino también como el personaje más siniestro de la historia de la humanidad.

El bonapartismo en los países semicoloniales en 1939. La industria nacionalizada y la administración obrera, Trotsky¹⁸⁷

(12 de mayo de 1939)

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía *nacional* en relación al proletariado *nacional*. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno gira entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano] se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras.

Estas medidas se encuadran enteramente en los marcos del capitalismo de estado. Sin embargo, en un país semicolonial, el capitalismo de estado se halla bajo la gran presión del capital privado extranjero y de sus gobiernos, y no puede mantenerse sin el apoyo activo de los trabajadores. Eso es lo que explica por qué, sin dejar que el poder real escape de sus manos, [el gobierno mexicano] trata de darles a las organizaciones obreras una considerable parte de responsabilidad en la marcha de la producción de las ramas nacionalizadas de la industria.

¿Cuál debería ser la política del partido obrero en estas circunstancias? Sería un error desastroso, un completo engaño, afirmar que el camino al socialismo no pasa por la revolución proletaria, sino por la nacionalización que haga el estado burgués en algunas ramas de la industria y su transferencia a las organizaciones obreras. Pero esta no es la cuestión. El gobierno burgués llevó a cabo por sí mismo la nacionalización y se ha visto obligado a pedir la participación de los trabajadores en la administración de la industria nacionalizada. Por supuesto, se puede evadir la cuestión aduciendo que, a menos que el

¹⁸⁷ Tomado de L. Trotsky, *Escritos, Tomo X, Volumen 2*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, alojado en nuestras EIS, páginas 200-205 del formato pdf. Cuando se publicó el artículo en *Fourth International* se calculó que había sido escrito en mayo o junio de 1938 (en el manuscrito no figuraba fecha). Pero en el original que está en los Archivos de Trotsky en Harvard figura la fecha 12 de mayo de 1939. Trotsky escribió este artículo después de que el gobierno de Cárdenas expropió la industria petrolera y los ferrocarriles y dio a los sindicatos gran responsabilidad en su administración. Un funcionario de la CTM, Rodrigo García Treviño, en ese entonces adversario de los estalinistas, le preguntó a Trotsky su opinión sobre la actitud que deberían tomar los sindicatos respecto a participar en la administración. Trotsky aceptó escribir un memorándum y varios días después le entregó este artículo a Treviño. No se sabe si Treviño utilizó o no los argumentos de Trotsky en el debate interno de la CTM. Conservó en secreto el artículo hasta 1946.

proletariado tome el poder, la participación de los sindicatos en el manejo de las empresas del capitalismo de estado no puede dar resultados socialistas. Sin embargo, una política tan negativa de parte del ala revolucionaria no sería comprendida por las masas y reforzaría las posiciones oportunistas. Para los marxistas no se trata de construir el socialismo con las manos de la burguesía, sino de utilizar las situaciones que se presentan dentro del capitalismo de estado y hacer avanzar el movimiento revolucionario de los trabajadores.

La participación en los parlamentos burgueses no puede ya ofrecer resultados positivos importantes; en determinadas situaciones, puede incluso conducir a la desmoralización de los diputados obreros. Pero esto no es argumento para que los revolucionarios apoyen el antiparlamentarismo.

Sería inexacto identificar la participación obrera en la administración de la industria nacionalizada con la participación de los socialistas en un gobierno burgués (lo que se llama *ministerialismo*). Todos los miembros de un gobierno están ligados por lazos de solidaridad. Un partido representado en el gobierno es responsable de la política del gobierno en su conjunto. La participación en el manejo de una cierta rama de la industria brinda, en cambio, una amplia oportunidad de oposición política. En caso de que los representantes obreros estén en minoría en la administración, tienen todas las oportunidades para proclamar y publicar sus propuestas rechazadas por la mayoría, ponerlas en conocimiento de los trabajadores, etcétera.

La participación de los sindicatos en la administración de la industria nacionalizada puede compararse con la de los socialistas en los gobiernos municipales, donde ganan a veces la mayoría y están obligados a dirigir una importante economía urbana, mientras la burguesía continúa dominando el estado y siguen vigentes las leyes burguesas de propiedad. En la municipalidad, los reformistas se adaptan pasivamente al régimen burgués. En el mismo terreno, los revolucionarios hacen todo lo que pueden en interés de los trabajadores y, al mismo tiempo, les enseñan a cada paso que, sin la conquista del poder del estado, la política municipal es impotente.

La diferencia es, sin duda, que en el gobierno municipal los trabajadores ganan ciertas posiciones por medio de elecciones democráticas, mientras que en la esfera de la industria nacionalizada el propio gobierno los invita a hacerse cargo de determinados puestos. Pero esta diferencia tiene un carácter puramente formal. En ambos casos, la burguesía se ve obligada a conceder a los trabajadores ciertas esferas de actividad. Los trabajadores las utilizan a favor de sus propios intereses.

Sería necio no tener en cuenta los peligros que surgen de una situación en que los sindicatos desempeñan un papel importante en la industria nacionalizada. El riesgo radica en la conexión de los dirigentes sindicales con el aparato del capitalismo de estado, en la transformación de los representantes del proletariado en rehenes del estado burgués. Pero por grande que pueda ser este peligro, sólo constituye una parte del peligro general, más exactamente, de una enfermedad general: la degeneración burguesa de los aparatos sindicales en la época del imperialismo, no sólo en los viejos centros metropolitanos sino también en los países coloniales. Los líderes sindicales son, en la abrumadora mayoría de los casos, agentes políticos de la burguesía y de su estado. En la industria nacionalizada pueden volverse, y ya se están volviendo, sus agentes administrativos directos. Contra esto no hay otra alternativa que luchar por la independencia del movimiento obrero en general; y en particular por la formación en los sindicatos de firmes núcleos revolucionarios que, a la vez que defienden la unidad del movimiento sindical, sean capaces de luchar por una política de clase y una composición revolucionaria de los organismos directivos.

Otro peligro reside en el hecho de que los bancos y otras empresas capitalistas, de las cuales depende económicamente una rama determinada de la industria nacionalizada, pueden utilizar, y sin duda lo harán, métodos especiales de sabotaje para poner obstáculos en el camino de la administración obrera, desacreditarla y empujarla al desastre. Los dirigentes reformistas tratarán de evitar el peligro adaptándose servilmente a las exigencias de sus proveedores capitalistas, en particular de los bancos. Los líderes revolucionarios, en cambio, del sabotaje bancario extraerán la conclusión de que es necesario expropiar los bancos y establecer un solo banco nacional, que llevaría la contabilidad de toda la economía. Por supuesto, esta cuestión debe estar indisolublemente ligada a la de la conquista del poder por la clase trabajadora.

Las distintas empresas capitalistas, nacionales y extranjeras, conspirarán inevitablemente, junto con las instituciones estatales, para obstaculizar la administración obrera de la industria nacionalizada. Por su parte, las organizaciones obreras que manejen las distintas ramas de la industria nacionalizada deben unirse para intercambiar experiencias, darse mutuo apoyo económico, y actuar unidas ante el gobierno, por las condiciones de crédito, etcétera. Por supuesto, esa dirección central de la administración obrera de las ramas nacionalizadas de la industria debe estar de estrecho contacto con los sindicatos.

Para resumir, puede afirmarse que este nuevo campo de trabajo implica las más grandes oportunidades y los mayores peligros. Estos consisten en que el capitalismo de estado, por medio de sindicatos controlados, puede contener a los obreros, explotarlos cruelmente y paralizar su resistencia. Las posibilidades revolucionarias consisten en que, basándose en sus posiciones en ramas industriales de excepcional importancia, los obreros lleven el ataque contra todas las fuerzas del capital y del estado burgués. ¿Cuál de estas posibilidades triunfará? ¿Y en cuánto tiempo? Naturalmente, es imposible predecirlo. Depende totalmente de la lucha de las diferentes tendencias en la clase obrera, de la experiencia de los propios trabajadores, de la situación mundial. De todos modos, para utilizar esta nueva forma de actividad en interés de los trabajadores y no de la burocracia y aristocracia obreras, sólo se necesita una condición: la existencia de un partido marxista revolucionario que estudie cuidadosamente todas las formas de actividad de la clase obrera, critique cada desviación, eduque y organice a los trabajadores, gane influencia en los sindicatos y asegure una representación obrera revolucionaria en la industria nacionalizada.

Bonapartismo, fascismo, y guerra¹⁸⁸ (20 de agosto de 1940)

En su muy pretencioso, confuso y estúpido artículo [“Defensa Nacional: el caso del socialismo”, *Partisan Review*, julio-agosto de 1940], Dwight Macdonald trata de atribuirnos la opinión de que el fascismo es, simplemente, una repetición del bonapartismo. Hubiera resultado difícil inventar mayor disparate. Hemos analizado al fascismo en su desarrollo, a través de sus distintas etapas, y pusimos en primer plano uno u otro de sus aspectos. Hay un elemento de bonapartismo en el fascismo. Sin este elemento, a saber, sin la elevación del poder estatal por encima de la sociedad debido a una extrema agudización de la lucha de clases, el fascismo habría sido imposible. Pero señalamos desde el comienzo mismo que se trataba fundamentalmente del bonapartismo

¹⁸⁸ Tomado de *La lucha contra el fascismo (y anexos)*, en *Obras Escogidas de León Trotsky en español – EIS*, páginas 277-286 del formato pdf; también para las notas. Trotsky dictó este artículo el 20 de agosto.

de la época de la declinación imperialista, que es cualitativamente diferente del de la época de auge de la burguesía. Luego diferenciamos al bonapartismo puro como prólogo de un régimen fascista. Porque en el caso del bonapartismo puro uno se aproxima al reino de un monarca [...]

Los ministros de Brüning, Schleicher, la presidencia de Hindenburg en Alemania,¹⁸⁹ el gobierno de Petain en Francia, resultaron, o deben resultar, inestables. En la época de la declinación del imperialismo un bonapartismo puramente bonapartista es completamente inadecuado; al imperialismo se le hace indispensable movilizar a la pequeña burguesía y aplastar al proletariado con su peso. El imperialismo es capaz de cumplir esta tarea sólo en caso de que el propio proletariado revele su incapacidad para conquistar el poder, mientras que la crisis social llevó al paroxismo a la pequeña burguesía.

La agudeza de la crisis social surge del hecho de que con la concentración de los medios de producción, es decir, el monopolio de los trusts, la ley del valor, el mercado ya no es capaz de regular las relaciones económicas. La intervención estatal se convierte en una necesidad absoluta [...]

La guerra actual, como lo manifestamos en más de una ocasión, es una continuación de la última guerra. Pero una continuación no significa una repetición. Como regla general, una continuación significa un desarrollo, una profundización, una agudización. Nuestra política, la política del proletariado revolucionario, hacia la segunda guerra imperialista es una continuación de la política elaborada durante la guerra imperialista anterior, fundamentalmente bajo la conducción de Lenin. Pero una continuación no significa una repetición. También en este caso, una continuación significa un desarrollo, una profundización y una agudización.

Durante la guerra pasada no sólo el proletariado en su conjunto sino también su vanguardia y, en cierto sentido, la vanguardia de la vanguardia, fueron tomados desprevenidos. La elaboración de los principios de la política revolucionaria hacia la guerra comenzó cuando ya ésta había estallado plenamente y la maquinaria militar ejercía un dominio ilimitado. Un año después del estallido de la guerra, la pequeña minoría revolucionaria estuvo todavía obligada a acomodarse a una mayoría centrista en la conferencia de Zimmerwald¹⁹⁰. Antes de la revolución de febrero, e incluso después, los elementos revolucionarios no se sintieron competentes para aspirar al poder, salvo la oposición de extrema izquierda. Hasta Lenin relegó la revolución socialista para un futuro más o menos distante...¹⁹¹ Si así veía Lenin la situación no creemos entonces que haya necesidad de hablar de los otros.

¹⁸⁹ *Heinrich Brüning* (1885-1970); fue canciller de Alemania de 1930 a 1932. Carecía de mayoría en el Reichstag y gobernaba por decreto. *Kurt von Schleicher* (1882-1934); fue un burócrata militar alemán que se desempeñó como canciller desde diciembre de 1932 hasta enero de 1933, cuando lo reemplazó Hitler. Fue una de las víctimas de la sangrienta purga nazi de junio de 1934. *Paul von Hindenburg* (1874-1934); fue presidente de Alemania desde 1925 hasta 1934. Aunque se presentó como adversario de los nazis cuando derrotó a Hitler en las elecciones de 1932, nombró canciller a éste en 1933.

¹⁹⁰ *Zimmerwald*, Suiza, fue el lugar donde se reunió en septiembre de 1915, una conferencia para reagrupar a las corrientes internacionalistas y antibélicas que habían sobrevivido a la *debacle* de la Segunda Internacional. Aunque la mayoría de los participantes eran centristas, fue un paso adelante en dirección a la nueva Internacional. El manifiesto de Zimmerwald contra la guerra, escrito por Trotsky, aparece en *León Trotsky speaks* [León Trotsky habla] (Panthflinder Press, 1972). [[Manifiesto de Zimmerwald](#), disponible en [MIA-Sección en español](#). El lector puede también descargarse [Conclusiones \(a publicación en Nache Slovo del Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional en Zimmerwald, Suiza\)](#) de Trotsky en estas [EIS](#). N de EIS]

¹⁹¹ Aquí el traductor al inglés agregó la siguiente nota: “Varias citas de Lenin durante ese período se ajustan a la descripción de Trotsky. Elegimos dos: “Es posible, no obstante, que pasen cinco, diez, e incluso más años antes del comienzo de la revolución socialista” (de un artículo de marzo de 1916, Lenin, *Obras*

Esta posición política del ala de extrema izquierda se expresaba gráficamente en la cuestión de la defensa de la patria.

En 1915 Lenin se refirió en sus escritos a las guerras revolucionarias que tendría que emprender el proletariado victorioso. Pero se trataba de una perspectiva histórica indefinida y no de una tarea para mañana. La atención del ala revolucionaria estaba centrada en la cuestión de la defensa de la patria capitalista. Los revolucionarios replicaban naturalmente en forma negativa a esta pregunta. Era completamente correcto. Pero mientras esta respuesta puramente negativa servía de base para la propaganda y el adiestramiento de los cuadros, no podía ganar a las masas, que no deseaban un conquistador extranjero.

En Rusia, antes de la guerra, los bolcheviques constituían las cuatro quintas partes de la vanguardia proletaria, esto es, de los obreros que participaban en la vida política (periódicos, elecciones, etcétera). Luego de la revolución de febrero el control ilimitado pasó a manos de los defensistas, los mencheviques y los eseristas¹⁹². Ciertamente es que los bolcheviques, en el lapso de ocho meses, conquistaron a la abrumadora mayoría de los obreros. Pero el papel decisivo en esta conquista no lo jugó la negativa a defender la patria burguesa sino la consigna “¡Todo el poder a los sóviets!” ¡Y sólo esta consigna revolucionaria! La crítica al imperialismo, a su militarismo, el repudio a la defensa de la democracia burguesa, etcétera, pudo no haber llevado jamás a la mayoría abrumadora del pueblo al lado de los bolcheviques...

En la medida en que el proletariado se muestre incapaz, en un momento determinado, de conquistar el poder, el imperialismo comienza a regular la vida económica con sus propios métodos; es el mecanismo político, el partido fascista que se convierte en el poder estatal. Las fuerzas productivas se hallan en irreconcilable contradicción no sólo con la propiedad privada sino también con los límites estatales nacionales. El imperialismo es la expresión de esta contradicción. El capitalismo imperialista busca solucionar esta contradicción a través de la extensión de las fronteras, la conquista de nuevos territorios, etcétera. El estado totalitario, subordinando todos los aspectos de la vida económica, política y cultural al capital financiero, es el instrumento

Completas, Vol. XIX, página 45, tercera edición rusa). ‘Nosotros los viejos, no viviremos quizás lo suficiente para ver las batallas decisivas de la revolución inminente’ (informe sobre la revolución de 1905 entregado a los estudiantes suizos, enero de 1917, *ibidem*, página 357).” [Será necesario reproducir aquí la nota a pie de página de la edición de Fontamara en su página 350: “Los editores del *Biulleten Oppozitsii* insertaron la siguiente cita de Lenin: “Nosotros, los más viejos, tal vez no viviremos lo bastante para ver las batallas decisivas de la revolución inminente”, (Informe a los estudiantes suizos sobre la revolución de 1905, enero de 1917).” Nos ha sido imposible localizar la primera cita en las *Obras Completas* en castellano editadas por Akal. En cuanto a la segunda nos parece mejor traer aquí su contexto, es esta. “Lo mismo que en Rusia comenzó, bajo la dirección del proletariado, una insurrección popular contra el gobierno zarista cuyo objetivo era la conquista de la república democrática, así los años próximos conducirán en Europa, justamente a causa de esta guerra de pillaje, a insurrecciones populares dirigidas por el proletariado contra el poder del capital financiero, contra los grandes bancos, contra los capitalistas. Y esos cataclismos sólo podrán terminar con la expropiación de la burguesía, con el triunfo del socialismo. Nosotros, los de la vieja generación, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, creo que puedo expresar con seguridad plena la esperanza de que la juventud, que está trabajando tan magníficamente en el movimiento socialista de Suiza y de todo el mundo, no solo tendrá la dicha de luchar, sino también de triunfar en la futura revolución proletaria.”, *Obras Completas*, Tomo XXIV, Akal Editor, Madrid, 1977, páginas 274-275. Nos parece que es más adecuada para resaltar la concepción marxista que lleva a concluir en la concepción de la revolución permanente que al tema aquí señalado por los editores ingleses pues es necesario relativizar la aserción del tiempo teniendo en cuenta el público. EIS]

¹⁹² El *Partido Socialista Revolucionario* fue fundado en Rusia en el año 1900, emergiendo en los años 1901-1902 como la expresión política de todas las corrientes populistas anteriores; tenía la mayor influencia de todas las fuerzas políticas entre el campesinado antes de la revolución de 1917. Su ala derecha fue conducida por Kerensky con posterioridad a la revolución de ese año.

para crear un estado supranacionalista, un imperio imperialista, el dominio de los continentes, el dominio del mundo entero.

Hemos analizado todos estos rasgos del fascismo, cada uno por sí mismo y todos ellos en su totalidad, en la medida en que se manifestaron o aparecieron en primer plano.

Tanto el análisis teórico como la rica experiencia histórica del último cuarto de siglo demostraron con igual fuerza que el fascismo es en cada oportunidad el eslabón final de un ciclo político específico que se compone de lo siguiente: la crisis más grave de la sociedad capitalista; el aumento de la radicalización de la clase obrera; el aumento de la simpatía hacia la clase trabajadora y un anhelo de cambio de parte de la pequeña burguesía urbana y rural; la extrema confusión de la gran burguesía; sus cobardes y traicioneras maniobras tendientes a evitar el clímax revolucionario; el agotamiento del proletariado; confusión e indiferencia crecientes; el agravamiento de la crisis social; la desesperación de la pequeña burguesía, su anhelo de cambio; la neurosis colectiva de la pequeña burguesía, su rapidez para creer en milagros; su disposición para las medidas violentas; el aumento de la hostilidad hacia el proletariado que ha defraudado sus expectativas. Estas son las premisas para la formación de un partido fascista y su victoria.

Es evidente que la radicalización de la clase obrera en Estados Unidos pasó sólo por sus fases iniciales, casi exclusivamente en la esfera del movimiento sindical (la CIO). El período de preguerra, y luego la propia guerra, puede interrumpir temporariamente este proceso de radicalización, especialmente si un número considerable de trabajadores es absorbido por la industria bélica. Pero esta interrupción del proceso de radicalización no puede ser de larga duración. La segunda etapa de la radicalización asumirá un carácter expresivo mucho más marcado. El problema de formar un partido obrero independiente pasará a la orden del día. Nuestras demandas transicionales ganarán gran popularidad. Por otra parte, las tendencias fascistas, reaccionarias, se replegarán, quedarán a la defensiva, aguardando un momento más favorable. Esta es la perspectiva más cercana. Nada es más indigno que especular en si tendremos éxito o no en crear un poderoso partido revolucionario líder. Hay una perspectiva favorable a la vista, que justifica al activismo revolucionario. Es necesario utilizar las oportunidades que se ofrecen y construir el partido revolucionario.

La Segunda Guerra Mundial plantea el problema del cambio de régimen más imperiosamente, más urgentemente que en la primera guerra. Se trata ante todo del régimen político. Los trabajadores están enterados de que la democracia naufraga en todas partes y de que el fascismo los amenaza incluso en aquellos países donde todavía no existe. La burguesía de los países democráticos utilizará naturalmente este temor por el fascismo que sienten los obreros, pero, por otra parte, la bancarrota de las democracias, su colapso, su indolora transformación en dictaduras reaccionarias, obliga a los trabajadores a plantearse el problema del poder y a hacerse sensibles al planteo de la cuestión.

La reacción maneja hoy en día un poder tal como quizás jamás lo tuvo antes en la historia moderna de la humanidad. Pero sería un desatino inexcusable ver sólo a la reacción. El proceso histórico es contradictorio. Bajo la envoltura de la reacción oficial están ocurriendo profundos procesos entre las masas, que acumulan experiencia y se hacen receptivas a nuevas perspectivas políticas. La vieja tradición conservadora del estado democrático, que fue tan poderosa incluso durante la era de la última guerra imperialista, existe en la actualidad sólo como una supervivencia extremadamente inestable. En la víspera de la última guerra los trabajadores europeos tenían partidos numéricamente poderosos. Pero lo que estaba a la orden del día eran reformas y conquistas parciales, no la conquista del poder.

La clase obrera norteamericana aun hoy en día no cuenta con un partido obrero de masas. Pero la situación objetiva y la experiencia acumulada por los obreros norteamericanos pueden plantear en muy breve plazo la cuestión de la conquista del poder. Esta perspectiva debe ser la base de nuestra agitación. No se trata sólo de una posición sobre el militarismo capitalista y de renunciar a la defensa del estado burgués sino de prepararse directamente para la conquista del poder y la defensa de la patria proletaria.

¿No pueden aparecer los estalinistas a la cabeza de un nuevo ascenso revolucionario y arruinar la revolución como hicieron en España y previamente en China? No corresponde, por supuesto, descartar tal posibilidad, por ejemplo, en Francia. La primera ola de la revolución, a menudo, o más correctamente siempre, llevó a la cima a los partidos de “izquierda” que se las ingeniaron para no desacreditarse completamente en el período precedente y que tienen una tremenda tradición política detrás de ellos. Así, la revolución de febrero elevó al poder a los mencheviques y a los eseristas, que hasta la víspera eran adversarios de la revolución. Así, la revolución alemana de noviembre de 1918 llevó al poder a los socialdemócratas, que eran los adversarios irreconciliables de los alzamientos revolucionarios.

Doce años atrás Trotsky escribió en un artículo publicado por *New Republic*:

“Ninguna otra época de la historia del hombre estuvo tan llena de antagonismos como la nuestra. Por la tensión de clase demasiado alta y los antagonismos internacionales, las llaves de seguridad de la democracia se funden o se rompen. Esta es la esencia del cortocircuito de la dictadura. Los primeros en ceder son, por supuesto, los interruptores más débiles. Los antagonismos internos y mundiales, sin embargo, no disminuyen, sino que aumentan. Es dudoso que se vayan a apaciguar, dado que hasta ahora el proceso sólo se ha apoderado de la periferia del mundo capitalista. La gota comienza en el dedo gordo, pero una vez que ha comenzado llega al corazón.” [“¿Por dónde Rusia?”, *New Republic*, 22 de mayo de 1929.]

Esto se escribió en el momento en que la democracia burguesa de cada país creía que el fascismo sólo era posible en los países atrasados que aún no se habían graduado en la escuela de la democracia. El consejo de redacción de *New Republic*, que por entonces no había sido favorecido con las bendiciones de la GPU, acompañó el artículo de Trotsky con uno propio, tan característico del filisteo norteamericano promedio que citaremos sus pasajes más interesantes.

“En vista de sus desventuras personales, el exiliado dirigente ruso muestra un notable poder de análisis detallista; pero este detallismo es propio del marxista rígido, y nos parece que carece de una visión realista de la historia, precisamente aquello de lo que él más se enorgullece. Su concepto de que la democracia es una forma de gobierno para los buenos tiempos, incapaz de resistir las tormentas de la controversia doméstica o internacional, puede apoyarse (como él mismo lo admite en parte) sólo tomando como ejemplos países en donde la democracia no está más que en sus débiles comienzos, y países, además, en los que apenas comenzó la revolución industrial.”

Además, el consejo de redacción del *New Republic* descarta el ejemplo de la democracia de Kerensky en la Rusia soviética y por qué no pudo resistir la prueba de las contradicciones de clase cediendo el paso a una perspectiva revolucionaria. El periódico escribe sabiamente:

“La debilidad de Kerensky fue un accidente histórico, que Trotsky no puede admitir porque no hay lugar en su esquema mecanicista para tal cosa.”

Lo mismo que Dwight Macdonald, *New Republic* acusa a los marxistas de ser incapaces de entender la historia en forma realista debido a su enfoque mecanicista y ortodoxo de los hechos políticos. *New Republic* era de la opinión de que el fascismo es el

producto del atraso del capitalismo y no de su excesiva madurez. En opinión de ese periódico (opinión que, repito, fue la de la abrumadora mayoría de los filisteos democráticos), el fascismo es el destino que espera a países burgueses atrasados.

El sabio consejo de redacción no se tomó siquiera la molestia de pensar por qué era convicción universal en el siglo XIX que las democracias atrasadas deben desarrollarse por el camino de la democracia. En todo caso, en los viejos países capitalistas la democracia sentó sus reales en un momento en que el nivel de su desarrollo económico no estaba por encima sino por debajo del de la Italia moderna. Y lo que es más, en ese entonces la democracia representaba el principal camino de desarrollo histórico que habían tomado todos los países, uno tras otro, los atrasados siguiendo a los más avanzados y a veces precediéndolos. Nuestra era, por el contrario, es la era del colapso de la democracia. Además, el colapso comienza con los eslabones más débiles pero gradualmente se extiende a aquellos que parecían fuertes e inexpugnables. De este modo la ortodoxia o el mecanicismo, es decir, el enfoque marxista de los hechos, nos posibilitaba pronosticar el curso de los procesos con muchos años de anticipación. Por el contrario, el enfoque realista del *New Republic* era el de un gatito ciego. *New Republic* continuó con su actitud crítica hacia el marxismo cayendo bajo la influencia de la más repugnante caricatura del marxismo, es decir, el estalinismo

Muchos de los filisteos de la nueva cosecha basan sus ataques al marxismo en el hecho de que, contra el pronóstico de Marx, vino el fascismo en vez del socialismo. Nada es más vulgar y estúpido que esta crítica. Marx demostró y probó que cuando el capitalismo llega a un cierto nivel la única salida para la sociedad reside en la socialización de los medios de producción, es decir, el socialismo. También demostró que en vista de la estructura de clase de la sociedad sólo el proletariado es capaz de solucionar esta tarea en una irreconciliable lucha revolucionaria contra la burguesía. También demostró que para el cumplimiento de esta tarea el proletariado necesita un partido revolucionario.

Marx durante toda su vida y Engels y junto con él y después de él y luego Lenin, emprendieron una batalla irreconciliable contra esos rasgos de los partidos proletarios que obstruían la solución de la tarea revolucionaria histórica. La lucha sin cuartel llevada a cabo por Marx, Engels y Lenin contra el oportunismo, por un lado, y el anarquismo, por el otro, demuestra que ellos no subestimaban en absoluto este peligro. ¿En qué consistía el mismo? En que el oportunismo de las cúpulas de la clase obrera, sujetas a la influencia burguesa, pudiera obstruir, frenar, hacer más difícil, posponer el cumplimiento de la tarea revolucionaria del proletariado.

Es precisamente esta condición de la sociedad la que estamos observando ahora. El fascismo no vino en absoluto “en vez” del socialismo. El fascismo es la continuación del capitalismo, un intento de perpetuar su existencia utilizando las medidas más bestiales y monstruosas. El capitalismo tuvo la oportunidad de recurrir al fascismo sólo porque el proletariado no llevó a cabo en su momento la revolución socialista. El proletariado se paralizó en el cumplimiento de esta tarea por la actitud de los partidos oportunistas. Lo único que se puede decir es que resultó que había más obstáculos, más dificultades, más etapas en el camino del proceso revolucionario del proletariado que lo que preveían los fundadores del socialismo científico. El fascismo y la serie de guerras imperialistas constituyen la terrible escuela en la que el proletariado tiene que liberarse de las tradiciones y supersticiones pequeñoburguesas, de los partidos oportunistas, democráticos y aventureros, tiene que trabajar con ahínco y adiestrar a la vanguardia revolucionaria y de esta manera prepararse para cumplir la tarea sin la cual no hay ni puede haber salvación para la humanidad.

Eastman llegó a la conclusión de que la concentración de los medios de producción en manos del estado pone en peligro su “libertad”, y decidió, por eso, renunciar al socialismo¹⁹³. Esta anécdota merece ser incluida en un volumen sobre historia de la ideología. La socialización de los medios de producción es la única solución al problema económico en una etapa determinada del desarrollo de la humanidad. La demora en solucionar este problema conduce a la barbarie fascista. Todas las soluciones intermedias emprendidas por la burguesía con ayuda de la pequeña burguesía sufrieron un fracaso miserable y vergonzoso. Todo esto es secundario para Eastman. Él se da cuenta de que su “libertad” (libertad de confundir, libertad de permanecer indiferente, libertad de ser pasivo, de diletantismo literario) estaba siendo amenazada desde varios flancos, y decidió inmediatamente aplicar su propia medida: renunciar al socialismo. Sorprendentemente esta decisión no ejerció ninguna influencia en Wall Street ni en los sindicatos. La vida siguió su propio camino como si Max Eastman siguiera siendo socialista [...]

En Francia no hay fascismo en el sentido real del término. El régimen del senil mariscal Petain representa una forma senil del bonapartismo de la época de declinación imperialista. Pero este régimen también se demostró posible sólo después de que la prolongada radicalización de la clase obrera francesa, que condujo a la explosión de junio de 1936, falló en encontrar una salida revolucionaria. La Segunda Internacional y la Tercera, la reaccionaria charlatanería de los “frentes populares”, engañaron y desmoralizaron a la clase obrera. Después de cinco años de propaganda en favor de una alianza de las democracias y de la seguridad colectiva, después del súbito pasaje de Stalin al bando de Hitler, a la clase obrera francesa se la tomó desprevenida. La guerra provocó una terrible desorientación y el estado de derrotismo pasivo, o para decirlo más correctamente, la indiferencia de un impasse. De esta maraña de circunstancias surgió la catástrofe militar sin precedentes y luego el despreciable régimen de Petain.

Precisamente porque el régimen de Petain es bonapartismo senil no contiene ningún elemento de estabilidad y puede ser derribado mucho más pronto que un régimen fascista por un levantamiento revolucionario masivo.

En toda discusión sobre tópicos políticos aparecen invariablemente las preguntas: ¿podremos crear un fuerte partido para el momento en que llegue la crisis? ¿No podría el fascismo anticiparse a nosotros? ¿Es inevitable una etapa fascista en el proceso? Los éxitos del fascismo hacen perder fácilmente toda perspectiva, conducen a olvidar las verdaderas condiciones que hicieron posibles su fortalecimiento y triunfo. Sin embargo, una clara comprensión de estas condiciones es de especial importancia para los trabajadores de Estados Unidos. Podemos anunciarlo como una ley histórica: el fascismo pudo triunfar sólo en aquellos países donde los partidos obreros conservadores impidieron al proletariado utilizar la situación revolucionaria para tomar el poder. En Alemania hubo dos situaciones revolucionarias: 1918-1919 y 1923-1924¹⁹⁴. Incluso en 1929 era posible

¹⁹³ *Max Eastman* (1883-1969); fue uno de los primeros simpatizantes de la Oposición de Izquierda y traductor de varios de los libros de Trotsky. A su rechazo del materialismo dialéctico en la década del 20 le siguió el rechazo del socialismo a fines de la del 30. Se hizo anticomunista y director del *Reader's Digest*.

¹⁹⁴ Cuando se hizo evidente la derrota de Alemania en la primera guerra mundial, un amotinamiento naval en ese país se convirtió en un movimiento revolucionario. El 8 de noviembre de 1918 se proclamó en Múnich la República Socialista de Baviera. En Berlín, obreros y soldados organizaron sóviets y una delegación de socialdemócratas solicitó que el canciller entregara el gobierno a los obreros. El imperio germano cayó al día siguiente. Hindenburg y el káiser Guillermo II huyeron a Holanda, y Ebert se convirtió en jefe de un gobierno provisional en Berlín, que se componía de tres socialdemócratas y tres miembros del Partido Social Demócrata Independiente. Nuevamente en 1923 se desarrolló una situación revolucionaria en Alemania debido a la severa crisis económica y a la invasión francesa del Ruhr. La mayoría de la clase obrera alemana pasó a apoyar al partido comunista. Pero la dirección del PC vaciló,

aún una lucha directa por el poder por parte del proletariado. En los tres casos la socialdemocracia y la Comintern desbarataron criminalmente la conquista del poder y colocaron por lo tanto a la sociedad en un impasse. Sólo en estas condiciones y en esta situación resultaron posibles el tormentoso ascenso del fascismo y su conquista del poder.

perdió una oportunidad excepcionalmente favorable para conducir la lucha por el poder y permitió a los capitalistas alemanes recobrar sus posiciones antes de que terminara ese año. La responsabilidad del Kremlin por esta oportunidad desperdiciada fue uno de los factores que condujeron a la formación de la Oposición de Izquierda rusa a fines de 1923.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels

Edicions internacionals Sedov



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
 - *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
 - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 de nuestro sello hermano
(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

